
MARTA ORRANTIA
Juego de té
RANDOM HOUSE

MARTA ORRANTIA

Juego de té



RANDOM HOUSE

A Teresita y a María Teresa, mis dos luces.
A mis amigas.

La forma en la que se transmiten los objetos tiene que ver con la narrativa. Te doy esto porque te amo. O porque me lo regalaron. Porque lo compré en algún lugar especial. Porque lo cuidarás. Porque te complicará la vida. Porque le dará envidia a alguien. No hay una historia fácil en el legado.

EDMUND DE WAAL, *La liebre con ojos de ámbar*

Preludio

Las protestas comenzaron poco antes de la pandemia, pero entonces Bogotá ya parecía un lugar distópico. La ciudad lloraba, porque era temporada de lluvias, pero también porque la policía, cubierta con armaduras y parapetada detrás de escudos transparentes, disparaba a mansalva balas de goma y gases lacrimógenos.

La ciudad lloraba, y con ella, miles de personas que marchaban, cada una pidiendo lo suyo. Un gobierno de centro, un plan de pensión, educación gratuita o equidad de género. Se escuchaban cantos en las plazas y al acercarse se veían grupos de estudiantes con pancartas, viejos que se sacudían de la comodidad de sus sofás raídos para quejarse por el futuro inexistente de sus nietos, una amalgama de clase media descontenta y un poco, solo un poco, de una clase alta que ya había tenido suficiente.

Escuché la canción por primera vez en el estallido social de Chile y parecía un nuevo éxito del verano, con coreografía incluida, pero cantado bajo la presión policial y en unas ciudades en ruinas. «Y la culpa no era mía, ni dónde estaba ni cómo vestía…», gritaban las mujeres, la mayoría de ellas apenas adolescentes. «El violador eres tú», concluían, señalando a un enemigo invisible, pero para muchas con un rostro definido.

El gobierno estaba contra las cuerdas. El presidente se refugiaba lejos de Palacio y la Alcaldía intentaba ponerles freno a las marchas, que amenazaban con un golpe de Estado civil. Un chico había sido asesinado por la policía, y los manifestantes estaban tan enardecidos que ni las lluvias de noviembre alcanzaban para apagarlos.

Me encontraba en un hotel porque había perdido el derecho a tener una casa. Era una exiliada, no política, pero con ideas políticas claras, que me habían obligado a salir esa mañana a marchar. Regresé en la tarde a una habitación estándar, decorada con colores *beige* y verde

pastel, a encender el noticiero mientras me daba una ducha para sacarme la lluvia de encima.

Pensé en ponerme una sudadera caliente y abrir una botella de ginebra del minibar, pero había algo que tenía que hacer antes. Llamé a Teresa y le pedí que nos viéramos en su casa para tomar el té.

—Habrá toque de queda —me dijo.

—Esto es importante.

Tan importante que había superado mi deseo de estar sola, ver los noticieros, escuchar las cacerolas que sonaban a través de las ventanas y llorar por el país que no estaba viviendo, al que sentía que le fallaba, como si mi presencia pudiera hacer algo por mejorarlo, cuando en realidad lo único que yo aportaba era mi propia cuota de sufrimiento.

Tomé el silencio de Teresa como una invitación, y le dije que estaría en media hora con ella. Me vestí y bajé a la *boutique* del hotel, donde encontré unas galletas belgas para el té, que me parecieron anticuadas, pero de alguna manera perfectas. Teresa las recibió con un alborozo infantil. Había salido a esperarme en el ascensor, vestida con un pantalón de paño gris y una blusa azul cielo de una seda finísima. Tenía los ojos enrojecidos y pensé que era producto de una conjuntivitis, porque hasta su casa, encaramada en la montaña, no llegan los gases lacrimógenos, pero sí la contaminación. Me explicó que sufría de una fotofobia que la obligaba a pasar los días de sol en la penumbra.

—Vicentica, mire qué galletas más bonitas nos trajeron —le dijo a la anciana de uniforme blanco que vigilaba con atención el agua que hervía en la estufa. Vicenta, con las piernas laceradas por las várices y las zmanos carcomidas por la artritis, no se molestó en quitarse los lentes para mirarlas de lejos ni se retiró del fogón en el que montaba guardia, y apenas asintió con desdén.

—Las nuestras van a parecer paupérrimas —continuó Teresa, y me guio entre risas al comedor—. Vivimos las dos, con el gato Tristán, que es una herencia, pero está muy viejo —se rio Teresa de nuevo, esta vez de la ironía.

Vicenta llegó con una bandeja de plata que temblaba peligrosamente bajo sus manos nudosas. Las tazas tintinearon y el agua del té alcanzó a escaparse de la tetera y salpicar el individual bordado de la bandeja.

Nos puso a cada una un plato de colaciones aún más anticuadas que las galletas: lenguas de gato y panderitos, y a un lado, la lata roja de cuadros que había traído yo, todavía sin abrir.

El clima esquizofrénico de la ciudad había cambiado en media hora y se veían los últimos destellos del atardecer que reventaban contra los ventanales de la casa. Teresa achinó los ojos porque le dolían, pero no dejó de mirarme mientras Vicenta servía la primera taza de té.

Luego desvió sus ojos a las tazas de porcelana, como si recordara algo.

—Júrame que te lo llevas —me dijo, y no esperó a que respondiera —. Es tuyo, lo tenemos que empacar.

Tardé un segundo en entender que hablaba del juego de té, no este que sostenía en la mano sino otro, uno que debía ser mío, según ella, porque era la mayor de las mujeres de la familia.

—No lo quiero, no podría. ¿Qué voy a hacer yo con un juego de té?

—Pero es que no me quiero morir sin darle un destino.

Esa había sido su obsesión desde el día en que la conocí.

Me había invitado mi papá a comer a casa de una prima suya que, dijo, quería heredarme sus diccionarios. Dos tomos de María Moliner, un Oxford, un diccionario de latín, uno de griego y un diccionario de artes quirománticas de tapa negra y aspecto peligroso. Me pareció una invitación normal, ciertamente no más extraña que otras que hacía mi viejo, y que consistían en periplos por el mundo para rescatar antepasados perdidos. Guiados por esa búsqueda, terminamos visitando el pueblo de donde provenimos en el País Vasco o fuimos a Buenos Aires para conocer a un anciano que llevaba nuestro apellido y del que mi papá se despidió con lágrimas en los ojos, sin que yo hubiera entendido ni jota del melodrama. Su obsesión con la familia y con las raíces siempre me pareció rara. Llegábamos a los hoteles y enseguida mi papá (o mis hermanos, para emularlo) buscaban nuestro apellido en el directorio telefónico. Llamábamos, todos, como un ritual, y concertábamos una cita con el pariente nuevo, al que mi papá terminaba por encontrarle un parecido con cualquiera de los tíos muertos o vivos. Teresa por lo menos era una prima comprobada, porque su abuela y mi bisabuelo eran hermanos.

La invitación tenía otras ventajas adicionales, aparte del interés que

siempre he tenido en los diccionarios. Teresa había incluido en la cena a todos mis tíos, y no era común que se reuniera la pequeña familia, porque, a pesar de todo el amor que parecemos tenernos, somos bastante negligentes a la hora de manifestarlo. Pero sobre todo sentía curiosidad por conocerla a ella, a Teresa, una mujer que es miembro de la Academia de la Lengua y de la Academia de Historia y, para rematar, nieta de Marco Fidel Suárez.

Teresa me habló esa primera vez del juego de té. Había estado en mi familia —en la suya, mejor dicho— por cinco generaciones. Y lo más extraño de todo: nunca se había usado. «Por qué», le pregunté. «Por tantas cosas», dijo, o quiso decir, o insinuó, y a continuación procedió a enumerar a sus dueñas: «Dolores, la primera que lo tuvo; María Antonia, la monja; Isabel, la esposa de Marco Fidel Suárez; la Tona, mi mamá, y yo».

—¿Y tú por qué no lo has usado? —alcancé a preguntarle, pero ella ya no me escuchó, o hizo como si no oyera, y se puso de pie para llevar a sus invitados a la mesa.

De regreso de aquella cena, antes de dormir, me pregunté cómo sería ese juego de té tan fino que tenía oro y que estaba escondido en un anaquel sin estrenar. Qué significaba para esas mujeres recibirlo, cuidarlo, poseerlo. Era una especie de regalo nonato, tal vez una forma de castigo, a lo mejor un recordatorio de quiénes eran y el papel que ocupaban en el hogar y en la sociedad. ¿Qué les ocurrió para que no supieran o no quisieran o no pudieran disfrutarlo?

Me pregunté quiénes eran esas mujeres. Mis antepasadas, o algo así, que querían ahora heredarme esa joya para que yo sufriera el mismo destino de no usarla, para que padeciera el encierro de la porcelana en una caja de madera y de viruta o de plástico y de icopor. Dónde se encontraría arrumado ahora ese juego de té, cómo sería, dónde estarían los huesos de esas mujeres y qué dirían de que esta perfecta desconocida se quedara con su tesoro.

No me pude sacar de la cabeza el juego de té. Ni a Teresa. Ni a las mujeres protagonistas de la historia. No me pude borrar de la cabeza todo el cuento ni siquiera cuando empaqué lo básico, regalé mi ropa, puse mis libros en cajas y me fui a vivir a Roma.

Tres meses más tarde estaba de vuelta, tomando el té al atardecer de

un día de protestas y escuchando las súplicas de Teresa.

—Si no me lo llevo, ¿le encontrarás una casa?

Pareció pensarlo un poco y luego asintió con la cabeza.

—Teresa, lo que yo quiero no es el juego de té, es la historia.

Los ojos se le iluminaron y sonrió con toda la cara.

—Entonces te decidiste… Bueno, por lo menos, así no sirvas té en él, si cuentas su historia será una buena manera de usarlo.

Parte I

DOLORES

La habitación en la que estoy parece el vientre de un animal dormido. Está oscura y palpita con el aire denso y seco de la calefacción. Me pregunto si será así siempre. Sentada a la medianoche sola, hoy en un hotel en París, mañana quién sabe en qué lugar del mundo, pero siempre sola, siempre a la espera de noticias.

Viajé con Mario, por insistencia suya. Cinco días nada más, porque él debía presentar una entrevista para un trabajo al que había aplicado. Cinco días en los que él se sienta a trabajar y yo deambulo por una ciudad en invierno. Al tercer día, él presenta su entrevista y lo espero para comer. Está contento.

—Si me dan el trabajo —me dice— es gracias a ti. Me traes suerte.

Sonrío y pienso en mi papel de amuleto.

—Cada vez que tenga un viaje complicado —continúa— vendrás conmigo. Tú aprovechas para conocer el mundo y yo trabajo, y en las noches comemos juntos.

—Si mi trabajo me lo permite… —le digo, pero él ya piensa en otra cosa.

El cuarto día, el día de las deliberaciones, Mario viaja en tren a una reunión en otro país. ¿Bélgica? ¿Holanda? Yo me quedo en París, porque no necesita a su amuleto y además porque no vale la pena ir a otro país solo por un día. Camino por el cementerio de Montparnasse y leo en las bancas que calienta un tenue sol invernal. Mario espera que en la noche el grupo de entrevistadores haya tomado una decisión, por lo que llega a las siete y salimos a caminar. Mira el reloj con insistencia. Diez, once. Nada.

—Vamos a dormir —dice—. A lo mejor lo anuncian mañana.

Una vez en la habitación, suena el teléfono. «Hay humo blanco», anuncia una voz, y le da la dirección de un lugar al que tiene que ir. Antes de colgar, la voz dice: «Felicitaciones». Mario se despide de mí con un beso rápido en la frente y sale de prisa, mientras se ajusta el

pantalón.

Me quedo entonces sola en el hotel, en este hotel, imaginándolo rodeado de muchas personas, todas con una copa de champaña, que celebran su nombramiento en un cargo internacional en Roma. Mientras trato de no llorar, ellos brindan. No es grave, escucho que una voz me dice en la cabeza. Te vas a vivir a Roma, no es grave. Pero sé lo que implica. Me voy de mi país, de mi familia, de mis amigos, de la universidad en la que enseño.

Él debe viajar a comienzos del año que entra para empezar su trabajo, yo puedo ir cuando me dé la gana, total, nadie me espera. Pero sí debo renunciar a mi oficio de profesora, debo esperar a que mi hijo salga del colegio, debo empacar una casa. Debo, sobre todo, despedirme. Me esperan cinco o diez años, como mínimo, lejos. Es Roma, no te quejes, dice la voz. Pienso en mi papá. En el desarraigo. En los proyectos que quedarán inconclusos. Y la voz insiste en consolarme y yo pienso que no soy ni seré la última expatriada, y que tal como otras, comenzaré mi vida desde cero y que, en efecto, no será tan grave.

Pienso en Teresa y en el juego de té, que me ha obsesionado desde que me contó su historia hace un par de meses. Después de la cena en su casa, si bien no volvimos a mencionar el asunto de la herencia de los diccionarios, seguimos hablando de vez en cuando de la vejez, de la soledad, de la situación del país. Le había dicho ya a Teresa que esa historia del juego de té me obsesionaba y que me gustaría escribir sobre ella, pero sentada aquí me pregunto cómo sería escribir un libro de mi familia con tanta distancia física de por medio y siento que no tengo salida. Me parece una empresa imposible. Tomo el teléfono y le escribo a Teresa para darle la noticia. Le digo que no puedo escribir un libro estando tan lejos. «Carmen Fernández fue una rebelde, ella no se embarcó. El tuyo es un viaje distinto», me responde, y agrega un emoji de flores.

«¿Quién es Carmen Fernández?», le pregunto. «La esposa de Francisco Javier Caro», escribe, como si fuera lo más natural del mundo que la conociera.

Abro el computador. Total, me espera una noche en blanco. Cuando empiezo a leer, me doy cuenta de que Teresa guía mis pasos desde la

distancia. O tal vez son todas esas mujeres las que lo hacen. La certeza de que ellas han empezado a hablarme al oído me araña el alma con un zarpazo de tigre. Pertenezco. Soy. Provengo. Es un sentimiento aterrador y hermoso al tiempo.

Carmen es la primera, con ella empieza todo. La historia comienza en España, como tantas historias que se han vuelto nuestras. Comienza en el puerto de Cádiz, algo que tampoco es ajeno ya a nosotros. Como no lo es aquel muchacho que se embarca para atravesar el océano en busca de una tierra prometida. En esta ocasión, el joven se llama Francisco Javier Caro. No es pobre, ni expresidiario, ni viaja solo, ni se sube de polizón o de mozo de limpieza de un bergantín. Es un muchacho rico, que se embarca en la fragata Santa Catalina por orden del virrey Manuel Antonio Flórez, para posesionarse en América como oficial mayor de la Secretaría del Virreinato, un puesto burocrático que con seguridad pagaba bien y no implicaba mayor esfuerzo. Esta, claramente, no es una historia de heroísmo ni de conquista, no es una historia de gloria ni de batallas. Es una historia más política que cualquier otra cosa, pero tampoco alcanza para eso, porque Francisco Javier tenía pocas ambiciones, aparte de casarse con Carmen Fernández Sanjurjo, hija única, nacida en La Coruña y que había llegado a Bogotá en la comitiva de la virreina. Cuando ocurrió la ceremonia religiosa, ya Francisco llevaba cuatro años en América.

Las cartas en esa época eran lentas, pero eventualmente llegaban a su destinatario, y así fue como supo, poco después de su boda, que su padre había muerto y había dejado tres mujeres huérfanas y una herencia. Desde ahí, a Caro se le metió entre ceja y ceja que tenía que regresar a cuidar a sus hermanas y encargarse de las tierras que había heredado. Convenció a la recién casada y ambos empacaron sus chécheres y desanduvieron todo el camino hasta Cartagena, donde se embarcarían.

Me detengo. Pienso en Carmen Fernández Sanjurjo, la mujer de La Coruña, y me lleno de admiración. Empacó todo, como yo debo hacerlo. Pero ella hizo algo más. Se trepó a una mula que la llevó por caminos reales hasta Villeta. De ahí, otro trayecto a Honda y después en barco por el Magdalena, cargada con muebles, cuadros, ropa, enseres, piano y perro. Pienso en eso y siento que dirigir a unos

hombres que suben cajas de libros (mi mayor tesoro) en un camión, que sale por una carretera y llega a depositarlos en un contenedor en Cartagena, no es ni de cerca tan valiente ni tan poético.

Pero Teresa tenía razón: Carmen nunca se embarcó. Se arrepintió apenas vio los barcos mecerse perezosos en el horizonte del Caribe. Recordó el mareo constante, el olor a vómito, las ganas de arrojarse al mar y terminar de una vez por todas con el sufrimiento de la navegación. Recordó el sabor amargo de la cecina, el sol abrasador y las noches de tormenta. Y armó un berrinche. No me voy, imagino que le dijo a su marido. Ni muerta vuelvo a subirme en un monstruo de esos, debió chillar, y luego se quedó mirando al horizonte para despedirse para siempre de su España ya perdida.

Francisco Javier, resignado, escribió una carta en la que legaba todo a sus hermanas y la envió en el barco en el que debía haber viajado él. Dejó descansar a su esposa por unos días y apenas pararon las lluvias volvió a cargar las mulas con los baúles y a los esclavos con los muebles, y la pareja arrancó de nuevo a ver si lograban instalarse otra vez en su casa de Santafé para continuar su vida de criollos ricos.

También tengo una casa que dejo atrás. Una casa que hicimos con todos nuestros ahorros, convencidos de envejecer allá. Junto al río, en las montañas. Puedo llevar conmigo a Piro, el perro más pequeño, pero allá dejo al resto de mis animales: un gato energúmeno y dos perros más.

Cuando se llega la hora de partir hacia el aeropuerto, uno de ellos, un mastín fiel, percibe que me voy y trata de subirse al carro. Me arrancan lágrimas su desesperación, su soledad, sus ojos amarillos perpetuamente tristes. Me pregunto si volveré a vivir en mi casa. Me parece que no, que este es el comienzo de una vida distinta. Vicente se va a estudiar a París, una decisión que tomó antes de saber lo de Roma, impulsado por una sed loca de independencia y de ver mundo.

Es claro que mi hijo no quiere quedarse. Su vida está en otro lado, aunque no tiene claro dónde. Todavía no sabe si tomar un año sabático, si empezar a estudiar medicina, dónde va a vivir, qué va a cocinar. Por ahora se extiende ante él también ese universo amplio y

vacío que es el exilio, y se lo toma con calma. Compra chocolates en el aeropuerto y lo veo todavía niño. Nos queda el verano, que son un par de meses juntos, bajo el mismo techo, me digo, y eso me hace sentirme vieja y llena de miedo.

Ya me he despedido de todos, y en la sala de espera dejo de llorar. Me doy cuenta de que ya no escucho esa voz que me dice que todo estará bien. Empezar de nuevo en un país lejano tiene algo hermoso: reinventarse, olvidarse de todo lo malo y volver a comenzar. Eso me ha dicho todo el mundo. Pero en el avión, con la canasta del perro y una bolsa de tela que tiene dentro la historia de mi familia, me doy cuenta de que estoy llena de ataduras, de nostalgia, de recuerdos.

Un amigo de mi hijo me llama a despedirse, y me parece que hay algo poético en que sea un chico quien me diga que me va a extrañar. Dejo tanto atrás, pienso, y ya temo el olvido al apagar mi teléfono. Abro la canasta para acariciar a mi perro, que está quedándose dormido con el ronroneo del motor. Me pregunto si siente también incertidumbre, si tiene miedo, porque nunca ha estado dentro de una cesta o dentro de un avión.

Me encuentro flanqueada por Mario y Vicente, ambos un par de gigantes, y cuando volteo a mirarlos descubro que, como Piro, ya cerraron los ojos. Veo a Vicente dormir con placidez y me sorprende su tranquilidad. Él también deja todo atrás. Los recuerdos de su infancia, el río, las montañas, sus amigos. También empieza de cero y no sufre de ansiedad. Siento que el corazón me explota de amor y de angustia por su futuro. Me pregunto si antes los hijos eran tan preciados.

Francisco Javier Caro y Carmen Fernández tuvieron cuatro hijos. Antonio José, Rafael, María Josefa (a quien le decían Mariquita) y Manuel Javier, el cuarto, que murió joven.

Leo esto último, ya no en un computador en una noche de insomnio, sino en las páginas mojigatas de un libro que una descendiente, Margarita Holguín y Caro, escribe sobre su familia y el legado que dejaron en Colombia. El libro es un regalo de Teresa, que me dio antes de irme y me recomendó que lo cuidase.

Pocas horas antes de partir hacia Roma, fui a su casa a despedirme. Ya le había dicho que resultaría imposible escribir una novela de la familia a la distancia, pero ella hizo como si no me escuchara. Le llevé unos chocolates con frutos de la Amazonia. Açaí, copoazú, decía la caja, que tenía diseños indígenas en azul y blanco.

—A veces te pareces a mi hija Claudia —me soltó Teresa—. A ella le gustaba todo lo indígena.

Sentí un escalofrío, porque Claudia murió de cáncer. Era mayor que yo; nunca la conocí, pero fue novia de un amigo mío. Así es de pequeña mi ciudad, que todos nos conocemos a través de las generaciones.

Nos hallábamos en un pequeño estudio, atiborrado de recuerdos. Teresa buscaba afanosamente algo, no sé qué, y me desesperaba porque no la podía ayudar y se me hacía tarde para volver a casa por las maletas. Abría gavetas y cajones y sacaba cerros de cartas, guardadas primorosamente en sobres de papel de estraza.

—Esto es tuyo —me dijo, y me entregó un cartapacio de documentos—. Como son tuyas las joyas de Isabel Orrantia. Son pocas; ellos no eran ricos, pero tú eres la heredera.

Negué con la cabeza, pero recibí los papeles. Pensé en su hijo Gabriel, ese señor que no conozco, que tal vez jamás conozca, y en lo que diría de que una intrusa que tiene un apellido lejano se robe los papeles de su familia. Me avergoncé.

—Solo quiero tomarles fotos —dije—. Están más seguros contigo.

Teresa guardó silencio y pareció sentir alivio. Encendimos las lámparas de cristal del comedor porque estaba oscureciendo. Mi avión salía a la medianoche, por lo que miraba el reloj cada rato para calcular cuánto tiempo tenía. Como se hacía tarde, no me detuve en los documentos que fotografiaba pensando que luego tendría tiempo de verlos. Había unas cartas oficiales de Miguel Antonio Caro a Marco Fidel, que ignoré y luego me arrepentí.

Le dije a Teresa que quería ver el juego de té. Tomarle una foto. Ella accedió y me llevó a la cocina. Me pareció que era un sitio indigno para el juego de té, pero no dije nada. Vicenta se encontraba al fondo, en su habitación, viendo la tele. Es un apartamento tan grande que si algo le llegara a pasar a la una o a la otra, no se escucharía. Abrió una

gaveta alta, encima del lavaplatos, y vi el famoso juego.

Es blanco, blanquísimo como la porcelana fina. Tiene azul y dorado. Un juego más bien rococó. Quise saber de dónde era, y Teresa respondió que venía de Francia. Le pregunté si tenía la marca de Sèvres o de Limoges. Hace muchos años, trabajé brevemente para la sección de sociales de un periódico. Un día fui a una subasta de objetos antiguos para fotografiar a los asistentes, y el martillo me dio un breve curso sobre las antigüedades que vendería. Me dijo que la porcelana era muy difícil de datar, pero que parte de su calidad viene del origen, y que las finas están contramarcadas en la parte de abajo con la casa que las produce, así que quise constatar su origen, pero cuando iba a tomar una taza, Teresa me regañó con la dulzura de una abuela.

—No, mi amor, mejor la dejamos ahí. No tiene marcas, te lo digo yo.

Retiré la mano, y de nuevo me sentí una intrusa. Dije que me quería despedir de Vicenta y entré en su habitación para darle un abrazo, que ella recibió con algo de desconcierto. Cuando iba a abrazar a Teresa me dio el libro, llamado *Los Caro en Colombia,* y me dijo que era parte de mi propia historia. No tuve tiempo de reaccionar. Se hacía tarde, así que lo tomé y me fui corriendo, y a medida que bajaba las escaleras y salía a la calle vi que tenía llamadas perdidas y mensajes de preocupación. Había una comitiva esperándome para despedirme en el aeropuerto, amigos y familia, y yo estaba persiguiendo una historia que no podía sacudirme de encima ni siquiera con un océano de distancia.

El avión ya ha despegado cuando abro el libro, una edición de 1942 publicada por Editorial Antena y empastada en cuero, y lo primero que ocurre es que rasgo una página sin querer y me torturo pensando que así sería con aquel juego de té. Agradezco a todos los dioses porque tuve el tino de no traerlo conmigo al ático vacío donde debo vivir.

Casi nadie conoce a Antonio José Caro, el mayor de los Caro Fernández, pero casi todos conocen a su esposa, Nicolasa Ibáñez.

Bolívar solía decir que en Colombia no habría paz hasta que no hubieran muerto las hermanas Ibáñez, porque su belleza legendaria y sus camas calientes inspiraron a muchos y sedujeron a todos.

El problema entre Nicolasa y su marido fue que ella era hija de un patriota y él un realista a ultranza. Luchaban en dos bandos, podría decirse, y Antonio, por amor, quedó en el peor de los mundos. Por un lado, sus jefes españoles desconfiaban de él porque lo creían un espía, y por el otro, los patriotas lo metían preso cada tanto por traidor. Luego de trasegar por el Caribe, desde Cartagena hasta La Habana, pasando por Puerto Rico, Maracaibo y Jamaica, lo apresaron en Sabanilla y se lo llevaron a Mompox. Como buen político colombiano, Antonio José cambió de bando cuando le convino, y se volvió patriota para que Bolívar lo nombrara diputado por Santa Marta al Congreso de Cúcuta.

Este hombre en fuga, padre de José Eusebio y abuelo de Miguel Antonio Caro, no me interesa, sin embargo. Mi familia no viene de ese lado famoso e intelectual, sino del lado de los segundones, del lado de Rafael. Rafael, más silencioso que su hermano. Más prudente, acaso, aunque igualmente realista, fue condenado a muerte por José María Córdova, pero su pena se conmutó. Se casó con una mujer con seguridad menos bella, menos famosa, menos ardiente que la Ibáñez. Josefa Joaquina Tanco y Bosmeniel, se llamaba, y era cubana. Tuvieron diez hijos, cinco hombres y cinco mujeres, todas ellas llamadas María (María del Carmen, María de las Mercedes, María de Jesús, María de la Concepción). La mayor se llamó María Dolores.

María Dolores Caro Tanco nació en 1813, cuando Colombia todavía era un territorio en disputa entre los españoles y los colombianos. Pero nació en Bogotá, donde nunca se ha peleado una guerra, y en ese entonces, como ahora, era más parecida a un pueblo vasco con su llovizna perpetua que a la capital de un país en conflicto.

Dolores aparece brevemente mencionada en el diario de Rafael, su padre. Ella es una adolescente de trece, en 1826, cuando él escribe:

«Dolores desde por la mañana estuvo con Justina y Manuela (sus amigas de infancia), y con ellas se fue a ver la representación del *Guatimocín* de José Fernández Madrid en el Colegio de San Bartolomé… Hoy escribí una exhortación para Dolores».

Me imagino a una chica joven rodeada de sus dos fieles amigas, que va a ver una obra de teatro sobre un emperador mexicano. Puedo verlas cuchicheando y disfrutando ese momento juntas porque yo también fui adolescente y, como ellas, fui a un colegio de chicos a ver un espectáculo. Me pregunto, en cambio, qué puede significar una exhortación para Dolores. ¿Sería una tarea para el colegio? ¿Una oración? ¿Un discurso? ¿Una alabanza?

Me detengo. Han pasado casi cuatro horas desde que empecé a leer y ya todos en el avión están dormidos. Debo hacer lo mismo, porque me espera un viaje largo, eso lo sé por experiencia. Esta es la tercera vez que viajo a Roma en cuatro meses. La primera fui a llevar dos maletas con ropa, y la segunda, a recibir el apartamento en el que viviré. En ambas ocasiones nos hospedamos en un apartamento con techos altos y una cocina hechiza en una habitación. El arrendatario anterior de ese lugar había comprado dos sofás y unos cojines, así como un escritorio, dos camas gemelas y una doble. Ese fue el escaso mobiliario que tuvimos y que debíamos dejar intacto en ese apartamento impersonal, o pagar por cualquier cosa que nos quisiéramos llevar. Escogí un comedor, no porque fuera bonito —que no lo era—, sino porque en mi ático no había dónde sentarse. Compré sillas de plástico y un molde de horno, y la primera noche que dormí en mi casa, antes de la mudanza definitiva, traté de cocinar un pollo que quedó soso, porque el único condimento que tenía era sal.

Las luces del avión se encienden para despertarnos y mi primer pensamiento es para Carmen Fernández. La travesía mía parece muy fácil. Piro ha dormido toda la noche y se despierta con tanta hambre que el olor del desayuno lo hace llorar. Le parto un pan en pedazos y se lo doy con disimulo, metiendo la mano entre su canasta.

Una hora después, aterrizamos en París. Llego a un universo distinto. Me llama la atención la luz, el olor del aeropuerto, que no tiene nada que ver con mi mundo. No puedo decir que huela a *croissant* o a macarrones, ni a perfume ni a quesos maduros. Huele a un continente viejo, no sabría cómo más describirlo, aunque parece una frase paupérrima para un aroma tan particular.

Paseo a mi perro por los pasillos del aeropuerto durante la escala hacia Roma, con la esperanza de que orine en algún lado. Me preocupa que es aséptico, no ha hecho pipí desde que salimos de Bogotá, y se nota que sufre, pero es incapaz de levantar la pata en cualquier parte. Todavía nos quedan dos horas de vuelo y me pregunto si puede aguantar. Si yo puedo aguantar.

En el avión a Roma vuelvo a pensar en Dolores. Teresa me había dicho que en los papeles que llevaba estaba la razón por la cual Dolores se casó con el señor Bordita, como lo llama con familiaridad. Recuerdo el retrato de ese hombre, un lienzo que Teresa exhibe en el estudio, junto a los diccionarios. Se le ve poderoso y enigmático. Elegante, rico, todo un partido.

De la bolsa de tela en la que guardé los documentos que me dio Teresa saco un papel que, según ella, contenía toda la historia de Dolores, y encuentro en su lugar una anécdota de otra mujer, alguien que no tiene nada que ver con la familia, acaso una tía lejana. Habla de una fiesta o algo así. Al comienzo me cuesta trabajo entender. Vuelvo a leer, pero las letras bailan. Me concentro, pido agua y leo de nuevo. No me equivoco. Habla de Manuela, no de Dolores.

El corazón se me desboca. Me esperan por lo menos un par de horas de incertidumbre hasta llegar a Roma. De nuevo me doy cuenta de lo imposible que resulta escribir un libro con tanta distancia. Apenas he comenzado a leer y ya tengo un obstáculo insalvable. No es como si pudiera ir a la casa de Teresa y verificar la información, o llamarla y preguntar. Estoy a nueve mil kilómetros de distancia y a siete horas de diferencia y continúo alejándome de mi historia. Siento que no puedo ni siquiera comenzar a entender a esa primera mujer, a la dueña original del juego de té, porque no está por ningún lado. Teresa me dijo que Dolores tenía una voz hermosa, pero no la escucho. Me siento perdida, atormentada, con las manos vacías, como si hubiera abierto el cofre del tesoro y tuviera solo baratijas.

Se me ocurre que mi papá puede ayudarme. Prometió venir de visita al ático en unas semanas. Al aterrizar, solo debo pedirle el favor de que recoja los papeles donde Teresa. Los papeles que son. Con ese pensamiento me tranquilizo. No es como si no tuviera material, pienso. Regulo la respiración, termino el vaso de agua y vuelvo al libro

de los Caro a ver si encuentro alguna respuesta.

Al comienzo, cuando supe que vendría a vivir a Roma, no podía contarle a nadie. Nos pidieron guardar el secreto un mes. Luego, cuando se hizo público, no me atreví a contarle a mi papá. Todos sabían, todos callaban.

Me daba miedo, como me daba miedo cuando era adolescente pedir un permiso o llegar tarde o sacar una mala nota. No por mí, sino para no herirlo, para no causarle un disgusto. Sin embargo, debía decírselo, así que una noche lo invité a comer y le conté. Me temblaban las piernas y la comida me sabía a remedio. Me miró con ojos enrojecidos, se pasó un dedo por la garganta como si fuera un cuchillo y me dijo:

—Me mataste.

Después de eso, no se volvió a hablar del asunto. Mario viajó a Roma y yo me quedé atrás con la misión de empacar, algo que me negué a hacer hasta un mes antes, como si con eso pudiera retrasar lo inminente, o tal vez conservar una fachada de normalidad. Mientras tanto, mi papá seguía almorzando en mi casa los domingos y la única novedad fue que aprendí a hacer el café que antes hacía mi marido.

—¿Cómo están las cosas? —preguntaba mi papá, y ambos sabíamos a qué se refería.

—Todo tranquilo —contestaba yo, y cambiaba de tema para hablar del colegio de mi hijo, de una orquídea amarilla que acababa de florecer, de una noticia de orden público.

El hecho de poder viajar en las semanas siguientes a mi llegada a Roma pareció tranquilizar a mi papá. No había muebles, pero teníamos las camas gemelas y el comedor, y las sillas de plástico y un colchón. Él dormiría en una cama, mi hijo en la otra y nosotros en el colchón. Cada uno se prometió que todo estaría bien, supongo, y así fue como nos despedimos.

Espero a mi papá en el patio del edificio. Vivo en un lugar monumental, la sola entrada es intimidante. Tiene un portón de madera que se cierra en las noches, luego una reja de hierro de más de cuatro metros de altura y después un patio central alrededor del cual se construyó, en el siglo XVI; el *palazzo* (así se les llama a los edificios

de apartamentos, aunque este es también un palacio en todo su significado) tiene en el centro una columna de mármol con la inscripción «Semper Immota», siempre inamovible, siempre estática, siempre ahí. La familia, a eso se refiere la columna. La familia siempre está ahí.

—¡Qué calor! —me dice mi papá cuando me ve, a manera de saludo.

Entramos en la casa, yo arrastrando su maleta y él arrastrando su ánimo. Lleva ya mucho tiempo deprimido, y me pregunto si alguna vez volveré a verlo feliz. El litio no funciona, como no funcionan los amigos o los viajes o la pesca. Desde que se retiró lleva mal el olvido. Lee el periódico compulsivamente, en busca de viejos conocidos que siguen ejerciendo cargos en el gobierno, en los gremios, en la gerencia de una empresa, manejando sus fincas, cualquier actividad que los mantenga en el ojo de la prensa, y los critica con acidez. Los juzga por lo que sea, por corrupción, por pulcritud o por decrepitud.

Lo veo viejo, con un pantalón que conoció mejores tiempos hace treinta años y una camisa tan luida que parece transparente. Mi mamá hace falta, no solo físicamente, sino en estas cosas cotidianas. Ella lo obligaría a vestirse mejor, a usar zapatos de cuero menos gastados, le recordaría pasarse el cinturón por todas las trabillas del pantalón. Así lo había hecho tantos años. Lo había mandado a la guerra cotidiana de su trabajo armado de una corbata limpia y un cuello bien planchado. Ese hombre erguido y poderoso se ve ahora anciano, jorobado, mal vestido, taciturno, y lo más difícil para él es que a nadie parece importarle.

A pesar del aire acondicionado, mi papá sigue quejándose del calor. Lo convenzo de que vayamos de viaje unos días a la Toscana. Reservamos un hotel cerca de San Gimignano, un pueblo medieval que ha crecido sobre una montaña y que es famoso por sus torres y su belleza. Acepta a regañadientes, aunque advierte que hace demasiado calor para caminar.

Lo llevo y lo traigo a todas partes, con la docilidad de un niño. Vamos a comer aquí. Ahora un helado. A la cama, que ya es tarde. Solo me mira con ojos desamparados y obedece. No lo presiono con el encargo que le hice porque supongo que lo olvidó y no quiero que se sienta mal. Decido dejarlo pasar y empiezo a planear cuándo podré ir

de nuevo a Bogotá. Para cuando él llega, ya he terminado el libro de los Caro en Colombia. Me concentré en los diarios de Rafael, el hermano menor de Antonio, que están transcritos a retazos.

El abuelo Francisco Javier, el que nunca se embarcó de vuelta a España porque su esposa no quiso viajar, estaba enfermo. Era 1826, o sea, que Dolores tenía trece y su primo, José Eusebio Caro, nueve. La llevaban sus padres a visitar al viejo y ella se refugiaba en una esquina con su primo y lo escuchaban gritar. Francisco Javier andaba por la casa con el pantalón desabrochado, un sobretodo de lana y un par de abarcas de cabuya que mostraban sus pies hinchados. No reconocía a nadie y con frecuencia confundía a los niños estáticos de terror con los fantasmas que poblaban su mente brumosa y les tiraba lo que tuviera a la mano para hacerlos desaparecer.

El término «alzhéimer» se usa desde el siglo XX, cuando el científico Alois Alzheimer tipificó la enfermedad, pero la presiento en este viejo enfurecido, cuyos nietos temían. Siempre que Dolores lo visitaba, iba armada de un rosario de cuentas de madera de palo de rosa, bendecido, según le habían dicho, por el santo padre Pío VII, y traído de Italia por peregrinos benedictinos, que estaban de paso hacia Chile.

En los últimos días, el viejo dejó de caminar y la casa se sumió en el silencio y la penumbra. Para Dolores fue un alivio no escucharlo más y poco a poco las visitas se convirtieron en una excusa para ver a la familia. Ella y su primo jugaban adivinanzas o rezaban juntos para pasar el tiempo y los adultos conversaban en voz baja sobre el clima o las noticias de la ciudad. Francisco Javier, ya postrado en cama, tenía el cuerpo llagado, los huesos salidos y la piel apergaminada por la desnutrición, porque solo tomaba leche y dos cucharaditas de vino cada tres horas, según una receta casera de supervivencia.

Mi mamá murió de alzhéimer cuando mi hijo tenía la misma edad que José Eusebio. No estaba llagada ni tomaba solo leche, pero gritaba mucho. A Vicente no le gustaba verla así, le daba miedo. Cada vez que salíamos de la casa de mis papás, descendía sobre nosotros una especie de nube negra. Desandábamos el camino a casa en silencio, destruidos con los avances de la enfermedad, que eran retrocesos de la lucidez y

que ocurrían a un ritmo trepidante.

Rafael escribió en su diario que le avisaron de la muerte de su padre a las tres y cuarto de la madrugada. Supongo que fueron a golpear a la puerta de su casa. Se levantó de la cama, se vistió, despertó a su mujer y a su hija Dolores, porque la muerte era un asunto femenino, y una hora y media después llegó a la iglesia de la Candelaria. Tardó otra media hora golpeando antes de que le abriera el cura y le diera la mortaja, y luego la llevó donde su esposa para que ellas arreglaran el cuerpo.

A mí me avisaron un viernes de enero, a las siete de la noche. Hacía frío, porque en el «verano» bogotano los días son calientes y las temperaturas bajan dramáticamente en la noche. Había estado en casa de mi mamá ese mismo día, reunida con mis hermanos y mi papá, tomando decisiones sobre el futuro.

Quería internarla en un hogar especializado, pero mis hermanos se negaban. La imaginaban languideciendo sin los cuidados de su casa, abandonada a su suerte y rodeada de extraños. Mi preocupación no era ella, sin embargo, sino mi papá. Lo veía agotado porque pasaba los días cuidándola. En ese momento, llevaba ya varias noches sin dormir porque ella estaba resfriada.

Mientras discutíamos las opciones, llegó un médico domiciliario a examinarla. Dijo que no podría comer más sólidos, que pronto tocaría alimentarla por sonda. Dijo también que necesitaba un nebulizador con urgencia y que no era una buena idea hospitalizarla. Antes de irse, el doctor se quedó mirándome como si quisiera decirme algo, pero al final se mordió el labio inferior y guardó silencio. Ante las noticias, la decisión de internarla se volvió impostergable. Mis hermanos accedieron, muy a su pesar, y decidimos tomarnos unos días para buscar un hogar que pudiera recibirla en ese estado de inconsciencia. Al despedirme esa tarde, le prometí a mi mamá que regresaría al día siguiente, cuando debía cuidarla. Le toqué la cabeza, le dije hasta luego y ella me respondió con un gorgoteo infantil. La siguiente vez que la vi estaba casi del todo fría, acostada en la cama matrimonial con las manos entrelazadas sobre el pecho.

En la velación, vi que le habían pintado una leve sonrisa en el rostro. Me pareció que lucía demasiado maquillada y con un gesto

impropio de ella. Me encargué de todo. Del acta de defunción, la funeraria, la cremación, el traje que vestiría. Mi papá y mis hermanos estaban confundidos, lidiando cada uno con su propio dolor, y eran incapaces de hacer algo distinto que llorar. La muerte sigue siendo un asunto femenino. Después de enterrarla fuimos a casa de mis papás, que desde ese momento y para siempre se convertiría en la casa de mi papá, en singular, y me senté con él a llenar el crucigrama del domingo. Parecía un ritual más sagrado y urgente que cualquier otro, porque llevábamos dos días sin parar de ver gente, de recibir abrazos, de escuchar palabras vacías y sin sentido. De alguna manera, llenar un crucigrama le devolvía precisión al mundo y sosiego al alma.

El funeral del abuelo Caro costó diez pesos, siete de los cuales fueron para el cura, dos para el sacristán y uno para el mayordomo de fábrica, como se le decía al encargado de recibir las rentas. Antonio José había tenido líos con la justicia, por lo que entraba y salía de sus vidas y no tomaba parte en los asuntos familiares. Hacía rato no sabían de él, excepto que se encontraba en la Costa y que ocasionalmente viajaba a Ocaña. Rafael entonces asumía los gastos y las obligaciones, y aunque no era pobre, diez pesos eran una cantidad importante y en su casa no guardaba tanto dinero. Buscó en el baúl, en su escritorio, en un portafolios que escondía celosamente cerca de su cama y solo pudo reunir lo del sacerdote, pero un amigo le prestó el resto.

El entierro había terminado a las cuatro y media de la tarde y fue poco concurrido. El viejo, ya viudo, no tenía quién lo llorara, excepto su familia, y mientras leo esto, lloro por él. Porque su condición de exiliado era, como la mía, una dualidad. Tenía el corazón roto entre la familia paterna y la esposa. Entre el amor viejo y el nuevo, entre el pasado de España y el futuro de América, y así se murió, roto, lejos de su país, y de sus hermanas, que quién sabe si seguirían con vida. ¿Tendría sobrinos? ¿Una familia enorme que le guardara luto? ¿A alguien en el otro lado del mundo le importó? ¿Se habrán enterado siquiera?

Los cipreses son el árbol de la muerte para los italianos, y con frecuencia los veo rodeando los cementerios. Para mí, son el símbolo de la soledad. No tienen ramas desordenadas como los árboles

normales o como los genealógicos, sino que crecen puntudos y densos y solos hasta el infinito. Imagino la muerte en un país lejano, imagino la soledad de estar enterrada lejos de Colombia, bajo un ciprés, y siento un vacío. Tal vez uno deba estar donde están sus muertos. Tal vez no importe, después de todo. Porque, en cualquier caso, la vida sigue. El muerto al hoyo y el vivo al baile, dicen. Después del entierro de mi abuela fui a ver un partido de voleibol con mis primas. Mi hijo salió con sus amigos luego del entierro de su abuela. Pocos días después de la muerte de un amigo hubo una fiesta en la que bailamos hasta el amanecer. La vida siguió también para los Caro.

Luego del entierro del abuelo, Dolores fue con su madre a casa de Mariquita, la tía solterona, hermana de Rafael. Mariquita fue la maestra de José Eusebio, por lo que él también estaba ese día ahí. Me pregunto qué hicieron luego del funeral. Si rezaron, si jugaron, si se dedicaron a soñar con el futuro. Ambos primos tuvieron vidas trágicas, cada uno a su manera, pero en ese entonces compartían el dolor único de perder a un ser querido. Ella era cuatro años mayor, por lo que lo debía ver como un muchachito, que se hizo hombre rápidamente, porque le esperaban años terribles. Poco después de la muerte del abuelo, otra tragedia conmovió a la familia: Antonio José Caro, que era el padre de José Eusebio, se había quedado ciego. Escribió en agosto desde Ocaña; en realidad, dictó la carta, pero las noticias no volaban aún, así que supieron un mes más tarde que no veía. Para comienzos de 1827, el ciego había llegado a Bogotá.

Un año más tarde, Dolores, de quince años, tuvo hermanos nuevos, los mellizos, Félix y María de Jesús, a quienes se entregó por completo. A pesar de los sirvientes y la nodriza, ella era quien los cambiaba, quien los cargaba, quien velaba por su salud. Los veía, más que como sus hermanos, como dos hijos nacidos a destiempo, o tal vez como muñecos con los cuales pasar sus últimos años de infancia.

La suya era una familia enorme, poco común en Bogotá, incluso en esa época. Diez hijos, bueno, nueve, porque una nació y murió enseguida; otra tragedia. No inusual, porque los niños morían. Llegar a la edad adulta sin enfermedades graves suponía un reto y los padres subsanaban la ausencia con más hijos, que seguían encomendando a Dios para que los protegiera y así pudieran salvar a la familia de la

ignominia o del olvido.

En 1830 Dolores fue a visitar por última vez a su tío Antonio José, que agonizaba aquella tarde del 13 de noviembre. A Dolores la llevaban a todas partes ya a sus diecisiete, porque su vocación religiosa era tan marcada que había quienes creían que era un canal directo al cielo. Milagros no le achacaron, pero sí era famoso el poder de su oración. Ese día, cuando salió de casa de su primo, le dijo a José Eusebio que necesitaría fuerza. Él creyó que se refería a la fuerza espiritual, pero dos semanas más tarde necesitó toda la fuerza física para sostener a su padre, que murió en sus brazos. Antonio José tenía cuarenta y siete años, cinco meses y diecisiete días, y su entierro, como el de Francisco Javier, pasó desapercibido.

Ahí se pierde el rastro de Dolores en el diario. A los diecisiete su padre no la menciona más, excepto para decir una vez que no fue a la escuela por estar enferma. Supongo que no era mucho lo que una niña podía estudiar en esa época. Quién sabe si Dolores quiso, si le gustaban los libros. No parece que se esforzara en leer algo distinto de un misal.

Una noche, de regreso en Roma, mi papá saca un libro de su maleta y me lo entrega.

—Tú ya lo debes tener, pero te lo vuelvo a dar por si acaso se te perdió.

Es un libro con la historia de mi familia. No lo había perdido, lo había tirado a la basura después de mirar por encima que habla solo del lado masculino, los que llevan el apellido. Las mujeres éramos nombres, envases para transportarlos a ellos. Nosotras no pertenecíamos, como ellos, al linaje Orrantia. Nosotras no habíamos venido de aquel lugar, una aldea microscópica entre las montañas del País Vasco llamada Orrantia, a donde fui con mi papá buscando el origen de mi apellido, en un viaje que resultó más bien un periplo hacia la nostalgia. Mi papá se bajó del carro a hablar con el único hombre que estaba ahí, un tipo flaco y desgarbado de overol azul y ojos del color exacto de su atuendo. Lloviznaba. El hombre hacía algo frente a la casa, tal vez arreglaba una reja o un jardín. Con orgullo, mi

papá le dijo que nuestro apellido era el nombre de su aldea. El tipo lo miró con ojos vacíos, asintió, y luego dijo que había muchos con el mismo apellido en todo el País Vasco.

No sé si mi papá pensó que nos iban a poner una medalla en una ceremonia improvisada con el hombre del overol, o si alguien abriría la iglesia (que ha permanecido cerrada durante años, nos dijo, porque allá hay nueve habitantes y ninguno de ellos se ha casado, ha tenido hijos o se ha muerto). Al final, hicimos un picnic en un prado sobre la carretera, mirando las cuatro casas del lugar y sintiendo la lluvia helada sobre nuestras cabezas.

El libro que me entrega tiene muchos más habitantes que la aldea. Es un compendio de nombres, profesiones, procedencias y cargos públicos, destinado a mostrar que hemos sido algo más que unos vascos refundidos en las montañas de América. Vuelvo a abrirlo, con la esperanza de encontrar algo distinto de un árbol genealógico, y me pierdo en el laberinto de los tíos, los tatarabuelos, los bisnietos, y siento náuseas de un libro que intenta inventar un abolengo cuando lo cierto es que descendemos de pastores.

Acabamos de comer, una cena casera que todavía no sabe a casa. Me pregunto cuándo se acabarán estas vacaciones, y miro el ático semivacío y me doy cuenta de que me hacen falta mi paisaje montañoso, mi rutina, mi espacio. Me hacen falta la cocina de mi casa, los perros echados a mi lado mientras llueve afuera, la luz que entra por mi ventana. Los libros. Me hacen falta sobre todo los libros, que están en una aduana o viajando en altamar.

—Papá —empiezo—. ¿Cuál es la historia de Dolores?

Él abre el libro.

—Ahí no está —digo, tercamente—. ¿No la escuchaste tú?

Guarda silencio un rato, mientras busca en un índice. Mi papá ha hojeado este libro incontables veces, me digo. De pronto, comienza a leer.

—Existe una anécdota muy simpática sobre doña María Dolores Caro, madre de María Antonia Borda de Orrantia…

Según lo que cuenta el libro, la anécdota no me parece simpática en lo más mínimo. Dolores, dice, la mayor de las hijas de Rafael Caro, era hermosa y muy católica. Tanto, que salía a la calle vestida de hábito,

por lo que la llamaban «la Beatica». Mientras que el «señor Bordita» de Teresa, el hombre poderoso y autoritario de la pintura, ese que parecía un buen partido, era en realidad un depredador. Para mí, Carlos Borda es un monstruo, un criminal que se salió con la suya porque la época era así, porque la sociedad era así, porque la beata no pudo hacer nada.

Dice la historia que Borda era un comerciante rico, que estaba muy enamorado de Dolores. Ella claramente no le correspondía, porque había decidido tomar los hábitos y entrar al convento de la Enseñanza. Era tal su obsesión con Dios, que hizo que sus padres le construyeran una pequeña celda en el jardín de la casa, en la que vivía orando a la espera de su entrada final al convento. Ahí comía, ahí dormía, ahí hacía penitencia.

La imagino día y noche con un sayo burdo, acompañada de una criada, comiendo poco y durmiendo menos, y feliz en su condición virginal. Era claro que no pensaba en ningún hombre, que no moría de amor por Borda, que no escribía cartas apasionadas a su nombre. Pero él, un macho rico y acostumbrado a ganar, no podía permitir que Dolores se le escapara de las manos. Después de regresar de un viaje a Europa se enteró de que su amada iba a tomar los hábitos al final de la semana, así que se plantó frente a su casa y averiguó «no se sabe cómo», dice el libro, pero yo supongo que fue de la manera más vieja del mundo, sobornando a quienes tenían acceso a la niña, sus criados, su círculo íntimo, que la chica entraba dos veces a la semana a la casa de sus padres, donde tomaba clases de canto en un salón.

El día de la clase, Borda llegó temprano. Se detuvo frente a la casa y esperó a que llegara el profesor de canto. La criada que abrió la puerta esa mañana alcanzó a ver la silueta de Borda entre la bruma y la llovizna y presintió que algo malo iba a ocurrir, pero cerró y pasó la aldaba tras el maestro de la niña, se echó la bendición y lo acompañó hasta la estancia.

El mobiliario de la casa era sobrio pero exquisito, de maderas de comino crespo, de roble y de cedro. Había una imagen de san Jorge sobre el caballo, una estatua de la Dolorosa, un centro de mesa de

plata bruñida, cojines de terciopelo y tapetes bordados de seda y oro. Rafael Caro había heredado las cosas de Carmen Fernández Sanjurjo, la amazona que se negó a irse del país por miedo a vomitar las entrañas en el océano. Más sensato que su hermano, no había tenido una vida azarosa sino una plácida adultez, donde lo único que lo aquejaba era un dolor en los pies que lo postraba en cama por días.

Su mayor reliquia era un piano de media cola, que había llegado desde Cartagena de Indias, transportado en las espaldas de una decena de esclavos. Tenía un pequeño rasguño en una de sus patas, porque casi se desbarranca a la altura de Guaduas, debido a la temporada de lluvias. Se cayó,, y si no hubiera sido por Martín, un negro que luego se volvió cimarrón y que fue experto desde siempre con las cuerdas, el piano habría ido a parar al fondo de un abismo. Él fue quien lo ató, y él fue quien lo sostuvo con sus músculos portentosos, hasta que otros cuatro fueron a ayudarlo y debido a que la soga se le enredó en la mano, Martín perdió la falange del índice izquierdo y años más tarde, cuando recordaba ese día, pensaba que debería haber dejado caer el instrumento, porque igual nunca iba a escucharlo y, en cambio, no pudo volver a tocar su tiple.

La niña estaba ya en el salón de música que aquel piano ocupaba casi en su totalidad, con su hábito de burda tela marrón y una mantilla de encaje blanco que desentonaba con lo paupérrimo de su traje. Se encontraba de pie frente a su maestro, calentando la voz con unos ejercicios en italiano que él le había enseñado, comenzando en re. *Cucú, cucú, aprile non c'è piú*, cantaba la Beatica, menuda y magra por tanto ayuno, con una voz de cristal que se hizo añicos cuando escuchó el estruendo de la puerta.

Borda estaba en el corredor, vociferando insultos, exigiendo que lo dejaran entrar, empujando a la criada que fue a abrir y demandándole a Dolores que le plantara cara, porque venía a proponerle matrimonio.

—¡Lárguese! —le gritó al profesor, que recogió las partituras que se habían caído al piso y las metió como pudo en un portafolios de cuero que le había robado a su padre, un hombre mitad napolitano y mitad gallego que lo había maltratado desde niño —el profesor había crecido bajo el dominio de un papá monstruoso, que le decía que su talento mediocre no le alcanzaría para ser un músico reconocido, y fue tan

perentoria la sentencia, que el hombre viajó a América para no estar cerca de la influencia nefasta de su progenitor y terminó cumpliendo la profecía—. Huyó asustado el profesor, porque eso era lo que había hecho siempre. Cerró la puerta de la sala y le dijo a la criada que llamara a sus amos, que él no respondía por el honor de la doncella y que tampoco cobraría la lección inacabada, porque era cobarde pero no falto de ética. El reloj del salón principal marcó las once de la mañana, pero nadie lo escuchó porque Carlos Borda tiró la puerta en ese preciso instante y solo se oyó el ruido del cerrojo.

Rafael Caro se encontraba en su despacho. Era el segundo secretario del Congreso, un cargo más pomposo en su nombre que en su forma, porque no era mucho lo que hacía. En el momento en que entró el chico a avisarle, Rafael se encontraba jugando a atrapar una mosca que se había detenido sobre el escritorio de cuero y madera. La quería viva, porque había comprado una lupa y todavía no había podido estrenar su lente, así que tomó un vaso de cristal y estaba a punto de encerrarla en la jaula transparente cuando escuchó el grito.

—¡Don! —dijo el niño, que entró como una bala en la oficina. Los funcionarios, ocupados en deberes tan insulsos como el de Rafael, levantaron la vista y vieron un relámpago marrón—. ¡Don! —repitió el chico, que se quedó paralizado frente al espectáculo de un señor sosteniendo sobre la cabeza un vaso de cristal.

Rafael levantó la mirada, se sintió avergonzado, bajó la mano y le gritó qué quería, por qué lo interrumpía, cómo había entrado.

—¡Se metieron a su casa! —explicó entonces el niño, jadeante y con los ojos abiertos como platos.

«Los ladrones», pensó Rafael. «La chusma enchichada», siguió pensando mientras se ponía el abrigo negro y tomaba su sombrero. La ira le hacía temblar la carraca y cualquiera habría pensado que se trataba del miedo. Miedo a la cárcel, miedo a la revolución, miedo al rey de España y a su ejército que, aunque vencidos, venían en las noches de fantasmas a cobrarle cuentas por haberse cambiado de bando. En realidad, Rafael estaba furioso, no asustado. Pensaba en la platería, en las joyas familiares, en el honor de sus mujeres, y se culpaba porque no había dejado a nadie, ni un centinela ni un guardián, sino un mozo descalzo y jovencísimo para defender su casa.

Renqueó las tres cuadras que lo separaban de la puerta principal, pero no veía nada. Ni turba, ni curiosos, ni mujeres lloriqueando en las ventanas. Tampoco escuchaba nada. La puerta estaba cerrada, y mientras golpeaba el aldabón dudó de si el chico que había traído el recado le mentiría por una moneda. Pero ahí estaba a su lado, con cara de congoja, con la mirada límpida de la verdad.

La criada abrió la puerta y vio la misma cara en ella. Los ojos grandes, llorosos, el labio curvado en un puchero.

—Está con la niña —saludó la criada y se hizo a un lado para que Rafael cojeara hasta la estancia principal, todavía sin entender a cuál de todas las niñas se refería la mujer y, sobre todo, a quién era el que estaba con ella.

Joaquina Josefa Tanco y Bosmeniel, la cubana, se encontraba de pie en el salón, sola, pálida, con la mirada perdida. Rafael Caro tuvo que sacudirla para que le contara que Dolores estaba encerrada con un hombre en el salón de música.

—La secuestró —le dijo en un susurro.

Rafael gritó para que alguien le trajera un arma, un mosquete, una pistola, un cuchillo de cocina, y al cabo llegó una criada con un hacha pequeña para destazar animales, mellada y envejecida.

—¿Quién es? —se le ocurrió preguntar a Rafael después de tener el hacha en la mano y cuando ya se dirigía a la sala de música.

—Carlos Borda —respondió su mujer, caminando detrás de él, siguiéndole el paso renco y atolondrado por el corredor.

Rafael se detuvo entonces, bajó el hacha y se giró hacia su mujer.

—Ah, es un caballero.

—Es un hombre.

—Pero es un comerciante rico.

—Pero sigue siendo un hombre.

—No hay mucho que podamos hacer. Debemos esperar.

—Pero… —a Josefa se le ahogaron las palabras porque no sabía cómo responder a semejante despropósito.

Caro se encontraba ya frente a la puerta y dudó un poco antes de golpear. Una voz preguntó qué era lo que querían.

—Soy Rafael Caro, quiero saber si mi hija está con vida.

—Su hija está a mi cuidado, señor. Está con vida. Le sugiero que se

vaya, que esto va para largo.

—¡Dolores! —gritó la madre—. ¡Doloritas, por el amor de Dios! ¿Estás bien?

Rafael encaró a su mujer con ojos de odio, la tomó del brazo y le escupió al oído:

—¡Cállate, mujer, que ofendes al señor Borda!

—Pero… —volvió a comenzar la cubana, y de nuevo se quedó sin palabras frente a la locura.

Borda era un hombre importante, pero ni toda la riqueza del mundo hacía mella en la tristeza de Josefa, que se imaginaba a su hija presa de ese hombre energúmeno y entregándole su honor, quién sabe si por la fuerza.

—Esta alianza nos conviene más que el convento —razonó Rafael, mientras llevaba de la mano a su mujer hacia el comedor—. Vamos a almorzar con calma y lo discutimos. Es un caballero, ya te dije. Él es incapaz de ponerle un dedo encima.

Josefa no pudo probar bocado. Cada ruido la sobresaltaba. Un cucharón que se caía, una campana que sonaba, un niño que chillaba. Todas eran señales de que algo le ocurría a su hija allá adentro, pero su marido la frenaba con la mirada y con argumentos sobre el poder, los buenos matrimonios, la tranquilidad económica, el apellido, y ella solo podía repetir «pero…» y desmadejarse en la silla de nuevo.

Cuando se pusieron de pie, la pareja fue a montar guardia junto a la puerta del salón de música, mientras el resto de la casa lentamente retomaba sus actividades. Las criadas atendieron a los niños, regaron las plantas del jardín, recogieron los cubiertos de plata del comedor principal, plancharon los lienzos bordados a mano por monjas adolescentes en un convento sevillano y, cuando cayó la tarde, se prepararon para servir la merienda en primorosas tazas de porcelana rosadas, que llenaron con chocolate humeante.

Aparte, pusieron trozos de queso fresco, mermelada de mora y agraz, colaciones de harinas exóticas y galletas polvosas que hacía una cocinera llamada Concepción, cuya receta había aprendido de su abuela Hilda, una alemana que había huido a San Sebastián, en el País Vasco, perseguida por los luteranos.

Mientras los niños tomaban su chocolate en la mesa, la pareja Caro

se hizo servir en el salón principal, donde podían escuchar con mayor claridad los débiles quejidos de su hija y algunas palabras que pronunciaba Borda en su deseo febril.

Matarla, decía. Matarme. Amor. La única. Dios. A veces les parecía que suplicaba, a veces que daba órdenes. A ratos el silencio era tan denso que se escuchaban a sí mismos masticando las colaciones y sorbiendo el chocolate. Las cucharillas sonaban como las campanas de una catedral, la respiración era el jadeo de una bestia enjaulada, el ir y venir de los sirvientes una estampida de elefantes.

Pasó la merienda y todos volvieron a lo suyo, aunque algunos con el alma en otra parte. Rafael se encerró a trabajar en el estudio, pero antes pensó (y dijo) que todo estaba en manos de Dios. Josefa siguió montando guardia desde la sala, mientras bordaba la solapa de una chaquetilla a la luz de la vela y pensaba en el honor de su hija mayor. El servicio volvió a sus labores pensando en el descanso que ya se acercaba y los niños volvieron a sus juegos sin pensar en nada. Llegó la noche helada y se encendieron los braseros, se cerraron las ventanas, se pasaron los postigos, y si no es porque Rafael les grita que se detengan, que aún hay un extraño en casa, alguien habría echado la tranca y se habrían ido los esclavos a dormir.

La pareja se reunió de nuevo después de tomar un caldo de pollo al filo de las siete de la noche, armados solo de cuatro velas encendidas. Fueron juntos hasta la entrada del salón, y Rafael Caro tocó la puerta y levantó su voz todo lo que pudo.

—Señor Borda, hágame el favor y me dice qué está pasando allá adentro. Ya hemos tenido suficiente.

Silencio.

—Señor Borda, por Dios Santo, sea un caballero y preséntese.

Josefa Joaquina no aguantó más.

—Canta si estás viva.

De la estancia salió un canto tenue. La niña tarareaba un himno a la Virgen y su voz sonaba destemplada y lúgubre. Su madre empezó a llorar y se dejó caer en el suelo del corredor.

—De aquí no me voy hasta que Dolores abra la puerta —le dijo a Rafael, en la primera muestra de independencia que había tenido en todo el día. Su marido suspiró y se sentó en el suelo frío a esperar con

ella.

Borda abrió la puerta a las nueve de la noche. Se encontraba en mangas de camisa, tenía el corbatín desabrochado y los ojos enloquecidos. Con voz ronca, les pidió que entraran.

Rafael ayudó a su esposa a ponerse de pie. Los nueve embarazos (y los diez hijos) le habían dejado un dolor de espalda crónico y un sobrepeso monumental. Ambos siguieron a Borda a la estancia en penumbras, iluminada apenas por un velón que descansaba sobre una mesita auxiliar. Dolores estaba escurrida en un sillón, con la cara lívida, a punto de desmayarse. Abrió los ojos y pidió una manta. Rafael gritó y alguna criada la llevó con velocidad de rayo. Llevaron también una jarra de agua y una de vino y le dieron a la beata una copa para revivirla.

—La señorita Dolores ha accedido a ser mi esposa —dijo Borda.

Josefa se llevó las manos a la boca reprimiendo un grito. No por lo que había dicho Borda sino porque había notado que el sayo de su hija estaba rasgado hasta arriba de la rodilla. La miró con compasión, pero Dolores desvió los ojos.

—Con la condición de que la boda se lleve a cabo lo más pronto posible —dijo Dolores.

Rafael Caro no pudo disimular una tímida sonrisa en su rostro.

Vamos a *El trovador*, que se presenta al aire libre en el Circo Massimo. Siempre me ha gustado la ópera. De niña la veía en blanco y negro, en un programa de Colcultura que daban los domingos en la noche. Escuchaba las arias mientras hacía ejercicios del álgebra de Baldor, y era mi forma preferida de terminar el fin de semana. Mi papá cuenta que alquiló un esmoquin para ver justamente *El trovador*, la única ópera en vivo de su vida, en el teatro Colón, probablemente en los años sesenta. Está emocionado por el coro de los martillos y yo lloro porque lo reconozco entre la música que pobló mi infancia.

Un hombre canta que si Leonora no es suya no será de nadie más. Leonora aparece vestida de negro, con un velo sobre la cara porque va a volverse monja, creyendo que su amor murió. El celoso repite: «Si no es mía, no será ni siquiera de Dios». Me puedo imaginar a Carlos Borda

diciendo eso. Después de todo, Verdi la estrenó en 1853, así que eran contemporáneos. La ópera parece exagerada, lo sé, pero la vida es así.

Regresamos a casa caminando, y en el camino se me ocurre que tal vez el de Borda es un cuento que ha sido adornado de generación en generación. A lo mejor todos le hemos puesto un poco de picante. Tal vez no la encerró, me digo. Tal vez la convenció de casarse cantándole un aria.

Apenas llegamos, abro el computador. Es tarde y todos se van a dormir, pero la música me retumba en la cabeza todavía y la historia trágica de aquella mujer que no pudo casarse con su amor me perturba. Busco en el árbol genealógico y dice que Carlos Borda Romero se casó en primeras nupcias con Dolores Caro Tanco. Mientras me lavo los dientes, me pregunto cómo habrá sido ese matrimonio, esas primeras nupcias.

Rápidas, eso sí es seguro. Probablemente sencillas. Ella duró poco preparando su boda, no solo porque su única condición para casarse fue hacerlo de manera expedita sino porque una mujer que vivía en una celda y que vestía un hábito no debía de desear un traje finísimo, una fiesta concurrida o un banquete pantagruélico. Aun así, es la primera de todas en tener ese lujoso juego de té. Un juego de té para las tardes bogotanas, cuando la neblina baja y las familias se recogen. Ahora que lo pienso, en mi casa siempre se tomó el té. A las cinco, más o menos. Nunca chocolate, porque a mi abuela la educó una mujer inglesa, entonces la acostumbró al té negro con leche. Lo servían en una tetera de plata, con sus iniciales, que son las mismas mías. Heredé esa tetera, la jarrita de la leche y la azucarera, así que de alguna forma ya puedo decir que heredé un juego de té que jamás he usado. Pero no este. No el de Dolores, que es de porcelana blanca, con una franja azul y decoraciones de oro desde la base hasta la punta, incluida una especie de rejilla que forma el oro sobre la mitad de las tazas, unas flores en el borde superior, y el monograma DCdeB (Dolores Caro de Borda).

Quiero saber de dónde viene. Tal vez, si no lo puedo tocar, debo ir a la fuente, a Sèvres, para ver si ahí hay algo parecido. Total, debo ir a París en un par de semanas con Vicente a recibir su nuevo apartamento, a ver la universidad, a enseñarle a tomar un metro. Con

ese pensamiento me voy a dormir.

Europa es otro mundo. Más fácil para muchas cosas, más difícil para casi todo. El idioma, pero eso es lo obvio, es la primera barrera. La más difícil, sin embargo, es la barrera de las costumbres, la forma de hacer las cosas, que me sorprende. Creo que Vicente logró conseguir una habitación en una residencia universitaria, y cuando verifico, ni siquiera está en la lista de espera. Hay lista de espera, me digo. No es como en las películas, que a los estudiantes se les asigna una habitación apenas llegan. Pero las películas son gringas, no francesas, y esta es la realidad, no una pantalla de cine. Aquí cada cual se defiende como puede, y faltando dos semanas para comenzar la universidad, mi hijo todavía no tiene dónde vivir.

Me dedico entonces a buscar apartamentos en páginas web. Escribo correos en un francés casi ilegible, traducido por el internet. Explico que soy la mamá, que él es menor de edad, que necesito un lugar donde pueda vivir, que estudiará medicina y que, si bien es colombiano, se comporta como francés, o como suizo, o como un monje cartujo, porque no le gusta la música (miento), ni las fiestas (miento de nuevo) y somos una familia decente (digo, sin saber bien si miento o no). Vicente hace lo suyo con un francés perfecto. Llama, escribe, busca, pide y nadie responde. Solo dos personas contestan el teléfono: una mujer, que se disculpa porque ya alquiló el apartamento, y un hombre que dice que tiene demasiadas solicitudes y que quiere conocerlo para ver si lo considera. «¿Cuándo?» «Ya mismo», dice el tipo. «Estamos en Roma», respondemos, y él cuelga el teléfono.

Vamos a almorzar. No tengo hambre, pero debemos comer algo. A una cuadra de la casa hay un restaurante familiar, una *trattoria*. Pido un pollo al horno y no soy capaz de probar la pierna escuálida y grasosa que llega a mi mesa. Me dedico a mirar el restaurante, a los meseros, a los dueños, y descubro que son una familia. El papá sirve los platos, la mamá en la caja, los chicos en la cocina abierta. Pienso si Vicente debe quedarse conmigo, cuánto puedo protegerlo, cuánto pueden proteger los padres a los hijos.

María Dolores Caro tenía por padres a dos indolentes, ocupados en

lo suyo, que no rompieron la puerta a patadas para sacarla del secuestro de Borda. Puede ser porque tenían otros hijos que atender, negocios, una reputación. Puede ser por cobardía. Yo solo tengo uno, un hijo. Mi vida entera, Vicente, que empaca una maleta en la habitación contigua, y yo sufro porque no sé dónde va a vivir. Mario ha estado en la oficina todo el día, y cuando llega nos mira con cara de que ve un culebrón mexicano y promete solucionarlo.

Olvido a Dolores durante la noche. Olvido la porcelana, olvido el libro y me dedico a llorar. No puedo detenerme. Es un llanto de animal herido, me siento indefensa y frágil, sin saber moverme por las telarañas de la sociedad, sin comprender el idioma ni las costumbres ni la historia de estos pueblos. Me siento sola, dejada a la deriva con un cachorro que necesita un techo y no puedo dárselo. Y cuando creo que ya no puedo más, la hermana de un amigo me ofrece un lugar donde Vicente puede vivir.

Es una habitación de diecisiete metros cuadrados, donde hay un baño, una cocina, un sofá cama y una mesa. Una habitación lejos de la universidad, con una ventana que da a un patio interior, en un corredor estrecho y oscuro. Alguien en el piso de arriba aporrea un piano, y se escucha el taconeo de los residentes que entran y salen. En los últimos días de verano le falta luz, pero no quiero preguntarme cómo será en el invierno, porque no puedo darme el lujo de escoger. Aquí llego con las maletas de Vicente, una grande y una pequeña, todas sus posesiones materiales, y aquí dormimos la primera noche, apretujados en el sofá cama semidoble. Cuando amanece, acompaño a mi hijo a una estación de metro. Le enseño a comprar los tiquetes y le muestro la línea que tomaremos hacia el hospital universitario, donde tiene que registrarse. Entramos en el edificio y parece más una universidad que un centro de salud. Hay jóvenes por todas partes, ninguno de ellos con bata, que entran y salen de salones de clase. Abro una puerta y cuatro chicos mayores, uno de ellos con barba y una con velo, me miran con curiosidad. Los interrumpí en medio de una reunión, aparentemente. Les pregunto dónde están las inscripciones, si ellos son también estudiantes. Me explican que debo ir al cuarto piso y que ellos son estudiantes de segundo año. Agradezco, cierro la puerta y no puedo evitar decir en voz alta: «Parecen mayores». Vicente

entorna los ojos, me dice que mejor espere afuera y sube solo. Yo salgo y me siento en una banca verde. Al cabo de un rato, aparece con una sonrisa de triunfo y un carné con su foto. En la noche celebramos con una hamburguesa.

Ya es martes, y mientras él estudia folletos y lee sobre los cursos que le esperan, yo tomo un tren para Sèvres, a la fábrica de porcelana. El clima está inusualmente frío para ser septiembre. Llueve. Un viento ligero levanta las hojas de los jardines del palacio que guarda la colección de porcelanas. Llevo una libreta y una foto que tomé con mi teléfono del juego de té.

He leído algo sobre la porcelana. Que llegó de China, que se perfeccionó en Inglaterra y Alemania y que luego los franceses la volvieron un asunto de Estado. Tal vez por eso este lugar, la Manufacture Nationale de Sèvres, está en un terreno que cedió el mismo Napoleón III a mediados del siglo XIX, y en el que construyeron un palacio monumental de cuatro pisos para albergar la colección.

Cuando entro, me distraigo en una exposición sobre servicio de mesa. Busco algo parecido al juego de té, pero me encuentro con soperas en forma de repollo y unos platos con nueces y huevos duros hechos de porcelana, que se usaban para engañar a los comensales que, a la luz de las velas, no distinguían entre los reales y los falsos, provocando así la risa en las fiestas de la corte.

Me detengo en un plato que tiene más o menos los mismos colores que el juego de té. Fue parte de un servicio encargado por un banquero estadounidense llamado Henry Hope. Es azul oscuro con dorado, pero tiene además flores y naturalezas muertas, pintadas por un hombre llamado André Joseph Foinet, más o menos en 1787. El color azul no es gratuito. Es el color de Francia, y para lograrlo se usaba cobalto. En el siglo XVIII era tan importante que existían cuarenta tipos de azul: azul ágata, azul oscuro, azul índigo, azul lapislázuli, azul hermoso, azul nublado, y así. Muchos dibujantes morían intoxicados por inhalar cobalto, pero de eso no se habla en el museo, que se concentra en la historia, el lujo y la belleza.

Las porcelanas con azul y oro eran exclusivas de Sèvres, porque fue la única fábrica que obtuvo en 1760 el permiso de Luis XV para usar el metal precioso en los servicios de la corte. Los artesanos que podían

aplicar el oro, que era de veinticuatro kilates, eran los más expertos de todos, porque debían hacerlo a mano, con finos pinceles, y dibujar motivos complejos y arabescos perfectos. Pero no solo la porcelana venía de China. También el té que se servía en ella. Ese té, aunque lo preferían los ingleses, llegó a Francia y se volvió la última moda en el siglo XVIII, cuando en los salones se tomaba, supuestamente, por sus propiedades medicinales. Los juegos de té llegaron también a Sèvres, y en mi camino por las exhibiciones veo algunos, blancos con flores rosadas, verdes, azul cielo y uno que tiene el mismo azul que el de Dolores, y también tiene oro, pero incluye aves y ramales y hojas pintadas en sus primorosas tazas.

Comparo las tacitas con las que he visto en casa de Teresa. Las teteras. Las jarras de la leche. No hay dibujos de pájaros ni de flores, solo la rejilla de oro y las iniciales DCdeB. O sea, que lo hicieron para ella, para el día de su boda, cuando entró en la iglesia de la Veracruz, o la iglesia de Nuestra Señora del Carmen en Las Cruces, y frente al Dios con quien quería desposarse, se casó con otro. Vestida de blanco, con un traje de seda en lugar de un sayo burdo, con encajes en lugar de cilicios, con un velo de tul en vez de un velo de novicia.

Dolores no cantó más. Ni cantó ni sonrió en el resto de su vida. Doña Josefa, su madre, le regaló el juego de té. Lo encargó a un comerciante que le prometió que estaría listo en un año.

—Pero la boda es en tres meses —protestó la madre de la novia, que estaba atareada con los preparativos, los invitados, el vestido y el ajuar.

Ni Josefa ni mucho menos Dolores tuvieron otra opción que planear este matrimonio. Las malas lenguas, que eran muchas en un pueblo como Bogotá, ya hablaban sobre el cambio de destino de la beata y lo repentino de su decisión. Especulaban sobre la presencia de Borda, que reemplazó en las visitas al profesor de canto, a quien le dijeron que prescindirían de sus servicios porque la niña se quedó sin ánimo para cantar. La madre y sus hijas se pusieron en la tarea de planear la boda, concentradas en las tareas cotidianas del bordado de las sábanas y el guardarropa que llevaría Dolores a su hogar de casada.

A pesar de las protestas de doña Josefa, el comerciante no cedió. Sabía que el encargo no era fácil, y así se lo dijo a la señora.

—¿Y si lo hacemos sencillo? Sin aves exóticas, sin flores, sin decoración… Solo azul y blanco y sus iniciales, DCdeB.

—Sencillo tarda un año. Si añadimos más adornos, puede que hasta dos —respondió impasible el comerciante y luego pintó una rejilla arcaica y poco atractiva y le propuso que lo adornaran con ese diseño, para que no fuera tan austero.

Josefa suspiró, asintió y le dijo a su hija esa misma tarde que el regalo de bodas llegaría después del matrimonio. Dolores ni siquiera levantó la cara del bordado, sino que se encogió de hombros para mostrar que no le importaba en lo más mínimo.

—Dirá DCdeB —continuó la madre—. Para que no olvides que eres Caro, aunque ya seas de Borda. Esta es tu familia.

La beata guardó silencio y un velo de lágrimas empañó sus ojos y no le permitió ver que la puntada había quedado torcida.

Dolores se casó y fue a vivir a una casa grande, de dos plantas, cerca de la residencia de sus padres. Cuando ya todos lo habían olvidado, el comerciante apareció en la puerta con un ayudante, cada uno cargando un arcón de cuero marrón con un cerrojo dorado.

—¿Esto qué es? —preguntó Dolores cuando vio la encomienda, que habían recibido las criadas, sobre la mesa del comedor.

Las mujeres se encogieron de hombros, aunque sabían perfectamente de qué se trataba, porque habían abierto ambos arcones, y se fueron con una sonrisa cómplice, dejándola frente a su regalo de bodas.

Dolores abrió una caja y vio alineadas, sobre una tela de raso verde manzana, una tetera, una lechera y una azucarera. Al lado derecho, descansaban seis platitos compañeros. Examinó el segundo arcón, que tenía otros seis platitos y doce tazas primorosamente exhibidas. Tocó el terciopelo malva que, puesto bajo la tapa, protegía la vajilla. Pasó la mano por el raso frío y tomó un plato. Lo sintió frágil, como una cáscara de huevo. Lo devolvió a su lugar y con la yema del índice derecho delineó las letras doradas de la tetera: DCdeB. Se detuvo en la última letra: B. Ese era su nombre ahora, ese juego de té pálido era ella misma. Qué fácil sería romperlo, romperlo todo, tirarlo a la basura, decir que había llegado maltrecho del viaje. Pero eso sería inútil, además de pecaminoso. Se encargaría otro juego nuevo,

culparían a inocentes, volvería aquella marca vergonzosa, DCdeB, a estar pintada en oro de veinticuatro kilates. «Dolores Caro de Borda», se dijo a sí misma, avergonzada porque no se llamaba hermana María Dolores del convento de la Enseñanza, sino que ahora era Borda, era de Borda, era propiedad de ese marido monstruoso, ese hombre violento y grotesco que, gracias a Dios y a su eterna misericordia, no pasaba mucho tiempo bajo su mismo techo. Cerró entonces las cajas, les puso el seguro dorado y mandó a las criadas a que las guardaran lejos de su vista.

Ellas, que se escondían curiosas tras las puertas, aguardando la reacción de su patrona, corrieron a esconder los arcones en un lugar donde ella nunca los viera. Tarea fácil, porque Dolores conocía poco su propia casa. Los dos pisos, las ocho habitaciones y el patio central la asfixiaban como las cuatro paredes de su celda nunca la habían atormentado. No había tenido voluntad ni interés en decorar las habitaciones, por lo que Josefa se había encargado de todo, con las criadas, que se sentían en la obligación y con la libertad de acomodar a su gusto cuadros, adornos, vajillas y alfombras, sin que su ama ni siquiera notara los cambios.

En lo único en que se despeñó fue en arreglar ella misma el patio central, en el que sembró un rosal frente a la gruta de una María Auxiliadora casi de tamaño natural, que la miraba con lástima desde lo alto de una piedra blanca. Frente a ella puso una banca de madera sin espaldar, y pasaba días enteros sentada, al sol y la lluvia, pidiendo perdón por sus pecados que, a su juicio, eran muchos. Pensaba con frecuencia en aquel día fatídico, en esa salita de música, cuando Carlos Borda entró dando un portazo. Ese día, Dolores sintió que la garganta se le pegaba al ombligo, sintió un vértigo de miedo, sintió vergüenza de ella misma y de él, que enfiló directo a su boca y la besó, sellando para siempre la música en su interior.

Lo que pasó ese día la hacía estremecer, la obligaba a esconderse de sí misma. Las manos de ese hombre sobre su sayo, la boca que escupía cuando hablaba y, cuando callaba, la saliva apestosa que sus besos le dejaban en la lengua. El afán por desvestirla y luego el arrepentimiento por haberle roto la túnica. Las palabras de amor y luego las salaces que le susurraba al oído. Las lágrimas que alcanzó a

derramar cuando la vio a ella llorando y las sonrisas que esgrimió cuando le habló del futuro. No tenía nombre lo que había hecho en esa habitación, no podía ni siquiera hablarlo con un sacerdote porque no sabría decir qué fue lo que ocurrió, solo que al final, cuando la puerta se abrió, ella tuvo la certeza de que estaba manchada para el amor de Dios, que Él no la recibiría, que había impurezas en su cuerpo y en su alma, y que entonces debía casarse con Carlos Borda Romero, porque su verdadero amor, que fue quien permitió esto, ya no la aceptaba.

El juego de té dio tumbos por toda la casa porque el servicio lo movía a discreción, buscando que estorbara lo menos posible. Al fin, los dos arcones terminaron arrumados detrás de la puerta del oratorio, a donde entraba solo Carlos Borda para arrodillarse en un reclinatorio de terciopelo púrpura. Su mujer nunca quiso rezar ahí, a pesar de la burda cruz de madera que lo decoraba y de las paredes desnudas que la rodeaban. No soportaba la idea de arrodillarse en un lugar mullido, pero sobre todo de hacerlo junto a su esposo. «Tanta ostentación, Dios mío», pensaba. «Tanta falsedad».

Dolores ofrecía a diario su existencia a la voluntad de Dios. Era su castigo, y creía que merecía todos los males del mundo y todas las plagas y todas las tristezas, y que aun así sería indigna del paraíso. Cada acto de su vida era un sacrificio. Los peinados primorosos, los trajes de muselina y organza, las pieles, los zapatos brocados eran acaso más dolorosos de llevar que las túnicas burdas, pero los usaba con dignidad, aunque con un claro fastidio que provocaba las miradas desconcertadas de las criadas, que no entendían cómo su señora se veía tan asqueada con cosas tan hermosas. Lo único que no quiso llevar nunca fue oro. Nada de joyas, porque no quería ofender a Dios con banalidades. Al fin y al cabo, tenía que vestirse y calzarse y peinarse para no parecer un animal en una cueva, pero las joyas no aportaban nada y en cambio ofendían el ojo misericordioso de su Señor, que habría pensado que ella era frívola, como la vida a la que estaba condenada.

A pesar de su indumentaria y de su casa de señora rica, Dolores pretendía vivir en la pobreza. Comía lo necesario para no morir de hambre, tomaba la suficiente agua para no morir de sed y en general se paseaba por los corredores de su casa, no como la dueña sino como

un ratón en fuga. Se acurrucaba en los rincones de los sofás, lo más lejos del fuego que pudiera, se escondía silenciosa en las sombras de las habitaciones, y apenas podía se escabullía al jardín para rezar y darse golpes de pecho con su mano huesuda.

El corazón de Dolores, que permanecía apaciguado en el día, comenzaba su aleteo de pájaro cautivo a medida que caía la tarde y percibía la presencia de su marido en la casa. Cada noche, mientras esperaba que su sombra entrara en la habitación y se lanzara como un tigre sobre ella, sentía que se desvanecía de puro miedo y en las ocasiones en las que Carlos Borda no aparecía, sino que se quedaba dormido en su propia alcoba, su mujer rezaba un rosario de agradecimiento a Dios y se entregaba al sueño con una paz infantil.

Aunque no hay registro de la fecha de su matrimonio, Dolores debió casarse joven. Las mujeres se casaban más jóvenes en ese entonces, tal vez porque su única función era ser esposas y madres, y eso se acomoda mejor en la juventud.

Yo también me casé joven. Tenía veinticuatro años y me parecía más importante el vestido de novia que el futuro de esposa. La noche de entrega de regalos mi casa parecía un bazar persa. Había todo tipo de objetos inútiles que los trescientos invitados habían llevado: saleros, portarretratos, electrodomésticos, tapetes, floreros, esculturas. Tantas cosas que era difícil clasificarlas. No sé cuándo desaparecieron del comedor de la casa, que se había usado como una especie de sala de exhibiciones para los regalos, acompañados de sus respectivas tarjetas, para que se supiera quién había dado qué.

Participé poco en los preparativos. Mi mamá, como supongo que hizo Josefa Joaquina, se encargó de todo. Del salón, de la comida, de la iglesia, de los invitados y de la orquesta. Yo fui, como quien va a su entierro, mansa y enferma por una bronquitis mal cuidada que me tenía ardiendo en fiebre en medio de la fiesta. Así comencé mi vida de casada. Delirando, con una opresión en el pecho que lo mismo podía ser de angustia que de neumonía.

Podría decirse que conocía a mi marido, habíamos estado juntos casi seis años, en un noviazgo relativamente casto, vigilados

constantemente por las imágenes de la Virgen que poblaban cada rincón de la casa de mis padres. «Yo soy el único hombre que vive con once mil vírgenes», solía burlarse mi papá. Pero cuando tuvimos que estar solos, sin vírgenes ni padres y con las ataduras de la cotidianidad, nos dimos cuenta de que éramos unos extraños. Inexpertos para todo, desde la cocina hasta la cama. Teníamos mucho que aprender y el amor que sentíamos el uno por el otro era igual de monumental a la tarea de construir un hogar. Poco después de la boda nos trasladamos a un pueblo pequeño, cerca de las cataratas del Niágara, donde nevaba desde octubre hasta mayo. Los veranos eran cortos y templados, y nos íbamos a acampar con los escasos recursos que teníamos (la carpa y las bolsas de dormir habían sido un regalo de matrimonio) y cocinábamos pinchos en un asador público. Hacíamos platos simples, no solo porque no sabíamos cocinar, sino porque no teníamos con qué comprar ingredientes más elaborados. Esos primeros años nos unieron más que los seis anteriores, y las necesidades contribuyeron a convertirnos en cómplices.

En invierno, que era casi siempre, como no teníamos cómo pagar la calefacción, nos despertábamos cubiertos por las cobijas escarchadas, y debíamos tomar turnos para una ducha caliente que nos devolviera el alma mientras el otro esperaba acurrucado bajo el edredón. Mario hacía una maestría en Economía y yo, que no tenía con qué pagar una universidad en Estados Unidos, había llegado en calidad de esposa, con una visa que no me permitía estudiar ni trabajar. Era entonces un mueble, un adorno, un juego de té. Para matar el tiempo me iba a la biblioteca de la universidad, o les pedía a los profesores que me dejaran sentarme en sus clases, algo que aceptaban casi con agradecimiento. Leía y escribía y en las noches soñaba que me había casado con otro hombre, uno gordo y bigotón, y cuando me despertaba al lado de Mario, me convencía de que había tomado una decisión acertada.

No puedo decir que fui infeliz, porque no es cierto. No fui feliz, tampoco. Esa fue la primera vez que dejé todo, mi trabajo, mis amigos, mi casa, y me fui con él. La segunda es esta, y es una perogrullada decir que muchas cosas han cambiado en más de veinticinco años de matrimonio. Lo que me sorprende es que hay otras cosas que siguen

siendo las mismas.

Nosotros nos demoramos en tener a Vicente. En parte por decisión y en parte porque no fue fácil quedar embarazada cuando comenzamos a pensar en un bebé. Es probable que fuera también el caso de Dolores. Tenía treinta y cuatro años cuando descubrió que iba a ser madre, quién sabe si fue porque perdió hijos antes —eso ocurría con frecuencia— o porque, como en mi caso, simplemente la naturaleza se negaba. Debía ser una mujer frágil, endeble y ajena al mundo. Supongo que la asustaba el sexo, porque le debía parecer pecaminoso. No es fácil quitarse las taras de la religión, y Dolores nunca cuestionó a su Dios. Solo a sí misma.

Pero quedó embarazada. Era un milagro. Hacía rato que se había casado, pero Dios la castigaba mes a mes, recordándole que lo suyo era un pecado indigno de perdón. Se dio cuenta de que iba a tener un bebé porque le pareció que el pan del desayuno, que acompañaba con una taza de chocolate con leche, sabía a pasto. Sintió la textura distinta y se preguntó, sin atreverse a decirlo en voz alta, si la estarían envenenando. Al día siguiente fue el chocolate el que le supo raro. Amargo, pasado. Luego la leche, que le pareció rancia. Y cuando abrió la boca, al tercer día, para preguntar por qué los alimentos de la mañana le dejaban un sabor tan fuerte en la garganta, sintió que las arcadas eran incontenibles y tuvo que vomitar el desayuno en el patio trasero.

—¿Será que vas a tener un hijo? —le preguntó su madre cuando la vio demacrada, porque luego del incidente del desayuno llamaron a la casa de Josefa a pedir ayuda.

Dolores estaba en cama, segura de que era un resfriado, y la pregunta la hizo temblar.

—Que sea la voluntad de Dios —le dijo a Josefa Joaquina, tratando de ocultar la emoción que ya empezaba a colorearle las mejillas.

Más que alegría por el embarazo, se sintió perdonada por Dios. Por fin le había levantado el castigo, creía, y ahora podía purificarse por intermedio del bebé, caminar hacia una vida de salvación. Traer al mundo a alguien para la gloria del Señor. Desde ese día en adelante,

las cocineras de la casa de Dolores tuvieron poco trabajo. Su madre le enviaba todo tipo de cosas para ella y para su bebé. Frutas confitadas, caldos poderosos, pechugas de pollo rellenas de alcaparras y potajes de frijoles blancos con chorizos de Cádiz para que ganara peso, porque ahora comía por dos. El doctor la visitaba con alguna frecuencia, y la encontraba pálida y flaca, más parecida a un gato mojado que a una futura madre. Tan preocupado estaba con la delgadez de la mujer, que un día le preguntó, casi en un susurro:

—Doña Doloritas, ¿usted está segura de que lleva un niño?

Ella se sonrojó, se ajustó el pañolón sobre los senos, que estaban firmes y salvajes por el embarazo, y respondió: «Con la gracia de Dios», porque era incapaz de decirle a un hombre que las areolas se le habían puesto grandes, que la panza se le había redondeado, que dormía mucho, que todo le daba asco y que sentía unas ganas locas de ordenar cada rincón de la casa.

El doctor, que era compañero de tertulia de Borda, negó con la cabeza cuando el marido le preguntó cómo veía a la madre de su primogénito.

—Si no se engorda, esa criatura será un alma para el Señor.

—¿Qué puedo hacer yo? Ella trasboca a diario, y ni los potajes ni las aguas aromáticas ni todos los emplastos que le han puesto disminuyen su mal.

—Oblíguela a guardar reposo. Que le den hígado de res licuado tres veces al día y que se mueva lo menos posible de la cama. Y usted, estimado doctor, manténgase alejado, si entiende lo que quiero decirle.

Cuando Borda le dijo que debía permanecer en la alcoba, Dolores se echó a llorar. No más jardín, no más rosal, no más oraciones a la Virgen. Se hizo llevar un pequeño altar con la imagen de María y una estatua de san Nicolás de Bari para que protegiera a su hijo por nacer y dedicaba las tardes a bordar mientras rezaba, y las noches, ya segura de que su marido no la visitaría mientras estuviera en estado, a dormir con una paz que hacía tiempo no conocía.

Ganó peso, pero la palidez no mejoró. Seguía apagada, con los ojos hundidos y la sonrisa extinguida.

—No parece que fueras a ser madre, sino viuda —le dijo un día Josefa, que la visitaba en su cama de enferma y veía con preocupación

que la panza apenas se notaba a través de las cobijas de lana. La habitación de Dolores olía a carne podrida, y por más de que limpiaban la bacinilla con lavanda y vaciaban la bilis de su vómito dos y tres veces en el día, el hedor acre no se iba. Doña Josefa contenía las náuseas cada vez que entraba y comenzó a cubrirse la cara con un pañuelo mojado con agua de colonia para soportar las visitas a su hija.

Las contracciones empezaron una mañana, en el octavo mes. Había llovido la noche anterior y la ciudad olía a tierra mojada. Al comienzo fue una pequeña punzada en la espalda, que Dolores interpretó como una molestia por estar tanto tiempo acostada. Se puso de pie y caminó un poco, como ya era costumbre suya en las mañanas, pero sintió entonces un dolor como si la traspasara una aguja de tejer. Como llegó, así se fue.

«Debe tratarse de un gas», pensó, y le restó importancia al asunto. Caminó otro poco, abrió la ventana y respiró el frío matutino. Le habían dicho que no se acercara al viento porque podría coger un resfriado, pero esa bofetada de aire helado siempre la ayudaba a salir del sopor en el que estaba sumida, y le daba algo de alegría —si se podía llamar así— al encierro.

Se sintió tan llena de vida, que no resistió la tentación de llamar a la criada para pedir algo de comer. Hacía muchos meses no tenía hambre, y toda la comida se la pasaba por su hijo y se la ofrecía a Dios, pero esa mañana, cuando pensó en una changua, se imaginó el olor del cilantro cociéndose en la leche y empezó a salivar. La criada entró justo cuando volvió el dolor en la espalda. Vio la cara de su patrona, deformada por la contracción, y eso le bastó para interpretar el gesto. Dolores no alcanzó a pedir nada, porque la chica había salido corriendo en busca del mozo de los recados, a quien le pidió que llamara a Josefa, al médico y a la comadrona.

Las contracciones se aceleraron y antes del almuerzo Dolores ya estaba postrada en la cama, rodeada de personas que le ordenaban que hiciera todo tipo de cosas. Camina, no camines, siéntate, acuéstate, dobla las piernas, puja, respira, toma agua, aguanta, presiona, agáchate, yérguete, reza. Eso último sabía cómo hacerlo. Mentalmente rezaba, rezaba, rezaba. Pasaban cuentas de rosario en su cabeza y cada contracción era un himno de alabanza a Dios y cada grito de la

comadrona era una orden divina que ella estaba dispuesta a obedecer al pie de la letra. Se le borraron de la mente la comida, la incomodidad, el dolor, el miedo, y concentró todas sus fuerzas en el parto. Los ojos negros se habían vuelto enloquecidos, avivados por una determinación, enorme incluso para ella. Cuando sentía dolor, como le instruyó la comadrona, pujaba. Cuando la punzada desaparecía, rezaba. La comadrona vio primero una mano y pensó: «Mala señal», pero no dijo nada. Empujó al bebé hacia adentro y, con manos expertas, tanteó la cabeza para sacarla con cuidado.

María Antonia Borda Caro nació casi a la medianoche del 13 de junio de 1847, cuando ya se había largado otra vez el aguacero y en la casa de los Borda Caro quedaba solo un puñado de personas despiertas. Carlos Borda no era uno de ellos. Dormía profundamente en el salón principal, para espanto de las hermanas de Dolores, que debido a que el cuñado se hallaba despatarrado sobre el sofá de tres puestos, ellas no tenían un lugar cómodo donde sentarse.

La niña lloró casi como quien cuenta un secreto. La escuchó la comadrona, y esta pasó la voz y así al cabo de diez segundos todos en la casa gritaban «¡Es una niña!», aunque nunca la hubieran visto ni escuchado. Dolores no la vio, ciertamente, pero alcanzó a escucharla antes de sumirse en un sopor del que saldría en dos ocasiones, la primera de las cuales ocurrió la mañana después del parto. Había amanecido frío y brumoso, y tanto Josefa Joaquina como las nodrizas y dos de las hermanas Caro y Tanco se encontraban en la habitación, con la niña que se desgañitaba a gritos. Dolores abrió los ojos y trató de incorporarse. Sentía la boca resquebrajada de sed y le ardían los párpados. Todas las mujeres la miraron con cara de desconsuelo, incluida su hija, que guardó silencio cuando habló su madre.

—¿Vive?

—Está sana —le dijeron.

—María Antonia… —la llamó—. Hay que bautizarla.

Para cuando Carlos entró en la habitación, su esposa tenía de nuevo los ojos cerrados y le dijeron que necesitaba descansar, que se repondría del parto en pocos días, pero no fue así. Dolores entraba y salía de un estado de inconsciencia, deliraba de fiebre y ni la comadrona ni el médico podían parar una hemorragia fétida que

atribuyeron al hígado molido con el que se alimentó durante meses.

Todos los días, Josefa Joaquina visitaba a su hija. Todos los días venía acompañada de cualquiera de las hermanas de Dolores, que le hablaban, le rezaban, le peinaban el cabello ralo y resquebrajado. El médico les dijo que no había nada que hacer. Había perdido tanta sangre que era imposible que sobreviviera. La madre organizó una misa en la alcoba de Dolores para ponerle los santos óleos. Esa fue la última vez que Dolores vio a su hija, la noche antes de su muerte. Estaba pálida y débil, pero usó todas sus fuerzas para abrir los ojos cuando escuchó el llanto de la niña, que habían llevado a la misa para que viera a su madre por última vez.

Dolores abrió la boca y susurró algo que casi nadie escuchó.

—Sálvenla —dijo.

—Ya está bautizada —respondió Carlos Borda—. Se llama María Antonia Borda Caro. Cuando su merced esté buena haremos una fiesta en su honor.

La moribunda se agitó en la cama y un poco más alto, usando las fuerzas que le quedaban, dijo:

—Sálvenla de él.

Su madre, que la escuchó, pensó que se refería al demonio. Carlos Borda supuso que deliraba. El sacerdote, que había sido su confesor, bajó los ojos, avergonzado, y la criada miró brevemente al marido de Dolores y se santiguó.

Dolores murió en la madrugada del 28 de junio, exactamente quince días después de haber dado a luz. Hacía veintiún días que había cumplido los treinta y cinco. No era extraño en esa época que las mujeres murieran en el parto. A lo mejor los médicos o las comadronas no extraían toda la placenta, o ellas quedaban débiles por la pérdida de sangre; esas cosas pasan todavía hoy.

Cuando estaba embarazada de Vicente, una mujer me dijo que debía tenerlo en mi casa, en una tina de agua tibia. Me dijo que tenía que usar pañales de tela y que por nada del mundo me dejara anestesiar. Lo suyo era el purismo; lo mío, la seguridad. Mi hijo nació en un hospital, gracias a una cesárea de emergencia porque estaba enredado

en el cordón umbilical. Si lo hubiera tenido en la época de Dolores, habríamos muerto ambos.

No es fácil ser mamá. No me resultó fácil a mí, por lo menos. Los primeros días me despertaba cada dos horas y ponía un dedo bajo la nariz de Vicente para asegurarme de que seguía vivo. La muerte súbita, me habían dicho, era una de las principales causas de fallecimiento en niños menores de un año y yo estaba obsesionada con ella. Veía peligros en todas partes; sentía que, si descansaba, si trabajaba, si dejaba de mirarlo, algo podía ocurrirle. Y su llanto era un grito desgarrador y desesperante porque no sabía interpretarlo. Mi tía me había prestado un libro sobre puericultura de un tal doctor Spock y al comienzo era tal mi ignorancia que en lugar de un médico sabio y experto me imaginaba al alienígena de orejas puntudas de *Star Trek* escribiendo un tratado sobre bebés. En el libro se decía que las madres llegaban a saber si su hijo lloraba de hambre, de sueño o porque querían un cambio de pañal, y yo me sentía culpable porque nunca supe diferenciar un llanto de otro, y en general lo único que quería era que se callara; entonces hacía de todo, al tiempo y sin ningún rigor, de manera que Vicente terminó durmiendo con seis chupos desperdigados por la cuna, doble pañal y una hoja de lechuga fresca, que me habían dicho que ayudaba con el insomnio.

La tarea de la crianza no debió ser difícil para el viudo. En esa época, como ahora, el cuidado de los hijos estaba a cargo de las mujeres. Ayas, nodrizas, criadas, abuelas y tías reemplazaban a la madre muerta de María Antonia para que Carlos pudiera dedicarse a su luto o a sus negocios, según tuviera a bien.

Una tarde de domingo, ya de nuevo en Roma, vuelvo sobre el computador. No hace frío, pero afuera llueve a cántaros. Lentamente, me he asentado en la rutina que será mi nueva vida. Paseo a Piro tres veces al día, cuatro si me levanto muy temprano; hago una ensalada de almuerzo, una sopa de sobre a veces; escribo, leo y pierdo demasiado tiempo en juegos de escape y noticias que llegan de Colombia. A veces, mi teléfono está en silencio durante días y cuando Mario está de viaje, como ahora que se encuentra en China, no

escucho otra voz distinta que la mía hablándole a mi perro. Estoy aburrida, es claro, pero al tiempo no puedo quejarme. Me advirtieron que sería así, mi esposo viajando por el mundo y yo cuidando el fuerte, o el ático, o al perro, que en realidad es quien me cuida a mí.

Carlos Borda y Dolores me pueblan la cabeza a diario. Los veo en su cotidianidad, y es común despertarme en medio de la noche con un pensamiento, algo que recordé de repente, una pregunta que no les he formulado a esos nuevos fantasmas que han venido a hacerme compañía. No puedo sacarme de la cabeza la frase de «Primeras nupcias», que acompañaba la pequeña biografía de Carlos Borda Romero y que leí aquella noche después de ir a la ópera. Cuando vi que Dolores había muerto tan joven, pensé que era apenas lógico que se volviera a casar. Él tenía treinta y siete, dos años más que su mujer muerta, y era un hombre rico y con una salud de hierro. Y además tenía un bebé, una niña de dos semanas de nacida, que necesitaría una figura materna. Así que después de la ensalada de rigor, de la caminata con Piro y de una siesta corta, me despierto con la idea de volver a revisar la vida de Borda.

Algo me dice que ya no vale la pena, porque Dolores está muerta y María Antonia es la nueva dueña de ese juego de té. Pero me pregunto qué ocurre en esa casa, qué ocurre con ese hombre, y esas preguntas me resuenan en la cabeza con fuerza de campanario. Las palabras de la biografía decían «Primeras nupcias», así que busco las segundas nupcias para ver quién crio a la niña de los Borda, y me sorprendo con lo que veo. Su nueva esposa es María de Jesús, la hermanita que nació cuando Dolores tenía quince años.

Puedo pensar, si soy generosa, que Carlos Borda estaba transido de dolor. Que no podía levantar un dedo, que esa niña que lloraba a gritos pidiendo a su mamá lo incomodaba y lo asustaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Y María de Jesús, salvadora, iba a diario a estar con su sobrina, que podía ser una forma de estar con su hermana, o tal vez porque la enviaban de la otra casa, doña Josefa, a que ayudara al pobre viudo. Si soy generosa, digo. Porque en realidad imagino a Carlos Borda persiguiendo con los ojos a su cuñada, que en ese entonces tenía veinte años. La debía encontrar bella en la palidez del luto, digna, ocultando las lágrimas a la vista de todos y

concentrándose en cuidar a la niña, para que creciera sana y feliz. Los pensamientos piadosos, si es que los hubo, dieron paso a otros, más salaces, y Borda salió de su luto más rápido de lo que pensaba.

Supongo que esperaba a su cuñada a diario, primero para que silenciara a la niña y después para que silenciara su alma, que le reclamaba compañía. Quién sabe cuánto tiempo pasó para que Carlos Borda Romero volviera a declararle su amor a otra de las Caro Tanco. ¿Un año? ¿Dos? A esta segunda no la tuvo que encerrar, con seguridad fue más fácil que la primera. Incluso puede que los mismos padres de María de Jesús aprobaran la unión, ¿por qué no? Él era aún joven, le daría una vida cómoda, y ella sería a su vez la madrastra de su sobrina, y la bebé tendría hermanos, y todos se olvidarían de Dolores y de su existencia fugaz y melancólica.

Así que se casaron, como era de esperarse. Y como era de esperarse, María de Jesús no solo crio a María Antonia, sino que tuvo otros cuatro hijos que llevaban los mismos apellidos Borda Caro: Ana, Luis María, Margarita y Carolina, todos nacidos en un lapso de diez años, porque esta segunda mujer falleció aún más joven que su hermana, a los treinta y uno, dejando de nuevo a Borda viudo, esta vez con cuatro hijos pequeños y una preadolescente. María Antonia, entonces, tuvo que volverse mujer. Volverse madre para sus hermanos. Volverse señora de la casa. Tenía doce años.

Parte II

MARÍA ANTONIA

¿En qué momento nos convertimos en adultos? La pregunta me sobrecoge a diario. Vicente se ha acomodado lo mejor que ha podido en su nueva cotidianidad. Lo visito a fines de octubre. Ha pasado poco más de un mes desde aquel día en el que lo dejé en su apartamento nuevo con un mercado básico y diez tiquetes para el metro.

Vuelvo y me encuentro con un hombre. El cambio es abismal. Me acompaña a instalarme en un hotel pequeño, justo en la puerta siguiente a su casa, y es él quien me da ahora unos tiquetes de metro. Entro y salgo de su casa para ayudarlo a limpiar, para cocinarle una sopa en la estufa diminuta y para darle las buenas noches. Él estudia, no hace otra cosa. La última noche lo convenzo de que salgamos a caminar, a comer algo rápido en el barrio. Accede a un sushi que siempre está vacío, a una cuadra de su casa, y de regreso vemos niños disfrazados en la calle.

—Hoy es Halloween —me dice, triste—. Lo había olvidado.

Regreso a casa con la sensación de que un chico que no recuerda el Halloween es, en realidad, un adulto. Ya su vida no está en mis manos. Tengo que tomar las riendas de la mía y no sé por dónde empezar, porque no me interesa nada. Últimamente, me sobrecoge un sentimiento de apatía, de cansancio, incluso de miedo. Pospongo las tareas indefinidamente y, como hizo Dolores en su momento, evito decorar mi casa con los muebles que ya llegaron, y en cambio me concentro en los libros, que es lo único que me llama la atención. Los organizo por orden de género y por orden alfabético, y embuto entre ellos un altar de muertos, una foto de mis abuelos, un sello de porcelana chino, pequeños detalles que me acompañan y dialogan conmigo en los días de silencio.

Mario se ha ido de nuevo. ¿Pakistán? ¿Indonesia? Todos los países son lo mismo. Un hotel, un centro de convenciones climatizado, un carro que lo lleva de un lado a otro. Los mismos foros, las mismas

discusiones, la misma botella de agua en la mesa, junto al micrófono. Siempre me dice que no vaya con él, que esta vez no. Que tendrá mucho trabajo y que será poco tiempo. Diez días son poco tiempo. Pero estoy de acuerdo en que no vale la pena. Me encojo de hombros y me concentro en mi cotidianidad, me obligo a salir, a tener una rutina, una agenda, unas cosas que hacer.

Me inscribo a clases de italiano en un instituto cerca de mi casa. Mis compañeros son chicos de universidad y una australiana un poco mayor que yo, a la que no le entiendo mucho, pero con quien me siento cómoda. Salgo de clase un miércoles, apurada porque tengo que sacar a pasear a Piro. El perro me espera con ansiedad, y ya desde que subo las escaleras percibe mi olor y se desgañita llorando. Apenas abro la puerta, suena mi teléfono. Es Vicente.

—Creo que no voy a pasar el año —me dice.

—¿Por qué crees eso?

—Resulta imposible aprender todo lo que necesito de aquí a los exámenes. No podría dormir.

—¿Los profesores no ayudan?

—Los profesores no existen. Dan unas clases, ya está. Nosotros tenemos que aprendernos todo de memoria. Todo. Son cientos de páginas. Ven, me haces falta.

Percibo terror en su voz. Yo misma siento miedo de lo que tengo que decirle.

—Me voy a Colombia la semana que viene —le suelto.

Silencio de ese lado de la línea.

Silencio de este lado de la línea.

—Vas a estar lejos…

—Lo sé, pero debo ir. Debo entender a estas mujeres.

—Entiendo. Pero quería que vinieras a París…

Silencio de nuevo.

—En diez días. Cuando regrese de Colombia me quedo en París.

—Diez días es mucho.

Tiene razón. Lo engañé, como Mario me engaña a mí. Repito el patrón. Me siento estúpida, perversa, egoísta. Pero no puedo hacer nada, como supongo que Mario tampoco puede. De eso se trata ser adulto, me parece. Ya no decimos «quiero», sino decimos «debo». Debo

entender. Leí todos los papeles que me dio Teresa, el libro que me dejó mi papá, y todavía no sé si estas mujeres me llaman o se esconden de mí. No sé si quiero escribir de ellas o dejar de escribir para siempre. No sé qué quiero hacer con ese juego de té, pero tengo que ver a Teresa para encontrar las respuestas.

Viajo también a las protestas. No se lo digo a Vicente, porque creerá que pongo mis preocupaciones políticas sobre su angustia, pero no es del todo cierto. Desde que me fui de Colombia me siento cortando lazos y quiero desesperadamente ser parte de ese país que pelea por lo suyo. No he perdido nada, no puedo quejarme, incluso podría decir que he ganado muchas cosas, pero ya no estoy en Colombia para reclamarlas. He ganado distancia y discernimiento. He ganado algo de tranquilidad, pero al tiempo la he perdido. Tranquilidad porque puedo salir a la calle a la medianoche y caminar sin miedo, pero al tiempo duermo intranquila porque sé que, siete horas más temprano, mi mundo sigue desarrollándose sin mí.

Al irme, estoy dejando a Vicente solo. Es un adulto, lo sé, pero me pregunto también cuándo dejamos de necesitar a nuestros padres. Cuándo dejamos de disfrazarnos en el Halloween.

Aterrizo y llamo a Teresa. Es tarde, pero no tanto como para que ya se haya dormido. Le digo que voy al hotel a descansar, que estoy molida, pero que tengo prisa por hablar con ella.

—Aquí te estoy esperando, mijita —me responde.

—Hay algo que quiero decirte, hay mucho que quiero preguntarte.

La escucho sonreír al otro lado de la línea, y cuelgo y me acuesto pensando que luego de ir a las protestas voy a pasar por su casa y le voy a decir que resulta imposible escribir un libro hecho de silencios.

Después de marchar, sin embargo, comprendo que no puedo quedarme callada. Que todas esas mujeres, las mías, protestan también, junto con las chicas que reclaman sus derechos en las calles. Ahora sé que debo conversar con ellas, que debo dejarlas hablar. Violo entonces el toque de queda y voy a decírselo a Teresa.

—Entonces te decidiste… Bueno, por lo menos, así no sirvas té en él, si cuentas su historia será una buena manera de usarlo —me responde.

Volvemos a la salita interior, una especie de estudio en la antesala de su habitación. De nuevo, como la primera vez, Teresa saca papeles,

fotografías, recuerdos. Uno de ellos es un árbol genealógico que ella misma ha delineado. Es todo lo que tiene, me dice. La vida de María Antonia se reduce a dos fechas, el nacimiento y la muerte, y lo que hay en medio sigue siendo una anécdota, una quimera.

—Todos los papeles los doné al Archivo General de la Nación —me dice Teresa—. Si hubiera sabido que llegarías a mi vida, los habría conservado.

Salgo cabizbaja de su casa. Las cacerolas han callado ya y mi ánimo está destruido. Paso la noche entera comiendo papas fritas y viendo la televisión. Repaso una y otra vez la brutalidad de la policía, las escenas de manifestantes que corren aterrorizados, la valentía de los que se atreven a seguir protestando.

Me quedan varios días en Colombia y ya no sé para qué estoy aquí. Sigo con mi rutina de visitas: familia, citas médicas, amigos. Mi papá, que me ha insistido infructuosamente en que me quede en su casa, se resigna a un almuerzo.

—La historia de María Antonia está en el libro de los Orrantia —insiste.

—Son dos páginas, no puedo limitarla a dos páginas.

—Empieza por ahí. Busca a tu tío, él sabe algo más.

Mi tío me recibe en un apartamento oscuro. Se encuentra sentado en la esquina de un sofá azul, junto a la chimenea. Tiene una manta escocesa en las piernas y un tanque de oxígeno por un enfisema pulmonar. Como tuvo cáncer en la tiroides, durante la cirugía se le afectaron las cuerdas vocales y su vozarrón quedó reducido a un susurro parecido al de Vito Corleone en *El Padrino*.

Somos amigos desde hace mucho. Nuestra relación familiar se volvió una complicidad íntima cuando empezamos a compartir libros y películas. Irónicamente, la pérdida de su voz sirvió para que estableciéramos una relación epistolar nutrida, en la que hablamos de arte y cine, pero también nos contamos chismes y despotricamos de los gobiernos de derecha que hemos sufrido en el país. Hace rato mi tío escribe su propia versión de una saga familiar. Me envía las carátulas del futuro libro, unas acuarelas de la casa de mis abuelos que él mismo pinta en tonos sepia. Le digo siempre que les ponga color, pero él responde que así recuerda ese paisaje, triste y descolorido.

—María Antonia hizo lo que le dio la gana —me dice, entre risas—. Dejó a sus hijos sin un peso y se largó de monja.

—No puedo encontrar rastros de ella —le explico, con una frustración evidente—. Sé que todo está en el Archivo General de la Nación, pero tengo que pedir una cita, y cuando me la den, ya no estaré aquí.

—Trabaja con lo que tienes, y puedes llamarme. Yo ayudo en lo que sepa.

Salgo más animada de mi encuentro. En los papeles que Teresa me dio puede haber pistas, y de nuevo el ubicuo libro de los Orrantia. Mi tío se ha comprometido a buscar información y yo voy a mi última cita en Colombia, esta vez con el odontólogo.

El odontólogo tiene un hermano gemelo, y cuando lo saludo con deferencia, me dice: «Soy el otro», y se va. Mientras abro la boca, veo videos de flores que se abren en la primavera y suenan himnos a la Virgen como música de fondo. Al lado, en un mapa de Colombia, cuelgan medallas religiosas de diversos tamaños. Cuando por fin puedo cerrar la boca, luego del flúor y la limpieza, pregunto para qué son esas medallas.

—Son los sitios donde hay brujería en el país. La brujería la hacen los comunistas y nuestra misión es rezar, poner escudos protectores para que la gente mala, como los que están protestando, no consigan alejarnos de Dios.

Luego de su discurso me bendice con un aceite santo, reza conmigo una oración y me encomienda a la Virgen.

—Ojalá que María te ilumine —me dice, a lo mejor intuye por mi silencio que estuve en las protestas que él tanto aborrece.

Salgo a la calle como si hubiera estado en un sueño. Tomo un taxi para recoger las maletas y seguir para el aeropuerto, y el conductor me habla también de las marchas.

—El tráfico estaba terrible. Ahora en la tarde se pone otra vez insoportable, sobre todo por el centro, por La Candelaria. ¿Usted ha estado en La Candelaria? —me pregunta, como si fuera una turista.

—Esta vez no —respondo, y cuando iba a decir que estudié ahí, que fue mi barrio durante años, recuerdo que el Archivo General de la Nación queda en el centro. Tal vez el dentista tenía razón y la Virgen

me iluminó. No hay que pedir una cita en el Archivo para la semana entrante, pero si la pido para marzo o abril, podré venir yo misma y sacar los papeles que Teresa entregó. Mientras tanto, tengo algo de lecturas y debo hacer una lista de preguntas para ver qué necesito con exactitud, porque no puedo perder mi tiempo. Viajar a Colombia no es fácil ni barato, pero tengo algunos ahorros y unos tiquetes anuales que me dan por ser expatriada. Si me organizo, puedo hacer dos viajes en el año y ya gasté uno.

De regreso de Colombia, me quedo en París para ver a Vicente. Lo encuentro delgado y ausente, como si hubiéramos pasado mucho tiempo sin vernos. No me pregunta por el viaje, no levanta la cara de los libros y yo me dedico a cuidarlo, asegurándome de que coma. Es un niño, me digo, pero es un adulto.

María Antonia tenía doce años cuando debió convertirse en la madre de sus hermanos, que eran al tiempo sus primos. Ana, Luis María, Margarita y Carolina estaban todavía pequeños y necesitaban una mujer que pudiera cuidarlos, y no había nadie más. No era lo ideal, eso lo sabían todos. En su lecho de muerte, María de Jesús le había advertido a Carlos que no debía dejar a sus hijos a cargo de la mayor de los Borda Caro.

—Es muy joven para tener esa responsabilidad tan grande, no solo cuidar a los niños sino a ti. Cásate de nuevo, si puedes, pero no la dejes sola en las labores femeninas —le había dicho entre susurros la esposa.

Lo que María de Jesús Caro se llevó a la tumba era que le tenía terror a su hijastra-sobrina. Si bien la había tratado como a una hija durante los primeros años, no podía quitarse de la mente la sensación de que había algo extraño en esa niña. Era silenciosa, retraída, ajena al mundo que la rodeaba. Andaba como un fantasma por la casa, con la mirada perdida y una perpetua sonrisa de orate, y se comportaba con una dignidad de sobreviviente que perturbaba a su tía.

Cuando nacieron los otros niños, María de Jesús comenzó a preocuparse además por el dinero. Carlos era acomodado. Rico, incluso, pero ya tenía cuatro mujeres y un varón y debía saber

distribuir las dotes. María Antonia, la niña sin madre, no podía tener la dote más alta a pesar de ser la primogénita.

La huérfana no mostraba ningún talento en particular. Le enseñaron a dar sus primeras puntadas con el bordado, pero era torpe con la aguja y lloraba siempre que se pinchaba los dedos. Tomó lecciones de piano, pero no aprendía ninguna nota, y de su boca salía una voz ronca y profunda que no hacía honor a la música que había cantado su madre cuando era joven. Parecía un caso perdido, una chica silenciosa y analítica, que no serviría para las labores de casa, porque ni conversar le interesaba. Mientras Carlos se devanaba los sesos pensando qué hacer con la niña, a su madrastra se le ocurrió que era hora de enviarla a la escuela.

—Es muy pequeña —se quejó Carlos—. ¿Qué puede hacer una niña de cinco años en un colegio?

—Aprender disciplina, distraerse, conocer otras niñas —respondió María de Jesús.

Se decidió, entonces, que fuera a la escuela antes de lo reglamentario. Carlos habló con la rectora y le explicó que su esposa tenía quebrantos de salud, que eran muchos hijos y que necesitaban ocupar a la niña y convertirla en mujer.

—Es demasiado joven —dijo la monja.

—Es alta, podría pasar por mayor.

—No parece muy inteligente —susurró.

—Pero tiene iniciativa, puede aprender —se avergonzó el padre.

Al final, gracias a un adelanto de la matrícula y la promesa de donar el dinero para el arreglo de un jardín, la niña quedó matriculada para comenzar el estudio con el nuevo año.

Llegó a la escuela sin miedo. Todos los lugares del mundo eran igual de ajenos para ella, todos igual de planos. No sabía qué encontraría en ese sitio, pero lo que fuera la alejaría de su casa, de su tía, de las miradas compasivas y temerosas de las criadas. No recordaba a su madre, así que no la extrañaba, pero siempre había sido la huérfana, y siempre se había sentido fuera de lugar en una casa que pretendía ser un lugar armónico. Cuando preguntaba por su madre, todos le decían que era una santa, que estaba en el cielo, que fue feliz, y ella, que no les creía porque veía les en los ojos la amargura que produce la

mentira, dejó de increparlos.

Aprendió las vocales. A E I O U. Aprendió a pintarlas, aunque la hermana Margarita le decía que estaba escribiendo y no pintando, pero a María Antonia le parecían tan hermosas que cada trazo era una obra de arte. Aprendió las otras letras y con ellas las palabras, y descubrió que al leerlas le decían cosas y que había otros mundos distintos a este en el que ella estaba, donde nadie la miraba con lástima o con preocupación, y de donde nadie la obligaba a salir.

Los libros se convirtieron en sus amigos. La hermana Margarita se volvió su guía, una que ignoraba el papel que estaba jugando en la vida de su alumna. Juntas leían en voz alta la vida de los santos, un manual de urbanidad y pequeñas oraciones y poemas que María Antonia debía memorizar.

Su padre le había regalado un secreter que había hecho instalar en el estudio, junto a su escritorio de roble y cuero, para que la niña sintiera que trabajaban juntos. Al comienzo, María Antonia se mostraba fascinada con los cajoncitos y los lugares escondidos de su escritorio, pero cuando aprendió a leer se interesó más por la biblioteca que la rodeaba.

—Padre, ¿puedo tomar un libro? —le preguntó un día a Carlos Borda.

Él, sin levantar la cara de los documentos que leía, le dijo:

—Aquí no hay libros para señoritas.

—¿Cuáles son los libros para señoritas?

—Los que lees en el aula, los que las hermanas te enseñan.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Hay muchas diferencias. Estos no los podrías entender.

María Antonia volvió a sus textos escolares y los miró con preocupación. Se preguntaba qué pasaría cuando hubiera leído todo lo que podía entender. El suyo era un universo nuevo, pero con límites, y pronto conocería todos esos confines y entonces volvería a aburrirse.

—Padre, estoy aprendiendo a sumar y a restar.

—Mmmmm…

—Algún día puedo ayudarte en tu trabajo, porque tú escribes muchos números y yo ya los conozco casi todos.

Borda la miró con ternura.

—Algún día te harás cargo de un hogar, por lo que sabrás sumar y restar para hacer las compras y cuidar la economía familiar. Tu hermano Luis María será quien me ayude en el trabajo.

—Pero él es un bebé…

—Pero crecerá, así como has crecido tú.

—¿Y por qué no puedo ayudar yo?

—Porque ese no es tu papel.

—¿Cuál es mi papel?

—Tu papel es no preguntar tanto y dedicarte a obedecer.

Cuando murió María de Jesús, el hogar se sumió en el luto. Carlos Borda le dijo a su hija que ella era la mujer de la casa, que debía cuidar de sus hermanitos, que tenía que ser fuerte y valiente.

María Antonia asintió, más porque le dio tristeza ver a su papá tan adolorido, con la nariz colorada de llorar en secreto y las ojeras profundas de las noches de insomnio. La enfermedad de su mujer había sido larga, se había ido marchitando con el paso del tiempo, hasta que un par de meses antes, aquejada por un dolor de estómago que no cedía, había cogido cama. Los calambres y el vómito hacían pensar que María de Jesús tenía un cólico miserere, pero este casi siempre se resolvía con la muerte en un par de días, y ya ella llevaba un mes. Alcanzó a dictar un testamento, a despedirse con cordura de sus hijos, a recomendarle a su marido que no le dejara tantas responsabilidades a María Antonia y a agonizar durante dos días, inconsciente y emitiendo unos ronquidos de cerdo que asustaban a todos en la casa.

Cuando murió su madrastra, María Antonia entró a la habitación. Cerró la boca del cadáver con un pañuelo blanco que le pasó alrededor de la cara y amarró con un nudo ciego en la cabeza. Bajó los párpados y los aseguró con dos monedas de cobre. Le quitó la sencilla argolla de oro del dedo derecho y la amortajó con un lienzo blanco, todo antes de que entrara en *rigor mortis*. Hizo la tarea con una habilidad sorprendente, como si tuviera la experiencia de una anciana, sin derramar una lágrima ni asquearse con los olores nauseabundos que soltaba el cadáver. La velaron en casa y fue María Antonia quien se

encargó de dirigir las oraciones, instruir a las criadas para que atendieran a los dolientes, arreglar a los niños y consolar a su padre.

Nadie se explicaba cómo era que esa niña tenía un temple así. Se parecía en algo a su bisabuela, Carmen Fernández Sanjurjo, la que nunca se embarcó de vuelta. Era aguerrida y silenciosa, y si no hubiera sido por el luto del vestuario y los lienzos negros cubriendo los espejos, nadie hubiera dicho que había muerto la señora de la casa.

A los doce años, vio el juego de té por primera vez. Pocos días después del entierro, María Antonia acometió la tarea de limpiar la casa. El luto no le permitía abrir ventanas ni ventilar, pero no había nada que no le impidiera revisar las posesiones de la muerta, para decidir con qué se quedaban ellos y qué donarían a la beneficencia. Empezó por la ropa, sacando guantes pasados de moda y sombreros que habían ya perdido su forma. Los zapatos tampoco servían porque ella calzaba más que su tía y las niñas eran muy chicas para usar algo así. Las joyas las guardó en su propia cómoda, no para ella sino para sus hermanas, cuando tuvieran la edad de lucirlas. Determinó que los cubiertos de plata seguirían en uso, así como la cristalería y la vajilla gris. Descolgó cuadros, cambió de lugar los muebles y planeó tapizar las sillas isabelinas apenas hubieran salido del encierro. Entró finalmente al oratorio, porque no quería perturbar la oración de la familia, que se hacía allí durante el novenario, así que el día diez franqueó la puerta con la determinación de ver qué había para reparar allí. Halló en una esquina dos baúles de cuero que jamás había visto. Las tapas habían acumulado el polvo del olvido durante más de diez años y las cerraduras estaban trabadas por falta de uso. Las untó con un poco de grasa de cerdo y las abrió. Adentro estaba la tetera con su rejilla de oro resplandeciente y las letras DCdeB.

Tardó un par de segundos en entender. Dolores Caro de Borda. Su madre. Se le ocurrió que era la primera vez que veía algo que le perteneciera. Nunca se había encontrado con sus huellas en esa casa, ni una pintura, ni un rosario, ni un abrigo. Estaba la Virgen del jardín, que sabía que ella la había mandado poner ahí, pero a estas alturas se hallaba resquebrajada y mohosa por la lluvia y ya casi no tenía rostro. Pero esto, esto era un hallazgo y era suyo. No tenía que dárselo a sus hermanas, como las joyas de María de Jesús, porque le pertenecía por

derecho. Pensó en sacarlo y usarlo porque, total, era la señora de la casa, pero se arrepintió. ¿Y si alguien lo rompiera? ¿Y si a su padre le molestaba? Sacó una taza del segundo baúl y se la llevó a los labios. Imaginó a su madre tomando el té en ella y se sintió más cerca que nunca de su fantasma. Abajo sonaron los pasos decididos de su padre, y María Antonia se apresuró a cerrar las cajas, pasarles el cerrojo y acomodarlas de nuevo en su lugar. Se dijo que ya habría tiempo para usar el juego de té.

Cuando terminó el luto reglamentario de un año, María Antonia regresó a sus deberes de niña: estudiaba en las mañanas, aporreaba el piano o luchaba con el bordado en las tardes, pero algo había cambiado profundamente y para siempre en ella. Se sentía libre, dueña de sí misma y de su destino, sin una mujer a la que tuviera que responder por su comportamiento o un modelo que debiera imitar. Se había hecho cargo ella misma de un hogar, estaba lista, se decía, pero no sabía lista para qué. Había comenzado a dirigir al servicio, a vigilar los deberes de sus hermanos pequeños y a atender a su padre, y a pesar del cansancio que sentía en las noches, cuando Carlos se retiraba a su habitación con un té de tilo para conciliar el sueño, se encerraba en el estudio a leer.

Leía lo que fuera. En la biblioteca de su padre había literatura de viaje, poesías clásicas, manuales de economía, libros de filosofía y tratados religiosos. Carlos Borda era un hombre de negocios, pero siempre se interesó en la lectura. Solo pertenecía a una tertulia, a la que iba esporádicamente, pero no escribía ni se juntaba con poetas en los cafés de La Candelaria, y aun así su biblioteca tenía fama de ser una de las más ricas y modernas de toda la ciudad. María Antonia lo mismo leía a Voltaire que a Adam Smith. Pasaba de Verne a Marco Polo y al *Cantar del mio Cid*. Devoraba las hagiografías, los libros de historia, los libros de poesía que su padre se hacía traer de Europa y soñaba con escribir poesía como Calderón de la Barca o vivir en una isla desierta como Crusoe. Era una lectora desaforada, caótica, ávida. Acariciar la cubierta de cuero de un libro, recorrer las letras doradas con la punta de su dedo, oler la tinta y estornudar con el polvillo de las páginas parecía algo tan íntimo que empezó a pensar que era pecaminoso. Esa duda la atormentó durante días, y entonces su lectura

se volvió esporádica, cuando ya no aguantaba las ganas de sentir un libro, sedienta de tocarlos y de abrirlos y de comerse su contenido. Ahí cedía a la tentación y era tal su desafuero que leía hasta las primeras luces y luego caminaba en puntillas y lloraba en las mañanas grises porque había vuelto a pecar.

Tenía catorce cuando decidió contar su secreto. No había querido decírselo al sacerdote en confesión porque sabía que no tendría la fuerza de dejar de leer, y el cura le impondría justamente esa penitencia, así que escogió hablar con la hermana Margarita, la que le había enseñado las primeras letras. La monja se acomodó los anteojos de marco dorado y la miró con los ojos grises de los viejos.

—Mi niña, la lectura es un don de Dios. No todos los libros son santos, pero no creo que un hombre tan prestante como tu padre tenga libros prohibidos.

—¿Cuáles son los libros prohibidos, hermana?

—Aquellos que incitan al pecado. Los libros son objetos, vehículos. Un libro en sí no es bueno ni malo, pero su contenido puede llevarte a atentar contra Dios.

—¿Cómo sé cuándo un libro es malo?

—Los libros malos están en el Índice, es un libro que…

—Lo conozco, hermana. Lo he visto en la biblioteca de mi padre. Pero él dice que yo no debo leer porque no comprendo las cosas que están escritas.

—¿Y las comprendes?

—Me parece que sí.

—Entonces solo estás pecando por desobediencia. Honrar a padre y madre, dice el Señor. Basta con que digas la verdad si te lo pide tu padre.

Con esa absolución, María Antonia se entregó de lleno y sin remordimientos a la lectura. Sus noches se volvieron una orgía de palabras, algunas mesuradas, otras salvajes, y su mundo se pobló de nombres, de héroes, de pensadores y paisajes. A ratos sentía que alguien le explicaba el mundo, o la mente humana, o al mismo Dios. Hablaba con los libros, les preguntaba cosas, y ya no temía leer sus respuestas. Sin el miedo al pecado, solo quedaban la lujuria del conocimiento, la sed loca del aprendizaje. Como un animal

hambriento, esperaba agazapada a que llegaran los libros nuevos a su padre, e incluso antes de que él los leyera, su hija ya los había abierto y los había devorado en la oscuridad de la noche.

Fue así como Carlos supo que su hija entraba en la biblioteca sin su permiso. Había ordenado el primer tomo de las *Vidas de los personajes literarios y científicos más eminentes*, una enciclopedia inglesa de Dionysius Lardner, y cuando el libro llegó lo dejó a medio desempacar sobre su escritorio. Esa noche estaba invitado a cenar en casa de la familia Herrera, con quienes tenía negocios, y cuando llegó encontró el libro sobre una silla, con las primeras hojas arrugadas, como si alguien hubiera estado tratando de separar los pliegos todavía pegados. Le pareció extraño, dudó de sí mismo y de su memoria, y luego se preguntó si su hija lo habría tomado para colocarlo en la estantería.

—No. Lo tomé para leerlo —le dijo María Antonia cuando la increpó.

—¿Sin mi permiso?

—Sí, señor. He pecado por desobediencia —respondió, y bajó la cabeza.

—¿Qué tanto has pecado por desobediencia?

María Antonia pensó en la hermana Margarita, en la necesidad de honrar al padre y en el pecado de la mentira. Levantó la cara y lo miró con firmeza, aunque por dentro tenía el corazón reventándole las costillas.

—He pecado constantemente, padre.

—Pues hasta aquí llegaste.

—No hay arrepentimiento —dijo, con las pocas fuerzas que le quedaban—, y si no hay arrepentimiento no hay contrición. El pecado está hecho, y yo seguiré cometiéndolo si usted se opone a mi educación.

—Tu destino es casarte, no estudiar.

—Mi destino es lo que yo quiera hacer con él.

—¿Y dónde vas a conseguir entonces que alguien te eduque?

—Había pensado en tutores privados, padre. O en una universidad.

Carlos le dio una bofetada que le dejó la mejilla roja y un pito agudo en el oído.

—¡Te ganaste un castigo por impertinente! —le gritó Carlos—.

¡Cómo se te ocurre siquiera pensar así! ¡Una universidad! ¡Desvergonzada!

La niña no tuvo tiempo de reaccionar. Quedó sentada del golpe, y antes de que supiera qué había pasado, su padre la había arrastrado del brazo hasta la habitación, de donde no debía salir hasta que hiciera un acto de contrición.

María Antonia se quedó encerrada durante una semana. Las comidas se le subían y se le dejaban en la puerta, y alguien tocaba para avisarle que podía entrar la bandeja. Las criadas tenían orden de no hablarle, y Carlos mismo le retiró todos los elementos de escritura y lectura que encontró en su habitación, aunque dejó un rosario y un librito de oraciones al ángel de la guarda. Al comienzo, la niña lloraba y se escuchaban sus pasos insomnes por el piso de madera, pero luego solo había silencio detrás de la puerta cerrada. Tanto, que, si no fuera porque las bandejas aparecían vacías, Carlos habría pensado que había muerto de pena moral.

El padre se preguntaba quién le estaría metiendo esas ideas locas en la cabeza a su hija. ¿Serían las amigas? ¿Un sacerdote? ¿La monja con la que María Antonia hablaba tanto? No podía explicarse cómo había terminado criando a una chica tan rara. Tal vez era hora de irse un tiempo del país, viajar a Europa. Hacía rato venía pensando en eso, pero quería hacer el viaje cuando su hijo estuviera mayor y comprendiera más los negocios. Quería irse solo con Luis María, cuando las mujeres estuvieran ya casadas, para hacer algunas inversiones y aumentar el capital, pero este tampoco era un mal momento. Podía alejar a María Antonia de las malas influencias, conseguirle un matrimonio conveniente que reforzara sus empresas en Colombia y que, al mismo tiempo, la mantuviera alejada. Podía terminar de educar a Luis María y contratar una institutriz para las niñas más pequeñas, que volverían del viaje más refinadas y elegantes. Durante esa semana que María Antonia estuvo en su alcoba, Carlos escribió cartas a sus conocidos en Inglaterra y Francia para comenzar a tantear el terreno.

El castigo se levantó para el almuerzo del domingo, y una criada fue a avisarle a María Antonia que podía vestirse y bajar a compartir la mesa con su padre. Lo que Carlos vio lo impresionó. La chica rebelde

que había entrado hacía unos cuantos días había sido reemplazada por una mujer pálida y demacrada, estoica, serena y silenciosa. María Antonia contestaba con sumisión a las preguntas de su padre y respondía con cariño a los mimos de sus hermanos, pero parecía como si estuviera lejos de todos, como si los mirara desde un punto más alto en el horizonte.

Un par de meses más tarde, Carlos anunció que irían a Europa. No mencionó sus razones personales sino las de negocios y enfatizó la importancia que tendría el viaje para Luis María y el futuro de su empresa comercializadora. Los niños se sentaron a su alrededor para comprender los pormenores del viaje, pero María Antonia siguió en una esquina, mirándose las uñas, como si no fuera con ella.

—¿No quieres saber nada del viaje? —le preguntó su padre.

—No, padre, sus decisiones siempre serán sabias.

Carlos sonrió y pensó que ese castigo y ese golpe la habían terminado de moldear. Nunca más le faltaría al respeto a él o a su futuro marido, y entonces, se dijo con satisfacción, su trabajo estaba hecho.

Mario sugiere que yo viaje a París en diciembre para estar con Vicente durante su primer examen. Son más de mil alumnos, así que no hay aula que los pueda contener, por lo que los exámenes se llevan a cabo en un hangar del aeropuerto y los chicos se quedan una noche en los hoteles cercanos. Vicente y yo compartimos habitación en un lugar impersonal, ubicado en un terreno yermo, donde lo único que hay alrededor son carreteras y bodegas de almacenamiento. Sus compañeros están también allí, unos con sus padres y otros solos. Vicente está asustado, es apenas lógico, y camina como zombi por los corredores del hotel. A veces saluda con la cabeza a alguien, un chico o una chica con la misma mirada aterrada que él. Comemos un sándwich que compramos de una máquina dispensadora porque el único restaurante, un lugar de carnes, está lleno y no hemos hecho reserva. Nos vamos a dormir temprano y vemos una comedia en la televisión, pero ambos sabemos que nos espera una noche en blanco. Mario está en Roma con reuniones desde la mañana hasta la noche,

por lo que hablamos poco antes de apagar la luz. Nos desea suerte y nos pide un reporte al día siguiente, como si fuera una junta directiva y yo debiera levantar el acta. Le digo que habría querido que viniera también él y se disculpa por no estar.

—Pero tú haces el trabajo por los dos —me dice, antes de colgar el teléfono.

Al día siguiente, Vicente sale temprano en un bus habilitado para llevar a los estudiantes por tandas al examen. Muchos padres van con ellos, pero él me dice que no es necesario. Me quedo entonces sola en un hotel vacío un día de invierno. Me siento a escribir en una mesa diminuta que tiene los restos de la comida de la noche anterior. La cama está revuelta y hay un olor a rancio que me impide concentrarme. Los hoteles son lugares de paso, y a mí me gusta estar rodeada de lo mío. Me asomo al corredor, pero no hay nadie. Al final del pasillo veo un carrito con toallas y jabones pequeños. Me acerco para ver si puedo comunicarle a la mucama que me gustaría que arreglaran mi habitación, pero no hay nadie. A lo lejos suena una aspiradora. Tal vez el hotel está tan lleno que se demoren en llegar hasta mi cuarto, así que salgo a dar una vuelta. Hace sol, de esos soles helados que se asoman entre las nubes. No tengo dónde caminar, pero voy al parqueadero y camino un poco. Está vacío, y me sorprende, porque anoche estaba lleno. ¿Qué pasó con los demás papás que acompañaban a sus hijos? Me siento un poco a la deriva, como si se hubieran olvidado de mí. Cuando se me duermen los dedos, entro de nuevo y me siento en la salita de la recepción. Trato de escribir, de pensar en María Antonia y en su viaje, y se me vienen a la mente los recuerdos de mi primer viaje a Europa.

Tenía quince años, y el sueño de mi vida era conocer la Acrópolis de Atenas. Los mundos antiguos, las civilizaciones perdidas, la Historia pesaban más en mi vida que el presente, y ya había convencido a mis papás para que me llevaran a San Agustín, a Nazca y a Machu Picchu. El siguiente paso era Grecia. Europa no era barato y nosotros éramos cinco, pero los negocios ese año iban bien, o eso decía mi papá, y accedió a llevarnos en un *tour* todo incluido durante un mes por España, Francia, Alemania, Suiza, Austria, Italia y Grecia (con un crucero de cuatro días por sus islas). Eran jornadas maratónicas en las

que coexistimos con gente de México, Chile y Ecuador, y nos bajábamos cinco minutos en cada plaza, solo para decir que habíamos conocido un país o una ciudad, cuando en realidad lo que vimos fueron imágenes que alguien nos ponía en un visor y luego nos quitaba antes de embutirnos en el silencio gélido del bus turístico.

—Ya pueden decir que estuvieron en Europa —nos dijo mi papá al regresar a casa—. Este es un viaje que se hace una vez en la vida.

Miro a mi alrededor y el lugar en el que me encuentro es Europa. Los hoteles son iguales en cualquier parte del mundo, los hoteles de aeropuerto todavía más, pero está ese olor. El olor del invierno, de lo viejo, de un lugar del primer mundo. Ese olor que percibí el día que llegué y que sigue siendo tan ajeno como lo fue seis meses atrás. Almuerzo en el restaurante de carnes, que al mediodía está casi muerto. Vicente llega antes de que oscurezca. Está cansado, aturdido. Volvemos al mismo restaurante y celebramos con una cerveza y un chuletón. Por él me entero de que los padres siguieron a los chicos hasta el galpón y luego se fueron a su casa. Los estudiantes terminaban el examen y tomaban el transporte directamente al metro del aeropuerto. Hay unos pocos perdidos, como nosotros, pero el lugar está casi vacío. Le enviamos una foto a Mario, que escribe un mensaje que parece un telegrama: «Ocupado en una reunión. Felicitaciones a Vicente. Nos vemos mañana». Al día siguiente tomaremos un vuelo a Roma para comenzar las vacaciones de Navidad. Nuestra primera Navidad en Roma, solos.

Antes de dormirme, recuerdo las palabras de mi papá y comprendo que están a caballo entre el siglo XIX y el XXI. Ahora Europa está cerca, el mundo es pequeño, pero cuando María Antonia se embarcó, Europa sí era un destino para ir una vez en la vida, y el viaje duraba años.

Llenaron baúles y cargaron mulas, y María Antonia, su padre y sus hermanos se montaron en caballos que los llevarían hasta Villeta, donde se hospedaron en la Posada del Consuelo.

El lugar era un antiguo monasterio que alguien había convertido no en un hotel, sino en un lugar de paso para los viajantes que llevaban y traían mercancías a la capital. Llegaron en la noche y la posadera, una

anciana flaca y tuerta llamada Genoveva, les ofreció lo único que tenía disponible, que no calificaba ni siquiera de habitación. En el piso, junto a unas sillas de montar rotas que estaban arrumadas unas contra otras y unos sacos de cebolla, había algo parecido a unos colchones. Unos eran de paja y otros estaban mal rellenados con crin de caballo, y apenas cabía el padre con los niños más pequeños. María Antonia improvisó su cama sobre una mesa enclenque y allí amanecieron, aterrados con la noche y con el trasegar de las ratas sobre el tejado.

Al día siguiente, Ana se despertó con fiebre y no pudieron seguir camino. La niña tenía las mejillas encendidas y los ojos desorbitados de los delirantes. No podía ser malaria, porque no habían llegado a las costas ni a los pantanos, entonces pensaron en otras opciones terribles y contemplaron la idea de devolverse y olvidar la aventura, pero ya las mulas habían seguido camino por la montaña y tomaron la decisión de esperar un par de días a ver si la salud de Ana mejoraba. Total, así tampoco podía viajar de vuelta. María Antonia le cedió su mesa y se convirtió en enfermera de su hermana. En las noches espantosas en las que sudaba y se revolcaba como una posesa, Carlos y su hija mayor la sostenían de los brazos para que no se arañara la cara, colorada por la fiebre y la irritación.

Al amanecer del sexto día, las fiebres de Ana remitieron. La niña quedó demacrada, del color de las velas, y una tos persistente que la atacaba en las madrugadas frías.

Tres días después, cuando Ana recuperó sus fuerzas y María Antonia pudo por fin pasar una noche tranquila, Carlos anunció que seguirían camino.

—Pero es peligroso —le dijo su hija—. Ana puede volver a enfermarse.

—Las mulas nos esperan en el puerto. Ya es imposible devolvernos.

—Así no puede viajar, no me parece prudente.

—Aquí se dice lo que yo diga.

Al día siguiente llegaron a Honda y se embarcaron en el Magdalena. Sin saberlo, María Antonia repetía el camino de Carmen Fernández Sanjurjo, su bisabuela, pero a diferencia de ella, la niña de dieciséis años estaba loca por ver el mar, por viajar y conocer el mundo, por aprender otros idiomas y sumergirse en otras culturas y escuchar otras

músicas y saborear otras comidas y leer y leer y leer. Los días de encierro a los que su padre la había sometido hacía ya un año en su alcoba no la habían vuelto más dócil sino más astuta. Evitaba las confrontaciones con él, y sus lecturas las camuflaba en misales y novenarios. A veces incluso se concentraba en los libros santos, si total eran libros, y las vidas de las monjas y los mártires le parecían novelas de aventura o historias de amor.

Una vez en Cartagena, supieron que había un barco que viajaría pronto a Inglaterra, el destino que habían elegido para comenzar el periplo. En él se embarcaría José María Torres Caicedo, un hombre que iba a Europa a que James Barry, el famoso cirujano que había realizado la primera cesárea exitosa en la historia, le quitara una bala que había recibido en un duelo y que, aunque no era mortal, le producía dolores insoportables en el brazo izquierdo. Torres ofreció acompañar a la familia a Londres y servirles de guía, además de presentarles al doctor para que tratara a Ana con su problema pulmonar. En los dos meses que duró la travesía, María Antonia pulió su inglés de la mano de Torres, que no se cansaba de decirle a Carlos Borda lo brillante y talentosa que era su hija.

—Si fuera más joven, señor Borda… —suspiraba el hombre.

—La juventud es lo de menos, señor Torres. Su brazo es lo que me preocupa.

—Ah, pero el doctor Barry me va a dejar bueno, ya verá.

—Le creo. Pero ¿y el duelo? Un hombre de su edad, de su educación, haciendo gala de esa salvajada.

—Me resigno entonces a verla de lejos y a ser su amigo —concluía Torres, de buen humor.

Los barcos, lo sé por experiencia, son lugares tremendos. Los transatlánticos de esa época debían ser incómodos, mucho más que ahora. La primera vez que me embarqué en uno fue en ese viaje a Europa a los quince, y compartía una cabina triple con mis hermanos. La luz entraba por una claraboya opaca, la habitación olía al sudor dulzón de los adolescentes. Dimitri, el camarero que nos arreglaba las camas, claudicó en su intento por eliminar el olor y me entregó una

bolsa de lavanda para que pusiera bajo la almohada antes de dormir. María Antonia debió de combatir olores fétidos, cabinas incómodas y un mareo constante, pero nunca se quejó. Aparte de sus estudios de inglés, que tomaba cada mañana con disciplina, llevaba un bordado que atacaba con furia en las tardes y un juego de damas para los niños. Cuando su padre cenaba hasta tarde o salía a cubierta, María Antonia se quedaba cuidando a sus hermanos, leyendo un libro hasta que la vela se consumía.

Llegaron a Londres en la primavera de 1863 y se hospedaron en una posada sencilla que les recomendó Torres. Luego de las averiguaciones de rigor, encontraron que Barry atendía a pocos pacientes, operaba a unos cuantos y estaba casi siempre encerrado por la fiebre amarilla que había contraído en las Indias Occidentales durante su carrera militar. Aun así, el famoso médico aceptó sacarle la bala a Torres y recibir a Ana en su despacho. Como Carlos Borda tenía citas de negocios, Torres acompañó a María Antonia a llevar a su hermana.

Luego de la consulta con Torres, que ni Ana ni María Antonia pudieron presenciar, les tocó el turno de entrar en el despacho del doctor. A María Antonia lo primero que le impresionó de Barry fue su altura. Era un hombre pequeñito, apenas alcanzaría el metro y medio. Debía encaramarse en bancos y escaleras para alcanzar apósitos de todo tipo, pero era tan ágil que nadie habría dicho que estaba moribundo.

Hablaba con una voz aflautada, y María Antonia siempre recordaría la suavidad de su piel que, aunque arrugada ya por la edad y por el sol, parecía de porcelana. En lugar de concentrarse en Ana, Barry centró su atención en María Antonia.

—¿Dónde están tus padres? ¿Cómo es que un par de jovencitas vienen solas a una consulta médica?

—Mi madre, bueno, la esposa de mi padre murió hace poco… Mi padre está ocupado con los negocios y fue por el señor Torres que vinimos. Si usted lo prefiere, podemos decirle al señor Torres que esté presente —dijo María Antonia intimidada por los ojos grises del médico.

—No es necesario, querida. No creo que haya mucho que hacer en el caso de tu hermana.

Estas palabras las asustaron, pero antes de que pudieran decir algo, Barry soltó una carcajada, consciente de su error.

—No quiero decir que se va a morir, no. Quiero decir que los pulmones quedaron comprometidos para siempre por la neumonía.

—¿Neumonía?

—Sí. Se escuchan las secuelas con el estetoscopio. ¿Quieres probarlo?

María Antonia dudó un instante, pero ese hombre le inspiraba confianza, cariño, serenidad. Se puso el estetoscopio como él se lo indicó y escuchó que el pulmón se quejaba, o eso le parecía a María Antonia, que no sabía nada de medicina, pero que se dejaba guiar por las instrucciones del doctor.

—¿Escuchas? El pulmón no parece limpio. La respiración normal es pulida, como un mar en calma. Aquí puedes casi sentir las olas.

La niña asentía, maravillada con la simplicidad de la explicación.

—Doctor, mi padre me dijo que, si es necesario sacar placas del pecho de Ana, estamos autorizadas para hacerlo. Mencionó la tuberculosis también. Debo reportarle sus hallazgos a este respecto.

—Querida, no es necesario por ahora sacar placas. Con los sentidos puedo percibir muchas más cosas. Los ojos de tu hermana están claros, puedo oír sus pulmones y palpar su tórax. Tiene una debilidad que la acompañará para siempre, pero si se cuida estará a salvo. Si hay algún cambio, deberán reportarme de inmediato. ¿Cuánto tiempo estarán en Londres?

—Probablemente estaremos unos tres o cuatro meses más aquí y luego iremos a Francia.

—Te daré entonces nombres de colegas míos en París, por si presenta otros síntomas.

María Antonia asintió. La tranquilidad de saber que su hermana estaría bien le permitió desconcentrarse un poco, y mientras Barry le daba instrucciones a Ana, su mirada comenzó a vagar por la biblioteca del doctor, llena de tratados de anatomía y libros en alemán, un idioma que no comprendía.

—¿Alguno que te interese?

La pregunta la sobresaltó.

—¿Quisieras leer alguno?

—No… este… no leo alemán.

—Tengo en francés también. ¿Lees francés?

María Antonia asintió con timidez.

—Pero creo que no lo entendería.

Barry sonrió con benevolencia.

—Te sorprendería saber lo que las mujeres pueden entender, querida. Si sientes curiosidad por algo de esto, mi biblioteca está a tu disposición. Digamos que es mi forma de disculparme por no poder hacer más por tu hermana.

Torres las esperaba en el vestíbulo, emocionado porque su cirugía se llevaría a cabo la próxima semana y el doctor Barry había dado un buen pronóstico.

—Es un hombre reservado, sin embargo. Casi no me dirigió la palabra —les dijo a las niñas de regreso a la posada.

—A mi hermana en cambio no paró de hablarle —respondió Ana.

María Antonia conoció la nieve en ese primer invierno de 1863. Habían llegado con el fin del otoño, y tenían poca ropa caliente que soportara las temperaturas de Londres, pero la visión de los árboles desnudos y los pinos nevados la hizo olvidarse del frío perpetuo y de la oscuridad en la que se había sumido su mundo.

Yo conocí la nieve a los veinticinco. Vivíamos en un pueblo helado y sin gracia y teníamos un apartamento con exactamente las mismas características. A veces me quedaba hasta tarde en una de las bibliotecas de la universidad, solo para sentir algo de calor. Estos recuerdos me persiguen cada vez que siento frío y Mario me dice que mi vida se limita a adquirir traumas.

—Supéralo —me dice—. Deja de revisar el radiador. Para ser diciembre, no hace tanto frío.

Tal vez tiene razón. Me han dicho que la mayoría de los edificios tienen calefacción central, que se enciende en noviembre, y la mía aún está apagada. Por ahora aguanto los días con un calentador pequeño y un suéter grueso, pero tal vez en enero haya bajas temperaturas y entonces voy a sufrir. Trauma o no, el asunto me desvela, así que con un italiano casi nulo bajo a preguntarles a los empleados de la

administración, una oficina antigua con libros viejos de cuero, que es más elegante que mi casa. Me dicen que cada apartamento es autónomo, y me dan instrucciones para encender la caldera de mi casa. Emocionada, veo cómo todo comienza a calentarse y entonces el pequeño calefactor que he estado trasteando conmigo queda relegado a calentarme los pies cuando escribo en las mañanas.

Salgo en la noche a tomar una clase de pilates. Un amigo nos regaló a Mario y a mí una sesión privada, con la esperanza de que gastemos cien euros semanales en una hora de ejercicio. A medida que camino por la vía Giulia, el viento me muerde las piernas, un viento más parecido a Bogotá en un día de lluvia que a un pueblo nevado en el invierno. El instructor nos espera en un estudio iluminado y tibio, y nos acomoda en camas de pilates gemelas. Le pregunto si bajará la temperatura el mes que viene.

—Roma no se enfría más que esto —responde, mientras me corrige la postura de la espalda—. Para mí, que soy inglés, es un clima casi tropical.

Esa sola frase me llena de valentía para enfrentar lo que viene. La nostalgia de la Navidad y la aridez de los primeros meses del año.

—No creo que debamos volver a esa clase —me dice Mario cuando estamos metiéndonos a la cama—. Es muy costoso y no vale la pena. Pero, además, ir a un estudio por las noches resulta un poco triste.

—Pero tú no puedes ir a ninguna otra hora…

—Pero tú sí. ¿No prefieres inscribirte en un gimnasio? Así conoces gente.

No le falta razón. Tengo pocos amigos en Roma y hasta este momento no me ha molestado, porque vivo todavía la rutina de los que se quedaron allá. Sigo hablando por teléfono con mis amigas y escribiendo correos a quienes se quedaron en Colombia y siento que, así sea a la distancia, no estoy tan sola. Cuando Mario me lo dice, sin embargo, me doy cuenta de que he vivido con el cuerpo en Roma y el resto en Bogotá. Me resisto a dejar mi vida allá y con frecuencia pienso que es un viaje de turismo que se ha extendido.

Me inscribo en un gimnasio que se encuentra a una cuadra de mi casa, pero me doy cuenta de que las clases son en italiano, por lo que no voy a entender las instrucciones. Frustrada, me subo a una máquina

trotadora y corro durante una hora mientras veo en la pantalla un programa de humor político de Colombia. Al bajarme, pido que me devuelvan el dinero porque no iré nunca y, si quiero correr, siempre está la ciudad. La chica de la recepción hace pucheros y me dice por señas que solo puede reembolsarme 80 % de lo que pagué. Otra cosa que no sé hacer en italiano es pelear, entonces doy por perdido el resto del dinero y salgo dando un portazo.

Camino furiosa por las calles de Roma y poco a poco comprendo dónde estoy. Me he demorado seis meses en entenderlo, pero mi realidad me golpea de repente en la cara. Ocurre cuando veo un hombre que habla en inglés y arrastra una maleta por las calles empedradas. Tiene la cara colorada y, a pesar del frío y el día nublado, lleva un sombrero vaquero blanco. Sonríe mientras le señala a su pareja algún monumento. Ella se detiene, toma una foto y arrastra de nuevo su propio equipaje. Me imagino la casa en la que viven, en Idaho o en Ohio o algún lugar de esos en medio de una planicie triste en Estados Unidos. Miro a mi alrededor y veo un puñado de turistas con sus maletas, otros más tomando fotos o admirando unas ruinas. Estoy en Roma, una ciudad que resulta un destino turístico para millones de personas al año. Una ciudad que todos quieren conocer porque es hermosa y está llena de historia y yo vivo aquí. Yo no tengo que tomar una maleta y viajar para verla, porque me basta con salir a la calle a diario. Ese pensamiento me hace respirar ese aire que he olfateado antes con recelo y sentirlo mío por primera vez. Yo huelo a continente viejo, yo vivo aquí.

Sintiéndome llena de dicha, corro a casa a armar el árbol de Navidad. Compré un pino artificial de medio metro de altura que decoro con bolitas de colores y una tira de luz blanca. En la mesa de la sala pongo un pesebre de cerámica guatemalteca, pero cuando lo abro veo que el ángel tiene un ala rota y a san José se le perdió el báculo, con lo que parece que estirara las manos para bailar la mayonesa.

Salgo luego al mercado étnico y compro una pierna de cordero. Mientras el indio que la vende me la empaca en varias capas de papel encerado, me doy cuenta de que mi felicidad viene de la certeza de que no tengo que viajar a pasar la Navidad en Bogotá. Prefiero estar en un país ajeno para las fiestas de diciembre. Mi mamá odiaba la

Navidad, pero como su vida era un constante sacrificio, ponía un árbol enorme y decoraba toda la casa como si fuéramos fanáticos de la fecha. Aun así, lloraba durante una semana entera porque cumplía años el 25 de diciembre y nadie se lo celebraba. Mi papá, ocupado como estaba en sus negocios y sus viajes, no compraba regalos, y era común que saliera yo, a veces con mis hermanos, pero la mayoría del tiempo sola, a comprar algo, cualquier cosa, un 24 de diciembre a las seis de la tarde.

Ahora hay un árbol gigante en la Plaza Venezia, junto a mi casa. Una centena de turistas con gorrito y guantes se toma fotos frente a él, y las vitrinas están llenas de ropa linda, juguetes y decoraciones. Todo parece festivo, banal, sin el peso de la violencia ni los quemados con pólvora ni la pobreza. Sin el lastre de la familia ni la dicotomía de con quiénes estar en esas fechas. Mi papá casi siempre se queda con mis hermanos que, como son mellizos, todo lo hacen juntos. A veces se van de viaje, y entonces él se resigna a la soledad, pide un pollo asado y ve una película. Yo voy a visitar a mis suegros, que cantan villancicos, rezan las novenas y comen tamales en la mañana de Navidad. Pero ahora no tengo que hacer nada. No tengo que dividirme entre mi papá solo y triste y mis suegros felices. No tengo que disculparme ni sentirme mal ni ver la violencia ni los muertos en accidentes de carretera ni soportar el tráfico decembrino ni sufrir las fiestas empresariales y ni siquiera tengo que comer tamal el 25.

La familia Borda Caro pasó la Navidad de 1863 de la misma manera que mi familia en 2019. En una casa de alquiler y en total soledad. La vida vuelve a la normalidad rápidamente. Para los Borda eso significó que los niños comenzaran de nuevo los estudios, esta vez con la institutriz, Rosalynd Chadburn, que debía enseñarles latín, geografía, historia y gramática inglesa. María Antonia, que estaba ya mayor para esas clases, seguía luchando contra el piano y sufrió de nuevo clases de bordado y etiqueta, y además tomó clases de idiomas con profesores especializados que iban al hogar de los Borda dos veces a la semana. El doctor Barry, con quien continuaban teniendo una relación cordial, visitaba de vez en cuando a Ana para verificar el estado de sus

pulmones, en particular durante enero y febrero, los meses más fríos del año. De vez en cuando narraba sus historias de guerra y contaba cómo había sufrido con la malaria, que lo había debilitado hasta el punto de que había abandonado casi del todo la práctica médica.

María Antonia lo escuchaba fascinada, y a pesar de que su padre le pedía que se retirara cuando los caballeros estaban hablando, el médico siempre insistía en que ella estuviera presente para que aprendiera.

—Las mujeres, señor Borda, no tienen oportunidades de aprender y tenemos muchos cerebros desperdiciados —decía Barry, y ella agradecía la complicidad del doctor, que a veces, sin que su padre se diera cuenta, le entregaba un libro para que leyera y le susurraba: «Vuelvo en un par de semanas a recogerlo y más te vale haberlo leído para entonces, querida».

Para nosotros, el comienzo del año es mucho más abrupto. Vicente se va el 3 de enero y Mario comienza a preparar su agenda de viajes del semestre. Lo veo entusiasmado, lleno de proyectos y con ganas de salir, quién sabe si huyendo, de Roma. La academia de idiomas vuelve a abrir sus puertas y yo regreso para encontrarme con estudiantes totalmente nuevos. Hay una brasileña que ya ha vivido en Italia, por lo que su dominio del idioma es muy amplio. Una puertorriqueña competitiva y desagradable y su nuevo novio, un español lánguido que se llama Xavi y que habla más bien poco. Ahora tenemos un profesor más exigente, las clases se complican y Trish, la australiana, me escribe para decirme que no volverá a Roma, así que aprovecho la academia para lo que es, un lugar para aprender, y no para conseguir amigos.

En febrero, Mario me anuncia su primer viaje. Será a Svalbard, una isla situada a medio camino entre el Polo Norte y Noruega. Me explica, con palabras sencillas para que entienda, que en ese lugar hay una cosa que se llama permafrost, es decir, que el suelo está congelado todo el año, y que gracias a eso el lugar se convirtió en el banco mundial de semillas. Allí se almacenan todas las especies de todas las semillas de plantas de importancia para la alimentación, y se preservan para el futuro y la investigación. Mario debe ir a entregar unas variedades de fríjol y le pregunto si puedo ir con él. El lugar

parece apasionante, y pocas veces reciben periodistas, por lo que me parece una oportunidad para escribir algo sobre ese sitio, pero cuando él informa de mi llegada, le dicen que es imposible. No se me permitirá la entrada.

—No entiendo —le digo—. Hay vuelos comerciales a Svalbard, la gente va al pueblo a ver la aurora boreal. No me pueden prohibir que viaje.

—Las esposas no son bienvenidas —me responde Mario.

Tenemos una discusión. No discutimos mucho, creo que porque no nos vemos mucho. Desde que nos casamos nos acostumbramos a que cada uno tiene su vida y que hay cosas que no podemos hacer juntos, así que la independencia ha sido parte de la rutina matrimonial. Vicente, sin embargo, siempre ha sido esa bisagra que une los dos mundos. Toda nuestra atención se centró siempre en él, en sus estudios, en sus torneos de natación, en su felicidad. Ahora que Vicente no está, hacemos intentos torpes por reconocernos. Yo siempre quiero acompañar los viajes y él siempre se niega. Yo siempre lo espero a que llegue del trabajo para caminar por las calles enredadas de Roma y él siempre tiene algo que hacer, desde una llamada de última hora hasta un informe por entregar. La soledad en la que estoy me obliga a ser dependiente, y sé que le molesta. A mí también me molesta, yo no soy así. No soy una mujer posesiva, ni celosa, ni un ama de casa necesitada de la atención de su marido, pero me justifico diciendo que no conozco a nadie, que no hablo italiano y que me siento tremendamente sola en la ciudad más linda del mundo.

Para compensar mi frustración, y para terminar la pelea, me propone que vayamos el fin de semana a Tromsø, un pueblo noruego famoso porque se puede ver la aurora boreal, que es más hermosa en el mes de febrero. Acepto con la docilidad de un cachorro agradecido con un juguete, pasmada con la emoción de un viaje tan exótico y, al mismo tiempo, asustada por los gastos. Todavía no me acostumbro a esta posibilidad de tener el mundo a la mano.

Viajar a la Costa en Colombia es una aventura. Por tierra son dos días y en avión son dos millones. Viajar a cualquier parte, en realidad. Me fui alejando de Bogotá a medida que pasaba el tiempo. Al final vivía en una finca en los cerros, con un gato y tres perros y una mesa

sobre el río Teusacá, que terminó por llevársela una creciente. Salir de mi casa era un acto de valentía. Llegar a la ciudad podría tardarse quince minutos o cinco horas, y esa ruleta rusa me dejaba despierta en las noches previas a una cita importante. Cuando llegué a vivir a Roma busqué una casa en el centro. No me importaba si era ruidosa, si el edificio estaba derruido, si no tenía terraza o nada de verde cerca. Quería el centro para caminar a todas partes, para no tener que volver a entrar a una ciudad, porque el movimiento en Colombia es o bien costoso, o peligroso, o eterno.

Empaco para el viaje. Un fin de semana en Noruega, pienso, y me maravillo. Me parece una extravagancia digna de la realeza, como cuando uno ve a los príncipes modernos que viajan de viernes a domingo a París, y ahora yo hago lo mismo. Bueno, lo mismo no. Peor, porque Noruega queda más lejos. Peor, porque no soy princesa. Peor, porque no tengo ese dinero. Pero mejor, porque no voy al Ritz sino a unas casas prefabricadas en un pueblo cubierto de nieve. Sobra decir que de la aurora boreal no veo nada. El cielo está encapotado y un puñado de turistas nos quedamos junto a las ventanas tomando cerveza, esperando algún indicio de verde en el firmamento. Doce de la noche, una de la madrugada. Mi única noche y el cielo está tan negro como en La Calera.

En el bus hacia el aeropuerto veo una pareja de turistas chinos que viaja con unas caretas de plástico transparente. Me pregunto si tendrán covid, esa enfermedad de la que escucho hablar hace ya un tiempo. Le envío una foto de los alienígenas de máscaras a una amiga en Colombia y me responde enseguida. «Cuídate. El covid ya llegó a Italia». «Pero estoy en Noruega», respondo. Emoji de sonrisa.

Cuando llego al aeropuerto, me dicen que cancelaron el vuelo por una tormenta de nieve. Hago fila en un mostrador, trato de llamar a casa y me doy cuenta de que en realidad nadie me espera. Mi perro está a salvo donde una mujer que lo cuida y mi esposo sigue en el círculo polar, entregando los famosos fríjoles. Cuando por fin logro acercarme a la señorita que atiende en el mostrador, me da un papel que indica que iré a un hotel del aeropuerto y que la aerolínea pagó, además de mi habitación, mi cena. Mientras hago la fila en el hotel, finjo que soy una viajera curtida y que no me da miedo quedarme para

siempre en una ciudad desconocida. En lugar de comer de un bufé improvisado y poco apetitoso, pido media botella de vino y unas papas de paquete, me llevo mi botín a la habitación y prendo la tele. Sintonizo CNN en inglés, que pasan por un canal de cable y que es de las pocas cosas que no están en noruego. Mencionan algo del covid, quiero saber qué pasa en Italia, pero la noticia solo habla de China y luego hablan de Estados Unidos, critican a Trump y pasan a los deportes. Me acerco a la ventana, a través de la cual se ven un paisaje nevado y una luz que ilumina el parqueadero casi desocupado. Termino la botella de vino pensando en la vasta soledad y apago la luz.

Con los primeros soles de marzo, los Borda partieron hacia París. Se despidieron de Torres, ya recuperado completamente, y del doctor Barry, a quien visitaron en su casa. El médico estaba visiblemente enfermo esa mañana. Tenía la cara contorsionada de dolor y sus ojos grises parecían nubes de tormenta.

—Ya no volveremos a vernos —le dijo a María Antonia cuando se despidió de ella.

—Ya no tendré quién me preste libros. ¿Cómo más aprenderé? —se lamentó ella.

—Los libros están por todas partes, así que no te hará falta un viejo que te los facilite. Pero a veces, querida, la vida puede enseñarte más que los libros.

—Mi padre dice que las mujeres debemos estar protegidas de la realidad porque nos duele mucho.

—Tu padre dice necedades. La vida nos duele a todos, pero una mujer, así como es capaz de crear una vida, está mejor dispuesta que todos a soportar la extinción de esta. De ahí viene la fortaleza.

Cuando se embarcaron en Dover, el viento y la violencia de las olas los hicieron recordar con cariño la travesía dulce del Atlántico, donde nada más tuvieron una tempestad en los dos meses del viaje. Llegaron a Calais con la neblina baja, y solo cuando atracaron pudieron ver los edificios rojos del puerto y la actividad frenética de las mercancías en los muelles.

María Antonia había aprendido el inglés gracias a su padre, que era un anglófilo reconocido, y lo había perfeccionado en Londres, pero el francés era la lengua que le habían enseñado en la escuela, por lo que la hablaba con corrección y pulcritud de estudiante, utilizando a veces términos arcaicos o haciendo frases demasiado elaboradas que a la gente le sonaban rimbombantes. Ese conocimiento le bastó, sin embargo, para convertirse en la intérprete de la familia, y a medida que bajaban de Calais a Amiens y de allí a Beauvais y luego a París, pudo aumentar en algo su vocabulario y llegó a París a comienzos del verano con un francés, si no perfecto, por lo menos decente.

En París, dice el libro de los Orrantia, Carlos Borda Romero se hizo pintar un retrato. El único que se conserva de él, el que Teresa tiene en su apartamento de Bogotá y al que llama «señor Bordita». Lo pintó Édouard Viénot, un retratista de sociedad francés que, según dice su biografía, llegó a ser el pintor oficial de la Casa Imperial de Brasil. Tenía su estudio en el 92 rue de la Victoire, en el distrito IX, cerca de Pigalle, que era el barrio bohemio de la ciudad. Abro los mapas de Google para buscar la dirección. Veo que el edificio no tiene placa alguna que conmemore a su antiguo residente y en el primer piso hay un almacén que vende aparatos de audición.

Vuelvo a mirar la fotografía que tomé de aquel retrato. Borda se encuentra sentado en una silla de madera tapizada de rojo. Lleva un traje negro con una corbata que parece de seda. Casi invisible está la leontina, de la que presumo cuelga un reloj escondido en el bolsillo del chaleco, y en la mano izquierda se ve un anillo doble estriado, probablemente de oro, tal vez con un pequeño diamante. Es un hombre joven todavía. Seguro de sí mismo. Con el pelo negro partido al lado y una entrada profunda que evidencia una calvicie venidera. Tiene las orejas grandes, la nariz larga y un lunar en la mejilla. Aunque su barba es tupida, no cubre la cara, sino que la rodea, y pueden verse los vestigios de una afeitada reciente en el tono azuloso de su bigote y su quijada.

Borda me mira con actitud desafiante, una sonrisa de sorna, los ojos profundos. Si acerco más la imagen lo podría confundir con el protagonista de una saga gótica de vampiros, con la cara larga y angulosa y un aire de misterio. Me pregunto por qué a sus hijos no los

retrataron. Por qué un viudo que viaja por Europa con su prole no busca hacer una pintura de familia sino una de sí mismo, en la que se ven claramente su poder y su dinero. Tal vez quería colgarla en su despacho, infundir miedo. A lo mejor se creía atractivo y, debo reconocer, no es tan feo como mi corazón siempre me ha dicho. En cualquier caso, la huella de su viaje por Europa terminó siendo solo esta inquietante pintura, donde el gris de fondo parece un telón de hierro detrás del cual se oculta su historia.

De Francia viajaron a Suiza, y luego a Alemania y a Italia. María Antonia y sus hermanos siguieron acompañados de la institutriz inglesa, la señorita Chadburn, pero tuvieron tutores de alemán e italiano para que aprendieran los rudimentos de las diferentes lenguas. María Antonia iba a fiestas de jovencitas de su edad, porque su padre seguía con la idea de conseguir un pretendiente para ella. La mayoría de las veces regresaba sin haber tenido ni siquiera un coqueteo, pero en ocasiones bailaba, conocía personas interesantes y recibía tarjetas de visita. Ella, como yo, se encontraba sola en Europa.

Regreso a clases luego de mi viaje a Noruega y el profesor nos pregunta si creemos que el covid es una confabulación china para destruir el mundo. La puertorriqueña dice que sí y me desafía con la mirada. Mi nivel es B1, lo que quiere decir que en este momento debo hablar bastante y entender casi todo. Sin embargo, nada de eso es cierto. Pienso en español, hablo en español, leo en español. Intento discutir con la chica, pero no encuentro las palabras, me frustro y guardo silencio el resto de la clase, sintiéndome estúpida. Antes de salir, paso a ver a la recepcionista de la academia porque debo un par de clases. La encuentro haciendo cuentas en una sumadora y se rasca la cabeza cuando me ve.

—No pagues clases por adelantado —me aconseja—. Es probable que cerremos la semana que viene. Todos los estudiantes cancelaron ya sus cursos por esa enfermedad.

La mañana es soleada y fría y me apetece caminar hasta la casa. Solo ahí me doy cuenta. En las calles retumba el eco de mis zapatos. Roma se está quedando desierta, se desocupa como una cañería que

alguien ha destapado. Ayer había gente, hoy ya no. Le sugiero a Mario que cenemos en un restaurante típico italiano, donde siempre es necesaria una reserva. Esta vez, como supuse, no hay un alma. Los meseros se entusiasman con nuestra llegada y nos dicen que este pánico colectivo acabará pronto, que la locura no puede durar para siempre.

A medianoche suena el teléfono. Hace ya rato que no me sobresaltan las llamadas a deshoras porque siempre hay amigos despistados que olvidan que nos encontramos seis horas más adelante. Esta vez, sin embargo, es el teléfono de Mario y no el mío y enseguida sé que algo no está bien. Es mi suegro, que llama para contarnos que asesinaron a Simón, el hijo de una prima de Mario. Lo dice como un trámite, como informando del estado de una cuenta de ahorros. Me siento en la cama y lloro desconsoladamente. Simón ya me había advertido que lo iban a matar.

Conocí a este chico cuando él tenía trece años. Fue con su mamá a Colombia, y se quedó en mi casa unos días. Hablaba español enredado, porque vivía en Estados Unidos. Nieto de inmigrantes, no sentía que perteneciera a ningún mundo. Colombia era una anécdota que le contaban sus abuelos, y en Texas, donde vivía, era demasiado latino para ser considerado estadounidense. Andaba entonces con los amigos que lo acogieran. Parias como él, negros de pandillas, latinos pobres, padres adolescentes, drogadictos. A los trece ya bebía, tal vez para parecer mayor, pero tenía aún alma de niño. Cuando llegó a mi casa, Vicente, que era un año mayor, lo hizo sentir que pertenecía a algún lugar. Eran primos, tenía una familia, un amigo de su edad. Ese descubrimiento lo hizo tan feliz que no quería devolverse a su hogar. Los dos, Vicente y Simón, se enfermaron de amigdalitis y conseguí que la mamá lo dejara unos días para que se recuperaran juntos. Cuando llegó a buscarlo, Simón se atrincheró en la habitación con una pistola Nerf para que no se lo llevaran. Era un juego, pero escondía un fondo de realidad. No quería volver a casa, eso era claro. Solo lo convencimos de salir cuando le prometimos que volvería el siguiente verano. Y así fue. Cada año estaba en mi casa desde junio hasta septiembre y sus despedidas siempre fueron dolorosas porque cargaban la amenaza de ser definitivas. La última vez que lo vi había

estado dos veces en rehabilitación. Fumaba y constantemente tenía miedo de que alguien lo asesinara. Lo llevamos a Palomino, en La Guajira, con Vicente y sus amigos, durante una semana. Fuimos en carro, con los chicos cantando rap a todo volumen en las escuálidas carreteras colombianas. Ellos celebraban la juventud y nosotros la firma de un acuerdo de paz que nos devolvía la posibilidad de viajar por carretera por un país fragmentado. La última noche, bajo un árbol del que colgaba un candelabro cuajado de velones, Simón me dijo que quería vivir con nosotros.

—Lo único que te exijo es un año limpio —le dije—. No quiero lidiar con drogas ni sobredosis, no puedo hacerlo.

—Te prometo que no voy a volver a eso, tía —respondió—. Un año limpio, si no me matan.

Lo más difícil es contarle a Vicente. Paso la noche en blanco pensando cómo hacerlo y apenas amanece decido que lo mejor es llamar temprano, porque Facebook es un medio de comunicación más efectivo que un teléfono. Lo despierto y le doy la noticia, y lo primero que me dice es que necesita venir a casa. Ya lo sé, en las horas de insomnio compré un tiquete para el siguiente fin de semana.

Los Borda Caro estaban a pocas semanas de embarcarse de nuevo hacia Colombia cuando se supo la noticia. El escándalo sacudió Europa y sin embargo ellos no se enteraron por los periódicos, sino por un telegrama que les puso su amigo Torres, que seguía en Londres.

Barry muerto stop era mujer stop escándalo stop

Lo leyó Carlos Borda en la mesa del desayuno y no le dijo a nadie. Cuando bajó María Antonia en compañía de sus hermanos, vio la cara mudada de su padre, la mueca de rabia, los ojos turbios, pero no se atrevió a preguntar. Tantas veces había sido testigo de esas iras solitarias y de las tormentas que se gestaban en su interior, que sabía para ese momento que estaba a salvo de todo si se quedaba callada y se hacía la indiferente.

Esa tarde, Borda la llamó a su estudio y también le pidió a Ana que estuviera presente. Sobre el escritorio había un periódico abierto, en el

que se veía el nombre de Barry en negritas, pero María Antonia no alcanzó a leer más.

—El doctor Barry ha muerto —comenzó diciendo el padre—. Ana debe ir cuanto antes a otro médico. Ya hice las gestiones necesarias y mañana en la mañana la espera el doctor Caviglia. La señorita Chadburn irá con ustedes.

María Antonia sintió una punzada en la boca del estómago. Por supuesto que esperaba la muerte del médico, si ya estaba viejo y acabado, pero igual le dolió. Desde que salió de Londres no habían vuelto a escribirse excepto una postal para la Navidad de 1864, y en su letra temblorosa era patente la debilidad que lo aquejaba.

—¿Por qué tenemos que ir a otro médico? El doctor Barry nos ha dicho que mientras Ana tenga precauciones, sus pulmones estarán bien.

—Porque yo lo digo.

—Padre, disculpe, pero Ana se ha sentido bien…

Ana apenas asentía, mirando a su hermana mayor, que era quien manejaba la conversación.

—Lo digo yo, y eso no tiene discusión —respondió Borda y les dio la espalda.

Las niñas entendieron que era su señal para salir del estudio, así que se despidieron y corrieron a la cocina, a ver qué le podían sacar a Chadburn.

La institutriz estaba tomando café con un pan relleno de crema y ante la pregunta de las niñas, se atoró y tuvo que ponerse de pie para no ahogarse.

—¿Qué pasó con el doctor Barry? Pues que falleció. ¿Qué más? ¿Qué saben?

—Hablamos con nuestro padre y nos contó todo… —mintió Ana.

—¿Todo? Santa madre de Dios. ¿Hasta lo de la autopsia?

—Hasta eso, sí —siguió Ana—. Pero es un asunto complicado y se me ocurre que podrías contárnoslo en inglés. Así aprendemos nuevas palabras.

Chadburn buscó la corroboración de María Antonia, a quien veía más como una patrona que como otra niña de la casa, y cuando esta asintió, la mujer tragó saliva y comenzó a contar en su lengua.

—El doctor Barry había escrito un testamento en el que pedía que lo enterraran con lo que tenía puesto al momento de su muerte, sin hacer autopsias ni embalsamamientos, pero su asistente pensó que era indigno de un hombre de su estatura, así que a su muerte incumplió sus deseos.

«Ustedes vieron que Barry estaba achacado y viejo, y sentía cerca el final. Cuando partimos de Londres, me llegó noticia de que se había retirado a morir en su casa de campo. Su muerte no tomó por sorpresa a nadie, pero el doctor se encontraba en paños menores, si me entienden, cuando ocurrió. El asistente, también médico, fue convocado para que dictaminara los pasos que había que seguir y él insistió en hacer una autopsia del cuerpo para determinar la causa de muerte y además prepararlo para que lo enterraran con los honores militares que le correspondían por su cargo y por haber sido cirujano del ejército. Lo que ocurrió después…».

—¿Qué fue lo que ocurrió después? —Las hermanas seguían la narración tomadas de la mano, sufriendo la historia como si asistieran a una obra de teatro.

—Ustedes no sabían nada, ¿no es cierto? —dijo la institutriz, a sabiendas de que era demasiado tarde para frenar su lengua—. Bueno, pues que el asistente se dio cuenta de que el doctor Barry era una mujer.

—¿¡Era qué!? —gritó Ana.

—Shhh, comportamiento. Las señoritas no levantan la voz.

—¿Cómo una mujer? —preguntó María Antonia.

—Pues, así como lo oyen. Una mujer como ustedes, como yo. El señor Barry, o, mejor dicho, la señorita Bulkley, Margaret Bulkley, interpretó el papel de un hombre toda su vida. Engañó a todo el mundo, hasta a los soldados… ¡hasta a la corona!

María Antonia sonrió. Así que una mujer… Recordó que Barry le había dicho que las mujeres podían entender más de lo que los hombres creían. Recordó los libros que le prestaba y la forma que tenía de impulsarla a leer, a aprender.

Cuando salieron de la cocina, Ana estaba todavía estupefacta.

—No puedo creer que esa pobre mujer nunca se casara… Jamás pudo ser madre, jamás tuvo un marido ni un hogar ni unos nietos. Y

ahora el precio de su mentira es que estuvo sola en su muerte.

—A veces es mejor estar sola. El matrimonio no es el destino de todas las mujeres —respondió María Antonia.

Acompaño a los Borda Caro a embarcarse hacia Colombia y me olvido de ellos y de su travesía de regreso a casa, que debió de sentirse como una batalla perdida. María Antonia todavía estaba soltera, los niños hablaban con un acento extraño y, si no fuera porque Carlos Borda se había enriquecido con los negocios en Europa, se diría que durante tres años fue más lo que perdieron que lo que ganaron. Mientras ellos viajan a fines del siglo XIX, yo me concentro en lo que ocurre en mi mundo. Me suscribo a dos periódicos para poder seguir a diario las noticias, que parecen sacadas de una novela distópica.

El covid ha entrado en Europa con la fuerza de una plaga de langostas. Italia es el primer país afectado, y a pesar de que cierra fronteras con China, ya es demasiado tarde. No solo para los contagios, que crecen como espuma, sino para la sociedad que, aterrada, da rienda suelta a su xenofobia. Cualquiera que tenga los ojos rasgados es visto con suspicacia, casi con odio, y hasta los romanos descendientes de asiáticos son alejados de la sociedad. En el norte, mientras tanto, los viejos mueren por montones. Los hospitales no dan abasto y las autoridades piden voluntarios de Roma y del sur para suplir las deficiencias en salud que hay en las regiones de Emilia Romagna y Veneto. Estoy en el centro de la historia y solo puedo pensar en que Vicente tiene que llegar antes de que colapse el planeta.

El jueves en la noche, un día antes de la llegada de mi hijo, salimos de nuevo a cenar. Vamos a un restaurante en la parte medieval de la ciudad, junto al antiguo Senado, donde mataron a Julio César, y que ahora son unas ruinas que albergan un santuario de gatos. El restaurante está lleno, y me sorprende tanta actividad hasta que me doy cuenta de que nadie ahí habla italiano. Son turistas, o expatriados, que no tienen más a dónde ir porque todo está cerrado. Le digo a Mario que no quise comprar un tiquete de regreso para Vicente. La noticia de Simón necesita tiempo para asentarse, todavía está en *shock*, pero lo que me impide buscar el regreso es otra cosa, una corazonada

que tiene que ver más con el instinto maternal que con el duelo del momento.

Vicente llega casi a la medianoche del viernes. Apenas me ve, me advierte que se devolverá el domingo, y de nuevo pienso en la excentricidad que resulta viajar de París a Roma por dos días. Me avergüenza un poco, como si fuera una persona rica, pero lo cierto es que los tiquetes de avión de veinticinco euros ida y vuelta sin equipaje son más baratos que ir a Melgar.

Lo veo de mal semblante. Lo de Simón lo ha afectado mucho, y el invierno también ha hecho lo suyo. Las noticias, que solo yo leo, son preocupantes. El gobierno no sabe qué hacer. El primer ministro, Giuseppe Conte, habla de trazar una línea entre el norte y el sur. Convenzo a Vicente de posponer el viaje una semana más. Sé que no podrá volver a París en mucho tiempo, y no me importa. Me niego a comprarle un tiquete, algo que Mario califica como «una decisión irracional».

Tomo otra decisión irracional: compro seis latas de atún porque temo al desabastecimiento. No compro papel higiénico ni espagueti ni tubos de crema dental. Solo seis latas de atún, que nadie comerá jamás. Un día más tarde, solo un día, Italia se cierra. Cierran fronteras, los aeropuertos cancelan sus vuelos, no hay un tren, un bus o un carro que se atreva a salir del país o a entrar en él. Somos unos parias. La peste ha regresado, después de tantos siglos, y es igual de mortal.

Me entrevistan de una emisora colombiana, justo el día en que Italia se ha aislado del mundo.

—¿Usted cree que la gente debería acaparar cosas? ¿Ha comprado papel higiénico en cantidades?

—No —digo, con un poco de vergüenza por mi impulso con el atún —. No habrá desabastecimiento, pero además no tengo una nevera grande ni un lugar dónde poner una docena de rollos de papel. Puedo tener, máximo, cuatro.

La periodista vuelve a atacar con su flagrante estupidez.

—¿No le parece exagerado que restrinjan la movilidad?

Suspiro antes de contestar.

—No. Los hospitales están colapsados. Creo que no hay más opción —respondo, y claramente le molesta la respuesta porque me cuelga el

teléfono.

Imposible no sentirme sola, tan lejos del mundo, de los míos, de mi papá, de mi idioma. Vicente se queja de que no puede devolverse a París, pero pronto se da cuenta de que Francia también va a cerrar fronteras, así que se pone una ruana y sale a una terraza a estudiar. Es su manera de afrontar una crisis, supongo. Yo abandono por segunda vez a las mujeres de mi historia, me olvido del juego de té y regreso a trabajar como periodista. Esa es mi manera de afrontar una crisis, supongo.

Nos asentamos en la rutina de la pandemia mientras la primavera avanza, como si no supiera que el mundo ya terminó. Nadie puede salir, excepto quienes tenemos perro, que podemos sacarlo de paseo a no más de cien metros de nuestra casa. Piro necesita caminar y yo también, así que salgo compulsivamente con él cuatro, cinco, seis veces al día. Veo la ciudad paralizada, los carros parqueados llenos de polvo y de flores secas e imagino que así debe sentirse el apocalipsis. Un día me aventuro más allá de mi casa y llego a la Fontana di Trevi, que luce vacía, desolada, el monumento a una época perdida. La policía me increpa y no entiendo nada y me devuelvo a casa con miedo, pensando que me van a arrestar. Otro día de desesperación voy por callejuelas, escondiéndome, hasta la plaza de España y en la fuente de barco que diseñó Bernini veo un pato. A veces me dejo llevar por la inercia y camino por las calles abandonadas de una ciudad que ya ha visto lo peor muchas veces antes, y me consuelo pensando en que ha vuelto a reconstruirse, como lo hará de nuevo esta vez.

Mario sale un día a pasear a Piro y regresa diciendo que pasó junto al papa, que se encontraba a la vuelta de mi casa en una iglesia pequeña recogiendo el Cristo milagroso, un crucifijo desastrado que salvó a Roma de la peste en el siglo XV. Esta vez, por más de que lo exhibe en una misa campal donde se encuentra solo con Jesús, el milagro no se realiza. Los contagios siguen subiendo y veo los ataúdes que se apilan en camiones y salen a los hornos crematorios. Leo en las noticias que el virus, que ha sido declarado pandemia, ya no solo está en Italia, sino que Europa entera cierra sus fronteras. Cierran otros países también, cada uno con sus reglas. Se vuelve costumbre aplaudirles a los médicos, pasar conciertos lacrimosos por la televisión,

ver videos de drones que toman imágenes de las ciudades desiertas. Todos viven su pandemia, su duelo o su fiesta. En Italia aumentan los feminicidios a medida que se prolonga el encierro y calienta más el sol. Solo puedo suponer que ocurre lo mismo en todo el mundo.

Cada día de sol abro los ojos y pienso dónde está la realidad. Lo digo en voz alta. Pregunto: ¿dónde está la realidad? Pero nadie contesta, o a nadie le parece que esto sea una pregunta relevante. La realidad, para todos, sigue siendo la misma, pero ahora con una pandemia. Para mí, la realidad y el sueño se mezclan, se cruzan, vivo en un universo fantástico, en una distopía que ha inventado un niño en algún lugar del universo, un niño que creó un virus en su juego de video y se paró de su computador a almorzar y nosotros terminamos muriéndonos como moscas. Creo que nada vale la pena. Ni sufrir por los demás, ni por uno mismo, ni por el destino de la humanidad, porque no está en nuestras manos. No quiero escribir más, nunca más. No entiendo para qué.

Pero algo me llama. Alguien me llama desde ultratumba. En mi escritorio se apilan libros del siglo XIX y regreso, como si fuera una tarea, a la historia de María Antonia, que me espera para contarme sus secretos. Dice el libro de los Orrantia que llegó de Europa en 1865, cuando tenía dieciocho.

Bogotá sigue siendo una ciudad pequeña, a pesar de sus casi diez millones de habitantes. Las clases altas se concentran en un sector mínimo, apeñuscadas contra las montañas y más explayadas al norte. Van a los mismos clubes, a los mismos colegios, a los mismos restaurantes, a los mismos funerales. Son endogámicos y xenófobos con todo lo que suene a América del Sur, mientras que sienten que merecen un lugar en la historia de Estados Unidos o de Europa. Hace un tiempo se puso de moda buscar apellidos sefardíes para convertirse en ciudadanos españoles o portugueses, y muchos de los que renegaban de los judíos o los árabes contrataron a expertos en genealogía para que descubrieran sus orígenes en esas mismas comunidades y les aseguraran un lugar en el Viejo Mundo. Tal vez sea para muchos un asunto de pasaporte, pero para otros es producto de

un complejo de inseguridad que probablemente heredamos de los criollos. Ellos no eran españoles, pero tampoco se consideraban nativos. Navegaban en las dos aguas entre la blancura de su piel y la lejanía de una patria que nunca verían. Eran inmigrantes de segunda generación, como se les dice ahora, y siempre vivieron con la certeza de que no serían otra cosa que hijos segundones de una madre displicente.

En 1865, Colombia tenía todavía más acentuado ese discurso de clases, por lo que María Antonia Borda Caro, una chica educada y acomodada que había viajado a Europa, tenía todas las posibilidades de contraer matrimonio con un hombre rico en el país. Así que apenas desembarcada, en una de las primeras fiestas de bienvenida con las que agasajaron a la familia, conoció al que sería su marido: Joaquín de Orrantia y Benítez.

El padre de Joaquín, otro Joaquín, pero de apellido Orrantia Vela, tenía una casa en el recinto amurallado de Cartagena. Todavía se puede ver el lugar en la calle Don Sancho, una casa blanca con un balcón largo frente a la plaza de la Merced. Los Benítez, en cambio, vivían en la calle 10 de Bogotá, frente al Palacio de San Carlos. Su casa era esquinera, con un balcón cubierto en el segundo piso. Todas esas fotografías las veo, con la pátina del tiempo y el ojo del *amateur*, en el libro de los Orrantia.

Veo también fotos de los padres de Joaquín. La última foto que se conserva de Joaquín de Orrantia Vela es muy inquietante. Mi tío siempre dijo que estaba muerto cuando lo sentaron para tomar la imagen y puede que tenga razón. En ella se ve a un hombre muy viejo, sentado, o más bien escurrido, sobre una silla isabelina. Su traje parece elegantísimo, tiene una pierna cruzada y la mano derecha descansa en el regazo. Sin embargo, la posición de la mano no es natural. Tiene los dedos anular y meñique encogidos como ganchos, tal vez signo de un *rigor mortis*. Los ojos tampoco se ven normales, sino entreabiertos, mirando a la nada, y el rostro carece de expresión.

Busco otra fotografía, una particularmente nítida en la que se ve joven, rodeado de su esposa y sus hijas mujeres. Todos están vestidos con elegancia, y él se encuentra derecho esta vez, con el pelo negro y un tupido bigote, pero los mismos dedos encogidos. Ignoro si era una

manía, una coincidencia o una malformación.

Su esposa, María Josefa Benítez, tiene una tímida sonrisa. La cara redonda, el cuerpo grueso cubierto por un traje de cuadros. Ella también tiene otra foto donde vuelve a asomar su sonrisa mínima y los ojos vivaces, pero esta vez está vestida de negro, envuelta en un pañolón y cubierta la cabeza con una cofia. Se parece al retrato de la madre del artista, de James McNeill Whistler, que está en el Museo de Orsay en París. Se ve en ella, como en la pintura, el paso angustioso del tiempo, la cara marcada por el sufrimiento de la pérdida, la esperanza de un final.

Los Orrantia Benítez tuvieron ocho hijos, pero solo dos me interesan. Joaquín y Dolores. Ambos estaban presentes esa noche en casa de los Maldonado, en aquel agasajo de bienvenida para Carlos Borda y su familia. Dolores, que era apenas dos años mayor que María Antonia, actuaba con la comodidad de una anfitriona, así esa no fuera su casa sino la de sus vecinos. Recibió a la familia y los acompañó al salón principal, donde los esperaba una veintena de personas de la alta sociedad bogotana.

María Antonia llevaba un traje de rayas azules y grises que había comprado en Italia y que era la última moda en Europa, pero aun así se sentía insuficiente frente a Dolores que, con un sencillo traje de muselina rosado, se veía hermosa y sofisticada.

—Te llamas igual que mi madre —le dijo María Antonia.

—Ah, ¿dónde está ella?

—En la gracia de Dios.

—Cuánto lo siento. ¿Y tu padre volvió a casarse?

—Volvió a casarse, sí, pero también Dios se llevó a su segunda esposa.

—Se ve muy joven para estar tan solo… —dijo Dolores, y se quedó mirando a Borda mientras caminaban hacia el comedor.

Al pasar a manteles, sentaron a María Antonia entre el viejo Maldonado, que encabezaba la mesa, y Joaquín. El anciano mascaba un trozo de pan y escupía migajas mientras hablaba de sus propias experiencias en Europa, de los conciertos, las galerías y el arte. Joaquín le respondía con amabilidad, se notaba que conocía de sobra los lugares que mencionaba el anfitrión, pero no quería sonar

pretencioso frente a María Antonia, que guardaba silencio.

El anfitrión intentaba incluirla en la conversación, siempre sobre el Viejo Mundo, preguntándole qué fue lo que más le gustó, si le incomodó el verano, cuántas lenguas hablaba. Ella respondía con frases cortas, aturdida, o tal vez aburrida, con el cuestionario.

—Italia. Los veranos fueron soportables. Hablo inglés y francés y puedo leer frases básicas en alemán e italiano. Tampoco tuvimos mucho tiempo y mis hermanos son más expertos que yo en lenguas.

Sí, había estado en el teatro. Sí, en la ópera también. Había visto los carruajes y los museos y los jardines y los palacios. ¿Había conocido a alguien interesante?

—Conocí al doctor James Barry —dijo.

—Ah, un médico. Siempre son fascinantes —terció Joaquín, ignorante del escándalo que había sacudido Europa.

—Era una mujer.

La mesa hizo silencio, y María Antonia contó la historia del médico y todos la escucharon ensimismados, como ella misma había estado frente a la narración de la institutriz Chadburn.

Del otro lado de la mesa, Carlos Borda hacía gestos para callar a su hija, pero ella disfrutaba el momento y embellecía las hazañas de Barry atribuyéndole actos heroicos reales e inventados.

—Es usted una narradora estupenda —le dijo Joaquín cuando ella terminó de hablar—. Debería escribir.

—Señor Orrantia, las señoritas no pueden escribir sino manuales de comportamiento —dijo entre risas María Antonia.

—Pero si pueden ejercer la medicina, ¿por qué no escribir historias?

María Antonia bajó los ojos.

—En cualquier caso, señorita Borda, quien lea o escuche sus historias debe considerarse afortunado —concluyó Joaquín.

Durante el resto de la cena y después, en el café, Carlos Borda y Dolores no pararon de hablar. Se decían secretos, se reían y parecían tener la intimidad de dos viejos amigos. Joaquín dejó a María Antonia en manos de Margarita Pérez, una señora elegante y seria que le habló de la importancia del cuidado de la plata en los climas cálidos, y le prometió que volverían a encontrarse.

Esa noche, Carlos Borda la increpó.

—¿Qué objetivo tenía escandalizar a nuestros anfitriones con una historia así?

—No tenía un objetivo en mente, padre. Me preguntaron si había conocido gente interesante y narré lo del doctor Barry…

—¿Y los príncipes Buoncompagni? ¿Ellos no te parecieron importantes?

—Importantes, puede que sí. Pero no interesantes.

—Tienes que pensar antes de hablar. Todos te habrán tomado por una bocona.

—Tal vez, pero por lo menos no soy una buscona.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —gritó Borda y levantó la mano para abofetear a su hija.

—Lo vi con la hermana de Joaquín Orrantia. Esa mujer no tiene pudor.

La bofetada le dejó la marca del anillo en la mejilla, pero María Antonia no se movió. Lo miró desafiante y subió a su habitación. Una vez dentro, se dejó caer en el piso de madera y lloró de dolor y de rabia y de vergüenza hasta que se quedó dormida.

Joaquín Orrantia comenzó a visitar a María Antonia exactamente al mismo tiempo que Carlos Borda comenzó a visitar a Dolores. Joaquín era diecisiete años mayor que su enamorada, pero eso no estaba mal visto; al contrario, era perfectamente normal. Lo que resultaba extraño, ya tan entrados en el siglo XIX, era la diferencia abismal de treinta y dos años entre Carlos Borda y Dolores. La sociedad bogotana miraba de soslayo, no solo por la diferencia de edad sino, peor aún, porque esa relación parecía un incesto: la futura cuñada de María Antonia sería también su madrastra.

Si bien María Antonia se sentía atraída por Joaquín, detestaba a Dolores, que cada día se movía con más propiedad en su casa, como lo hizo en la cena donde los Maldonado. Era ella quien decidía ahora qué cuadros colgar, dónde guardar la ropa blanca, qué debía servirse para el té de la tarde y cómo debían vestirse los hijos más pequeños de la casa.

—No sé qué le pasa a usted por la cabeza, padre —dijo María

Antonia cuando Carlos Borda le anunció que contraería matrimonio—. Qué dirá la gente.

—¿Qué van a decir? No estoy cometiendo ningún pecado. Soy viudo, no lo olvides.

—No puedo olvidarlo, padre, soy producto de esa viudez. Pero me refiero a otra cosa. A su edad, con una novia tan joven. Esa mujer puede ser su hija y…

—¿Qué tiene de malo? —interrumpió el padre—. Soy un hombre entero, de buena salud.

—… Y como si eso fuera poco, esa mujer es mi cuñada.

—Pero no es nada mío.

—Los padres de Dolores serán al tiempo sus consuegros y sus suegros. ¿No le parece, padre, que es una aberración?

—¡Ya no más, María Antonia! ¡Ya está bueno! Igual nos vamos a casar, así no le guste ni a usted ni a nadie en Bogotá.

—Quisiera, padre, entonces, que me permitiera casarme antes. No quiero que las habladurías opaquen el día de mi boda.

—Si se dan prisa… porque no quiero esperar mucho.

La boda de María Antonia se llevó a cabo en su casa, con dos testigos, porque no tenía tiempo para el boato y ella quería estar fuera del hogar paterno para cuando llegara su madrastra.

Pocos días antes del matrimonio, Felipa, una negra liberta que seguía trabajando en casa de la familia Borda, la llevó de la mano al oratorio.

—Amita —le dijo susurrando, un poco por respeto con la cruz y otro poco porque no quería que escuchara nadie afuera—. Llévese esos arcones, que eran de mi ama Dolores.

Felipa señaló con la cabeza los baúles donde estaba guardado el juego de té y María Antonia tardó un par de segundos en recordar de qué se trataba, esas tazas primorosas que había visto cuando tenía doce años y acababa de perder una madre por segunda vez. Las dos mujeres cerraron la puerta y pasaron la aldaba para poder abrir el tesoro sin ser molestadas.

«DCdeB», leyó María Antonia en las letras doradas y se le ocurrió que su madrastra podía perfectamente mandar a completar aquella *C* para que se leyera *O*. Dolores Orrantia de Borda. Esa mujer se quedaría

con el juego de té si le daban la oportunidad.

—¿Sabes qué dice aquí, Felipa?

—No, amita. No sé leer.

—¿Entonces cómo sabes que esto era de mi madre?

—Porque la doña lo mandó de la casa grande cuando mi ama todavía estaba en este mundo. Ella lo puso aquí recién matrimoniada y nunca lo sacó de nuevo.

—Aquí dice que le pertenece a ella, Felipa. A mi madre.

—Con más veras es suyo, amita. Su madre tenía tan poco…

—Ya sé… —suspiró María Antonia, que había escuchado la historia cientos de veces de boca de su padre—. Era una santa.

—Eso no lo dudo, amita. Pero más que santa, era una mártir. Parecía que trabajara más que yo, porque estaba cansada a todas horas, y mi amá, que vivió en la casa grande, me dijo que el ama cantaba antes como un turpial, pero que cuando se le apagó la voz, le pesaba la vida. Será por eso que vivía cansada, de cargarla.

María Antonia abrazó a Felipa. Era la primera vez en su vida que sentía que había visto una faceta real de su madre. No era una mujer perfecta, sino un ser humano; triste, apagada, lo que fuera, pero viva, y había sido una criada, y no su propio padre, quien se la había mostrado bajo esa nueva luz.

—Cuídate mucho, Felipa. Este hogar va a cambiar con la nueva esposa de mi padre. Yo te llevaría conmigo, pero él no me deja porque sabe que tú eres imprescindible.

—Huya usted que puede, amita, que nosotros cuidamos de su familia aquí. Pierda cuidado.

Entiendo la prisa de María Antonia, porque yo también hui de mi casa. El infierno es tan único como una huella digital, pero se siente igual de asfixiante en todos los casos. En el mío, mis hermanos eran el fuego que devoraba todo. Eran violentos, manipuladores, capaces de un comportamiento casi criminal, pero al tiempo sentimentales e inseguros. Tardé mucho en comprenderlos, a veces creo que no lo logré del todo, pero concluí que mi nacimiento significó para ellos el fin de su hegemonía y que me tenían unos celos infantiles que se

convirtieron luego en la causa principal de sus rencores. Al comienzo hacían travesuras para llamar la atención de mis papás, que parecían hipnotizados por una niña que no entendía las tormentas que había generado. Como sus bromas tuvieron poco efecto, pasaron a los ataques frontales contra mí, contra mis amigos y, en general, contra todo el que me quisiera. Fue así como me encontré en una casa donde todos nos agredíamos con todos, como un mecanismo de supervivencia.

Años después, cuando me pregunté si quería un hermano para Vicente, comprendí que era imposible. No podía repetir el patrón de mi casa, ni las peleas, ni las burlas, ni la agresividad. Vicente sería hijo único y así no tendría otros que le quitaran lo suyo, como ocurrió cuando yo nací y dejé a mis hermanos sumidos en una isla de soledad, o cuando murió mi mamá, que entre ellos se rapiñaron las joyas y la ropa cuando todavía no la habíamos enterrado. Como Felipa, yo logré esconder las pocas cosas de mi abuela y protegerlas de su pequeña venganza, pero no me quedé con nada de mi mamá, excepto unos aretes de esmeralda y una levantadora de seda de flores que nunca vieron, y que uso todos los días cuando salgo de la ducha. No la necesito para recordar a mi mamá, pero me gusta envolverme en su memoria. Ya no huele a ella, y prefiero pensar que huele a ambas; eso me reconforta, incluso en los peores días.

Los científicos predijeron que el virus se debilitaría con el calor y terminaría muriendo, pero la baja de contagios se debe más a las medidas draconianas de aislamiento que al sol que comienza a calentar las calles. Conscientes de que la presión de los ciudadanos es enorme, los gobiernos, temerosos de un levantamiento civil, comienzan a relajar las medidas. Paradójicamente, desde Roma podemos viajar a cualquier país de la Unión Europea, pero no a Milán, por ejemplo. Los desplazamientos dentro de Italia siguen prohibidos, por lo que los más avezados deciden que pasarán el verano en Barcelona o en Niza. Hasta ese momento no se me había ocurrido que se podría ir a la playa, y tampoco veo cuál es el objetivo. La felicidad, el descanso, las vacaciones son solo sustantivos carentes de

importancia. Vicente me saca de mi etéreo ensimismamiento cuando me dice que el mundo pudo haberse terminado, pero él debe ir a presentar su último examen para la escuela de medicina.

En los exámenes de diciembre, si bien no sacó malas notas, no logró el promedio que quería. A pesar de su frustración, yo me alegro secretamente porque sé que la medicina no es lo suyo. Un chico que le tiene asco a una hoja de lechuga no puede ser médico. Los doctores lidian con lo más sucio y triste de la condición humana. Infecciones, heridas supurantes, carnes flácidas, sangre, tejidos y la putrefacción de la muerte. Los he visto, sobre todo en estos días, con máscaras que les lastiman la cara, luchando por salvar pacientes que se ahogan en respiradores. He visto su frustración, su impotencia, la vastedad de su ignorancia frente a esta nueva enfermedad, y me parece que Vicente es demasiado sensible, demasiado humano, demasiado aséptico como para resistir.

En cualquier caso, en su universidad admiten a más de mil aspirantes y solo doscientos pasan al segundo año, y me da ternura y orgullo, en igual medida, ver la tenacidad con la que se enfrenta a esas estadísticas. Lo he visto cambiar paulatinamente la ruana de los primeros días de encierro por pantalonetas y sombreros de paja cuando el sol le golpea la cabeza, pero no ha dejado de estudiar ni un minuto.

Estudia cuando pasea al perro, cuando va al baño, cuando come, en las madrugadas, los fines de semana. Estudia. Estudia. Duerme poco y se mueve del comedor a la terraza y de ahí a la sala, y a ratos camina con un libro porque le duele el pecho de estar encorvado sobre las mesas.

El examen se lleva a cabo en París, en el Parc Floral, un jardín municipal al que le han armado carpas gigantescas donde los chicos deben entrar con tapabocas, aunque se lo pueden quitar durante las seis horas que dura la prueba. Se encuentran distanciados unos de otros a dos metros y les exigen gel antibacterial y un test de covid.

Voy con él y esta vez Mario nos acompaña. Es lógico, me digo, él también quiere viajar. Para él, más que para cualquiera, estar tanto tiempo en casa es un cambio radical. Aun así, se ha adaptado mejor que todos a la nueva realidad de la pandemia. Instaló un escritorio de

Ikea en nuestro cuarto y desde ahí lleva a cabo todas sus reuniones a puerta cerrada. Para todos los efectos, sigue en la oficina. Sale nada más para hacerse un café o para almorzar un domicilio que trae un hombre cubierto con máscara de plástico, como si fuera un astronauta. Chino, mexicano, pollo frito, siempre comida chatarra porque no hay ánimos para cocinar.

Vamos a recibir a Vicente, que sale del examen en la tarde. Cientos de chicos se encuentran con sus papás, sus parejas, sus amigos, y se van a celebrar. Parece que volviéramos al colegio, con adultos esperando tras las rejas a que los niños salgan. Tiene una sonrisa en la cara y enseguida sé que le fue bien. Hay pocos restaurantes abiertos y la gente hace fila para entrar, así que improviso un almuerzo en la cocina microscópica de la habitación en la que vive mi hijo. Aprovechamos para hablar con la casera y contarle que queremos buscar otro lugar. Mario ha dicho que le gustaría trabajar en algunos momentos desde París y los hoteles salen más costosos que un apartamento fijo. La casera nos promete ayudar en la búsqueda y con eso nos despedimos para volver a Roma.

Vicente se quiere quedar unos días más, para esperar sus notas y despedirse de dos amigos latinos y de una ciudad en la que ha aprendido a vivir. Tiene casi la edad de María Antonia cuando se casó, y mientras me despido de él, esta vez tranquila porque lo veré de nuevo en un par de semanas, me doy cuenta del disparate que resulta un matrimonio a esa edad.

Las mujeres se casaban jóvenes, lo sé, pero ella, con diecinueve años, era una niña. Una niña que tuvo que mudar su juego de té recién encontrado y sus baúles de trajes y zapatos a una casa enorme de la que debía hacerse cargo. No fue tan duro para ella, porque ya estaba acostumbrada a manejar el hogar de su padre, que, si bien era un poco más modesto, no carecía de comodidades.

Joaquín y María Antonia inscribieron su matrimonio en la notaría en enero de 1867 y para noviembre ya estaba embarazada. La vida parecía sonreírle a la recién casada. Su marido era inmensamente rico porque había fundado en Londres unos quince años atrás una

compañía llamada Orrantia & Rizo Ltd., que se especializaba en negocios financieros y de finca raíz. Y así como Borda se hizo pintar ya adulto en París, Joaquín hizo lo propio cuando era un jovencito en Londres. Cuando me negué a recibir el cuadro de Borda, Teresa me preguntó por el de Joaquín.

—¿A este sí te lo llevas? No quiero dejar a Joaquín en un guacal… no sería justo con él —me dice.

Teresa habla con los muertos. Convive con ellos. No está loca ni ve fantasmas ni nada de eso, sino que son sus amigos, la rodean en sus óleos macabros y sus fotografías sepias y ella les pide consejo en la soledad en la que vive. Le digo que sí, que me llevo a Joaquín y ella parece aliviada, pero ahora que leo sobre él y recuerdo sus palabras, creo que voy por el mismo camino de Teresa. No sé si voy a hablar con Joaquín una vez que lo tenga frente a mí, si le voy a pedir consejo a un ancestro millonario que es un total desconocido.

De nuevo, abro la foto que tomé de la pintura. Tal vez sea la luz, pero me parece una obra mediocre. Joaquín está joven (fue hecha en 1853, o sea, que tenía poco más de veinte años) y lo primero que me llama la atención es la nariz. Tengo su nariz, me digo. Es larga y ondulada. Mi tío siempre me ha dicho que tengo la nariz «bamboleante» y esta es exactamente así. El pequeño bigote esconde una boca carnosa y rosada, casi del mismo tono de las mejillas. La corbata de seda, el chaleco brocado, la camisa blanca con abotonadura de perlas negras y un capullo de clavel rosa en la solapa. Tiene ojos vivaces, cara bondadosa, acaso una pequeña insolencia en su pose.

Le pregunto quién es, pero no responde. Le pregunto quién es su esposa, y de nuevo guarda silencio. Esa mudez hierática me tranquiliza, porque no quiero terminar hablando con las fotos de las pinturas, así que regreso al papel y me doy cuenta de que hago lo mismo que Teresa, pero con las palabras. Como no hay ni una sola foto de María Antonia, me dedico a leer obsesivamente lo que se sabe de ella y ahí comprendo que de alguna manera ella es quien me habla, me guía, me cuenta, me narra.

Sé entonces que ese embarazo fue duro. No porque sufriera, como su madre, de mareos y anemia y se la pasara desgonzada en una cama. María Antonia había heredado la salud de hierro de Carlos Borda y

pocas veces caía enferma, y el embarazo, en lugar de afectarla, la embelleció. El pelo negro se volvió reluciente, los ojos le brillaban y el peso que iba ganando la volvía una mujer más deseable. Se llenó de energía, que aprovechó para decorar la casa y arreglar con primor el cuarto del bebé, comprando, en lugar de bordarlos ella, cubrelechos de organdí y tules para el moisés. Sin embargo, comenzó a extrañar a su madre. Nunca le había ocurrido que pensara tanto en esta mujer que no conoció, pero esta vez, sola frente a la posibilidad de la crianza, se dio cuenta de los vacíos que había tenido en su educación. Su tía-madrastra había hecho lo que había podido, pero también había muerto joven, antes de que María Antonia se volviera mujer. Las conversaciones femeninas se habían limitado a los consejos extraños de la institutriz inglesa, que le hablaba lo mismo de apósitos para «esos días» como de tés de hierbas para la fertilidad. Nadie le había dicho nunca qué esperar en el matrimonio, y si no hubiera sido por los libros que había leído, sabría tan poco como una salvaje.

No podía quitarse de la cabeza aquella charla con Felipa, la única que parecía conocer a su madre más allá de la caricatura que habían hecho de ella los otros miembros de la familia. Cada tanto abría los baúles con el juego de té y los contemplaba, como si quisiera encontrar rastros de Dolores en ellos, pero no le decían nada, aparte de que ella había ignorado esas tazas y las había escondido en una capilla. ¿Por qué?

Cansada de preguntarle al vacío, volvió una tarde donde Felipa. Sabía que su padre y la nueva esposa estarían fuera, y aprovechó la soledad de la casa para entrar hasta la cocina.

—El ama rezaba todo el día, casi ni se la veía por aquí —le dijo Felipa mientras desgranaba mazorcas en el solar.

—Pero ¿no invitaba a sus hermanas, a su madre, a sus amigas?

—Nada de amigas, eso no tenía. De la casa grande llegaban cosas para la cocina y a veces las hermanas del ama venían a visitarla, y cuando ella falleció, alma bendita, las amas volvieron, pero a ver a la otra.

—A mi tía María de Jesús…

—A ella, sí, pues se matrimonió con el amo, cómo no.

—Felipa... ¿cómo murió mi madre?

—Ay, amita, no pregunte eso, que duele tanto. Murió después de haberla parido. Eso es lo que sé.

—¿Y mi padre? ¿Estaba triste?

—De eso no sé yo. Todos teníamos congoja.

—¿Me quiso mi madre?

—Desde antes de parirla.

—¿Y mi padre?

—Amita, qué cosas dice. El amo la quiere.

—¿Y a ella? ¿La quiso?

Felipa guardó silencio.

—Felipa, dime, ¿la quiso?

—Mi amá decía que él la quiso demasiado.

—¿Y tú qué crees?

—Que a veces tanto amor termina por inundarla a una.

Cuando regresó a su casa, María Antonia abrió los baúles con el juego de té, que descansaba en camas de satín verde claro. Había un lugar para cada cosa. Para la tetera, para la lechera, para los platos, para las tazas. Era una joya y, sin embargo, parecía un juguete infantil. Su madre había muerto joven, tal vez nunca pudo disfrutarlo; a lo mejor, si hubiera sobrevivido al parto, estarían ahora mismo tomando té en esa vajilla de porcelana y oro. Tal vez ella habría podido ser feliz si la hubiera criado, si le hubiera enseñado, si hubieran compartido tiempo. ¿Cómo era —se preguntaba— que extrañaba tanto a alguien que jamás conoció? Se prometió buscar una ocasión feliz para usar el juego de té en nombre de su madre, pensar en ella cuando sacara las tazas y la tetera, porque era lo único que tenía que realmente le había pertenecido y con esta pequeña ceremonia honraría su memoria y le daría una alegría en el cielo. Con este pensamiento, cerró el baúl y guardó el tesoro en el cuarto de San Alejo.

Isabel Teresa del Carmen de Orrantia y Borda nació el 19 de noviembre de 1867 y Joaquín Carlos de Orrantia y Borda, mi bisabuelo, nació el 12 de abril de 1869. Qué nombres. Antes era así. Nombres prosopopéyicos, rimbombantes, como si al ponerles miles de nombres a los hijos se compensara la falta de algo. ¿Abolengo?

¿Títulos?

Cuando era niña, recibimos la noticia desde España de que mi familia materna era descendiente de una marquesa que llegó a Mompós y vivió hasta su muerte en la albarrada del río, en una casona enorme con una cruz donde, según dice la leyenda, la marquesa azotaba a sus esclavos. Mi tío abuelo, como el hombre mayor de la familia, debía ir a España a reclamar los papeles de nobleza.

«¿De qué me sirven los papeles?», les preguntó a los miembros del gobierno que querían otorgarle el título nobiliario. Ellos debieron mirarse perturbados antes de contestar que no servían para nada. No reclamaría con ellos ni tierras ni dinero ni pensiones, ni sería tratado distinto por ser un marqués. Mi tío Enrique volvió entonces a su mecedora en Barranquilla y cerró el asunto diciendo: «Pues si lo único que gano es que tengo que viajar a España, yo no tengo plata para ser marqués».

El árbol genealógico que tenía el título nobiliario terminó en mi casa, arrumado entre cartas de mi abuela, recetas de cocina recortadas del periódico, garantías vencidas de algunos electrodomésticos y recibos de pago. Dio tumbos por la casa hasta que alguien debió usarlo para prender la chimenea o tirarlo a la basura en alguna mudanza, porque a nadie le interesó nunca el asunto de la sangre azul.

En Roma, en cambio, les interesa mucho eso. La nobleza perdió la validez de sus títulos, perdió sus privilegios, pero no sus tierras. Tampoco el prestigio. En el edificio donde vivo hay varios nobles. Lo descubro cuando llega una circular comunitaria en la que se advierte que cortarán el agua durante una mañana por unos trabajos con las tuberías. El encabezado de la circular contiene los nombres de todos los habitantes de la torre en la que vivo. Hay dos príncipes, uno italiano y uno alemán. Un arquitecto, una doctora, un ingeniero y nosotros, que no tenemos título sino un escueto «señor» frente al nombre de mi marido. El mío no aparece por ningún lado.

Escudriño entonces las caras de los vecinos, a los que veo poco, para averiguar quiénes son los príncipes. Todos me parecen iguales, especialmente detrás del tapabocas que debemos usar en las áreas comunes del edificio y en la calle y en los almacenes y en los aviones y en los trenes y en general todo el tiempo, menos cuando estamos solos.

Los tapabocas son el gran democratizador, me digo, mientras camino con el perro en las mañanas, cada vez más calientes. Descubro también que con el tapabocas no entiendo el italiano. Ya no sé qué me dice la gente, porque antes podía leer las expresiones de la cara y el movimiento de los labios, pero ahora estoy perdida de nuevo en un mundo que no termina de ser ajeno.

Veo el cambio de estación cuando camino con Piro. Tengo un solo suéter gris que uso perpetuamente para salir a darle la vuelta a la manzana, y de la noche a la mañana, cuando regreso de París, el suéter me asfixia. Los pantalones negros con los que salgo y los tenis negros también me acaloran, entonces cambio mi disfraz de salir por unos *shorts* de *jean* y una camiseta blanca. Así sé que llegó el verano y lo confirma Vicente, cuando aterriza de pantaloneta con su destartalado morral, en el que empacó tres camisetas y un par de medias. No pasó en medicina, pero sí en farmacia, odontología y quiropráctica. Nada de eso le interesa, entonces aplica a física, con la intención de que le valgan el primer año y pueda entrar a segundo. Mientras espera, me entusiasma con la idea de salir a pasar el verano a algún lugar cerca. Temerosos de que el turismo veraniego huya de Italia, los gobernantes tomaron la decisión de abrir las playas e inaugurar la nueva modalidad de tumbonas con distanciamiento social. Las ciudades están desiertas y los turistas se asoman al mundo con la timidez de una novia joven. Todo está vacío, y sin embargo al comienzo me cuesta encontrar un lugar donde dejen entrar a Piro. En las playas donde alquilan tumbonas se niegan, en las públicas también. Hay restaurantes donde me piden que me siente afuera, hoteles que advierten que con perros no puedo ir. Él no sabe que es rechazado. Se sienta en mis piernas o se dedica a olisquear las plantas mientras yo peleo, suplico, me frustro y sufro por él. Piro es mi perro, mi amigo, mi aliado, mi interlocutor, y no permito que alguien lo maltrate, así su única reacción sea mirar el mundo con los ojos acuosos de indiferencia. Conozco a una colombiana que está de paso con sus dos perros y me enseña cómo se hace. No se pregunta, ese es el secreto. Aprendo pronto y entonces actúo como si fuera la dueña del lugar: gafas oscuras, perro en brazos, Paris Hilton o Lady Gaga o cualquier diva de papel, y con esa actitud nadie dice nada y entonces son otros

los que miran con ojos acuosos.

Me llama mi papá al mediodía. Hago cálculos antes de contestar. En su mundo son las seis de la mañana y sé que él no es de los que llaman a saludar. Contesto temblando.

—Acaban de abrirme un proceso penal.

—¿Un qué? ¿Por qué?

—Un proceso penal. Dicen que le pagaba vacunas a la guerrilla.

—¿Eso es cierto?

—No lo es —me responde.

—¿Y entonces por qué te acusan?

—Me acusan porque tengo enemigos. Me acusan porque en este país todos somos culpables, según cuál sea el gobierno de turno. Me acusan porque en ese entonces todos tenían que pagar algo para sobrevivir. A uno o a otro bando, da igual. La gente pagaba. Hoy se llama vacuna, pero antes no se llamaba así.

—¿Y tú diste eso que antes no tenía nombre?

—No di nada. Nunca di nada.

—¿Y alguien te dio algo?

—No me han dado sino palo… Además, ¿qué iba a pagar yo, si en esa finca que tuvimos siempre se robaban todo? —me dice.

Tiene razón. La vendimos finalmente porque él se aburrió de contar las pérdidas, los animales muertos, los cultivos arrasados. Se aburrió de encalar las paredes, que aparecían cada tanto con grafitis de uno y otro bando en los que reclamaban una tierra que terminó siendo de nadie, casi donada a una familia del pueblo, que lo mismo podía tener negocios con uno que con otro ejército ilegal. Trato de tranquilizarlo. Le doy el teléfono de un abogado amigo que puede ayudar y le digo que todo saldrá bien, aunque yo misma no esté tan convencida.

El virus arremete de nuevo en el otoño, cuando Vicente debe devolverse a Francia. Tiene pánico de la virtualidad, y no le falta razón. Llevaba menos de un año en París cuando el mundo se detuvo. Sus clases fueron a larga distancia durante un semestre entero, no estuvo en el campus, ni siquiera en la ciudad, y conoce a poca gente. Para rematar, debe empezar una carrera nueva en la que, como lo

admitieron al segundo año, todos se conocen menos él. París es hostil, oscura, fría y aterradora. Y su casa tiene exactamente las mismas características que la ciudad.

Me despido en el aeropuerto y lloro. Ya es un ritual, me digo. Yo lloro y él me consuela, pero esta vez él no tiene ganas de consolar a nadie. Mientras camina por el terminal vacío, veo su sombra desgarbada desde afuera y me parte el corazón.

Mario y yo volvemos a casa y ahí es cuando me doy cuenta por primera vez del silencio. En realidad, es El Silencio, con mayúsculas, porque es tan contundente que pesa. Una nube densa que se instala entre los dos, una lejanía tal que harían falta mil puentes para cruzarla. No es solo que en nuestra cotidianidad las palabras no tengan el peso de antes, es algo más. Lo miro y descubro que me ignora, me evade, se encierra en sí mismo. Me pregunto primero, como es lógico, si no será producto de mi imaginación, porque con tanto tiempo libre para pensar puedo conjurar fantasmas o crear guerras inexistentes. Me dedico entonces a probarme que estoy equivocada, pero no es así. Con el paso de los días, constato que hay algo real en ese silencio. Es como la neblina, que existe pero que resulta inasible, y me pregunto en qué momento ocurrió esto. Tal vez la novedad de la mudanza, la presencia de Vicente o el terror constante de la pandemia habían matizado ese mutismo, o tal vez apagado, o no existía antes. A lo mejor es algo nuevo, tal vez pasajero, producto del encierro, de un factor externo, un lío laboral; se me ocurre incluso la excusa cliché de una amante. Escudriño su comportamiento y me convierto en una detective que busca claves, pistas, razones. Encuentro huellas de El Silencio en cada minuto de mi cotidianidad y no entiendo a qué horas ocurrió el cambio, si es que hubo alguno, porque antes no lo noté. Los cambios son pequeños pero claros y yo sucumbo también a ellos, y en lugar de preguntarme como una esposa abnegada qué fue lo que hice, me dedico a estudiar la nueva realidad con la esperanza de sobreaguarla, o de encontrar una solución.

A pesar de que ya no estamos encerrados, Mario sigue en el cuarto con la puerta entornada día tras día, siempre frente a su oficina improvisada, y me doy cuenta de que esa habitación ha dejado de ser mía y se ha vuelto pública. No puedo sentarme a leer en mi cama,

dormir hasta tarde, hacer una siesta. Siempre está poblada de voces que hablan en inglés con acentos densos desde todas partes del mundo. Aprendo a distinguir los africanos de los latinos y los estadounidenses de los ingleses. Todos siempre dicen lo mismo y dan vueltas sobre ideas que me parecen obvias, como el cambio climático y lo que afecta a los cultivos de los países pobres. Cedo entonces mi habitación y me quedo con mi perro en el resto de la casa. Se ha trazado una nueva línea Maginot y debo aprender a moverme en este apartamento dividido. Nuestros lugares de trabajo nos pertenecen, pero la cocina es un territorio neutral, y la salita de la televisión, que hace las veces de comedor, también es un terreno compartido. Mario sale de la oficina cuando ya ha oscurecido, pero continúa pegado a su teléfono hasta la hora de dormir. Revisa obsesivamente su Twitter mientras yo juego Tetris en mi pantalla. Se detiene a la hora de cocinar la cena, cuando aprovecha para hablarme de su trabajo y menciona nombres impronunciables que, sin embargo, suenan todos parecidos. Me pierdo en la retahíla de acrónimos, y a la enésima vez que pregunto qué significan, comprendo que parezco estúpida o alienada y decido dejarlos pasar. Él ve mi indiferencia, es obvio, y se retrae de nuevo. Encuentro que la solución es llamar a Vicente, porque nos obliga a hablar un idioma común, así que cada noche marco su teléfono y nos entretenemos en conversaciones banales sobre el mercado, las clases, la cena, el clima. No quiero colgar, porque eso significa volver a callar, erigir de nuevo una pared, y me aterra.

En la noche, bajo la guardia y busco el rostro dormido de Mario en la penumbra. Se le ve tranquilo, tanto en el sueño como en la vigilia. Concentrado en lo suyo, en descansar o en trabajar, según. Lo analizo; veo la nariz grande, las cuencas de los ojos surcadas de arrugas, la mandíbula suelta, el pecho que se alza y que baja rítmicamente. Siento una enorme ternura. No es un matrimonio hostil, no hay rencores ni peleas ni gritos. Simplemente, estamos callados. Cada uno debe estar digiriendo sus cosas, me digo. Pienso en cuando estábamos recién casados, y me parece recordar que hablábamos. No sé de qué. Del trabajo, supongo, pero en esa época yo tenía un trabajo apasionante. Era editora de un medio, o era periodista, y siempre tenía anécdotas divertidas, discusiones con compañeros, artículos maravillosos. Ahora

me he vuelto una persona poco interesante. Escribo y no tengo ganas de decir sobre qué, porque siento que no escribo sobre nada. Es una novela sobre las mujeres de mi familia, me digo, pero luego me encuentro tecleando una especie de diario o de diatriba y me confundo. Soy Sísifo. Escribo y escribo y escribo y luego borro y borro y borro y siento que mi novela es una banda sin fin sobre la que me empeño en correr como un hámster atolondrado. En la cocina es igual. Lavo platos, ensucio platos, lavo ollas, ensucio ollas. Mi vida consiste en empujar una piedra por una colina y luego verla rodar cuesta abajo y a veces quiero que aplaste a unas cuantas personas en el camino. Mario, por su parte, es un ejecutivo importante. Conoce gente de todo el mundo y un simple Zoom lo conecta con Kenia, Japón, Uruguay o Londres. Traza lineamientos, habla del futuro, anota cosas que debe hacer en una libreta verde y luego las tacha, porque son tareas realizadas.

Extraño la persona que fui en Colombia. Era una mujer independiente, profesora, una tipa con amigos. Conocía las calles de mi ciudad, salía de fiesta, era la dueña del mundo. Ahora no me atrevo ni siquiera a manejar porque las vías son laberintos intrincados, llenos de restricciones y símbolos que no conozco. Me miro al espejo y me pregunto dónde estoy. No dónde estoy físicamente, eso lo sé. Me pregunto dónde está esa mujer que fui, porque siento que me perdí a mí misma.

Lo mismo le ocurrió a María Antonia cuando enviudó. Joaquín de Orrantia y Benítez murió a fines de 1869, y con él murió el alma de María Antonia. Tenía una hija de dos años y un bebé recién nacido, y a pesar de su mansión, de sus joyas y de sus pocos años de felicidad, descubrió que no tenía nada, ni siquiera una madre que la acompañara en su luto.

La muerte de su marido no avisó: lo encontraron despatarrado en el piso de su estudio, con la cara contra la alfombra marrón. Las manos en una contorsión monstruosa fueron la única pista del dolor intenso que sufrió cuando le explotó el corazón. Los ojos estaban blancos, la boca desencajada y la lengua seca había recogido las pelusas del

tapete.

No sé si los problemas cardiacos los heredamos de ese lado de la familia, pero todos hemos tenido algo en el corazón. Un soplo, un preinfarto o un *bypass* como mi papá, a quien operaron de urgencia cuando yo era una adolescente, más preocupada por las fiestas que por el riesgo que corría mi viejo. En esa época, los médicos rompían el esternón con una sierra. Quitaban venas de la pierna y con ellas armaban tubos para reemplazar las arterias que estaban taponadas y luego cosían a sus pacientes con grapas metálicas. No es de extrañarse, entonces, que la recuperación durara tanto y el dolor fuera tan agudo.

Yo recuerdo todo como en un sueño. La penumbra de la habitación de mis papás, la dieta líquida, un aparato que debía soplar para recobrar la fuerza en los pulmones. Un paréntesis en la vida de mi papá, que jamás se enfermaba. Una excusa para que mi mamá armara drama y llorara desconsolada mientras recibía las visitas. Una oportunidad para que los mellizos dejaran a un lado sus chanzas y se volvieran hijos modelo y hermanos dulces, y el hogar alcanzara algo parecido a una armonía.

A mí, todo podía importarme menos. Yo seguía mi vida de adolescente rara y continuaba dándome besos con mi novio o yendo al cine con mis amigas, sin darme cuenta de que la muerte había golpeado a mi casa y mi mamá le había cerrado la puerta en la nariz. Fue ella la que comprendió que el dolor de pecho de mi papá no era un gas ni una hernia hiatal como decían los médicos, sino un aviso de que el corazón le iba a fallar. Cuando ella murió, me dejó de herencia la capacidad atávica de discernir la enfermedad entre los síntomas y fue así como logré salvar la vida de mi papá en dos ocasiones más: una con un coágulo cerebral y otra cuando le pusieron un marcapasos.

Ahora me preocupa cotidianamente su tristeza, su aislamiento. Su vida se acaba y no hay cura posible. «No habla con nadie», me dice la señora que ayuda en la limpieza de su casa. No contesta el teléfono ni lee y se pasa el día con la televisión apagada, pero mirándola de todas formas. «Parece que viera gente ahí adentro», susurra, espantada.

Una tía me llama y me dice que desde que murió mi mamá, mi papá no ha podido volver a ser el mismo.

—La viudez es muy dura, mija —me advierte.

—Usted no es viuda, tía.

—Las mujeres llevamos mejor la viudez que los hombres —continúa, entre suspiros, como si fuera con ella.

No sé si tenga razón. Cuando leo del destino de María Antonia me digo que no hay una viuda más triste que ella y no hay una viudez peor que la suya.

—Una mujer no puede vivir sola —le dijo Carlos Borda a su hija—. ¿Qué vas a hacer en esta casa con tantas habitaciones y tantos lujos criando dos niños pequeños?

Se encontraban en la casona que María Antonia había heredado de su marido. Borda había dado orden de que no los molestaran, porque organizarían papeles en el estudio de su yerno muerto. Como había hecho con María Dolores Caro tantos años atrás, había vuelto a atrincherarse con una mujer para buscar su propio interés que, en esta ocasión, era económico.

María Antonia lo miraba entre las lágrimas que le empañaban los ojos. Tenía veintidós años y menos de tres de casada. No le asustaban la casa ni las responsabilidades y ni siquiera le temía a la crianza porque ya había pasado por eso a los doce, cuando tuvo que encargarse de sus hermanos. Lo que la aterraba era no volver a ver a su marido o, peor, ver a su fantasma deambulando de habitación en habitación, dándose tumbos contra los muebles, empujando a las criadas y tocando la campanilla de la mesa del comedor. El hombre dulce que había sido Joaquín en vida, el comprensivo, el divertido, el generoso, ya no existía; en su lugar, quedaba un profundo hueco que se había llenado de recuerdos, interpretaciones, chismorreos y mitos de sirvientes. Ella no quería creer, porque los fantasmas son habladurías, pero había percibido esa presencia pesada en los días que transcurrieron al entierro, había sentido el frío a pesar de los braseros y de las mantas y había escuchado a los niños romper a llorar y mirar compungidos a la nada, como si vieran algo en la penumbra de las esquinas.

Esa casa que había decorado con primor se le antojaba ahora un ataúd de proporciones megalíticas, donde ella y sus hijos y los criados

morirían de miedo o de tristeza o de soledad. Su nueva condición se había convertido en una rutina de dolores que comenzaba con las primeras luces del alba, cuando despertaba atormentada porque otra vez había tenido la pesadilla de que su marido moría de un infarto en el tapete de su estudio. Al abrir los ojos y ver que el lado izquierdo de la cama permanecía inhabitado y perfectamente tendido, se daba cuenta de que se sumergía en el denso pozo de una realidad invivible. Desayunaba en la mesita junto a la ventana, con chocolate caliente y una cesta de pan rancio y frutas confitadas, y siempre miraba a través del cristal, escondida tras un velo de encaje, cómo se despertaba la ciudad, cómo caminaba la gente. Los veía a todos ligeros, sin ese peso en los hombros que ella llevaba y que le impedía moverse sin sentir que se hundía en un pantano. Y ese era el comienzo de un día que se arrastraba con la densidad y la lentitud mortal de la miel derramada.

Después de la primera semana, María Antonia no aguantó más. No aguantó el asco que le producía comer, el pánico que le producía dormir, la indiferencia que le producía respirar, y llamó al padre Joaquín Pardo, un hombre austero y disciplinado, para que la sacara de esas profundidades insondables en las que se encontraba su alma.

El sacerdote se presentó con una Biblia y una lista de tareas que prometía la liberación del alma de la viuda y la consagración de su vida a Dios. Estos nuevos mandamientos exigían indiferencia y desprendimiento frente al mundo material y María Antonia los siguió al pie de la letra porque quería dejar de caminar por su casa buscando la mano del espectro de Joaquín para que se la llevara a dondequiera que él se hubiera ido.

Dejó joyas y sedas y encajes y afeites y cambió sus zapatos de brocado por mocasines negros y las cucharas de plata y las vajillas de porcelana por cubiertos y platos de madera, y a pesar de todo eso no se sentía más feliz. El padre le daba penitencias y oraciones y ayunos y ella rezaba cada vez con más fervor y encontraba en la abstinencia la forma perfecta de vida, porque igual no sentía hambre ni deseo ni entusiasmo ni ambición.

Al cabo de dos meses, María Antonia parecía más espectral que el propio fantasma de Joaquín y los criados se preguntaron si habían enterrado al muerto equivocado. La ropa negra le colgaba y la cara

cenicienta se desdibujaba a través de la mantilla de tul que le cubría el rostro. Isabel, la hija mayor, se escondía detrás del faldón de las ayas y no se atrevía a mirar a su madre porque la asustaba ese cuervo aletargado que entraba en el cuarto de juegos en las tardes de lluvia. Joaquín, el bebé, indiferente al fantasma que lo visitara, lloraba día y noche con la certeza del abandono.

—El Señor te quitó lo más preciado que tenías —dijo el padre Pardo durante una confesión—. Muéstrale que tú lo amas por sobre todas las cosas, que pecaste por egoísmo, como Eva pecó. Que creíste que eras feliz y que tu felicidad emanaba de lo terrenal y no del amor infinito de Dios. Solo así Él te perdonará y te indicará cuál es el camino que deberás seguir.

—Mi felicidad no emana de lo material, padre. Era feliz con mi marido y mis hijos y ahora Dios me quitó a mi esposo.

—Y tu casa en la ciudad, y la residencia en el campo, y los sirvientes y los lujos y las fiestas… ¿Eso no te hacía feliz?

—Nunca pensé en eso como fuente de felicidad, padre; no.

—¿Y los pasatiempos?

María Antonia pensó en los libros que llevaba tanto tiempo sin tocar. Al comienzo de su matrimonio, tanto ella como su marido dedicaban horas enteras a leer. Compartían la pasión por los libros y era común verlos en el salón ensimismados, cada uno con un ejemplar recién impreso en las manos. Pero la maternidad la había ido alejando poco a poco de la lectura, tanto que no había vuelto a ella desde el nacimiento de Joaquín; los lomos colorados que antes codiciaba ahora le parecían pequeños demonios embutidos en las estanterías, listos a atacarla con sus frases como dagas y sus tragedias ficticias, que palidecían al lado de la realidad de pesadilla que vivía ella.

—No tengo ninguno ya.

—¿Y las posesiones materiales?

—No me interesan… —comenzó a decir, y recordó de repente el juego de té de su madre, aquel juego de té envuelto en satines que descansaba escondido en un baúl y que María Antonia no había alcanzado a estrenar en su nueva casa, pensando que cuando hubiera terminado las labores de la maternidad podría por fin abrir sus puertas y sería, junto con su marido, una anfitriona perfecta para las tertulias

literarias, las cenas y, por supuesto, las tardes de té.

El padre Pardo notó la duda en los ojos de la viuda y aprovechó la oportunidad con la destreza de un viejo carroñero.

—Hija mía, ¿hay alguna posesión material que te interese? ¿Tal vez un anillo o un collar que te ha regalado tu difunto marido y que te ata a lo terreno?

—No, padre, no es eso. Se trata de un juego de té que pertenecía a mi madre. Fue un regalo de bodas para ella y que alguna vez quise usar en su honor. Ya no me interesa para mí, pero es tal vez lo único que no puedo entregar voluntariamente al Señor porque no es mío, es una herencia que cuido para mi hija Isabel. Es además lo único que tengo de mi madre, a quien no conocí. Mi único vínculo con ella.

—Tu único vínculo con ella es a través de Nuestro Señor, no a través de un juego de té. Esas palabras ociosas hieren los oídos de María santísima y debes pedir perdón. Reza tres rosarios y júrale a Dios que ese juego de té irá intacto a Isabel, conservando así tu pureza y tu determinación de no usarlo jamás para no ofender a Dios con puerilidades. Y en cuanto a tu madre, sigue su ejemplo, porque se dice que era una santa. Vive con ella en el Señor, imítala como imitarías a la Virgen, en su humildad y su sencillez.

María Antonia bajó la cabeza y comenzó a rezar porque quería volver a sonreír, pero también porque quería acercarse a su madre, quería imitarla, quería escucharla y sentirse acompañada, porque en estos momentos se sentía sola y pequeña como las arañas que vivían en los resquicios de la madera, pero lo peor es que la pobre nunca había aprendido a tejer.

No tuvo que pensarlo mucho cuando Borda le dijo que viviera con él. Creyó que su cuñada-madrastra podría comprender el dolor porque ella también había perdido a Joaquín. Era un duelo compartido y como tal debían vivirlo juntas. Por otro lado, regresar a donde sus hermanos le devolvía algo de la paz que había perdido. Ellos la ayudarían a criar a los niños, a salir del letargo en el que se había sumido y a volver a vivir.

Aconsejada por el padre Pardo, María Antonia llevó lo indispensable

a la nueva casa. Se deshizo de sus cosas y se mudó a su antigua habitación, mientras que los niños compartían la alcoba de su hermana Ana, que la cedió con alegría. Llevó de regreso el juego de té y esta vez lo escondió en su propio cuarto, ya no para que Dolores no lo usara sino para que Isabel lo encontrara cuando fuera el momento. Felipa veía la mudanza con una mezcla de asombro y angustia, y cuando acomodó el juego de té a los pies de la cama de María Antonia, se sintió con autoridad para abrir la boca.

—Amita, tenga cuidado con el ama Dolores.

—La conozco, Felipa. Pero ya no somos niñas, ya nos ha pasado mucha vida y ambas hemos cambiado.

—Usted sí, mi amita. Usted ha cambiado. Pero ella…

—No tolero que hables así de la esposa de mi padre, Felipa.

La vieja susurró una disculpa, pero María Antonia agradeció en silencio las palabras porque le advertían lo que le esperaba.

Dolores guardó exactamente un año de luto. Durante ese año no salió a la calle más que para ir a la iglesia, no recibió a nadie en su casa y no quitó los festones negros de los espejos del segundo piso. El día 366 de la muerte de su hermano dio por concluida la tristeza, abrió las ventanas, se puso un traje verde oscuro y pidió en la cocina que se buscaran unas melcochas para la tarde, porque a todos les hacía falta el dulce para subir el ánimo. María Antonia se negó a participar de la alegría comunal y cerró la puerta de su habitación para no escuchar el piano que se tocaba en el primer piso.

Lentamente, como si se saliera de una siesta larga, la casa comenzó a vivir de nuevo. Los niños volvieron a los juegos, las chicas a las muselinas y todos a las fiestas de disfraces, los coqueteos en el atrio de la iglesia y las vacaciones en el campo. Todo transcurría como si María Antonia no existiese, y le costó trabajo comprender que esa era justamente la estrategia de su madrastra, actuar como si ella no estuviera ahí, ignorarla, y con eso terminar de ofenderla.

La decisión de que ella regresara a la casa paterna, se dio cuenta María Antonia, fue unilateral. Carlos le había impuesto esta nueva realidad a su mujer y ella no había encontrado otro camino que seguir adelante fingiendo que nada había pasado, pero subrayando en cada oportunidad que tuviera que esta era ahora su casa, no la de la hija

huérfana.

—Debes volver a casarte —le decía Dolores—. Estás muy joven y todavía tienes mucha vida por delante.

—Las mujeres no tienen que tener un hombre en sus vidas para que las haga felices —respondía Ana, defendiendo a su hermana y citando al doctor Barry, que tanto las había marcado.

María Antonia permanecía silenciosa e impasible, con el bordado desmayado sobre las piernas, y si escuchaba a Dolores era claro que sus palabras la atravesaban sin hacerle daño. Veía el mundo como a través de un lente y escuchaba las conversaciones en la distancia, pero nada de eso le llegaba. En las noches permanecía despierta, con las pupilas dilatadas, buscando de dónde provenían los murmullos de los muertos que la acosaban. No se atrevía a confesarle a nadie estos pensamientos lúgubres, porque cuando le había insinuado al sacerdote que la llamaban sus fantasmas, él la había amonestado, con voz de tragedia, y le dijo que era el demonio que la tentaba. Así pues, decidió callar y guardar las noches para las conversaciones de difuntos, cuando bailaban en las sombras su madre y su esposo y la convidaban a que se uniera a la fiesta.

No hubo un evento especial que la sacudiera de su depresión, sino dos acontecimientos que la obligaron, la empujaron a despertarse del duermevela en el que se había sumido después de la muerte de Joaquín. El primero de ellos fue la llegada del padre Evasio Rabagliati a su vida.

A Pardo lo nombraron arzobispo de Medellín, y antes de irse, junto a su tradicional admonición sobre los peligros del infierno, el sacerdote le recomendó ponerse en las manos de un hombre que, según se decía, era un santo por su trabajo con los leprosos de Agua de Dios. María Antonia no aceptó, pero tampoco negó, la nueva imposición. Las palabras del confesor pasaron casi desapercibidas y cuando se llegó el día de conocerlo, tuvo que hacer memoria para recordar por qué lo había mandado llamar.

El padre Rabagliati apareció como un aliento de vida. Entró en la casa oliendo a agua de colonia y cantando un aria. Antes de pasar al salón principal a ver a la señora que lo esperaba, se desvió hacia la cocina, saludó a las criadas, levantó la tapa de una olla en la que

humeaba un cocido y pidió que le dieran una taza porque venía famélico. Las criadas no sabían qué hacer, semejante señor metido en las entrañas mismas de la casa, y se afanaron como gallinas, correteando de un lado a otro en busca de la sopera, el jugo y un pan para acompañar el almuerzo intempestivo. Mientras tanto, Rabagliati siguió su marcha de huracán por el comedor, el patio central y el cuarto de música y al llegar al salón su estruendo había hecho que todos se asomaran a ver quién era el intruso que no dejaba de cantar.

Fue Rabagliati el que le dijo que se quitara el negro. El que le dijo que comiera, porque estaba en los huesos, y que no descuidara a sus hijos porque puede que Dios se lo perdonara, pero ella misma se arrepentiría. Rabagliati le aconsejó que en lugar de llorar por su marido muerto se concentrara en lo que podía hacer por los vivos. Le advirtió —sin que ella lo dijera— que esas voces que la llevaban a la muerte no eran fantasmas, sino producto de su mente atormentada y de su cuerpo hambriento. Que no había tal cosa como los delirios místicos, a pesar de lo que dijera santa Teresa, y que más le valía compartir el almuerzo con él y salir a caminar porque hacía una tarde preciosa.

Lo segundo que ocurrió, y tal vez lo más importante, fue que Dolores encontró el juego de té. Pudo haber sido culpa de Ana, o de cualquiera de las criadas, o de la misma Dolores, que había adquirido la costumbre de husmear en las habitaciones de su hijastra-cuñada, pero lo cierto es que fue ella quien sugirió utilizarlo para servir el té en una cena en honor de unos ingleses que visitaban a Carlos Borda para hacer negocios. Los ingleses viajaban con sus esposas y Dolores quería ofrecerles un agasajo con las personalidades más relevantes de la sociedad bogotana. María Antonia no estaba invitada, y se le sugirió que se quedara con su luto y su amargura en las habitaciones del segundo piso, algo que ella aceptó con una leve inclinación de cabeza y una enorme tranquilidad en el alma. Pero cuando Dolores pidió que les prestara el juego de té para invitar una tarde a las señoras, los ojos de María Antonia la miraron por primera vez en casi dos años con una fijeza que asustó a la señora de la casa.

—El juego de té no sale de mi habitación.

—Pero no puedes esperar que esas damas suban a tomar el té

contigo…

—No se usa. El juego de té no se usa.

—No entiendo para qué lo guardas.

—Lo guardo para Isabel.

—Pero si es una niña… ¿Qué sabes tú si en el futuro quiera usarlo, si lo necesite, si no lo empeñe para pagar una comida? Con las vueltas que da la vida… Un juego de té no se gasta, se puede usar, se guarda, se usa de nuevo…

—No se usa.

—Si se rompe una taza siempre se puede mandar hacer otra, María Antonia, no puedes ser tan obstinada, si además…

—Dije que no se usa.

—… estás en mi casa, con lo que podrías contribuir en algo… y tiene mi nombre, porque soy Dolores de Borda, así te duela, querida.

—Dolores Caro de Borda era mi madre. Y mi madre me dio ese juego a mí. Y yo se lo daré a Isabel y ella podrá venderlo, o usarlo, o servir en él ajenjo o chicha. Ese es su problema. Y en cuanto a su afirmación de que yo no he contribuido, querida madre, quisiera que hablara con su marido para que él le aclarara de dónde salió el dinero de la expansión de su empresa, aquella que celebrarán con los ingleses en la cena famosa a la que usted no quiere que yo asista, aunque fui yo quien pagó por ella.

Una vez dicho esto, María Antonia se levantó, caminó con calma a su habitación y cerró la puerta. Media hora más tarde, salió vestida con un traje gris de flores amarillas, dando por terminados sus coqueteos con la muerte y enterrando así la tristeza que la carcomía. Mandó a llamar al padre para confesarse, y Rabagliati, en lugar de pedirle una penitencia por el pecado mortal de la ira, le dijo que celebraran que se había enfrentado a esa bruja tocando el piano y bebiendo una copa de vino, porque la vida era corta y había que honrarla.

A pesar de que se sacudió del letargo, María Antonia no volvió a ser la misma. Se volvió madre, se volvió adulta, se volvió responsable de sus propias finanzas, pero ya había dejado para siempre la posibilidad de ser feliz. Nadie se dio cuenta, porque veían a una mujer activa, llena de vida, dedicada al cuidado de sus hijos y al mantenimiento de

sus propiedades en el campo. Una mujer que fue capaz de liquidar la empresa que tenía su esposo en Inglaterra y hacer sus propias inversiones en finca raíz, que hacía cuentas y manejaba empleados, que tenía obras de caridad y un círculo de amigas y que, como todas, pasaba horas frente al tocador vistiéndose, peinándose y poniéndose ungüentos en la piel. A todos los engañaba, menos a su padre, que había visto el cambio más importante de todos: su hija no volvió a leer. No leía porque sufría con las historias y temía ser lastimada de nuevo. Esa coraza que se había creado era todavía frágil y cualquier cosa que leyera, distinta a un tratado botánico o a los gastos de sus fincas, la hería y la dejaba postrada en cama con la sensación de que el corazón le iba a explotar de dolor.

Rabagliati se volvió, más que su confesor, su amigo, y fue de su mano que conoció a Luisa, una mujer simple que venía del campo y ayudaba al sacerdote en ocasiones a ponerle orden a su casa en Agua de Dios. Luisa también era viuda, pero no había tenido hijos. Su marido había muerto de lepra y a ella le tocó vender la pequeña propiedad que habían tenido juntos para subsanar los gastos del entierro. El cura la dejaba dormir en un cuartucho junto a la cocina y ella le pagaba con su trabajo y una devoción sin límites. Cuando María Antonia la conoció, Luisa se convirtió en su amiga y le extendió su lealtad de perro callejero. Eso incluía no solo acompañarla a visitar las casas de campo, comprar telas para hacer un vestido, o ayudarla a cargar un paquete pesado con donaciones para los leprosos, sino escuchar sus quejas y sus lamentos, y reírse a su lado y llorar con ella también.

«Los amigos son la forma que tiene Dios de pedirnos perdón por la familia», solía decirme uno de ellos, uno de mis amigos. No le faltaba razón, pero los amigos también sufren de amnesia, y después de las fiestas de despedida y las promesas de vernos en Colombia y después de la pandemia y la imposibilidad de viajar, esas relaciones se fueron enfriando. Al comienzo nos reuníamos por cualquier plataforma de las que surgieron en la pandemia. Zoom, Teams, Facetime, todo era válido para vernos. Abríamos una botella de vino a pesar de la diferencia

horaria y hablábamos de la vida, de los planes para el futuro, de las parejas y de mi regreso al país. Luego las reuniones se fueron espaciando, las fuimos cancelando y terminé escribiéndome un mensaje semanal con alguna amiga igual de solitaria a mí.

A nadie le he hablado de El Silencio, porque no tengo con quién hacerlo y porque tampoco sabría qué decir. «Mi marido me habla poco» o «descubrí que no tenemos mucho en común» parecen quejas etéreas y delirantes. A veces increpo a Mario, que me dice a manera de defensa que yo también soy hermética, que también miro mi teléfono y que, además —sobre todo—, tengo la cabeza llena de películas. Guardo silencio entonces y me concentro en lo mío, y con eso le doy la razón.

Mi rutina a medida que avanza el frío y se acortan los días es la misma. Digo «paseo» y Piro abre los ojos, siempre se emociona de la misma manera, sin importar si ha salido cinco minutos atrás. Envidio esa capacidad para sorprenderse, para ser feliz con lo básico. Lo llevo entonces de la correa y damos vueltas como un caracol por las callejuelas medievales, yo buscando la belleza en las calles solitarias y él los olores violentos que dejan sus congéneres en la ciudad. Llego a casa y veo la misma imagen: Mario sentado al fondo, en el escritorio, frente al computador. A veces habla, otras escucha, pero la mayoría del tiempo chatea en el teléfono y lo envidio porque tiene con quién hablar. Mi teléfono pasa los días en silencio y mi correo solo recibe basura, publicidad de marcas de ropa y noticias en italiano que no leo porque abandoné las clases hace rato y no me quiero esforzar más.

Me acerco a un café y veo que abrieron una ventana para que la gente pida a través de ella. Hay una fila larga, pero se me antoja un té y no tengo nada más que hacer, así que me pongo detrás de un obrero y delante de una vieja que tiene unos anteojos enormes. La sola imagen de la vieja me hace llorar y cuando llega mi turno no soy capaz de pedir nada y salgo corriendo. Pienso en cuántos otoños como este le quedan, y cuánto tiempo más debe soportar la ignominia de una máscara. Ese mundo que ella conoció no está más y en su lugar hay otro con frases nuevas como «distanciamiento social» o «gel desinfectante» o «prueba de antígenos». Otra palabra que aparece, esta como un oasis o un santo grial, es «vacunas» y se dice que pronto

estarán disponibles para Europa, tal vez en la primavera. Quién sabe cómo será el tema de su distribución. Supongo que los ancianos serán los primeros, algo que me parece lógico, porque son ellos los que están muriendo.

Por la noche, antes de dormir, le pregunto a Mario cómo haremos para tener acceso a una vacuna. Somos colombianos que vivimos en Roma y el primer ministro prometió que primero serán los nacionales. Mario esgrime una sonrisa de sorna, me dice que no sabe por qué me preocupo tanto.

—Yo tengo estatus diplomático, a mí me ponen la vacuna antes que a la mayoría —concluye, y no sé si se refiere a sí mismo o a los dos.

El tema de las vacunas es recurrente en las conversaciones con los amigos. Después de la pandemia creamos un pequeño grupo de colombianos, seis huérfanos de país como nosotros, que sueñan también con ser inmunes al virus. Nos reunimos de vez en cuando, siempre en nuestra casa, y parecemos conspiradores cuando hablamos de quiénes tendrán acceso a la inmunidad contra el virus. Es sábado en la noche y uno de los amigos aparece con un escritor napolitano que vive en Roma. Nos presenta, entusiasmado, porque cree que, al ser escritores ambos, tenemos mucho en común. El hombre, de casi setenta años, es calvo y tiene ojos tristes. Lleva una bufanda de lana, un chaleco grueso y una chaqueta de cuero que alguna vez fue fina. Su conversación es impecable, interesante, pero cuando tocamos el tema de siempre, hace pucheros.

—Soy mayor de sesenta y cinco —nos dice en un español tan mediocre como mi italiano—, por lo que espero ser de los primeros en vacunarme. Es lo justo.

—Es cierto, y sin embargo el gobierno italiano probablemente vacune antes a Mario, porque es diplomático —respondo, medio en burla medio en serio.

El viejo escritor se pone pálido de rabia.

—Es gente como ustedes la que hace de este un mundo injusto —se queja el escritor, ahora en italiano.

—No se me ocurriría quitarle la vacuna a nadie… —digo, a modo de disculpa, pero ya es tarde.

—Los viejos seguiremos esperando en una fila para que la gente

como ustedes pueda vacunarse.

Todos hacemos silencio, aturdidos con lo absurdo de la situación. Quiero preguntarle cuál es la gente como nosotros, explicarle que está sobredimensionando el comentario, pero no sé cómo decir esa palabra en italiano; opto, entonces, por ayudar al viejo ofuscado a que se ponga la chaqueta para que pueda bajar las escaleras gritando improperios en su lengua cantarina.

—Creo que me entendió mal —alcanzo a decirles a los demás, que están tan atónitos como yo. Se muestran de acuerdo y me dicen que no vale la pena preocuparse tanto por esa tontería, que ya se le pasará. La conversación se reanuda y se habla de temas tontos como el clima o un poco más serios como el problema político de Italia, y mientras ellos hablan para sacudirse la incomodidad, yo callo, convencida de que el virus ha sacado lo peor de nosotros. Imagino a la gente empujándose para conseguir una vacuna, sospecho ya el mercado negro que se formará para obtenerla de manera ilegal y me atemorizo verdaderamente de recibir una dosis que está destinada a alguien más.

—Falta mucho para eso —me dice Mario cuando estamos solos y le cuento lo que estuve pensando—. No sé por qué siempre tienes esas películas apocalípticas en la cabeza. Tal vez por eso eres escritora… porque inventas cosas.

Sus palabras me rompen el corazón por su dureza, por su estupidez. Me quedo despierta en la oscuridad pensando que los escritores no inventamos nada. Que interpretamos el mundo que vemos, y a veces ese mundo tiene monstruos e infiernos. Y son reales, tan reales como Carlos Borda y Dolores Orrantia de Borda, una pareja tremenda por lo que puedo ver en las pocas líneas que hay escritas sobre ellos.

Carlos por fin conoció a una mujer que estaba a su altura. Era igual de cínica que él, igual de autoritaria. Manejaba la casa y a su marido a su antojo y él, que comenzó la relación con el ímpetu del enamorado, se fue extinguiendo y reblandeciendo a medida que pasaban los años. María Antonia soportó con paciencia los embates de su cuñada-madrastra y confiaba solo a Luisa, ni siquiera al padre Rabagliati, el infierno por el que pasaba.

—Dolores dio instrucciones de que mis hijos no debían tocar el piano de la casa. Pero como Felipa los deja hacerlo, le gritó frente a los otros sirvientes y le dijo que se fuera. ¿A dónde se va a ir? Si no es porque interviene Ana, a quien todos adoran, la pobre negra se habría quedado en la calle —le contaba María Antonia un día a su amiga.

—Por Dios, qué mujer… ¿Y don Carlos qué dice?

—Guarda silencio. No es capaz de hablar porque ella, que debe tener sus métodos, lo hace sufrir. Mi padre ya está viejo y ha perdido la capacidad que tenía antes de imponer su voluntad. Yo le prometí que me quedaba mientras él estuviera vivo, pero todos los días pienso en que me debería ir de esa casa.

—Pero ¿irse a dónde? —preguntó Luisa—. Qué dirán de que salga usted de la casa de su padre con dos hijos jóvenes. ¿A criarlos sola? Eso está muy mal visto. Su padre no lo permitiría.

María Antonia se quedó pensativa. El suyo no era el mundo que le había pintado James Barry, el mundo donde las mujeres (así fuera disfrazadas) podían hacer lo que quisieran. El suyo era un mundo más parecido a un pequeño teatro, donde hay unos pocos papeles disponibles para interpretar, y son los directores quienes deciden qué rol le cabe a cada uno. Pensó en su mamá, esa otra Dolores, que vivió para hacerle honor a su nombre. Ella quería ser religiosa y su padre le había arrebatado ese sueño. La había obligado a interpretar otro papel.

—Y si… —dijo, con algo de temor, pero con la lucidez de quien encuentra la salida de un laberinto—. ¿Y si me vuelvo monja?

—¿Y qué hace con sus hijos?

—Pues cuando estén ya grandes, cuando sean independientes. Les falta poco para eso, y debo pensar en mi futuro sin ellos… lejos de Dolores. El convento es un buen lugar, voy a poder estar tranquila, ser independiente, leer y orar.

Luisa solo sonrió, siguió bordando y, al cabo de un rato, le dijo:

—Ese mundo no es menos terrenal que este. Allá también hay intrigas, como acá, y mujeres como su cuñada hay en todas partes. Lo que digo es que el convento no es un lugar tan santo como se piensa. Y lo digo porque cuando mi marido murió, que Dios lo tenga en su santa gloria, intenté yo misma tomar los hábitos, pero me lo impidió la pobreza. Si no fuera por el padre Rabagliati, estaría pidiendo limosna

en las calles.

—¿Y si entramos juntas? —María Antonia había dejado quieto su bordado, que más parecía un guante deforme que un mameluco de bebé, tan torpe era con las manos—. Así nos cuidamos la una a la otra.

—Ay, mi señora del alma. Le acabo de decir que no tengo cómo pagar una dote; si escasamente tengo para comer…

—Pero yo sí, Luisa. Yo tengo para pagar tu dote y la mía y podemos entrar juntas… si me quieres acompañar.

—Bendito Dios —dijo Luisa—. Yo voy con usted a todas partes, y cuando sea el momento, estaré lista y feliz.

Como Teresa me había dicho que las cartas de María Antonia estaban en el Archivo Generalde la Nación, contraté a una chica, una exalumna, para que me ayude a buscarlas. Quería ir yo misma, pero se me atravesó el fin del mundo, y hacer las cosas en la distancia y con una pandemia de por medio me dificulta la tarea enormemente. Jennifer, así se llama mi alumna, es tan inteligente como juiciosa, y me dice que ya consiguió una cita para buscar papeles.

—¿Exactamente qué quieres? —me preguntó el día antes de su cita.

No supe qué contestarle. Todo. Quería todo. Quería la historia de María Antonia, pero también de sus hijos y de sus nietos y de toda su descendencia y, si es posible, de su ascendencia por los siglos de los siglos.

—No sé. Busco cartas. Cartas que me ayuden a saber quién era esta mujer. Quiénes eran estas mujeres.

Con contadas excepciones, las mujeres no participaban del poder político ni económico, ni escribían ni figuraban. Las mujeres dejaban poca o ninguna huella que indicara su permanencia en el mundo, pero eso no quiere decir que sus decisiones o sus comportamientos no influyeran en la cotidianidad de un país. Era, entonces, a través de las cartas, o de los diarios, como se dejaban conocer. Esos momentos en los que se comunicaban con sus seres queridos o consigo mismas. Momentos íntimos, casi susurros, eso es lo que busco, pero no sé cómo decirlo.

Ella lo entiende, incluso mejor que yo, y me dice que me tendrá

información la siguiente semana. Que la leerá, que hará las fotocopias correspondientes y que la enviará en archivos, y yo les agradezco a los dioses de la tecnología que en una semana me van a presentar a María Antonia en otra faceta distinta de la que he visto. Pero me equivoco. Nos equivocamos. Jennifer me escribe y me dice que vio cientos de cartas, pero que nada está organizado y que no pudo encontrar mucho. Estuvo una mañana entera, fotocopió algunas cosas, pero en su mayoría de una carpeta que me interesa poco.

—Tengo una cita para volver en un par de meses —me dice y yo, descorazonada, le digo que la cancele, que no vale la pena, y me siento con unos papeles raquíticos y casi sin sentido frente a mí.

Cuando Mario sale por la puerta de su oficina, que es mi habitación, me encuentra desmadejada en el piso del estudio, rodeada de esquelas fúnebres y cartas de negocios.

—No hay nada —le digo—. Nada. Estas mujeres se cierran, no quieren que escriba de ellas, me rehúyen.

Mario se sienta a mi lado, en el piso, en una actitud cómplice y me sorprende porque hace mucho tiempo no se acerca así a mi vida.

—¿Y si vamos a Colombia en Navidad? ¿Te serviría? Puedes hablar con Teresa allá…

Me alegro tanto que olvido el covid, las restricciones, el temor, y pienso que con este viaje voy a poder arreglarlo todo. Recojo las cartas y las apilo en un montoncito a mi lado derecho del escritorio, haciendo equilibrio entre una libreta de notas y el libro de los Caro, y le escribo a Teresa para decirle que la veré pronto.

Cuando llega el momento, quiero despedirme de mis amigos romanos, pero no sé a quién llamar. Está el grupo de colombianos disímiles, con lo que nos unen el idioma y la nostalgia, pero hemos intercambiado pocas palabras desde el incidente del escritor. Leo en algún lugar que lo que uno comparte con sus amigos es pasado y pienso que estas personas entonces no son mis amigos. No conozco su vida y ellos tampoco la mía. Existimos en un momento específico, nos encontramos en un cruce de caminos. Ellos están de paso y yo también y nos hacemos compañía en la soledad del exilio. Salgo entonces una mañana oscura hacia el aeropuerto, y a la única persona que le digo que me voy es a Mara, una peluquera flaca y solitaria que cuida a mi

perro cuando yo salgo de viaje. Ella se pone feliz porque le pago, pero también porque Piro le hace compañía, si bien se niega a comer durante los primeros días, de puro desconsuelo. Siempre se me escurren las lágrimas cuando paso a dejarlo en su casa, pero esta vez lloro como una niña. Desde el encierro, no nos habíamos separado ni un minuto. Ni siquiera a la hora de dormir, porque rasguña la puerta de mi habitación hasta que me conduelo de su angustia y lo dejo entrar. Cuando digo que, en esta lejanía, Piro es el único que me habla en español a todos les da risa, pero lo que quiero decir es que es el único que entiende mi lenguaje, el de mi alma.

Me embarco en un avión azotado por el miedo. No pueden servir alcohol ni comida, ni la gente puede caminar por los pasillos, y si dan agua es porque temen que algún pasajero se deshidrate. Todos viajan cubiertos, asustados con sus vecinos, temerosos del otro y del futuro y saturados del presente. En Colombia me hospedo en un hotel porque no sé si me contagié en el viaje y no quiero que nadie tenga covid por mi culpa. Esa es la razón que doy, pero lo cierto es que me agobia quedarme en la casa de mi papá, ver esa cara de perpetua tristeza, soportar ese silencio.

Pocas personas acceden a verme. Mis amigos se esconden, dicen que están en fincas o son sinceros y aceptan que tienen miedo de encontrarse con alguien que llega de Italia, un país al que todos siguen viendo como el foco del contagio, así ya el virus esté esparcido por todo el mundo. Voy a ver a mi papá con doble tapabocas y lo encuentro sin protección.

—Cúbrete la cara —le digo, como si estuviera siendo impúdico.

—¿Para qué?

—Porque no se sabe…

—Aquí vinimos a vivir y no a durar —responde—. Yo ya he vivido lo suficiente.

Le pregunto de nuevo por la acusación que tiene en su contra y me contesta con monosílabos. Entiendo, por lo que dicen sus silencios, que ni siquiera la ley está por encima del covid y todo se encuentra congelado esperando a que la pandemia termine.

—Puede ser que haya muerto cuando se reanude el proceso —me dice, y de repente entiendo su negativa a usar tapabocas.

Teresa también me recibe en su casa sin tapabocas, pero porque no cree en la muerte. Para ella, que habla con sus fantasmas, es otro estado de la materia, y simplemente sonríe y arruga la nariz con una ternura infantil cuando le digo que ya han pasado cinco días desde mi llegada y no tengo síntomas.

Vuelve a llevarme al estudio oscuro. En esta ocasión encuentra pocas cosas. Una esquela de primera comunión, un poema, un par de fotos.

—Te digo, mijita, todo lo doné al Archivo… ¿Con quién podemos hablar? —se pregunta, pero yo guardo silencio porque no tengo ni la menor idea.

Salgo cabizbaja a mi hotel y llamo a mi tío. Su memoria prodigiosa, unida a su imaginación ilimitada, siempre me da pistas y me levanta el ánimo en igual medida. Me pide que pongamos la cámara, porque no puede verme en persona. Los médicos le dijeron que debe cuidarse.

Me cuenta que María Antonia esperó pacientemente a que sus hijos crecieran y que en eso se le fue la vida. Joaquín decidió, o decidieron por él, entrar en el seminario. En esa época era normal que los hombres se educaran, por lo menos unos años, internos en una comunidad religiosa. Lo hizo mi papá, lo hizo mi suegro también. Tal vez muchos coqueteaban con la idea de volverse sacerdotes, que era una profesión interesante para quienes tenían ambición de riquezas, lectura, sabiduría y soledad. También para los desviados, eso lo sabemos, pero en esa época era impensable hablar de algo así.

El libro de los Orrantia tiene una carta que Joaquín le escribe a su madre desde el seminario y que María Antonia (o el mismo Joaquín) guardó con celo. La carta está fechada en Bogotá el 3 de junio de 1883. Había una celebración en casa de los Borda Caro, tal vez por el cumpleaños de María Antonia (el trece), y Joaquín se excusaba de ir, pero, decía, con palabras melosas: «El obsequio mayor que se le puede hacer a una madre es el que yo le ofrezco, sin duda le agradará más que los mejores regalos mundanos; este es el de la sagrada comunión que yo he recibido hoy, pidiendo a Dios no solo su salud y su dicha en este mundo, pues esto sería una tontería sino una cosa mucho más sublime, y que es el fin para el cual dirigimos todas nuestras acciones, la salvación eterna».

Menudo regalo de cumpleaños el de su hijo. Le pide a Dios por la salvación eterna de su madre. Pero eso no es lo único que le da de regalo Joaquín a María Antonia. Más adelante le esperan otras sorpresas. Le dice: «Sumerced tiene hoy una dicha de que pocas madres gozan ahora, ésta es una muy preciosa que Dios raras veces concede. Sumerced tiene la satisfacción de ver que ni Isabelita ni yo somos perdidos, ni mucho menos ningún vicio». Así que también le regala su rectitud. Luego le dice que Isabelita le dará un libro de parte de ambos y concluye con el último, con el mayor de los regalos: «En esta carta le participo una cosa que sumerced siempre ha deseado, y es que desde hace algún tiempo se me ha despertado el deseo de seguir la carrera eclesiástica; yo todos los días le pido a Dios que si esta es mi vocación llegue a alcanzarla».

No fue así, y me pregunto si esos regalos tan espirituales que le envía su hijo son producto de su convicción o de una necesidad de complacer a su madre. Cuatro años después de escrita esta carta, murió Carlos Borda. María Antonia tenía cuarenta años y contempló la muerte de su padre con sentimientos que iban desde el placer hasta el remordimiento. Había tenido una vejez relativamente bondadosa, pero lo aquejaban dolores en el abdomen, mareos constantes y, en los últimos días, una debilidad generalizada que no le permitía ni levantar los brazos. Dolores lo veía poco, pero siempre buscaba que estuviera cómodo; le enviaba almohadones y caldos a su cama de enfermo. Dos semanas después del entierro, cuando todavía la casa estaba sumida en la tristeza y la somnolencia del luto, Dolores le preguntó a su hijastra cuáles eran sus planes.

—Esta era la casa de tu padre, pero no quiero tenerte aquí más tiempo del necesario. Siéntete libre de dejarnos cuando te plazca. Incluso antes de haber terminado el periodo de congoja.

María Antonia comprendió que era hora de irse y se mudó a una casa modesta, de una sola planta, que era de su marido y que hasta hacía poco tiempo la tenía alquilada una pareja sin hijos. Llevó consigo dos criadas jóvenes porque su adorada Felipa le dijo que ya no tenía la agilidad de antes y que no podría ayudar a montar un hogar de nuevo. María Antonia, Isabel y Joaquín, que con dieciocho años ya tenía claro que ni siquiera por complacer a su madre sería sacerdote,

salieron en la madrugada, apenas un mes después de la muerte de Borda, cobijados con abrigos de marta y vestidos de negro. Un transeúnte que pasó creyó que se habían entrado los ladrones en la casa Borda porque sacaban muebles y cuadros con premura y en silencio, y cuando fue a avisarle al sereno para que llamara a la policía, el hombre salió huyendo porque en esas figuras espectrales no vio ladrones sino fantasmas, flotando en la neblina del amanecer bogotano.

La mañana me agarra levantada, mirando por la ventana de la habitación del hotel e imaginando a María Antonia en su vida nueva. Mario me convenció de que pasemos la Navidad con su familia, un clan alegre y ruidoso que busca cualquier pretexto para reunirse. Me da miedo la pandemia, pero no porque pueda contagiarme y morir, sino por tener que pasar la convalecencia de un virus encerrada quién sabe cuánto tiempo en una habitación. Quienes se enferman de covid se vuelven unos parias sociales, la gente los mira con algo de fastidio, como si no hubieran tomado las precauciones necesarias o como si no tuvieran consideración con los sanos. Advierto entonces que voy, pero siempre cubierta y siempre lejos de los demás, algo que el grupo cerrado que conforma mi familia política toma como una prueba de desdén hacia ellos. Sé que están ofendidos, pero no me importa. O me importa, pero no lo suficiente. Quiero además proteger a mi papá, porque la única persona que va a visitarlo soy yo. Sus amigos temen salir por el contagio, pero les parece todavía más contagioso el silencio al que los somete el viejo. La señora que hace el aseo de la casa, esgrimiendo la excusa de la enfermedad, se devolvió a su pueblo a hacer su confinamiento en compañía. Y mi tía Angustias, la de los suspiros interminables, sigue suspirando en una esquina, con doble tapabocas y un terror atávico por la enfermedad, que impide que vaya a visitar al viejo, que a diario solo come huevo frito, lo único que siente que puede cocinar sin incendiar la casa. Luego de las celebraciones navideñas, de las que participo en una esquina como un perro regañado, regreso a despedirme de mi papá. Vuelvo con las manos vacías a Roma y con un sabor amargo porque siento que lo

único que hice en dos semanas fue evadir a toda la gente. Quiero abrazar a los míos y al tiempo temo acercarme. Le escribo a Teresa de nuevo antes de irme y le digo que el libro se demora, quién sabe cuánto tiempo. Ella promete buscar más cosas, pero ambas sabemos que no hay más, y yo me subo en el avión y leo las últimas palabras que tengo de María Antonia en el libro de los Orrantia.

En 1892, María Antonia escribió una carta al convento de la Visitación en la que les dice que quiere tomar los hábitos. En la carta escribe: «Tengo dos hijos. Ninguno tiene vocación religiosa ni está comprometido para casarse todavía. Pero el día en que ellos se hayan establecido, yo vendré a este lugar». Sus hijos no lo sabían.

Parte III

ISABEL

Me detengo frente a este nombre. Isabel. La primera vez que escuché hablar de ella fue en el colegio, frente a un libro de historia. Dijo la profesora, miss Rosita, que Marco Fidel Suárez se casó con Isabel Orrantia. Lo dijo de pasada, solo la nombró, y las treinta y cuatro compañeras del salón giraron la cabeza para mirarme. Yo estaba perpleja. Tan perpleja como ellas. Esa noche, cuando llegué a casa, le pregunté a mi papá quién era esa parienta que se había casado con el presidente de Colombia.

—La conocemos poco; murió joven, antes de que Suárez fuera presidente —respondió.

Con esa frase, selló la memoria de Isabel en mi cabeza, hasta que la olvidé por completo. Fue mi papá quien tuvo que recordarme su existencia cuando me propuso conocer a Teresa, más de treinta años después.

—La nieta de Marco Fidel Suárez —me dijo—. La nieta de Isabel Orrantia.

Ah, así que tuvo hijos, pensé, porque eso no me lo enseñó miss Rosita en su clase.

Isabel es, entonces, la razón de este libro. La hermana de mi bisabuelo. Una mujer prácticamente olvidada, una línea que alguna vez pobló los libros de historia, cuando teníamos mucha menos historia que contar. Esa mujer apenas esbozada, ese ancestro oculto que me ata a Teresa y al juego de té.

Comienza el año y yo me empeño en buscar papeles que tengan que ver con su memoria, pero murió tan joven, su existencia fue tan efímera, que hay muy poco. Podría despachar a Isabel en un párrafo, incluyendo fecha de nacimiento, primera comunión, matrimonio y muerte, y quedaría así, pero me niego a hacerlo. Ella, como su madre, empieza a contarme su historia a través de los papeles que tengo a la mano. Uno es su recordatorio de la primera comunión, a los once años,

el 18 de marzo de 1878. Hay un dibujo muy elaborado de un cáliz color oro adornado con joyas de colores, del que beben agua dos palomas. En el fondo de la imagen se ven apenas delineados un bosque y un espejo de agua, y el bucólico conjunto aparece rodeado de espigas de trigo y una vid cargada de racimos morados de uvas. Sobre el cáliz, un sagrado corazón sangra. Debajo, en una banda rosada, dice: «Souvenir de Première Communion». Luego aparecen su nombre, Isabel Orrantia, la fecha, y un poema también en francés que habla de la fortuna de estar invitada al banquete del Señor. La elección del idioma no es gratuita. La clase alta y la diplomacia siempre han hablado francés, sin importar en qué lugar perdido del globo se encuentren, y los Orrantia Borda eran de clase alta en esa Colombia olvidada del mundo.

La otra esquela es todavía más sencilla y un poco más extraña. Por un lado, tiene el dibujo de un bebé entre almohadones, rodeado de moños y hojas verdes. Por el otro, es la invitación al matrimonio de Isabel con Marco Fidel Suárez, que se llevó a cabo el 15 agosto de 1895, a las once de la mañana, en la casa de Ignacio Osorio Ricaurte, en la calle 12.

Basta. De Isabel no hay nada más porque, como ocurre con frecuencia en las historias del mundo, el hombre es el protagonista. Suárez escribió mucho y de él también se ha escrito bastante y ambas cosas no necesariamente son malas, porque es a través de la historia del hombre como encuentro a Isabel.

El libro que leo sobre Suárez (uno cualquiera, escrito para escolares) subraya que era el hijo natural de una lavandera llamada Rosalía Suárez. Como si la vida de este hombre fuera una epopeya, o una telenovela mexicana, leo que su madre estaba enamorada de José María Barrientos, un hacendado, y que fruto de ese amor nació un niño genio, que llegó a ser presidente de Colombia. En esta leyenda mal armada hay varias cosas que no me cuadran. Aquello de la historia de amor, para empezar, no me lo creo. Rosalía fue probablemente víctima de un abuso o, en últimas, de un engaño. Quién sabe si el señor Barrientos (que estaba casado) le prometió algo o si la agarró desprevenida cuando a él le provocó. Dice también el libro que años más tarde Barrientos quiso reconocer a su hijo, cuando

Marco Fidel era ya un hombre famoso, y aunque el escritor asegura que fue por amor, yo creo más bien que el padre quería que su apellido brillara en los libros de historia. Hay un detalle más que me inquieta en todo esto. Marco Fidel Suárez tenía una hermana, Soledad. ¿De quién era hija ella? ¿Fue fruto de otra «historia de amor»? ¿Por qué el padre de esta mujer nunca la reconoció? ¿Porque no era famosa? ¿Porque era mujer, con lo que su apellido no se perpetuaría?

La historia oficial, la que aparece en el libro, viene ilustrada con una fotografía en la que se ve un rancho de paja en un pueblo llamado Hatoviejo (hoy Bello, gracias al propio Suárez), que fue donde nació el hombre y creció el mito. Aquella casucha pobre es similar a tantas que se levantan a lo largo de las carreteras de un país fragmentado por la violencia y corroído por el odio. Cuántas veces he atravesado esas montañas estriadas y he visto esas mismas imágenes, niños que salen de esas chozas para la escuela, con sus uniformes remendados y un libro deshojado de lo viejo. Invariablemente, frente a esta imagen, me he preguntado qué futuro les espera a esos chicos, a aquellos que sobrevivan. ¿Será que terminan construyendo otra casa al borde de la carretera? ¿Se irán a la ciudad? ¿Se volverán presidentes de Colombia? Esto último parece tan lejano como supongo que le parecía a Suárez cuando era niño. A lo mejor soñó con eso alguna vez, porque los niños siempre tienen claro qué quieren ser cuando grandes, así luego se nos olvide en el camino.

Yo, por ejemplo, quería ser escritora desde pequeña. Quise también ser cartera, para entregar esquelas de amor, notas secretas y correspondencia privada en las puertas de personas ansiosas de noticias. Alguna vez pensé en ser profesora. Estas tres ambiciones se cumplieron, más o menos. He escrito libros, trabajé como docente y fui periodista, con lo que llevé noticias a quien quería leerlas. Cuando pienso en eso, me veo como otra persona. Alguien a quien envidio, porque hizo lo que le dio la gana. En esa vida que llevaba en Colombia y que tal vez ya no volveré a tener, conocí un país similar al que vivió Suárez, con más de un siglo de diferencia.

Hace unos años, cuando se firmó la paz con la guerrilla de las FARC, fui a Mesetas, en el departamento del Meta, ubicado en la parte centro oriental del país, a hablar con los excombatientes. Uno de los primeros

actos de paz del gobierno fue llevar bibliotecas públicas móviles a los lugares donde se encontraban viviendo transitoriamente quienes se habían acogido al acuerdo, y mandar escritores para que habláramos de la importancia de los libros. Esta biblioteca quedaba en una escuela rural multinivel, a unos diez minutos del campamento y a una hora del pueblo. El viaje tuvo que cancelarse la primera vez porque, debido al invierno, por las vías destartaladas no pasaban las camionetas 4×4, y mucho menos un bus intermunicipal. La segunda vez que intentaron cancelarlo yo me negué. Amenacé con ir caminando hasta el lugar, así quedara a un día de distancia. Me preguntaba cómo era posible que solo se pudiera entrar a la escuela en los días de verano, y me avergonzaba también que la gente de Bogotá no apareciera por el estado de las vías en invierno. El conductor del *jeep*, un aparato viejo que andaba dando tumbos y amenazando con desbaratarse con cada hueco de la trocha, me advirtió que podíamos quedarnos a mitad de camino. Parecía molesto con mi insistencia en llegar a la escuela y me advirtió que me esperaba un buen trecho a pie. Llegamos, sin embargo, hasta la cima de una montaña donde se veía a unos doscientos metros la casita campesina que fungía como centro educativo. El conductor me dejó ahí y me señaló una trocha empantanada por la que debía seguir.

La única profesora de la escuela vivía con su madre en el mismo lugar donde enseñaba. Una habitación era para ellas, otra para los trastos y un par más hacían las veces de aula y biblioteca. La cocineta al aire libre era también sala y comedor, y había un baño con ducha que podían usar los alumnos. Luego del desayuno, la profesora me invitó a ver una clase y a hablar con los niños, que me miraban con ojos agrandados por la curiosidad.

El mayor de ellos, un chico delgado de ojos zarcos y pecas en la cara, no parecía impresionado con nada y contemplaba todo desde una esquina del salón. Era el único estudiante de quinto de primaria y, por lo tanto, el ídolo de todos los demás.

—Yo quería ser guerrillero cuando fuera grande —me dice, desafiante.

—¿Por qué?

—Porque ellos son los que llevan las armas, los duros.

—¿Y los soldados? ¿No llevan armas?

—Sí, también, pero los soldados nos hacen daño y los guerrilleros, no.

—¿Qué daño les hacen los soldados?

—Nos pegan. Los guerrilleros nos comparten de sus dulces.

Miro a los demás chicos buscando que alguien reitere lo que ha dicho el mayor, pero todos se quedan quietos. Uno de los pequeños levanta la mano. Es moreno, está recién bañado y su camisa es nueva, a diferencia de sus compañeros, que tienen acumulada en su ropa la mugre de un par de generaciones de hermanos.

—Yo no quiero ser guerrillero. Quiero estudiar ingeniería.

—¿Por qué ingeniería?

—Porque quiero sacar el petróleo.

—¿Para qué sirve el petróleo?

—Para ser rico.

Esa noche, cuando cenábamos con la profesora, me dijo que el sueño de muchos en la vereda era ser guerrilleros.

—El terror más grande era cuando bajaban los helicópteros y disparaban. Estos niños se escondían debajo de los pupitres y todos temblábamos de miedo. Lo mejor de la firma de ese acuerdo es que ya no escuchamos más las balaceras.

En la época de Marco Fidel no había helicópteros, pero la violencia no era ajena, sobre todo en el campo. Suárez mismo fue soldado, antes de reinventarse como profesor. Pasó de estar escondido en la manigua a un salón de clases en esa jungla que era Bogotá. Fue ahí cuando conoció a Miguel Antonio Caro, el hombre que cambiaría su destino. El suyo y el de Isabel.

Vuelvo al árbol genealógico que ha delineado Teresa y veo que Miguel Antonio es hijo de José Eusebio, el chico que jugaba con su prima, la beatica Dolores Caro. Él y María Antonia eran entonces primos en segundo grado, así que era obvio que se conocían. Los Caro no son distintos a las dinastías colombianas de este siglo, que combinan el poder político con el económico y preparan a sus descendientes para perpetuar el apellido y la influencia. Los tres hijos

de José Eusebio eran intelectuales, educados con los mejores tutores, con miras a dirigir los destinos del país. El menor murió joven, antes de que pudiera hacer una carrera, pero los otros dos cumplieron su objetivo. Margarita, que era una lectora consumada y amiga cercana de María Antonia, corrigió las pruebas de *María*, el libro de Jorge Isaacs, antes de convertirse en primera dama. Miguel Antonio, por su parte, coqueteó con la literatura, pero su destino (y su pasión) era ser presidente de Colombia.

En esa época, los bogotanos eran los dueños del poder político, pero fuera de la capital había otro país al que era difícil tener acceso. Marco Fidel pertenecía a ese país. Hablaba con acento antioqueño y, además, era pobre. Como si eso no fuera suficiente para que lo miraran por encima del hombro, tenía otro problema: era hijo de una mujer soltera, casi analfabeta, una campesina que fumaba como las brujas, con el tabaco dentro de la boca, mientras lavaba las sábanas blancas que se bordaban a mano en el Viejo Mundo. Caro, sin embargo, estaba decidido a preparar a su protegido para la política. Ya Suárez tenía el bagaje cultural y el carisma en las reuniones privadas. Su mentor se encargó de presentarle a la gente influyente y lo instruyó en el arte de la diplomacia. Faltaba, sin embargo, una cosa para completar la obra de Caro. Suárez necesitaba una esposa. Pero no cualquiera, una mujer que le diera la legitimidad en Bogotá, de la crema y nata de la sociedad; una mujer rica, con buenos apellidos y, de ser posible, bella. Esa era Isabel.

El 12 de octubre de 1892, para celebrar los cuatrocientos años del descubrimiento de América, se inauguró el teatro Colón. Celebrar el descubrimiento hoy equivale a festejar un genocidio, a alegrarse por la dominación y la imposición forzada de un lenguaje y una religión, pero en ese entonces se les llenaba la boca con la alegría de pertenecer a este Nuevo Mundo y tener los valores del Viejo.

En cualquier caso, la sociedad bogotana encontró la excusa perfecta para reunirse y compartir un extenso programa musical y de poesía. Miguel Antonio Caro estaba ahí, y fue con su protegido. Isabel fue con su madre María Antonia y con su hermano Joaquín, que tenía la

intención de encontrarse allí con su prometida, una jovencita alegre de pelo rizado y ojos vivaces que se llamaba Paulina. Se sentaron en uno de los palcos del primer nivel, mientras Caro y Suárez, vicepresidente de la república y secretario de Relaciones Exteriores, ocuparon el palco ubicado a la derecha del presidencial, donde se encontraba Núñez. María Antonia Borda Caro miró a su primo, que le hizo un gesto discreto de saludo a la distancia y sonrió levemente cuando sus ojos se cruzaron con los de Isabel, que bajó la mirada, pudorosa.

El acto comenzó con la obertura *Semiramide*, de Rossini, y luego vino el recital de poesía de Rafael Pombo. Isabel intentaba concentrarse en las palabras del poeta, pero se sentía observada desde el palco superior y no se atrevía a mirar hacia arriba. Después de una *Rapsodia húngara* de Liszt, aprovechando los aplausos, levantó un poco los ojos y vio que su primo el vicepresidente no le quitaba los ojos de encima, con una mirada que más parecía de halcón que de hombre.

En el intermedio, su hermano Joaquín salió del palco para buscar a su novia entre los corredores e Isabel y María Antonia se quedaron hablando sobre la interpretación de *La habanera* que habían hecho los alumnos de la Academia de Música. Estaban distraídas, por lo que se sobresaltaron apenas vieron la cara regordeta de Caro asomarse por la puerta del palco.

—No podía dejar de venir a saludarla, querida señora —le dijo Caro a María Antonia y le besó la mano.

—Señor vicepresidente, no había tenido el gusto de decirle así todavía —respondió María Antonia.

Caro rozó la mano enguantada de Isabel con un beso corto, y sin dejar de mirarla con la misma intensidad que antes, le dijo:

—Permítanme presentarles al secretario de Relaciones Exteriores.

De la penumbra salió un hombre de frente ancha y ojos muy juntos. María Antonia los invitó a tomar asiento y comenzó por preguntarle a Caro por su hermana y sus tías. Suárez se giró hacia Isabel.

—¿Cómo le ha parecido este festejo? —le preguntó.

—Muy variado. A mi madre le ha gustado *La habanera*, justo me lo decía —dijo Isabel, en un intento por incluir a los primos en la conversación.

—¿Y a usted?

—La poesía fue mi favorita —respondió la joven, ahora con la mirada suplicante hacia su madre.

—Don Marco Fidel tiene una buena amistad con el señor Rafael Pombo. Podríamos hacer una tertulia una noche en la que nos recite sus obras —intervino Caro.

—Nada me gustaría más que complacerla, así sea por una noche —dijo Suárez.

—Nos encantaría —se apresuró a decir María Antonia—. Ojalá no sea en otros cuatrocientos años.

Isabel, que se había puesto colorada con el evidente coqueteo de Suárez, sintió entonces que se le incendiaba la cara frente a la respuesta frentera de su madre.

Esa noche, antes de dormir, Joaquín entró en la habitación de Isabel. Siempre que tenían una fiesta, los hermanos se sentaban a hablar de lo que habían visto, intercambiaban impresiones, chismes y secretos. Siempre era Joaquín quien visitaba a su hermana mayor, ansioso por escuchar las opiniones y el punto de vista de una mujer que admiraba y adoraba en igual medida.

—Mientras tú estabas tomándole la mano a Paulina, a nosotros nos visitó Miguel Antonio.

—No me perdí de nada, entonces —dijo Joaquín.

—Estaba acompañado de un hombre muy extraño. Un tal Marco.

—¿Suárez?

—Ese.

—He oído decir que es un prodigio en la lengua.

—No habló mucho, pero fue muy claro —dijo Isabel, recordando la charla.

—¿Qué buscaba Caro?

—No lo sé; saludar, supongo —respondió Isabel, que se estremeció al pensar en la fijeza con que la miraba desde el palco superior—. ¿Cómo viste a tu enamorada?

—Está nerviosa por la inminencia de la boda —respondió Joaquín.

—Ah, pobre alma. Está nerviosa porque pronto va a tener que verte todos los días de su vida —se burló Isabel.

Joaquín, el menor de los Orrantia Borda, mi bisabuelo, se casó ese mismo año con Paulina. Ese año también María Antonia escribió en

secreto su decisión de entrar en el convento y además Isabel conoció al que sería su marido.

La siguiente vez que Isabel vio a Suárez fue unos meses más tarde, en casa de Margarita Caro, en una de las famosas tertulias que se hacían y a las que asistían los poetas y los escritores de la ciudad. Como lo había prometido, Miguel Antonio envió una invitación de su puño y letra, en la que le decía a María Antonia que Pombo estaría presente y también José Joaquín Casas, que había formado parte del repertorio del teatro Colón. Cuando su madre le dijo que irían a la tertulia, Isabel se sorprendió. Hacía un tiempo que María Antonia no mostraba ningún interés por lo mundano, y si fue al espectáculo del Colón fue porque sus hijos le suplicaron que los acompañara.

Esa noche, María Antonia se esmeró en el peinado de Isabel, en recoger los mechones rebeldes y tejer trenzas primorosas que le tensaban la cara y le dejaban al descubierto la belleza de sus ojos. Al traje azul cielo con encaje negro que usaría le puso un collar de perlas pequeñas que remataba con un broche de zafiro. Era una joya bonita pero discreta, más para una niña que para la mujer que ya era.

—No he sido una buena madre —dijo María Antonia cuando salían hacia la tertulia—. Uno de mis principales trabajos ha debido ser la búsqueda de un marido para ti, pero mis propios pensamientos me han tenido tan ensimismada que ya se casa tu hermano Joaquín y tú terminarás vistiendo santos si no nos damos prisa.

—¿Esta noche tiene entonces el objetivo de encontrarme un hombre?

—No. El hombre ya está. Ahora necesitamos que se fijen el uno en el otro.

Isabel se llevó las manos a la boca en un gesto más teatral que serio.

—Compórtate, Isabel. Los hombres son como los conejos, que se asustan y huyen con cualquier cosa que emita luz.

—Las luces los paralizan, no los alejan, madre.

—Pues lo necesitamos paralizado.

—¿Y quién es el pobre conejo que se debe casar conmigo?

—Marco Fidel Suárez, hijita querida.

Isabel comprendió entonces la mirada de Caro en el teatro, el interés de su madre en la tertulia y el futuro que tenía al frente, y entonces

fue ella quien se paralizó.

Entraron a la casa de la prima Margarita y, mientras dejaban su abrigo en la puerta, Isabel alcanzó a vislumbrar en la esquina del salón a Suárez, rodeado de un puñado de gente. Reían con sus historias, pero ella no escuchaba qué era lo que decía. Le pareció tal vez más imponente que el día del teatro, ciertamente más guapo, a pesar de que estaba quedándose calvo y a ella no le gustaban los calvos. Al verla, Marco se desprendió del grupo, que se deshizo sin su presencia, y fue a su encuentro.

—Esto es por usted, como ha sido todo desde que la conocí.

—Dios mío, señor secretario, no creo merecer semejante interés —respondió ella, consciente del temblor en las piernas.

—¿Merecer? Todo. Aceptarlo sería su única inquietud.

Durante toda la noche, Suárez fue el centro de atención. Discutía, opinaba, pero también escuchaba y hacía gala de un humor ácido que desconcertaba y divertía en la misma medida. Estuvo ocupado siempre, rodeado de gente, y cuando comenzó el recital de poesía, él y Pombo declamaron versos de todo tipo, tanto graciosos y de doble sentido como poemas de amor. De vez en cuando, Suárez miraba a Isabel y ella se sonrojaba, pero no tuvieron tiempo de volver a hablar sino hasta el final, cuando ella se acercó a despedirse.

—Me ha gustado mucho escuchar de su boca a Andrés Bello. Ya me decían que usted era un experto, señor secretario.

—Apenas un aprendiz.

—¿Siempre es así de modesto? Supe también que su ciudad natal se llama Bello, por usted.

—Desafortunadamente, no por mí; ya quisiera yo ser bello —dijo, señalándose.

—O, en su defecto, ser Andrés Bello —respondió ella.

Ambos rieron y Suárez le dijo:

—Usted es la mujer perfecta. Cásese conmigo, por favor.

—Apenas lo conozco, señor.

—Eso lo podemos arreglar, si me permite que la visite una de estas tardes.

—¿Bastará con una tarde?

—Soy un hombre sencillo… pero si no la satisface, iré todas las

tardes que sea necesario.

—Se necesitarán muchas —dijo Isabel, y salió de la casa, impresionada por su desparpajo.

Isabel, decían todos, era una mujer simpática y profunda, también rápida en sus respuestas y cáustica en sus comentarios, pero propensa a sufrir profundas depresiones. En ese humor ácido y esas tristezas reconozco una característica de familia. Llamo a Teresa para saludarla, y aprovecho para preguntarle por esto.

—Los hombres de la familia son depresivos y las mujeres somos melancólicas —me dice.

—Pero ¿Isabel era bipolar?

—Quién sabe... Lo que sí es claro es que era muy nerviosa, sufría mucho la pobre —responde Teresa—. Creo que murió de eso, murió de tristeza.

Saco las dos fotografías que tengo de Isabel. Quiero buscar en sus ojos el sufrimiento, pero solo encuentro la melancolía. En la primera aparece sentada sobre una mesa. No puede tener más de cinco o seis años. Está vestida con un voluminoso traje blanco, tiene una cinta en la cabeza y los pies cruzados le cuelgan desde la altura de la mesita. Una mano en el regazo y la otra en el hombro de su hermanito Joaquín, que lleva una especie de falda a cuadros y una chaquetilla compañera. Ambos están serios, probablemente porque antes las fotografías eran una ocasión solemne y no se tomaban para que vieran lo felices que eran sino para dejar una constancia de su presencia en el mundo. No miran a la cámara sino a un punto a la derecha, tal vez donde está su madre. Isabel tiene los ojos encapotados, oscuros detrás de unas cejas pobladas, la mirada torva. En la segunda foto solo se le ve el rostro; probablemente, la tomaron en la época en la que estaba recién casada. Conserva la misma mirada oscura, inquietante, de su infancia. Sonríe, o eso parece, con los labios apretados. Tiene algo árabe y secreto en su cara inescrutable, y el traje negro de cuello alto, que se alcanza a asomar en la imagen, le endurece las facciones.

Después de mirar la fotografía durante lo que me parece una eternidad, los rasgos se desdibujan. No quiero escribir, sino quedarme

con su imagen un tiempo, digerirla, así que salgo a caminar con Piro. Deambulo durante horas en las calles vacías de la ciudad. El invierno es peor en enero y febrero, cuando no hay Navidad para distraernos del frío y la tierra está cansada de estar yerma. Cuando regreso ha caído el sol y Mario me está esperando.

—Tenemos vacunas —me dice.

Las jornadas de vacunación ya comenzaron en Europa y, como me temía, la gente se agolpa frente a los centros de salud en busca de ese santo grial que los protegerá de la muerte. Mario, por su trabajo, debe vacunarse, por lo que la Cancillería italiana le ofrece —solo a él— la primera dosis.

—No saco nada vacunándome si la persona con quien vivo está desprotegida —les dice, así que acceden a extender otra dosis para mí. Pienso en el escritor napolitano y me siento tan avergonzada de haberle quitado el turno de vacuna a un italiano, que inicialmente me niego. No soy italiana, ni vieja, ni merecedora de un turno, y por lo tanto me siento indigna. Me frustra pensar que, como en Colombia, se manejan palancas y favores para lograr objetivos. Mario me tranquiliza al decirme que el gobierno tiene unas dosis que compró para distribuir como le dé la gana y que no interfieren en el proceso normal de vacunación de la población. Le creo, porque quiero creerle, y accedo a ir.

Nos citan en una base militar que montaron en un descampado. Se han puesto carpas blancas y camufladas y son los soldados los que se encargan de revisar las citas de quienes entran y de verificar los datos personales en las colas que se arman bajo un techo de lona. La espera dura varias horas y luego de la inyección nos devolvemos a la casa a esperar los coletazos que todos nos han advertido que sentiremos. Aparte de un dolor en el brazo, no me pasa nada, pero uso la excusa de la incapacidad para meterme bajo las cobijas, en la misma habitación en la que Mario habla sin parar, también a salvo de los efectos secundarios del pinchazo. La conversación gira en torno a los acuerdos de investigación con varias universidades; alguien menciona la Universidad de Lovaina y otro la Nacional de Colombia, y antes de quedarme dormida recuerdo las mañanas en las que llegaba a dar clases al campus de esta última. A veces se escuchaban las notas de la

Orquesta Filarmónica que ensayaba con sus instrumentos, o se oía la música festiva de los saltimbanquis que practicaban malabares para ganar un dinero en los semáforos. Olía al rocío de la mañana, a pasto recién cortado, a café. Era feliz rodeada de estudiantes, hablando de sus libros, de sus dudas, de sus aciertos. Salía llena de energía, siempre sonriendo, la mayoría de las veces preguntándome en qué momento me había ganado el privilegio de enseñar un oficio que yo misma todavía no aprendo.

Me despierta Vicente en el teléfono.

—Encontré un apartamento —anuncia—. Está detrás de la cárcel de la Santé, es un sitio bonito y tiene una terraza… Bueno, un balcón.

Me dice que la casera es una mujer mayor, cuyo hijo alguna vez fue a Colombia. Por eso eligió a Vicente entre todos los candidatos, porque el hijo estaba enamorado del país. Por eso negoció con él directamente y entonces Vicente podrá tener apartamento nuevo a finales de la primavera.

—¿No lo debemos ver nosotros? —le pregunto.

—Confíen en mí.

No tengo más opción que cerrar los ojos, respirar profundo y decir que sí. Crecer significa soltar, eso me lo dijo una amiga. Mi suegro me dijo que envejecer significa renunciar y creo que viene siendo lo mismo. He renunciado ya a enseñar en la universidad. Renuncio también a ver el apartamento de mi hijo, renuncio a mi prerrogativa de madre, a mi deseo loco de seguir controlando sus decisiones a la distancia, y en cambio me acojo a la nueva realidad. Es su casa, no la mía. Es su vida, no la mía. La mía debo inventarla, porque me parece que todos han seguido su camino, menos yo.

En la noche interrumpo la concentración de Mario en el celular para contarle lo del apartamento nuevo de Vicente.

—Habrá que ir a verlo —dice, sin apenas inmutarse.

Por lo menos es un viaje a París, me digo, y empaco una biografía de Suárez y un cuaderno de notas. No quiero dejar a Isabel y la invito, o invito a su fantasma, a que viaje conmigo.

Nos sentamos al final de la tarde con una señora muy anciana y su nieta en el apartamento que quiere Vicente. Hace frío, aunque ya empezó a entrar la primavera. El lugar está lleno de luz, pero la

decoración es desastrosa. Mientras la dueña del lugar escribe un contrato a mano, con una letra enrevesada como de escolar, yo salgo al balcón, que es diminuto. Hay un jardín interior y árboles enormes donde viven los cuervos y las palomas. Veo un gato escondido entre los matorrales y escucho a través de las construcciones los gritos de los presos. Parece que hacen una fiesta, porque también se oye música electrónica. A nadie más le afecta el ruido, nadie más se entristece por esos muros enormes que esconden vidas. Volteo la mirada y la nieta está ahora haciendo anotaciones al contrato. Mario y Vicente hablan con ellas en francés, un idioma del que entiendo poco o nada y que me suena como un gorgoteo de agua turbia. Llegan a un acuerdo, firman todos y nos damos la mano. El apretón de la vieja es firme. Tiene fuerza, a pesar de su edad.

Apenas salen, Vicente me dice que una vez que le entreguen el apartamento hay que quitar todo. Los cuadros de la cebra y el león que decoran la sala y que parecen recortados de una revista de naturaleza. La manta azul motosa que cubre el sofá. Los velos de las ventanas, grises de tanto polvo. Los cojines de flores rojas de la cama. Todavía tenemos que esperar a que pinten, a que instalen una segunda cama, a que arreglen unas tuberías y a que se lleven una cómoda enorme y desvencijada que la vieja dejó arrumada en un pasillo.

—¿Te gusta? —pregunta, finalmente.

Asiento. Me gusta mucho. Me gustan la luz, el pequeño balcón, la sensación de austeridad. Me gustan el silencio y la lejanía con lo real. Me imagino trabajando desde ese comedor sencillo, y veo este lugar, que ni siquiera es mío, como un refugio.

—Dejemos las llaves con la casera y vamos a comer, que tengo hambre —dice Mario.

—Hay otra cosa —dice Vicente, que ha estado esperando el momento—. Conocí a alguien, y quiero ir a Colombia en el verano a encontrarme con ella y, si vemos que funciona, venir a París a vivir juntos.

La cena transcurre casi en silencio. Mario ocupado en probar un vino y Vicente y yo evadiendo el tema de la chica, pero ambos pensando en ello. Después, en el hotel, no puedo dormir y camino por la habitación como un león enjaulado. Afuera se escuchan perros que

ladran y un camión que lava las calles. Mario duerme apoyado en dos almohadas, con una calma envidiable. ¿Qué significa una frase como «si vemos que funciona»? No se me ocurre otra cosa que el sexo. Vicente nos contó que en realidad él y esta chica se conocen desde hace mucho tiempo, pero que solo se encontraron en la virtualidad, cuando ambos pasaban la pandemia encerrados en sus respectivos hogares. Nos dice que está agradecido porque su compañía le alegró la vida en los momentos más difíciles de la soledad. No es tan diferente, aunque creamos que sí, el amor. De repente recuerdo que, frente a la pequeña terraza de mi apartamento en Roma, sobre el muro lateral de una iglesia, se puede ver un grafiti que dice: «Giuseppe Oradini MDCCXIII» y tiene un corazón atravesado por una flecha. Un amigo siempre decía que el amor es eterno mientras dura, y todos hemos sentido eso mismo. Que nuestro amor es único, que es digno de escribirse, de cantarse, de narrarse en una carta o plasmarse en un grafiti. Los métodos, las comunicaciones, todo eso ha cambiado, pero la esencia sigue siendo la misma. Esta mujer lo debe esperar en Colombia con una ansiedad similar a la que la novia de Oradini sintió cuando vio aquel corazón, o con la que Isabel esperaba a que Suárez le propusiera matrimonio. Ya no se casan, ya se van a vivir juntos, pero esa unión la bendice la vida, que es más hermosa que Dios. O más real.

Mientras tanto, mientras Vicente y su novia sueñan el uno con el otro a miles de kilómetros de distancia, yo pienso que acabo de adquirir un nuevo título. Ya no soy solo hija, esposa y madre, sino que también soy suegra. Acabo de iniciarme en la relación más compleja de la naturaleza, sin siquiera conocer a mi contraparte. Antes de dormir, cuando le dije a Mario que me parece precipitado, él me respondió con una sonrisa de sorna:

—¿Te da miedo que tu hijo te cambie por otra mujer?

—No es eso, no creo. Me parece que se está precipitando, está cometiendo un error.

—Pero es su error. Él es un adulto y solo equivocándose aprende.

—Pero ¿no estamos nosotros para cuidarlo y evitar que se equivoque?

—Estamos para sostenerlo si se cae, no para evitarle las caídas.

Tal vez lo que siento, después de todo, son celos. Vicente fue el

centro de mi atención desde que nació. Todo lo demás dejaba de ser relevante frente al milagro cotidiano de su existencia y siempre pensé que él me necesitaba, pero hoy me enfrento a la realidad opuesta. Soy yo quien lo necesita a él. Para llenar los silencios de mi matrimonio, para sentirme útil, para tener a quién consentir y querer y cuidar. Pero no siento celos, es algo más complejo que eso. Como una bofetada, me reventaron en la cara la soledad, la vejez, la falta de propósito. Y como siempre que pienso en mí, como se me ha vuelto costumbre ya, pienso en ellas. En esas mujeres que se han vuelto mis compañeras y mis interlocutoras. Las que me secan las lágrimas en la madrugada fría en las que todo llora, hasta las ventanas. Me dicen que tal vez el propósito soy yo misma.

Ese mismo día, mientras empaco para devolverme a Roma, me llama Jennifer. Como si estas mujeres quisieran paliar mi tristeza, o como si existieran los milagros, me dice que tiene noticias. Mantuvo aquella cita, la que le dije que cancelara, y encontró una mina de oro. Así me dice. «Una mina de oro». Cientos de cartas, casi todas de María Antonia, pero también de Suárez y de sus hijos. «Voy a archivarlas en carpetas y te las paso», concluye, con una emoción de coautora que me contagia.

Apenas regreso a Roma me lanzo sobre el computador, ávida de verlas, de palparlas por fin. En las carpetas hay cientos de cosas: cartas, documentos, invitaciones, recortes de periódicos, apartes de libros. Como Isabel es quien me atormenta por estos días, abro una carpeta que se llama «Isabel y MFS». En total son unas diez cartas, casi todas fechadas un par de meses antes de la boda. Por ellas aprendo que se comprometieron cinco meses antes de casarse y casi tres años después de conocerse en el teatro, y que, como predijo la esquiva Isabel, se necesitaron muchas tardes de visitas de sala y muchos galanteos antes de poner una fecha. Marco Fidel tenía más prisa que su novia, no solo porque era mayor sino porque necesitaba una mujer para darles dignidad a los cargos que debía ocupar en el futuro, mientras que Isabel quería tomarse su tiempo para pensar las cosas, porque a pesar de que el enamorado era un hombre bueno, la

situación no era ideal.

—La única condición que te pido —le dijo en la noche en que le propuso matrimonio— es que aceptes que vivan con nosotros mi madre y mi hermana.

Isabel no supo qué responder. Si bien quería a Rosalía y a Soledad, el hecho de tener que compartir el techo de recién casada con su suegra y su cuñada le parecía una mala señal. Todavía recordaba el sufrimiento de María Antonia en la casa paterna, y lo difícil que podía ser para ella imponer sus gustos y sus costumbres en un hogar que no sería del todo suyo.

Marco le dio un tiempo para pensarlo y dos días después, María Antonia se sentó con Isabel y le preguntó qué decisión iba a tomar.

—Creo que es un hombre bueno y ellas son discretas —le dijo Isabel —. Pero temo que no es la forma de empezar una vida matrimonial.

—Piénsalo, porque por otro lado pueden ayudarte con los hijos que vayas a tener, pueden guiarte para satisfacer los gustos de tu marido y, sobre todo, porque es un comportamiento cristiano el recibirlas en tu casa —le dijo María Antonia, en parte por convencimiento y en parte porque ella misma quería tener la libertad de tomar los hábitos, como se había prometido. Finalmente, Isabel aceptó y la boda se fijó para dentro de cinco meses, y Suárez, como lo muestra la correspondencia que inició con su enamorada, no cabía en sí de la dicha.

Comienzo a leer las cartas en desorden, y en una de ellas, fechada el 8 de julio de 1895, Marco Fidel le dice que ella le ha prometido varias veces escribirle y nunca lo ha hecho. Solo ahí me doy cuenta de que he estado leyendo solo las palabras de él. ¿Qué pasó con las respuestas? ¿Pararían en la basura? ¿Se perdieron con los años? ¿No escribía ella acaso? Busco entonces entre toda la correspondencia y encuentro una sola carta de la novia, escrita dos días después de la queja que le hace su enamorado. Su letra es hermosa, larga y grande, aunque tiene una ortografía terrible, fruto tal vez de la falta de práctica o la carencia de lecturas. Mientras él la llama Isabel mía o Belisa, o Paloma, o Amada, ella le dice solo Marco Fidel.

La carta, que es muy corta, dice así con sus errores y todo: «Para darte una prueva del deseo que tengo de complacerte me resuelvo hoy a escribirte. Tu sabes que nunca lo he hecho para nadie, así es presiso

que disimules todo. Después me enseñarás a hacerlo también como tú. Con el mayor gusto cumplí anoche tu recomendación de pedirle a la Santísima Virgen por ti y también por mi para que me de todas las gracias que nesecito para hacerte feliz que es el mayor deseo de tu Isabel».

La imagino esforzándose en la caligrafía, preocupada por la opinión de su novio, el erudito, el filósofo, el genio. Dice ella que nunca ha escrito una carta y le pide que excuse sus errores y que algún día aprenderá de él. Tal vez se sentía menos inteligente, o menos culta, o no le gustaba escribir. Veo por primera vez una diferencia abismal entre la madre y la hija, porque María Antonia era una mujer muy instruida, lectora y hábil con la pluma. Aun sin haberla leído, sé que su correspondencia con Suárez fue nutrida, mientras que esta de la Isabel enamorada fue raquítica. No sé qué le contestó Suárez, porque esa respuesta se perdió, pero con seguridad, como otras veces, se debió quejar de su laconismo, como en aquella carta en la que le reclama: «…tú me has dado una esquela tan pequeña y estirada como si fuera de un militar, y tan fría que no la escribieras igual al celebérrimo confesor a quien tanto afamas».

Como falta la voz de Isabel, hago el ejercicio inverso y me dedico a buscarla en lo que dice Suárez de ella. Era tal el enamoramiento que este hombre le escribía todas las mañanas y la visitaba casi todos los días en las tardes, o incluso en las noches, a eso de las siete. Constato que ambos hacían bromas con la preparación de su boda, y que el humor era parte importante de la relación. «Hoy he andado de ceca en meca preparando las cosas de una mujer con quien me voy a casar el 15 de agosto —escribe Suárez—. ¿La conoces? Tiene ojos muy feos, su risa es horrenda, así como sus manos y su genio. Yo no sé por qué la escogí para compañera; no la puedo querer, y estoy muy arrepentido de haber hallado a semejante persona, cuyo nombre es tan feo como ella misma. Aconséjame qué hago en este trance, Belisa amada, aconséjame, pero pronto. ¿Tú con quién te casas? Me han dicho que estás comprometida. Yo deseo que me digas si quieres de veras, lo que dudo mucho, al que va a ser tu esposo…».

También aprendo otras cosas. Isabel, la reina mora, la de los ojos negros y la mirada turbia, es una niña consentida, incluso malcriada.

Sus noches son largas, de por lo menos ocho horas, entre almohadones de plumas y sueños tranquilos. Nunca ha sufrido, porque a pesar de no haber conocido a su padre, le ha sobrado amor de familia y dinero para vivir con holgura. Aprendo también que cecea al hablar, tal vez más por el frenillo que por el consentimiento, pero Marco Fidel se enternece con esto y le escribe: «Si fuera verdad lo que me dices, con tu ceceo que me encanta; si fuera cierta la copla que sueles repetirme: "Te quiero como miz ojoz, máz que miz ojoz te quiero"…». La escucho, casi la puedo ver hablando, tomando la mano del hombre, diciéndole esas palabras, provocándole esa ternura.

Un día, en una de las cartas, Suárez le escribe: «Cuando yo sea tu dueño seré dichoso; pero me da miedo, porque no habiendo en la vida felicidad completa, me parece que el porvenir me reserva mucho de amargura como compensación a las delicias que tus ojos atesoran». Ese día, Isabel lo esperaba en casa, bajo las nubes de tormenta que presagiaba la misiva. El novio se apareció esa noche con un ramo de rosas e ilusiones, esas pequeñas flores blancas que simbolizan lo eterno del amor, pero Isabel no estaba para romances.

—No quiero ver a nadie —mandó decirle, encerrada en su alcoba.

La criada apareció en el salón con el recado, pero Suárez ya lo había escuchado.

—Dígale que yo no soy nadie. Por lo tanto, le pido que aparezca —gritó Suárez, en parte para hacerla reír, porque sabía que lo estaría oyendo a través de la puerta.

Isabel apareció con el pelo desordenado y los ojos enrojecidos de furia. Tomó el ramo aun sin saludar a Marco y arrancó, una a una, las flores blancas que lo acompañaban.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué hiciste eso? —preguntó Suárez desconcertado.

Isabel se sentó a su lado, con la mirada perdida y aferrada a las rosas, envueltas en un cono de papel de estraza. Suárez intentaba hablarle, preguntarle qué ocurría, tomarla de la mano, pero ella rehuía su tacto y se concentraba en un punto fijo en la esquina entre la lámpara y la mesa auxiliar.

—Me duele la garganta —dijo al fin—. Creo que es mejor que te vayas, no queremos que enferme el político.

Suárez, que no era un hombre acostumbrado a rogar, se puso de pie.

—Mándame llamar cuando quieras verme —dijo, y salió dando un portazo.

Al día siguiente, Isabel le envió un recado con la criada, en el que le decía que debían hablar. «¿Por qué deshojaste anoche las ilusiones del ramo? —le escribió Suárez, desconcertado—. ¿Qué fue lo que pudo impacientarte hasta ese extremo? La explicación que me diste fue muy poco satisfactoria, y todavía no puedo descifrar aquel enigma de tu ira y del aire melancólico que tomaste».

Lo que ocurrió ese día, y que para Marco Fidel Suárez no tiene explicación, me resulta claro. Isabel había comenzado a deslizarse por aquel delirante y tenebroso pasaje de la depresión.

Pocos días después de la pelea por el ramo de flores, Isabel, que ya era de nuevo la misma, se visitó de blanco para su boda. María Antonia fue quien la peinó y aseguró con ganchos su velo bordado de diminutas flores blancas. Con el pétalo de una rosa le pintó los labios y, antes de darle la bendición, la llevó a su alcoba y abrió los baúles con el juego de té.

—Este es el regalo de tu abuela —le dijo—. Desde el cielo te ve y te bendice.

Isabel, que nunca lo había visto, se quedó pasmada ante la blancura de las tazas y lo profundo del azul.

—¿Puedo? —le pidió a su madre antes de tomar la tetera.

—Es tuyo.

—Dolores Caro de Borda, dice, ¿verdad? ¿Esas son las iniciales?

La madre asintió.

—Ella nunca pudo usarlo y yo tampoco tuve la oportunidad. Lo he guardado todos estos años para ti, para que lo utilices en nuestro nombre.

—¿Por qué no lo ha usado usted, madre? Debería usarlo y luego, cuando vaya a reunirse con mi abuela, me encargo yo de cuidarlo. ¿No se hace así con una reliquia familiar?

—Porque esas cosas materiales ya no tienen sentido para mí. Eres tú, que estás joven, quien debe gozarlo. En una tertulia con tu marido, en una reunión con tus amigas. Como símbolo de alegría y señal de que tu familia te precede y te acompaña.

Isabel devolvió la tetera a su puesto y le dijo que pronto mandaría por él, para estrenarlo cuando tuviera una ocasión. Con esas palabras, la madre bendijo a su hija y salieron rumbo a la casa donde se llevaría a cabo la ceremonia.

Vuelvo a la invitación del bebé entre almohadones. «Se espera el favor de una respuesta», dice. Es probable que nadie quisiera perderse el matrimonio entre una mujer de la alta sociedad bogotana y un político famoso. Hoy nadie querría perdérselo, aunque al final más de un invitado debió quedar anonadado por la sencillez casi monacal de la ceremonia. En un libro sobre la vida de Suárez, se afirma que María Antonia los llevó como regalo a dar un paseo en coche luego de casados y mostrar su felicidad en las calles estrechas y empinadas de la ciudad.

Es claro, viéndolo hacia atrás, que María Antonia ya no estaba en este mundo y que cada uno de sus actos era una muestra de desprendimiento de lo terrenal. La boda sencilla, la invitación que más parece a un bautizo que a un matrimonio, el regalo del paseo en coche, todos esos eran actos que parecen erráticos, poco acordes con el rango y el dinero de la familia, pero coherentes con quien no quiere contacto con esa riqueza. Isabel no se cuestionó en ningún momento la austeridad, porque estaba tan contenta, tan concentrada en la ceremonia religiosa, en los ojos tiernos de su nuevo marido, que no le pareció relevante nada más. Para ella fue incluso un lujo innecesario la recepción que Miguel Antonio Caro insistió en que tenían que ofrecer los novios, y en la que él mismo se encargó de llevar la champaña francesa.

Isabel se sentía como si viera todo detrás de un cristal. Ajena a lo que ocurría a su alrededor, y a la vez protagonista de la fiesta, se esforzaba por guardar los recuerdos en su mente, pero las escenas se sucedían tan rápido que apenas tenía tiempo de digerirlas. Los brindis por la felicidad de la pareja, las risas de los invitados, la dignidad de las mujeres mayores que, como su madre o Rosalía, se sentaban a un lado del salón para que fueran los jóvenes los que bailaran un vals.

Tomó un sorbo de champaña por primera vez en toda su vida, porque antes no le estaba permitido beber y jamás le llamó la atención. Sintió las burbujas hacerle cosquillas en la boca, debajo de la

lengua, y tuvo que tragarla rápido para no escupir ese sabor amargo que le inundó las papilas. Probó también por primera vez carne de perdiz, y ante la mirada inquisitiva del que era su marido dijo que le había gustado, pero lo cierto es que le supo a carne de gallina vieja, dura y almizclada. No tuvo hambre ni sed ni sintió cansancio durante las horas que duró la reunión, pero se esforzó por comer alubias y beber agua y sentarse a veces, más obligada por su madre, que insistía en que estuviera sana para la noche de bodas.

Después de comer, Caro dijo unas palabras elogiosas sobre la nueva pareja, enfatizando el rol de Isabel en la futura escena política del país, y María Antonia les pidió a los invitados que oraran a diario por los recién casados, para que sortearan con entereza los obstáculos que encontrarían en el camino.

—Parece que fuéramos al matadero y no a formar una familia —le dijo Isabel a Suárez, cuando todavía estaban aplaudiendo los discursos.

—Eso es la política: un matadero, Belisa.

—Pero entonces, ¿cómo nos salvamos?

—Tú ya me salvaste —respondió Suárez.

Isabel alcanzó a preguntarse «¿quién me salvará entonces a mí?», pero no tuvo tiempo de decírselo a su marido porque en ese momento Caro anunció que había una sorpresa para la pareja. Rafael Pombo recitaría los versos de su poema «Plagio celeste», compuesto para el matrimonio de Marco Fidel e Isabel.

—¿Unos versos para mí? —dijo Isabel, olvidándose de la angustia que había sentido hacía tan poco tiempo. No podía creer que fuera el objeto de la poesía del famoso Pombo, y mucho menos que le recitara a ella frente a su familia y amigos.

Así no hay quien epitalamio cante
Al desde hoy feliz Marco Fidel
Sin advertir que tiene por delante
A Dios que le buscó por consonante
A la dulce Isabel.

Comenzó Pombo.

Todos aplaudieron y rieron, y la novia se dio cuenta de que apenas podía respirar de felicidad. Años después habría de olvidar el

contenido del poema y aquel papel en el que estaba escrito se había perdido en el tumulto de carpetas que se acumularon en su casa, pero en ese momento, mientras él recitaba los versos en que los elogiaba, Isabel estaba segura de que no había nadie más feliz sobre el planeta que ella.

Casi al final de la fiesta, cuando se habían ido ya algunos invitados y los novios se disponían a marcharse para dormir la primera noche en su cama de casados, una criada de la casa se acercó a Isabel y le preguntó por su esposo. Ella, confundida entre el tumulto de mujeres y conversaciones, señaló hacia el grupo de hombres que lo rodeaban y vio que la criada le dijo algo que lo obligó a alejarse y seguirla hasta la puerta principal de la casa. Isabel quiso ir detrás de él, pero la detuvo una de sus tías para hablarle sobre la hermosura de su traje de novia. Cuando logró zafarse, Marco ya regresaba. Tenía la cara pálida y la frente sudorosa.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Suárez la miró, pero parecía no verla. Tenía los ojos vidriosos, lejanos, turbios.

—Marco, ¿qué pasa?

—Nada, Belisa mía, qué va a pasar —respondió él, finalmente volviendo en sí—. Cosas del trabajo, nada de qué preocuparse. Hoy seremos felices y mañana volveremos a la realidad.

Isabel sonrió y se dejó besar en la mejilla, pero su intuición le decía que había algo más, una preocupación profunda que le arrancaba a Suárez la tranquilidad y el aplomo de siempre. Se escabulló de la fiesta y fue a buscar a la criada.

—¿Quién necesitaba a mi marido?

—N n no lo sé, mi ama —balbuceó la mujer.

—¿Quién estaba en la puerta? ¿Quién preguntó por él?

—No la conozco, mi ama. Una mujer.

—¿Qué quería?

—Hablar con el amo, pero no me dijo la razón. Me dio su apellido, dijo que era la señorita Rocha, y que el amo sabría quién era.

Esa noche, los novios durmieron por primera vez en su casa, muy cerca de donde se había llevado a cabo la fiesta, en la calle 15, conocida como el camellón de los Carneros. Suárez la había comprado

con la esperanza de que su nueva esposa la embelleciera, y por ahora era un cascarón con un patio central decorado con helechos moribundos y vasijas de barro resquebrajadas. Lo único lujoso que había eran dos camas gemelas de madera de cedro francés barnizada y un armario que hacía juego en la habitación principal, al otro lado de la entrada.

En esa habitación entraron ya de noche, Isabel todavía vestida con el traje blanco abotonado hasta el cuello y Marco Fidel aún con el frac, que comenzó a quitarse no bien cerró la puerta. Se sentaron en la cama con la timidez de los enamorados y el recién casado le quitó el velo a la novia, que comenzó a zafarse los ganchos que sostenían el peinado.

—¿Quién era la mujer que fue a buscarte, Marco? —preguntó Isabel. Después de la información de la criada se había convencido de que era alguien que lo buscaba para pedirle trabajo, y que él se había molestado porque había que tener mucho descaro para llegar a incomodarlo el mismo día de su boda. Aun así, trajo a colación el incidente porque no sabía de qué más hablar, y le tenía terror a esa noche, en la que no sabía qué esperar.

—Nadie… no era nadie —respondió Suárez, incómodo—. Una mujer que quería un favor, eso es todo.

—¿Le concediste el favor?

—En la medida de mis posibilidades, pero no puedo hacer lo que ella pretende de mí.

—Pero ¿qué pretende?

—Isabel, creo que es mejor que dejemos el asunto así. Prométeme que no vas a pensar más en eso y que este incidente no va a opacar la boda.

Isabel supo que no debía insistir, pero quedó más inquieta con la respuesta de Marco de lo que había estado antes. Asintió, guardó silencio y se dejó desabrochar el vestido de quien ahora era su esposo.

Nunca supo Isabel que aquella mujer que se había presentado el día de la boda traía envuelto en un pañolón a un bebé recién nacido. No supo tampoco que esa chica no había ido a pedir trabajo, sino a increpar a Suárez, a decirle que tenía que responder por ese hijo, que temblaba de frío en el atardecer bogotano.

Teresa me había dicho que se rumoraba que Suárez era coqueto, incluso un sinvergüenza. Se esperaba que las mujeres de la clase alta llegaran vírgenes al matrimonio, pero los hombres no. Esta absurda contradicción se explicaba con una razón de retorcida biología: ellos tenían instintos y urgencias que debían satisfacer. Ellas, por el contrario, eran seres angelicales que no podían sentir ni siquiera deseo. Sus cuerpos eran envases donde se gestaba la descendencia, y debían ser puros como las almas, estrenados en el amor solo luego de haberse casado, por supuesto, por la Iglesia. ¿Qué quedaba por hacer, entonces? Satisfacer los deseos con otras. Por eso, muchos jóvenes se iniciaban sexualmente con sus criadas, como la misma Rosalía, también muchas veces sin que ellas quisieran. Las mujeres pobres, hasta entrado el siglo XX, estaban para satisfacer todos los instintos de los hombres, desde la preparación de la comida hasta el sexo, pasando por la ropa planchada y la limpieza de la casa.

—Ese vestido blanco que te vas a poner el día de la boda tiene que significar algo —me dijo mi mamá pocos meses antes de casarme.

Era una conversación recurrente, algo que con seguridad la atormentaba. Preguntarse si yo llegaba virgen a mi matrimonio parecía ser importante en su mundo, en su época. Llegó a obsesionarse tanto que le pidió a un ginecólogo sin escrúpulos que tuviera una consulta conmigo para que violara la confidencialidad de su paciente y le contara toda la verdad. El ginecólogo era torpe y yo no era tonta, y terminé azotando la puerta del consultorio y dejándolos a ambos con la insaciable curiosidad por mi vida sexual.

No sé por qué me entristece recordar esto. Tal vez porque la palabra «puta» se usó en mi casa con demasiada frecuencia y una enorme ligereza. Puta era toda aquella mujer que se maquillara, que ejerciera su sexualidad con determinación, que tuviera una pareja, que coqueteara, que no necesitara la religión para bendecir su cama. Para mis hermanos yo era eso, una puta. Y lo repitieron tanto que mi mamá terminó por decírmelo un día cuando regresábamos del mercado. No recuerdo el contexto de la discusión, pero me acuerdo del dolor que sentí y el desconcierto y la rabia de que fuera precisamente mi mamá quien me tratara así.

La primera vez que escuché la historia del hijo natural de Suárez me pareció delirante. Él mismo un hijo natural, él mismo viviendo bajo la ignominia de ese nombre, un inri de vergüenza y el origen de sus complejos, no podía repetir en otros su propia realidad. Y, sin embargo, ahí estaba. Un bebé que nacía pocos días antes de su matrimonio, fruto acaso de una relación o un escarceo paralelo al noviazgo con Isabel.

A pesar de las habladurías de una ciudad pequeña y provinciana como Bogotá, este secreto fue bien guardado y nunca se enteró ningún miembro de la familia. A la misma Teresa le sorprendió saberlo tanto tiempo después, porque ni el fantasma de Suárez se había atrevido a confesárselo. Le pregunto si lo sabía en un mensaje dolido, pues nunca fui partícipe de semejante revelación. «Lo sé», me responde Teresa. «Cuando vengas te lo cuento todo».

Planeo entonces un viaje a Colombia para el comienzo del verano. Quiero ver a Teresa, preguntarle por ese hijo perdido, pero sobre todo quiero conocer a mi nuera. Acompañar a Vicente en su decisión, cualquiera que esta sea, porque siento que tal vez Mario tiene razón. No se trata de prevenir que los hijos cometan errores, sino de estar a su lado cuando esto ocurra.

Esta vez compramos los tiquetes sin tanto miedo, confiados, con la segunda dosis recién puesta. Vicente no ha conseguido en París su vacuna porque no está inscrito en ningún sistema de salud. Si hubiera estado en Roma ya habría pasado por la carpa militar con nosotros, pero allá no sabe cómo moverse y, con los casos de covid disparados en Colombia, temo que se contagie. Por un amigo, Vicente descubre que hay un centro que puede ayudar. Como la gente en Francia no se quiere vacunar, al final de cada día sobran varias dosis que se administran a quienes sí creen en la inmunización. La enfermera es reticente al comienzo, pero apenas sabe que mi hijo viajará a Colombia, pierde toda prevención y le pone la vacuna.

—Allá te vas a enfermar y por lo menos la primera dosis puede protegerte —le dice.

—Pero me voy a cuidar igual.

—Si no es de covid, te enfermarás de otra cosa —responde.

Cuando Vicente me cuenta esto, recuerdo que ya una vez los franceses le salvaron la vida. Tendría unos nueve años y acabábamos de llegar de Caño Cristales, a donde fuimos él y yo con su mejor amigo y los padres del chico. Mario no quiso ir, o no pudo, porque estaba trabajando. Nos quedamos en un hotel improvisado en una casa campesina, un puñado de habitaciones alrededor de un patio donde se deslizaban perezosos unos caracoles tan grandes como un puño. La habitación de cada uno consistía en una cama sencilla, pegada contra la pared y, en la esquina opuesta, un televisor que colgaba del techo con un brazo metálico. Había un baño pequeño y un ventilador de piso que usé para secar la ropa, emparamada por las tormentas tropicales. Vicente y su amigo se movían como cabras por las piedras y los alrededores del pueblo. Mientras yo tomaba cerveza en el billar de la esquina, un niño vino a avisarme que los chicos estaban jugando con una serpiente en una calle que se había comido la manigua. Enseguida fui a ver qué pasaba, pero ellos ya salían del monte, contentos, arrastrando unos palos sucios de lodo y sin la famosa culebra en las manos.

De regreso en Bogotá, Vicente se quejó de un dolor en la pierna. La herida era roja y redonda, como una picadura de zancudo, pero tenía en el centro un punto blanco de pus.

—Eso es un nuche —me dijo alguien—. Se saca fumándole encima.

—Eso es un grano —dijo otra persona—. Hay que espicharlo.

Nada ocurrió, ni fumándole ni espichándolo, y para entonces el niño daba gritos de dolor. Lo llevé al hospital y me atendió en urgencias una pediatra cuyo diploma decía en francés: «Especialista en enfermedades tropicales». Fue una casualidad que ella estuviera ahí y que le tocara en suerte atender a un niño que tenía justo eso, una enfermedad tropical. Examinó la picadura, que ya se había extendido y tenía el tamaño de una moneda, pero seguía igual de roja con su centro blanco. Tocó la pierna hirviendo por la infección, vio las lágrimas de mi hijo, y le recetó tres cosas: una crema antibacterial, una gasa y un cirujano plástico. La crema la entendía, la gasa podía imaginarla, pero el cirujano no.

—Le darán la cita en una semana, más o menos. Ahí entenderá por qué es necesario ir a verlo —me dijo, con una sonrisa misteriosa.

Un día después de haber comenzado con la crema, la herida se abrió y era posible ver la carne viva, roja, hasta el hueso. El hueco era perfectamente redondo y profundo, un volcán en miniatura en la pierna derecha de un niño. Ya no dolía y escasamente sentía las curaciones. No había sangre ni olores fétidos, solo estaba el hueco, protegido por crema y gasa cuando nos recibió el cirujano plástico.

La doctora había hecho una predicción acertada. Lo había picado un bicho en esa manigua densa y le había dejado un estafilococo, una bacteria que come carne y que en cuestión de días le había hecho un hueco profundo como una falange y redondo como una moneda de cien pesos. El cirujano advirtió que había que hacer un injerto y una cirugía muy sofisticada para cerrar la herida.

—Estas bacterias comedoras de carne son muy peligrosas. Más peligrosas que una culebra, porque no se detectan con rapidez. Tuvo suerte, porque la doctora que los vio era experta en eso, pero el daño ya está hecho. Programemos la cirugía lo más pronto posible —me dijo.

Mi hijo había sido afortunado, cierto, porque tenía acceso a un hospital, donde una médica experta diagnosticó con precisión lo que le ocurría. Pero ¿cuántas bacterias de esas hay en la selva densa del trópico? ¿Cuántas personas han sufrido de esto mismo y no han podido ser operadas para rellenar un hueco? Tal vez por eso somos expertos en remedios caseros, porque hay sitios donde solo llegan los males, pero no las curas. Para evitar la cirugía, hice lo que los habitantes del trópico sabemos hacer mejor que nadie: usar medicina casera, y a la semana de haber taponado el cráter con panela rallada, la herida era tan pequeña que no se necesitó sino tiempo y paciencia, sin injertos ni anestesias, para cerrarla del todo.

Un par de días antes de viajar a Colombia me llama uno de mis hermanos. No hablo con ninguno, si puedo evitarlo, y ellos tampoco se divierten al llamarme, por lo que intuyo que es algo urgente.

—Supe que va a ir a Colombia otra vez —me dice.

—Hace seis meses que no voy —me disculpo, como si necesitara justificar mis viajes con ellos.

—Mi papá está muy mal. Nosotros no podemos viajar porque no estamos vacunados, entonces tiene que ir a verlo usted… Además —sigue, con algo parecido al remordimiento—, usted le puede dar más alegría que nosotros. Él la quiere mucho.

Tanta información, pienso, y no sé por dónde empezar, o si quiero empezar, a preguntar.

—¿Mal? ¿Físicamente mal?

—No nos vacunamos porque no creemos en las vacunas —contesta, delirante, mi hermano. Parece que hubiera ensayado la respuesta y que mi pregunta ni siquiera la hubiera escuchado. La repito.

—No lo sé. Hable con la tía —ha vuelto de nuevo a su caparazón de rudeza, y entiendo que no quiere que ahonde más en sus sentimientos. Hablar conmigo debió ser difícil, y se necesitó coraje para advertirme, porque eso fue, una advertencia. Le agradezco entonces al teléfono vacío de interlocutor y le marco a mi tía, que me responde entre sollozos.

—Mija, es que desde que le notificaron de ese proceso…

—¿Qué ha pasado con el proceso?

—Eso sigue, pero lo que lo está matando es la depresión, mija, la cochina depresión. Él no tiene alientos para hablar con nadie. Por eso es importante que venga, para que se sienta acompañado. Apenas la vea, él se alegra.

Cuelgo con la sensación de que tengo que representar una obra de teatro para mi papá y no estoy de humor. En realidad, resiento que no me hubiera dicho nada del recrudecimiento de la depresión, pero supongo que le avergüenza hablar de estas cosas por teléfono. Alguna vez, cuando hablábamos de esa enfermedad familiar, me dijo que resultaba un círculo vicioso: estaba deprimido, por lo que posponía todo lo que tenía que hacer ese día, y eso lo deprimía más. Así podían pasar meses, en un estado de postración y de inutilidad, hasta que, de buenas a primeras, arrancaba el organismo a funcionar, como un motor fuera de borda que por fin se enciende. Tal vez con la edad yo también esté sufriendo de depresión. Insisto en posponer las cosas pequeñas, como arreglar la biblioteca o hacer un mercado, y en cambio escribo y leo mientras me doy aire con un abanico de papel.

Para sentirme útil, salgo a pasear con Piro. No me gusta que soporte

el calor del mediodía, por lo que lo saco poco durante el verano, pero quiero ver gente porque me siento sola en casa. En los foros imperiales se yergue la ruina de una columna de granito gris. No es la más vistosa, ciertamente, pero es la mía, mi favorita. La puedo tocar y sentir la piedra helada aun en los días más calientes. Me pregunto quién la puso ahí, cuánto tiempo tardaron en anclarla en este lugar, en el que ha estado durante siglos. En esta columna veo los ciclos de la vida y de la muerte y lo inútil que es la ilusión de lo perenne. Hemos olvidado a quienes trabajaron la cantera para sacar ese bloque de granito, a quienes lo pulieron, a quienes lo anclaron ahí y al poderoso que dio la orden de hacerlo.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy prácticamente sola. La pandemia ha cedido un poco y ya se reanudaron los vuelos comerciales, con la esperanza de inyectarles turismo a unas economías golpeadas por la recesión, pero los turistas no llegan. Algunos aterrizan atraídos por promociones de agencias, con sus máscaras y sus geles desinfectantes y sus pruebas de covid, y caminan a dos metros de una guía que ha desempolvado sus conocimientos y les explica dónde estamos. Para ella, para la guía que habla frente a tres españoles jóvenes, estamos en el foro de Augusto, de César, de Trajano. Estamos en las ruinas del centro mismo del Imperio romano. Para mí, estamos a caballo entre el pasado y el futuro. Entre el mundo antes y el mundo después del virus. Entre la muerte y la vida. Todo eso lo veo claro, y solo me despierto de la ensoñación cuando Piro me avisa, con un tirón de la correa, que ya tiene demasiado calor y quiere volver a casa.

Este viaje es menos traumático que el anterior. Las vacunas, si bien no son infalibles, han probado que son eficaces protectoras del virus del miedo. Hay comida en el avión y el aeropuerto no es más ese lugar apocalíptico que vi en diciembre, con filas interminables de deportados latinos, pequeños y achilados como su cabello, despidiéndose del sueño europeo. Ahora la gente se mueve tranquila, viajan de negocios otra vez, o de vacaciones, quizás a enterrar un muerto o a ver al amor de su vida, que parece ser el caso de mi hijo, que de entrada me dice que no va a quedarse con nosotros en el hotel, sino con su novia.

Si tuviera que decir qué es lo que más me gusta de vivir en Europa,

sin dudarlo respondería que me gusta la paz. De regreso en Bogotá, ese sentimiento de terror vuelve a atenazarme, como una grapa enorme que se me clava en los pulmones y los vacía de aire. El no saber dónde está mi hijo, en qué fiesta, en qué peligro, en qué calle, en qué taxi, en qué bomba, me angustia hasta el paroxismo. No deberíamos acostumbrarnos a vivir así. No es humano. Sé, sin embargo, que está con una chica, son dos y a ambos los estamos esperando los papás, que no tenemos tampoco el derecho de impedirles vivir por nuestros miedos, por nuestras paranoias particulares que, lo sé, se exacerban en la distancia. Cierro entonces la boca y le doy la bendición, como un agüero, como quien se cambia de andén cuando ve un gato negro o se pone los calzones amarillos en Año Nuevo.

Dos días después de haberme instalado en el hotel de siempre, visito a Teresa y la encuentro con su cuñada y unos historiadores jóvenes. La conversación se desvía a la política y los historiadores, particularmente la chica, son vehementes en su admiración por el candidato de la izquierda en las elecciones que se aproximan.

—Es mejor haber sido guerrillero que haber asesinado a 6.402 inocentes —dice la historiadora, con los ojos ardientes de los creyentes —. Este país necesita empezar de nuevo.

Se refiere al expresidente bajo cuyo mandato ocurrieron los ignominiosos falsos positivos, chicos acribillados por el ejército y disfrazados para hacerlos pasar por combatientes. ¿Habrá tal cosa como mejor y peor en este juego de monstruosidades? ¿Será posible volver a empezar? No pregunto, y en lugar de eso asiento, de acuerdo también con su preferencia. Todos queremos un cambio, cada uno por sus razones personales. Incluso Teresa, cuyo abuelo fue uno de los más insignes conservadores (y de los más recalcitrantes) de la historia de Colombia.

—Suárez era conservador, pero era un buen hombre, y su hijo, paradójicamente, militó en el Partido Comunista —dice Teresa, cuando le subrayo la contradicción.

Los historiadores asienten, quién sabe si convencidos o por pura educación.

—¿Ellos saben…? —comienzo a preguntar en voz baja, como si fuera un chisme de revista del corazón.

—¿Del hijo de Suárez? —dice Teresa, y los historiadores sonríen con complicidad—. Claro que saben. No es un secreto. Ya no —concluye, y arruga la nariz, como hace siempre que dice una picardía.

Teresa se enteró hace treinta años por un sacerdote amigo. Cenaban con alguna frecuencia juntos, más para compartir sabidurías que para hablar de religión, y este hombre le habló de un alumno suyo, bisnieto de Suárez. No le sorprendió, porque lo había leído en algún libro de tantos que pueblan su biblioteca, o que los mismos historiadores (estos u otros) le habían llevado. Entonces lo invitó a almorzar el domingo, y cuando el muchacho llegó le impresionó el parecido con Marco Fidel. Me muestra una foto de Suárez joven, acompañado de dos amigos, a manera de ejemplo. No puede tener más de treinta años, y ya se le ven la calvicie que avanza trepidante, los bigotes desordenados y los ojos fijos y tristes de los que no tienen nada que perder. Teresa continúa contándome que después de ese encuentro se propuso conocer al resto de la familia, descendientes de ese hijo ilegítimo, Carlos Rocha, que nació veintiún días antes del matrimonio de Suárez con Isabel. Los cuatro hijos de Rocha —Jorge, Marco Fidel, Stella y Betty— llegaron una noche a casa de Teresa. Todos se miraban, reconociéndose en la familiaridad de haber compartido el mismo abuelo, aunque ellos se hubieran mantenido a la sombra.

—Betty y yo nos volvimos amigas —dice Teresa—. Íbamos a ponerle flores a la tumba de Carlos Rocha, que está en la iglesia de la calle 57. Fuimos tan cercanas, que me acompañó a la muerte de Claudia. Ella también murió ya —concluye, con un suspiro.

Otro fantasma con el que conversa Teresa, pienso. Espero a que se vayan los historiadores para hacerle una pregunta que me ha estado rondando.

—Todas estas mujeres tienen una historia que estoy escribiendo. ¿Qué puedo decir de la tuya?

—Que fui la primera en ir a la universidad —me contesta enseguida.

Comprendo la importancia de su respuesta. Las mujeres con las que he dialogado hasta ahora han sido autodidactas, se han dedicado a su hogar, han representado un papel hecho a la medida de su género, de su época y de su condición social. Teresa, con más de ochenta años, hizo lo que no se esperaba de ella y estudió. Le doy un abrazo fuerte y

le advierto que no se vaya a morir.

—Si tú te mueres, yo te mato —le digo, y ella se echa a reír.

Vicente aparece en el hotel para darse una ducha y empacar algo de ropa nueva. Lo acompaña su novia, y mientras él se baña, yo hago las preguntas de rigor. ¿Qué quiere estudiar? ¿Qué le gusta? ¿Cómo se llaman sus papás? Les ofrezco ir a comer algo, porque Mario no estará esa noche, pero tienen prisa. Cuando Vicente está listo, se sienta conmigo en la cama y me toma las manos, y con toda la paciencia que puede reunir dice que quiere quedarse el resto del verano. La miro a ella, para ver su reacción. Tiembla un poco, está pálida, aterrorizada. Siento que me mintió, porque en esa breve charla que sostuvimos no me dijo nada de sus planes, pero no la culpo, porque entiendo lo difícil que debe ser enfrentarse sola a una suegra. Apelo entonces a ambos, con el alma encogida. Negocio, les ofrezco viajes y playa y nuevos paisajes y Vicente me dice que lo va a pensar, pero sé que no lo convencí. Ella guarda silencio y la veo niña, más acaso que él, con el pelo marrón cayéndole sobre la cara y ocultando parcialmente sus ojos de venado.

Cuando se van, me quedo sentada viendo cómo se pone el sol y la penumbra se apodera de la habitación. Mientras todo se envuelve en sombras, intento recordar los hoteles en los que he estado desde que esto empezó. Con esto me refiero al trasteo a Roma, al trabajo nuevo de Mario, a la escritura de mi libro. Al Silencio. Todas las habitaciones en las que estado en estos últimos años han sido distintas y, de alguna manera, son siempre la misma: una cama, un televisor, cuadros anodinos de colores pastel, ventanas sin vista, un armario que necesita pintura. Y yo sola dentro de esas habitaciones, esperando algo o buscando algo o soñando con algo. He viajado mucho más en los últimos años que en toda mi vida, y a pesar de que he conocido lugares hermosos, lo único que tengo claro es que todos los hoteles son iguales en el mundo y que no me siento cómoda en ninguno. Desagradecida con la vida, eso es lo que soy. Pero cambiaría todo en un segundo si pudiera recuperar mis raíces, volver a mi vida anterior, con los perros, junto al río.

Antes de viajar de regreso a Roma, visito a mi papá. He pospuesto el encuentro porque no tengo la energía de verlo, pero ya no puedo darle más largas. Como una penitencia, voy a su casa, y lo encuentro en la mesa del comedor rodeado de papeles. Lo veo aturdido, buscando recibos de pagos, declaraciones de renta, cartas de negocios, cualquier cosa que lo ayude en el juicio que se avecina. Nunca vimos una noticia de su acusación en los medios, señal de que el proceso no es importante, y mi papá tampoco. Su nombre fue alguna vez relevante, aunque Colombia es un país sin memoria, ni para los vivos ni para los muertos. Olvidamos al político o al empresario como olvidamos una masacre, o la reemplazamos por otra. Total, todo viene siendo lo mismo. Los políticos roban, los muertos se quedan así, sin justicia y muchas veces en el anonimato.

Lo veo desvalido, con los ojos colorados y el pelo ralo en desorden, y me niego a pensar que mi papá es un corrupto o que financiara a un grupo ilegal. Nunca vi en casa el más mínimo indicio de ello, porque no tuvimos lujos ni tampoco amenazas, y su labor siempre fue más con las comunidades que con el poder. Él solía decir que su vida era la de una bisagra, mediando entre los pobres y los ricos, y así crecí todo el tiempo, a medio camino entre los arrabales y los barrios con vigilancia privada. Tuvimos un carro, uno solo para toda la familia, y aquella finca en clima templado, en cuya casa a duras penas cabíamos los cinco, y que nunca produjo nada distinto a unos tomates raquíticos y una esporádica ternera que se sacrificaba para la Navidad de los trabajadores.

Vuelvo a preguntarle si está seguro de que no hizo un pago indebido, si se reunió con algún personaje oscuro, si lo presionaron para que entregara una res o una gallina o un tomate. Quiero entender, quiero creerle, quiero que deje a un lado esa tristeza que se lo come.

—Para eso son estos papeles —me dice—, porque quiero encontrar si hice algo malo. Primero me juzgo yo y luego dejo que lo haga un tribunal.

Me despido y lo dejo apabullado con sus papeles y salgo con un nudo en la garganta de pensar que no puedo ayudar en nada. Como en muchos hogares, mi mamá y yo siempre fuimos presencias y nada más.

Jamás se nos incluyó en las conversaciones de trabajo, no tuvimos voz ni voto en las inversiones y solo una vez mi papá preguntó por alguna decisión trascendental a toda la familia: nos dio la opción de comprar una acción en un club social o invertir en una pequeña finca, y recuerdo que la única que le vio una dificultad a la finca fue mi mamá, pero su voz se perdió en el revuelo de opiniones contra el club. No puedo ayudar en nada, porque nunca fui partícipe de nada. Mi papá solía decir que no se podía contar con nosotros. Mis hermanos estudiaron ingeniería agrícola, como él, pero nunca ejercieron su carrera y se dedicaron a coleccionar armas hasta que pudieron irse a un país donde se las venden a cualquiera. Y yo, bueno, yo era periodista, pero sobre todo mujer.

—Estudia algo que te permita mantenerte —me dijo un día en que estábamos discutiendo—. Porque eres tan difícil que ningún hombre querrá hacerse cargo de ti.

Al regresar a Roma, busco de nuevo a Isabel y la encuentro ocupada en sus primeros días de casada, instalándose en el que sería su nuevo hogar, aprendiendo a vivir con un hombre. Después de veinte días de matrimonio, la tranquilidad de su rutina se rompió con una carta que llegó a su puerta. Era de su madre, que le decía que había decidido tomar los hábitos y volverse monja de clausura.

Ese 5 de septiembre, María Antonia fue a misa de siete de la mañana, regresó a su casa y se sentó frente al escritorio. Allí escribió dos cartas, una a Isabel y otra a Joaquín. Las selló y envió a una criada a que las entregara, y mientras la criada salía por la puerta, María Antonia empacó en un pequeño baúl de cuero todas sus pertenencias: ropa de cama, dos mudas interiores y sus utensilios de aseo. Dejó las fotografías porque estaban prohibidas en el convento, y sobre la cama que había ocupado solo ella desde la muerte de su esposo puso el juego de té con una nota en la que decía: «Para Isabel, de su abuela» y cerró la puerta de su casa. A las once de la mañana llegó al atrio de la iglesia de San Ignacio, donde la esperaba Luisa, cubierta con un pañolón negro y llevando una bolsa de lana. Ambas sonrieron y se abrazaron, y entraron juntas al convento tomadas de la mano.

En las cartas les explicaba que ya había cumplido con su deber de madre y que ahora se debía a sí misma una vida de reclusión. Les decía que los problemas mundanos la tenían sin cuidado desde que murió Joaquín, y que si se había quedado había sido por sus hijos. A Joaquín le deseaba una vida feliz con Paulina y a Isabel con Marco. Repartía las propiedades equitativamente entre ambos hermanos, dejando dos fincas para Isabel y las tres casas que tenían en la capital para el hermano menor. «Hija querida —concluía la carta—, como hablamos el día de la boda, te dejé el juego de té. No tengo joyas para legarte aparte de esta, que espero que te haga muy feliz». A manera de posdata, les ofreció disculpas por la sorpresa. «No quise decirles antes para no estropear los días felices de la preparación y la boda de Isabel, ni causarles disgustos a Joaquín y a Paulina. Siento que los haya tomado por sorpresa, pero espero que acepten mi decisión con la madurez y la sensatez de los adultos que ya son».

El volverse monja no era necesariamente bien visto, sobre todo para mujeres pudientes como María Antonia. Ya su medio hermana Carolina, la hija de su madrastra María de Jesús, había seguido ese mismo camino, pero no en el convento de la Visitación, donde María Antonia entró, sino en el de las Hermanas de la Caridad. Un pariente de Carolina, un tal J. J. Borda, le escribió un poema con motivo de su decisión, que es bastante revelador.

Menciona el viaje a Europa que hizo Carolina junto con su hermana María Antonia y sus otros tres hermanos, aquel en el que se enfermó Ana y que los marcó a todos de maneras distintas («De Europa vio la gloria y la hermosura, mas ¡ay! La halló sin luz, la halló mezquina»). Dice también que su familia no estuvo de acuerdo con que ella tomara los hábitos («Cercado en sombra, en lágrimas bañado / Está su hogar, tan venturoso un día; Y el padre amante, en duelo traspasado / Llora, cual antes sonreír solía»). También que ella misma estaba triste, tal vez por dejar a su familia y que lo hace por algo parecido al desprendimiento («La generosa niña parte ufana, / (aunque transido el corazón de duelo)»).

El hecho de que María Antonia tomara los hábitos tampoco se vio con buenos ojos. Dice el libro de la familia que «el mundo desaprobó la acción de la señora de Orrantia, tratándola de egoísta». No sé quién

es «el mundo» al que se refiere el texto, pero supongo que fue la sociedad bogotana la que se escandalizó. No me sorprende, así como no me sorprende que hombres como Carlos Borda jamás fueran objeto de reproches. Uno de los más ofendidos con la sorpresa de esa mañana fue Joaquín, que salió de la comodidad de su estudio y se encaminó dando trancazos hasta las rejas del convento.

—¡Ladronas! —gritaba—. ¡Devuélvanme a mi madre! ¡Criminales!

Mientras daba alaridos furibundos, golpeaba con sus botines las rejas, que temblaban como si tuvieran miedo. Adentro, las monjas se asomaban a la puerta, confundidas, aterradas, y corrían de un lado para otro buscando a María Antonia, que se encontraba en el fondo mismo del lugar, ordenando su pequeña celda.

—Afuera hay un muchacho que dice ser tu hijo y que amenaza con tumbar las puertas si no te dejamos salir —le dijo la superiora.

—Madre, ¿puede por favor decirle que no lo veré mientras no se calme?

Isabel, en cambio, se fue rumbo a casa de su madre, pensando que todavía se encontraría allí. Las criadas estaban llorando en la cocina, empacando en cajas las ollas y los cubiertos, y preguntándose qué ocurriría con ellas. Isabel entró en la habitación principal y encontró el juego de té donde María Antonia lo había dejado. Acarició los baúles de cuero, pensativa. Sentía como si estuviera guardando las pertenencias de una muerta, pero en realidad su madre estaba a pocos pasos de distancia. Tenía que ir a verla para entender su decisión, pero antes debía dejar las cosas organizadas en la casa. Pasó el resto de la mañana dando instrucciones, ayudando a guardar platería, trajes y manteles en los baúles, y enviándolos a su casa. «Ya tendré tiempo de ver qué se hace con eso», se dijo. Solo faltaba el juego de té. Ella misma llevó las cajas, ayudada por el mozo de los recados, y las puso con cuidado en la despensa, junto al baúl de los linos. Solo cuando vio que su tesoro estaba a salvo, se dirigió al convento y encontró a su hermano sentado en el suelo junto al portón, maldiciendo, la cara roja de rabia, el pelo alborotado y la corbata desatada.

—O se volvió loca o la secuestraron… no encuentro otra explicación —le dijo.

—Aquí viene; pidámosle que nos diga cuál de las dos —respondió

Isabel.

Los hermanos entraron al locutorio guiados por María Antonia. Ya llevaba un sayo puesto, no tan distinto de aquel que una vez usó la beata Dolores cuando todavía cantaba. Se sentó con ellos en una banca larga de madera, uno a cada lado. No se veían a los ojos, y los tres miraban a una estatua de la Dolorosa, la Virgen vestida de negro que llora a su hijo muerto.

—Joaquín dice que se volvió loca o que las hermanas la secuestraton —comenzó Isabel.

María Antonia sonrió.

—Hace mucho quiero esto.

—¿Por qué no nos había dicho, madre?

—Porque conozco a Joaquín, y sabía cuál sería su reacción.

—Pero ¿cómo más quiere que reaccione, madre?

María Antonia tomó aire y les agarró las manos a sus dos hijos.

—Joaquín, querido —comenzó diciendo, casi con lástima—, estás confundiéndote. No soy yo quien tiene que responder ante ti por mis acciones. Soy tu madre, no tu esposa. Fui obediente con mi padre, a veces contra mi voluntad. Fui obediente con mi marido, por deseo y convicción. Muertos ambos, ya no respondo ante nadie sino ante Dios, por lo que hago mi santa voluntad, que es la misma suya. Quiero estar aquí, envejecer junto a mis amigas, mis libros y la oración.

—La dote, madre, la dote. No solo pagó la suya, sino que supe que pagó la de otra mujer para que viniera con usted. ¿Cuánto pagó?

—Con mi herencia yo hago lo que quiera, Joaquín. Así como harás lo que quieras con la tuya y tu hermana también —giró la cabeza para mirarlo—. Los crie a ambos, los cuidé a ambos y los dos tienen una argolla de matrimonio. Es justo que cada uno haga su vida como le plazca. Si es por dinero por lo que te preocupas, hijo mío, sugiero que produzcas alguno en lugar de vivir de la renta de tu generoso padre. No los abandono; por el contrario, voy a dedicar mi vida a interceder por ustedes y por su descendencia ante Dios.

—¿Podemos visitarla, madre?

—Cada vez que tenga permiso.

—¿Y escribirle?

—Siempre que quieran. Esto no lo hago para herirlos, sino para

salvarme.

—Madre, me hará falta su compañía y extrañaré sus consejos cotidianos, pero la comprendo y la apoyo —le dijo Isabel.

María Antonia la abrazó.

—Tu abuela Dolores habría querido entrar al convento y el destino se interpuso, así que esta es mi forma de honrar sus deseos. Si quieres honrar los míos, dedícate a tu hogar y concéntrate en la felicidad de tu nueva familia.

Con estas palabras, María Antonia se puso de pie y besó a sus hijos en la cabeza. Cuando estaba a punto de salir del locutorio, se detuvo y dijo:

—Están invitados a la ceremonia religiosa con la que tomaré los hábitos. Cada uno debe decidir si asiste o no.

La esquela que llegó a casa de Isabel estaba decorada con un marco verde que remataba en la esquina superior izquierda un sagrado corazón sangrante con una banda que tenía la frase: «Mirad que sois mis hijos». En el centro de la cartulina, en una caligrafía muy elaborada, decía: «Ya no os llamareis María Antonia solamente sino sor María Antonia Isabel».

La monja tomó los hábitos el 27 de diciembre de 1895, justo después de las festividades navideñas. Joaquín se recluyó en su casa. Cerró la puerta y Paulina, su esposa, no sabía cómo hacerlo salir. Para Isabel tampoco había sido fácil adaptarse, pero su mundo había cambiado tanto en tan poco tiempo que se concentraba en aprender cada día una cosa. Ahora se levantaba temprano, porque tenía una casa para dirigir. Debía instruir a las criadas para ir al mercado, manejar las finanzas familiares, estar ahí para su marido. Aprendió también que no había perdido a su madre, sino que había ganado una especie de confesora. La visitaba una vez a la semana y se comunicaban a través de una pequeña reja metálica cuyos bordes estaban rematados por graciosas flores, como si quisieran con eso suavizar las condiciones de la reclusión. Recién comenzado el año, Isabel fue a verla con la noticia de que Marco había renunciado al Ministerio de Relaciones Exteriores.

—Lo sé —respondió sor María Antonia—. Estas paredes no son lo suficientemente gruesas como para sellarnos de las habladurías de la

gente. Dicen que está enfermo…

—No, o no más que de costumbre. Le aquejan los mismos males de siempre; que le duelen los huesos con el frío, que el estómago le molesta si come pesado. Nada grave. Lo que ocurre es que Marco se va a lanzar a la política. Me dijo que quieren que sea representante a la Cámara.

—Bendito Dios —respondió la monja—. O sea que de verdad está enfermo. Meterse en política en este país es sinónimo de locura.

—A veces sí, pero en este caso es sinónimo de lealtad. No soy tonta, madre. Creo que detrás de todo esto está Miguel Antonio. Él quiere que Marco lo suceda en la presidencia, y está preparándolo para asumir cada vez más responsabilidades.

—Mi primo es tan inteligente como peligroso. No puedes decirle esto a Marco, pero puedes insinuárselo. Dile que no siga por este camino, que no traerá nada bueno. Pídele, por la tranquilidad de tu hogar, que renuncie a los cargos públicos y se dedique a enseñar.

—¿Y si no me escucha?

—Prepárate entonces para sufrir.

Isabel salió cabizbaja y cruzó la calle que separaba el convento de su casa en el camellón de los Carneros. «Sufriremos, pues», se dijo, con un suspiro, antes de franquear la puerta. Pienso en mi mamá. Ahora me gustaría tenerla cerca para contarle, como Isabel le contaba a su madre, lo que ocurre en mi vida. Tal vez le diría que mi hijo quiere irse a vivir con una chica, que mi hogar se está derrumbando y que yo me he vuelto una mujer de mediana edad, con canas y arrugas, que añora morir en su país. Tal vez ella me diría que no me queje tanto, que estoy en un lugar hermoso, que el verano ya comenzó, y que por ahora me dedique a disfrutarlo. A veces hay que posponer la nostalgia. Tal vez, como Teresa, estoy aprendiendo a hablar con mis muertos, así que decido escuchar esa voz y llamo al grupo de colombianos para proponerles que vayamos una semana de viaje.

Como la idea se me ha ocurrió tarde, ya hay pocas casas disponibles. Alquilamos entonces una casona vieja en una montaña del norte de Sicilia, lejos de la playa y de cualquier pueblo. Hay una piscina

demasiado verde, o demasiado azul, según el momento del día en que se mire, donde nadan campantes los bichos. También hay erizos y arañas y, gracias a un letrero amarillo en la carretera que advierte de su presencia, supongo que corren libres los zorros. La casa está medio derruida, y el que nos entrega las llaves advierte que es por el covid, porque no se ha alquilado en siglos. Parece más un lugar de invierno, por la chimenea enorme y los ventanales que dan a las montañas, pero también tiene un porche donde instalamos unas sillas plegables para evitar el calor que hace adentro. Uno de los amigos se ofrece a prender el asador, otra se encarga de los postres y Mario, como siempre, es el líder del paseo y el que distribuye la logística. Yo hago desayunos y lavo los platos. Los días pasan, lánguidos. A veces armamos una expedición a una playa, pero la mayoría del tiempo me da pereza suplicar para que Piro entre a la arena que debería ser pública, por lo que me quedo leyendo o caminando por el bosque. Un día nos aventuramos a conocer Palermo, y pido permiso para entrar en las catacumbas de los capuchinos con el perro. El viejo que custodia el edificio lo mira con indiferencia y se encoge de hombros.

—Si no hace pipí en las momias… —me advierte y yo le respondo que es muy educado, aunque no estoy tan segura de su continencia.

Bajamos unas escaleras y enseguida percibo el olor. Es un aroma rancio y dulzón, no solo proveniente de los muertos sino de su ropa. Los esqueletos están por todas partes. Colgados de las paredes, arrumados en sus ataúdes, tirados en cualquier esquina. Parecen apeñuscados como multitudes en un concierto. Tienen los ojos vacíos y la boca abierta con un gesto de perpetua admiración y llevan las ropas de fiesta con las que los enterraron: trajes de lino y organza, corbatines de seda, chaquetas de terciopelo, solo que ahora raídos, polvorientos, macabros.

Los amigos no entran; ellos, más entregados a la vida que yo, deciden pasear por el mercadillo que se forma en una placita frente a las catacumbas. Cuando salgo están ávidos de escuchar las historias y se ríen y celebran con frutas que han comprado y vamos todos a cocinar. En el camino de regreso a la casa de las montañas pienso que tal vez me he adaptado a Italia, que a lo mejor debo darme el permiso de disfrutar el verano y dejar de caminar con tanto lastre. Le

agradezco a mi mamá por el consejo. Esa noche, mientras nos sentamos a la mesa con los amigos colombianos, convido también a Isabel, a María Antonia y a Dolores, y les pido que compartan la cena conmigo.

María Antonia Suárez Orrantia nació el 5 de junio de 1896 en lo que pudo ser la época más feliz y tranquila del matrimonio de Isabel. Marco Fidel era representante a la Cámara, pero en esa Colombia de los primeros años todos parecían repartirse los puestos, incluso más que ahora, y servir a donde se necesitara, así que se encontraba fungiendo también como consejero de Estado, por lo que sus horarios eran infames desde el comienzo. Isabel, sin embargo, se rodeó de mujeres para que la ayudaran a sobrellevar la soledad y a criar a su hija. Con frecuencia iba a la finca Los Arrayanes, cerca de Bogotá, donde se quedaba con Joaquín, Paulina y los niños, uno de los cuales era mi abuelo. Cuando estaba en la ciudad, a la Tona la cuidaban Soledad y Rosalía, que ya vivían con ellos y se encargaban de la casa y de Marco Fidel en ausencia de la esposa.

La pareja se separaba con frecuencia, tal vez porque los días se le hacían interminables a Isabel en Bogotá, o a lo mejor porque creían que el aire puro era bueno para la salud. De esas épocas tempranas tengo varias cartas —siempre de él— en las que se ve que un año más tarde el matrimonio se había asentado en una rutina de cariño y respeto, aunque la pasión se había refundido entre los pliegues del traje de novia y los deberes de la vida cotidiana. Ya no le dice amor mío, ni paloma, ni Belisa. Ya no existen la poesía ni los te amo. Ahora la llama todo el tiempo querida Isabelita y junto con instrucciones y envíos de dinero, vino medicinal, mortadela y ciruelas, le manda saludos a la familia y, como muestra de cariño, estampa un «Tu Marco» en la firma, que hace pensar que ese hombre seguía siendo tan entregado a ella como el primer día, aunque la sequedad de Isabel continuara inamovible aun en sus años de casada.

Suárez sigue quejándose por el silencio de la mujer, pero no como el enamorado que no recibe respuesta sino como el marido preocupado que piensa, fatalista como es, que algo le ha ocurrido a ella o a su

pequeña hija, y solo se calma cuando llegan los telegramas en los que Isabel, escueta como el mismo medio de comunicación que escogió, le dice que todo está tranquilo.

Tona tenía poco más de un año cuando comenzaron los problemas en la política y el insomnio mantenía a Marco dando vueltas en la cama durante toda la noche. Apenas lo sentía Isabel, se sentaba en la cama, aún a oscuras, y lo increpaba.

—Vuelve a dormir —le decía el marido.

—Dime qué pasa. Si me dices, a lo mejor te calmas y podemos dormir ambos. De lo contrario, parecerás un perro cavando un hueco en el colchón.

«En el Congreso me atacan por un arreglo que hicimos con Venezuela» o «los conservadores estamos divididos y nuestras peleas internas nos costarán la presidencia» o «me resulta imposible razonar con algunos hombres, en parte porque no entienden el país y en parte porque no quieren entender nada», le decía, y a continuación le advertía: «No le digas esto a nadie, ni siquiera a Joaquín» o «No te inquietes, porque basta una oración para que todo salga bien». Isabel le acariciaba la cara, le tomaba las manos y le besaba los dedos.

—¿Hasta cuándo, Marco? Me da la impresión de que llevamos mucho tiempo sin tener un día tranquilo y que nunca más lo tendremos.

Mi mamá también sufría durante las ausencias de mi papá. Viajaba todo el tiempo y al comienzo ella lo acompañaba, así no le gustara el campo. Luego de la muerte de mi abuela, que cuidaba de mí con la ternura más infinita, mi mamá comenzó a tratar de pasar más tiempo en casa, tal vez porque yo todavía era muy niña. En su reemplazo envió a mis hermanos, que alguna vez disfrutaron con los cultivos, pero se aburrían con facilidad. A veces, en muy raras ocasiones, íbamos todos, pero el país gradualmente nos fue encerrando y entonces mi papá viajaba en las mañanas, sin previo aviso, sin siquiera decirnos a nosotros, y volvía en las noches, tarde, oliendo a sudor de caballo y con los ojos hundidos de la desesperanza. Nadie preguntaba nada. Mi mamá, por prudencia. Mis hermanos, porque les importaba poco. Y yo, porque sabía que jamás me iba a contar nada. Se deprimía entonces, pero menos, o eso me parece a la distancia. Tal vez mi

mamá era un amortiguador de sus angustias, nunca lo sabré. Lo veía poco y los fines de semana que estaba en casa se paseaba inquieto por la sala, escuchando música clásica. Cuando eso ocurría, sabíamos que estaba prohibido hablar, y hasta mis hermanos caminaban casi de puntillas para evitar un grito o un disgusto o, peor, un castigo. En los días de semana, si no viajaba, mi papá salía temprano y volvía tarde, y era frecuente que tuviera una muda en su oficina y se duchara y se vistiera allá mismo para no volver en un par de días. Así era la vida y nadie se quejaba, o nadie pedía más presencia o más atención. A veces lo llamaba a preguntarle un problema matemático y siempre me contestaba con cariño, y se tomaba el tiempo de ayudarme, aunque estuviera en medio de una reunión. Nunca me cuestioné por qué no ayudaba en la casa, porque eso fue lo que viví.

Así mismo ocurrió con Mario, ahora que lo pienso. Esos primeros años de vida matrimonial trabajamos mucho, cada uno a sus horas, y nos veíamos poco entre los viajes y las oficinas. Cuando nació Vicente todo cambió, pero solo para mí. Había una prioridad nueva, algo que sobrepasaba todo, y entonces hacía maromas para equilibrar mi vida. Un día, desesperada con las ausencias de Mario, le dije:

—Vicente no va a extrañar a su papá, como yo no extrañé al mío. Pero tú vas a arrepentirte de haberte perdido todo esto. No estuviste cuando caminó, ni cuando habló, ni cuando se enfermó y tu hijo será un completo desconocido.

Hablaba por mí, claro, porque mi papá siempre fue esa figura monumental, ese superhéroe que llegaba destrozado de luchar contra la maldad, ese hombre ideal, pero nunca fue mi amigo.

Gabriel Suárez Orrantia nació el 2 de febrero de 1899. El segundo embarazo de Isabel no fue fácil. Soñaba que alguien raptaba al niño de su cuna y ella corría enloquecida de dolor por un pasillo eterno que desembocaba en una celda monacal. Soñaba que el niño tenía dos cabezas: una de muñeco de madera y otra de perro furioso. Soñaba que se arrancaba el pelo, arropaba con él a su bebé, y lo lanzaba envuelto como un capullo a un acantilado. Después de esos sueños se despertaba agitada y caminaba dando tumbos como borracha por la

casa en penumbras hasta el amanecer. La angustia permanente la carcomía, y a pesar de que todo el mundo le decía que estaría bien, ella sentía que algo terrible iba a ocurrir. Pasaba de la dulzura a la ira, de la risa al llanto, de la desidia a la actividad.

Cuando nació la criatura, Isabel sintió que la vaciaban de todo. Quedó postrada en cama por la debilidad y el cansancio acumulado de nueve meses de desasosiego. Los primeros días dejó de sentir miedo, y dormía de nuevo con la paz de una jovencita. Soledad cuidaba del bebé y Rosalía se encargaba de alimentar a la madre, mientras que Marco Fidel aparecía tarde en las noches para preguntar por su salud. Durante un par de meses, Isabel creyó que todo había vuelto a la normalidad. Se sentía de nuevo dueña de sí misma y con ganas de vivir. Volvió a tejerse trenzas elaboradas y a usar pequeñas joyas, como el prendedor de amatista que su esposo le había dado por el nacimiento del primer varón. Regresó al convento a visitar a su madre, a quien le llevaba pequeños regalos como un bombón o un pedazo de pastel.

Al cumplir Gabriel el tercer mes, Isabel comenzó a sentirse triste. Se dijo que era culpa de la política, porque su marido tenía de nuevo cara circunspecta y la noche anterior justamente le comentó que no podía fiarse de nadie en la ciudad.

—Los amigos son pocos y los enemigos muchos —le dijo, y eso había sido suficiente como para que Isabel se quedara preocupada, rumiando los problemas durante la noche.

Decidió entonces que la solución era encerrarse, proteger a su familia de los embates del poder. Si Marco no se alejaba de la política, ella sí lo haría. Dejó gradualmente de ver a sus amigas y a sus parientas, y las únicas veces que salía de casa iba al convento a pedirle consejo a su madre. Dictaminó que todos en el hogar, incluidos los criados, debían rezar el rosario diariamente en el salón, postrados de rodillas, y que nadie podía salir de la casa sin su permiso. Rosalía trató de convencerla de que eso era demasiado radical, pero Isabel, en un ataque de ira, tiró lejos la cuchara con la que revolvía la sopa y no se habló más del asunto.

A falta de un nombre para calificar su mal, los habitantes de la casa comenzaron a decir que era presa de los nervios. Para no mortificarla,

hacían lo que ella ordenaba o le mentían para mantenerla tranquila. A veces, sin embargo, pasaba días, incluso meses, sosegada y sonriente. Aunque el cambio no ocurriera de la noche a la mañana, siempre era sorprendente. Parecía como si hubiera salido de la crisálida y exhibiera sus alas coloridas frente a todos. Se vestía entonces de colores claros y vivía sin mayor afán que cuidar de los niños y tocar el piano, y entonces todo volvía a la normalidad y olvidaban por un tiempo que había algo que no estaba bien en el alma de Isabel.

Mientras esto ocurría, Marco Fidel seguía luchando en su carrera política. A ratos, cuando su mujer estaba pasando por una época difícil, él se ensimismaba y se guardaba las peleas cotidianas y los rencores para sí mismo, pero cuando ella estaba calmada, disfrutaba contándole las anécdotas del día, criticando a sus enemigos y pintándole una imagen irónica y perversa de esa sociedad bogotana que había aprendido a despreciar.

—Hablan como silbando entre los dientes —le decía—. Tienen sonrisas postizas, miradas ladinas, trajes elegantísimos y apetitos desmesurados.

—Pero cerebros famélicos —complementaba ella, y ambos reían.

Algo de cierto había, sin embargo, en sus comentarios. Isabel estaba segura de que detrás de las alabanzas a Marco, las que provenían incluso de los amigos, se escondían las dagas de la traición. No se engañaba ni por un segundo, y sabía que con el poder venían los enemigos, y a pesar de que a veces la superara la tristeza o la desesperación, todavía era una mujer lúcida, que sabía perfectamente que con cada peldaño que su marido subiera en la escalera del poder político, corrían más y más peligro.

Lo único que la reconfortaba en los días tremendos en los que caía de nuevo en una depresión sin nombre eran Rosalía y Soledad. Ellas la reemplazaban, silenciosas y diligentes, y ella no tenía más que hacer que concentrarse en pelear contra sus propios demonios. En los días de luz, la amistad con Soledad la alegraba, y juntas planeaban cómo sería su vida cuando Suárez se retirara de la labor política, algo que prometía hacer una y otra vez.

—Solita, hagamos una fiesta, o mejor una tertulia, que a Marco le gusta más —le decía Isabel.

—Sirvamos bizcochos y té —complementaba Soledad.

—Usemos las tazas que me dio mi madre, las que están en la despensa, y así le podré decir que estrené el regalo de mi abuela Dolores.

Soledad le prometía que así lo harían, pero la reunión se posponía por otro ataque de melancolía, por otra amenaza de muerte a Suárez o por otra emergencia en el Congreso y entonces la casa volvía a caer en las penumbras de la tristeza y todos seguían deambulando en ella como espíritus que han perdido el camino.

Estaba terminando el siglo cuando el gobierno de José María Sanclemente, incluido Marco Fidel, se mudó para Anapoima, porque el viejo mandatario necesitaba recibir sol y alejarse del aire delgado de las alturas andinas.

Isabel se despidió de su marido y, como en otras ocasiones en las que se habían separado, asumió el papel de cabeza de la familia. Ordenó a los criados que hicieran un mercado, que siempre mantuvieran un caballo fresco por si había que enviarle algo a Marco y que trancaran bien las puertas y las ventanas durante las noches, para que los ladrones no se aprovecharan de una casa donde había solo mujeres y niños.

En esos momentos de soledad no había cabida para la melancolía y no tenía tiempo de consentirse la tristeza. Isabel se crecía con los problemas, eso lo sabía, y también sacaba temple de ser necesario, pero ya había aprendido que una vez que regresara su esposo se derrumbaría de nuevo, y cada caída era más abismal que la anterior.

Días después de la partida de Suárez, la criada que había ido al mercado apareció sofocada, trayendo noticias. Decía que había estallado la revolución en Santander y que los liberales se estaban tomando los pueblos, avanzando hacia Bogotá.

—¡Madre de Dios! —dijo Isabel—. ¿Y si Marco corre peligro? ¿Y si lo matan? ¿Una revolución, dijiste?

—Tranquila, hija, tranquila —le dijo Rosalía, que estaba en la cocina recibiendo los víveres—. Esta chica no sabe lo que dice. Vamos a rezar el rosario y verá que todo sale bien.

—No, ningún rosario. Llamemos más bien al mozo y que nos ponga un telegrama para Marco, porque quiero que me explique él mismo qué es lo que está pasando. Cuando hagamos eso, rezo lo que quiera, pero antes, con esta incertidumbre, ni Dios me puede ayudar.

La gente no hablaba de otra cosa en las calles. La noticia de la guerra se regó por toda la ciudad y las criadas, cuando salían, regresaban dándose cruces y mirando a su ama como si ya se hubiera acabado el mundo. Isabel permanecía impasible junto a una ventana, murmurando oraciones y pasando cuentas del rosario, pero con los ojos fijos en los ires y venires de afuera, esperando noticias de Marco para tranquilizarse, o tal vez una revuelta que la obligara a huir con los suyos.

Finalmente, llegó la respuesta de su marido, en una carta larga, escrita con tinta negra y letra bien cuidada. En ella le decía que todo estaba tranquilo, que dos de los ministros de Sanclemente tenían siempre que estar acompañando el gobierno y que él se devolvería apenas llegara su relevo político. «No se preocupe por nada, pues yo no corro el menor peligro —le explicaba—. Por el contrario, estoy aquí más seguro». Isabel no sabía qué creer. Era obvio que su esposo no decía toda la verdad, pero tampoco parecía inquieto ante un ataque inminente a la ciudad. Sus instrucciones fueron claras: debía pedirle dinero a un banquero amigo si se acababa el que había en casa, y a su regreso Suárez le pagaría. No hablaba nada de refugiarse en la hacienda o comprar un mercado suficiente como para atrincherarse en casa, así que intentó calmar a todos en la casa y seguir adelante con normalidad.

Mandó llamar al mozo de los recados y le pidió que ensillara un caballo.

—Vas a llevarle a tu amo una carta que escribiré —le dijo, y dirigiéndose a su suegra, continuó—: misiá Rosalía, empáqueme cuatro cuellos, dos pares de puños y los pantalones negros para mandárselos a Marco, junto con el paquete.

—No sé si esta ausencia sea tan larga —respondió la mujer.

—Pues yo sí sé. Es larga —dijo Isabel, y se sentó a escribir.

La guerra de los Mil Días había estallado y, como siempre, Bogotá era la última en enterarse porque hasta esas montañas heladas no

alcanza a llegar el conflicto. La vida siguió inalterada, con excepción de los reclutamientos de soldados que ocurrían en la plaza de Bolívar, que más parecían una feria que una marcha hacia la muerte. Con el tiempo, como casi siempre ocurre, la sociedad y la familia Suárez se adaptaron a la nueva realidad.

Suárez iba cada dos semanas a ver a la familia, y su llegada siempre era motivo de celebración y de sorpresa por partes iguales. Los niños se sentaban en su regazo a jugar y las mujeres se desvivían por prepararle comidas como de fiesta. Isabel se sentaba en una esquina a ver el teatro de alegría que interpretaban todos, y cuando se iban a dormir increpaba a su marido sobre la situación. Las noticias no eran alentadoras, confesaba su marido, pero no le daba detalles.

—Júrame que, si tu vida corre peligro, o la de tus hijos, tendrás la sensatez de irte del gobierno —le pidió una noche Isabel.

—Cómo es que dices algo así, mujer. Aquí nadie corre el menor peligro.

—No lo has jurado, Marco —insistió ella.

—Y no tengo por qué hacerlo, porque no pasará nada. Aquí estamos todos protegidos.

En las noches en las que a su esposo lo vencía el sueño, Isabel permanecía inmóvil y alerta, escuchando el más mínimo ruido e interpretándolo como un ataque de la turba, o de los mismos liberales que habían llegado con sigilo a matar a los ministros del gobierno conservador. Al día siguiente la delataban los ojos hundidos y el mal humor, pero aun así decía que había dormido de maravilla y se preparaba para otro día de batalla.

Tres días después de la Navidad del nuevo siglo, las mujeres volvieron a quedarse por su cuenta. Pasaron las dos semanas de siempre y no hubo noticias de Marco ni del gobierno. No eran solo ellas las que estaban a oscuras. Parecía que hubieran cercenado todas las comunicaciones, y empezaron entonces a llegar a su puerta hombres y mujeres ansiosos de saber noticias o inventar rumores. Al comienzo, Isabel los despedía con una sonrisa, y siempre diciéndoles que, si algo grave ocurría, ella lo sabría de inmediato, pero a medida que el tiempo pasaba, todas empezaron a impacientarse con el silencio. Llegaban historias de bandidos que los habían asesinado, de

golpes de Estado, fiebres malignas y enfermedades mortales, y cuando Isabel ya no pudo más, envió un telegrama firme a Anapoima en el que le pedía a cualquier persona que lo leyera que por favor le enviara un reporte de salud del ministro de Instrucción Pública. Nadie contestó y entonces Isabel se dio a la tarea de buscar generales aliados, amigos del partido y hasta criadas chismosas para darse una idea de la situación. Todos los días salía en busca de alguien que pudiera informarle algo, pero ni siquiera su madre, en el convento, tenía noticias. Finalmente, una tarde, la mujer de otro ministro anunció que su marido debía llegar ese mismo día, al anochecer. Ella tampoco había recibido una comunicación directa, pero por los dimes y diretes de la parroquia que era en ese entonces Bogotá, se enteró de que venía en camino un hombre en un caballo roano que cojeaba de la pata izquierda y supo que no podía ser otro que su esposo, a lomos del único animal que tenía a su disposición.

Isabel entró en la casa agitada y sudorosa.

—Dile al muchacho que me ensille la bestia —le ordenó a la criada —. Tengo que salir.

—Pero ¿a dónde, hija? —la increpó Rosalía.

—A buscar a un ministro que viene en camino. Necesito que me diga qué es lo que ocurre allá.

—Sola no te vas, dile al mozo que te acompañe en la mula —y luego de pensarlo mejor, Rosalía dijo—: Y llévate a la criada al anca, para que no estés con tantos hombres.

Isabel salió poco después del almuerzo y anduvo un par de horas antes de divisar, por entre la llovizna de la tarde, a un viajero solitario cubierto hasta la cara con un abrigo negro y rezó para que fuera él. Espoleó el caballo y fue a su encuentro.

—¿Señor Lozano? —preguntó.

El hombre se sobresaltó, se descubrió un poco el rostro y asintió, más confundido que cualquier otra cosa.

—Soy Isabel de Suárez.

Lozano sonrió y sacó del abrigo una carta húmeda, escrita con lápiz, casi inteligible.

—De don Marco, señora. Aunque tarde, porque nos trasladamos de lugar, hemos recibido sus telegramas.

Isabel la abrió ahí, bajo la lluvia, con las manos temblorosas de frío y de cansancio. Estaba fechada en La Mesa el día anterior y comenzaba: «Todos los días le telegrafío diciendo que estoy bien». La mujer levantó la cara perpleja. Los mensajes no habían llegado y no sabía si el aislamiento al que estaba sometida había sido por la maldad de los enemigos o por la ineficacia de los correos. «No han debido, pues, creer las mentiras de la gente ociosa y sin caridad, que no hace más que intranquilizar y enloquecer a uno. Mañana, Dios mediante, llegaré allá».

Al día siguiente, como lo prometió, Suárez llegó al anochecer. La pareja se miró sin reconocerse, porque ambos habían perdido mucho peso en esas últimas semanas, cada uno con su propia angustia. La familia se dispuso a celebrar, pero Suárez no estaba para fiestas.

—Llévenme un caldo al estudio, que tengo que trabajar —le dijo a Isabel, y se caló un gorro de lana para combatir el frío.

—Marco, ¿qué ocurre? —le preguntó su esposa.

—El cansancio del viaje, hija mía.

—He escuchado otra cosa.

—Ya te he dicho que debes ignorar los chismes…

—Dicen que se cae Sanclemente.

Suárez levantó la mirada de los papeles e Isabel notó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es imparable, Isabel —confesó—. Los brotes de violencia se han esparcido por todas partes. Los liberales están armados y los conservadores estamos divididos. Algo terrible va a pasar.

—Dios nos ampare, Marco. ¿Qué dice el presidente?

—El presidente está viejo y enfermo y ya no quiere luchar más.

—¿Y Miguel Antonio?

—Derrotado también.

—¿Y tú?

—Como me ves —dijo Suárez, con una sonrisa de lástima.

—¿Qué va a pasar?

—No lo sé. La facción histórica del conservatismo está ganando apoyo hasta en las filas liberales. Piden la renuncia del presidente y quieren que Marroquín asuma el mando.

—¿Qué harás tú?

—No me queda otra opción que acompañar al gobierno hasta el fin. Después veremos.

—Marco, pero te pueden matar, te pueden meter preso, estamos en guerra y tú eres parte del gobierno; ¿qué haremos nosotras?

—Lo único que pueden hacer las mujeres, Isabel. Rezar.

No les faltaba razón a los revolucionarios. Sanclemente era, después de todo, un presidente impuesto por Miguel Antonio Caro, una marioneta, un viejo enclenque y entumecido que debía gobernar desde climas cálidos para no morir de frío en Bogotá. La historia, pienso, se repite. Tantos años después el presidente también ha sido impuesto por otro y, como el viejo Sanclemente, gobierna sitiado y atemorizado por un pueblo que no aguanta más.

La pandemia salvó a muchos presidentes en el mundo, les dio un respiro, un enemigo común al que podían culpar de los males del país, de la ineficacia de las instituciones, de la inoperancia estatal. La pandemia fue un milagro para los estúpidos y una maldición para la humanidad. Colombia no se salvó de los efectos devastadores del covid, que no fueron solo las muertes de miles de personas conectadas a un respirador. Las estadísticas me parecen ajenas. Veo gráficos y cifras de pobreza y marcadores de inflación y lo único que percibo son números. Pero detrás de esos números hay gente. Veo las fotografías, entonces, que me dicen más. En Colombia, quien tuviera hambre debía poner un trapo rojo en la ventana para que en el confinamiento los voluntarios llevaran comida a los necesitados. Hay trapos rojos por todas partes, las ciudades están teñidas del rojo de las bayetillas y los campos del rojo de la sangre de un conflicto que se recrudece por minutos.

El presidente aparece rotundo, con su perpetua cara de burla, con su programa diario en la televisión, y la gente siente que no puede más. Se dispara la inflación, vuelven las protestas y yo las vivo con la agonía de la ausencia. Envidio a los jóvenes de la primera línea, a sus madres que les llevan comida, a quienes protestan y quienes viven allá, porque yo quiero gritar con ellos que así no es, pero estoy encerrada en una jaula. De oro, es cierto, pero jaula al fin. Llamo a

Vicente y le pregunto si va a ir a la marcha que habrá en unos días.

—Por supuesto —responde, como si hubiera sobrado mi pregunta.

—Cuídate —le digo, porque me da terror que la policía desatada le dispare, que el abuso del poder lo encarcele, que su futuro, como el de tantos chicos, se trunque por culpa de la inequidad. Le digo que se cuide, se lo encomiendo al cielo y cuando vamos a colgar añado que estoy orgullosa.

Sanclemente duró seis meses más tambaleándose en su silla presidencial hasta que una facción de los conservadores lo depuso y nombró en su lugar a José Manuel Marroquín, que fue un político perverso además de un poeta mediocre. Apenas se supo la suerte de Sanclemente, la multitud se lanzó a las calles, unos celebrando y otros lamentándose por el nuevo gobierno. Armados de antorchas, machetes y chicha, los manifestantes no tardaron en dejar las arengas y comenzar la violencia. La familia se reunió en el salón y de nuevo Isabel arrodilló a todos para que rezaran el rosario, presa de un pánico que no había mostrado en casi un año. Marco Fidel esperó hasta el último misterio, se dio la bendición y salió disparado hacia el estudio.

—Tengo una carta que escribir —les anunció a todos—. Isabel, dile al mozo que tiene que llevarla al periódico al amanecer, para que la publiquen en el vespertino de mañana.

—¡Dios mío bendito, Marco! ¿Qué has hecho? —le gritó Isabel cuando leyó el contenido de la carta.

El periódico había llegado justo después del almuerzo y fue Isabel quien lo abrió primero, intrigada por la cara de susto de la criada, que lo trajo porque el amo lo había mandado pedir.

—Lo que había que hacer —respondió calmado Suárez.

—¡Has encendido una hoguera y nos estás quemando a todos!

—No podía quedarme callado, tenía que protestar, Isabel.

—Eso no es una protesta, es traición a la patria. Acusas al nuevo gobierno de perjurio, los señalas como criminales. Les imputas a esos hombres actos de bajeza, cuando son ellos los que están en el poder. Nos condenaste a todos, Marco, nos van a matar.

No había acabado de decir esas palabras cuando empezaron los

gritos en la puerta principal. «¡Muerte a Suárez!», decían. «¡Abajo el criminal!», gritaban cada vez más personas, agolpándose frente a la casita de la calle 15. Suárez, ayudado por el mozo de los recados y la criada, cerraron la aldaba y pusieron los postigos en las ventanas. Cuando la multitud vio que la casa se cerraba y sus habitantes se protegían, tomaron piedras y palos y comenzaron a lanzar las unas y a golpear con los otros para tumbar la puerta y las ventanas.

Mientras su marido aseguraba la casa, Isabel agarró a sus dos hijos y se refugió en el salón, a donde llegaron Rosalía y Soledad. Suárez entró después, blandiendo una pistola en su mano temblorosa, seguido por el mozo y la criada, que llevaba un cuchillo de cocina. Entre todos se turnaban para salir a gatas a las alcobas y recuperar lo que se necesitara. Agua y pan para los adultos, leche para los niños, mantas y velones, y se sentaron a esperar a que la turba se disolviera o a que tumbaran la casa y entraran a llevarse lo poco que tenían, o a aprovecharse de las mujeres.

Rosalía empezó un rosario recitando los misterios gloriosos, y a mitad de camino los cambió por dolorosos, cuando arreció la lluvia de piedras, que ahora caían sobre el techo de adobe que los protegía. Isabel la seguía sin mucho convencimiento, más concentrada en escuchar los gritos y calcular la distancia a la que estarían. «Se van a meter por el techo», pensaba. «Van a romper los postigos de las ventanas», se decía, y mientras tanto toda la familia ensayaba a rezar algo, más para distraerlos del estruendo que como un acto de fe. A medida que pasaban las horas iban disminuyendo en intensidad los gritos. Los niños, que al comienzo lloraron de miedo, terminaron dormidos, envueltos en las cobijas, arrullados por la actividad de la calle y los ladridos de los perros enloquecidos. Los criados también se acomodaron en el suelo, se cubrieron con lo que encontraron a la mano y se quedaron dormidos. Luego siguieron Rosalía y Soledad, y al final Marco terminó cabeceando en una silla orejona. La única que no podía cerrar los ojos era Isabel, que ni siquiera pudo descansar cuando se hizo silencio, preguntándose si era que se habían aburrido, o si habían encontrado otro chivo expiatorio, o si acaso habían quedado tendidos en el piso, hastiados de tanta chicha y tanta excitación.

El frío del amanecer terminó por despertarlos a todos. Poco a poco,

todavía entumidos por el frío, se fueron poniendo de pie. Se miraban los unos a los otros, primero avergonzados de haberse dormido y luego felices porque todos estaban a salvo. El mozo se aventuró a salir primero a constatar los daños. Regresó diciendo que no había nadie frente a la casa, pero que había varios postigos rotos y que la puerta también necesitaría reparación.

Con ese parte de tranquilidad, todos fueron saliendo del salón: la criada para poner a hacer el chocolate, Marco para seguir trabajando, Rosalía para amasar las arepas del desayuno y Soledad para ver si las materas del patio habían sufrido con las pedradas. Solo entonces Isabel se dio el permiso de llorar. Su llanto desenfrenado, solitario, imparable, llenaba todos los espacios de la casa. Lloraba y maldecía, y cuando Marco apareció para calmarla, ella le dijo:

—Nada de eso, aquí nadie se va a tranquilizar. Casi nos matan; ¿cuándo va a ser suficiente, Marco? ¿Cuánto tiempo más vamos a esperar? ¿Cuánto más podemos resistir?

—Ya no más, Isabel. Ya se acabó —le dijo su marido y la abrazó.

A eso de las diez de la mañana sonó la puerta y la familia entera se sobresaltó al tiempo y en igual medida, como en una coreografía, porque pensaron que volvían las pedradas, pero el golpe seco y certero se detuvo y se dieron cuenta de que era el aldabón. Un hombre de ruana y oculto bajo el ala de un sombrero de jipa entregó un papel doblado en dos al mozo, que fue el único que se atrevió a acercarse a la entrada. No esperó respuesta ni agradecimiento y salió huyendo hacia el cerro.

La nota decía: «En consejo de guerra en el nuevo gobierno. Usted corre peligro de cárcel. Huya cuanto antes. Un amigo».

—Será el único que me queda… —dijo Suárez con un suspiro cuando leyó la esquela—. Empaquemos, que no hay más que hacer.

—Pero ¿a dónde te vas, por Dios? —le gritó Isabel, desenfrenada de angustia—. ¿Y nosotras? ¿Y los niños?

—Tengo a dónde —respondió Suárez—. Puedo salir unos días de Bogotá.

—Vuelvo a preguntarte —dijo ella con toda la calma que pudo reunir—: ¿qué haremos en este hogar en tu ausencia?

—Esto se calma en poco tiempo, Isabel. Tengo que hablar con los

conservadores menos belicistas, vas a ver que en cuestión de días estoy acá. Por ahora, ayúdame a empacar.

Suárez salió poco tiempo después, llevando en un zurrón de cuero las pertenencias básicas. Como toda prevención se puso un sombrero sobre su gorrito de lana, y cuando su mujer le pidió que se ocultara, él le respondió que su destino estaba en manos de Dios. Isabel no aguantó más. Cerró la puerta tras de sí y se dejó caer en el piso del corredor de entrada, sin fuerzas ni siquiera para pedir ayuda. Las mujeres se percataron de su ausencia y cuando fueron a buscarla la encontraron con los ojos desorbitados y la boca seca. La levantaron en andas y la pusieron sobre su cama en la alcoba nupcial y dieron orden de que la dejaran descansar.

Ya había entrado la noche cuando aparecieron dos soldados escuálidos y atemorizados que venían a buscar a Suárez. A pesar de que tenía la puerta cerrada, Isabel escuchó el alboroto y salió, con el pelo desordenado y el cuello del vestido desabrochado. Tenía las ojeras pronunciadas de los insomnes, pero estaba de nuevo en sus cabales y lista para enfrentar lo que viniera.

—Mi marido no se encuentra en esta casa, así que pueden irse por donde llegaron —les dijo.

—Tenemos órdenes, doña; nos debemos quedar aquí hasta que llegue el don —le dijeron los soldados.

—Pues montarán guardia afuera, a ver si por lo menos asustan a los bandidos que trataron de matarnos anoche —les respondió ella y los echó de la casa.

Al día siguiente volvieron los soldados, acompañados de un superior.

—Necesitamos que nos deje entrar. Tenemos una orden del gobierno para que nos deje mirar la correspondencia personal del señor Suárez.

—A mi casa no entra nadie sin la orden de mi marido, así que bien pueda y consígala —les dijo Isabel y volvió a cerrarles la puerta.

Esta vez, asustada porque sabía que volverían con más gente o con armas, llamó al mozo y le pidió que buscara a su esposo y le entregara una nota.

«Marco Fidel. Escribo estas líneas para avisarte que estamos buenos aquí. Vinieron unos hombres a revisar tus cosas, pero no los hemos

dejado entrar. Esperamos instrucciones con las puertas trancadas. Tu Isabel».

Dos días después, llegó la respuesta de Suárez. Estaba escrita sin prisas y se limitaba a explicar lo básico. «Isabel querida —decía—. Los papeles pueden entregarse para que los examinen, pues nada hay en ellos que me comprometa o que sea reservado por cualquier circunstancia. Mis cartas, apuntes, etc., todo puede ser leído por todo el mundo. Pero no conviene dejarlos sacar porque pueden perderse documentos que me interesan mucho. Entre esos papeles hay cartas que conservo con mucho cuidado y otras que me interesan altamente. Las escrituras de las casas deben mostrarse también si las piden. El dinero y las alhajas supongo que las tendrán en seguridad.

»Si resuelven hacer lo que yo indico, procuren salirse para que no presencien los niñitos la ronda de la casa. Confórtame a mi madre. Mucha dignidad, mucha firmeza y mucha discreción. No se quejen ni hablen contra nadie».

Esta vez la puerta se abrió y los hombres entraron. Vinieron los mismos dos soldados de siempre, acompañados de su superior y de un hombre vestido sin uniforme, pero que tenía el mando de todo. Les pidió que se reunieran todos en una de las habitaciones y consintió en dejar que Isabel los acompañara y sirviera de testigo para la requisa.

—Con cuidado —les advertía ella, cuando iban a abrir un cajón—. Así no es —decía, y abría ella misma las gavetas y los cajones, para que no fueran a hacer un daño.

No sabía qué buscaban, pero esa actividad frenética de esculcar entre los papeles y las cartas duró varias horas, durante las cuales ni ella se movió de su sitio de vigilancia ni ellos parecieron incomodarse con su presencia.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó cuando estaban por salir.

El hombre que no traía uniforme le respondió:

—Si encontramos mérito para arrestarlo, procederemos con la orden. Lo buscaremos, si no nos dice dónde está.

Isabel sintió que se quedaba sin piso, y tuvo que agarrarse del pomo de la puerta para no caerse. Con lo que le quedaba de fuerzas, preguntó de nuevo:

—¿Y si no encuentran mérito?

—Puede volver tranquilo —dijo el hombre, con una sonrisa.

Cuando se fueron, Isabel no soportó más y se sentó a llorar en el tapete del estudio. Suárez volvió unos días más tarde, cuando supo que no lo apresarían. En su casa no encontraron las pruebas que buscaban, cualesquiera que estas fuesen, y le mandaron razón de que podía volver. Le habían dejado la puerta sin tranca, porque quiso regresar de incógnito, igual a como se había ido, para evitar las habladurías de los vecinos, y cuando entró, encontró la casa a oscuras. Se veían iluminados por la luna los helechos y de los daños que había hecho la turba un par de semanas antes, quedaba poco por resanar. Una ventana, nada más, con los goznes rotos, era el único recordatorio de la noche aterradora que pasaron. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, detectó una mínima luz que salía de la habitación de Rosalía.

—Te van a matar un día —le dijo, cuando entró a saludarla.

—Pero no lo han hecho todavía, y aquí estoy en casa —respondió Suárez.

—Sor María Antonia quiere hablarte. Dice que es urgente.

—Mañana me paso por el convento, pero es tarde ahora. Vamos a dormir, que su merced debe estar cansada.

—Marco, ella lo sabe todo.

—Todos en este pueblo lo saben todo…

—Todos menos tú.

—¿Qué es lo que tengo que saber acaso?

—Isabel no está buena, Marco.

—Eso es miedo, madre. Todos tenemos miedo, ya se le pasará.

—Tu mujer se va a morir si nos vuelve a pasar algo así —dijo Rosalía, tomándole la mano con firmeza—. Puede incluso que ya sea tarde. Debes ir a hablar con tu suegra. Ella es una mujer estudiada, inteligente, que teme por la salud de la pobre Isabel y tiene que decirte…

—¿Qué es lo que le pasa a Isabel? ¿Por qué no me avisaron? —preguntó el hijo, de repente alertado ante la posibilidad de algo tangible.

—Le pasa que la estás matando. La zozobra no la deja en paz. Desde que todo esto comenzó, Isabel ha hecho hasta lo imposible por

mantener la fuerza, pero ella no está bien de la cabeza. Hasta ahora ha respondido con valentía ante todo, pero cuando supo que tú estabas a salvo se derrumbó. Hace días que la obligamos a dormir con agua de borrachero, porque el insomnio y la tristeza la están acabando. Cuando vinieron los soldados a requisar tus papeles, la pobre terminó hecha un manojo de nervios, y fue tal la angustia que pensamos que se había vuelto loca. Tuvimos que traer al doctor para que la tranquilizara y desde ahí no es la misma. Ha adelgazado, está apagada y se pasa el día mirando al vacío. A ver si tú eres capaz de mejorarla, porque nosotras no hemos podido hacer nada.

—¿¡Cómo es que nadie me dice, carajo!? ¡Yo no estoy pintado en la pared! —gritó Marco, y se acercó a la habitación donde estaba su mujer.

—Belisa —la llamó. Ella abrió los ojos y sonrió. Se veía delgadísima, pálida y con las facciones marcadas por el sufrimiento. Isabel había envejecido un siglo desde la última vez que se habían visto

—Por fin viniste, ahora puedo descansar —le dijo, y le acarició la cara con una mano huesuda y temblorosa.

María Antonia se encontraba encerrada en una celda, pero por ningún motivo era prisionera del convento. Desde la ventana de su mínima habitación, según me cuenta Teresa, veía lo que ocurría en la casa del camellón de los Carneros, diagonal a su lugar de reclusión. Había visto a los alguaciles y la policía y había escuchado los cañones que disparaban anunciando el fin del gobierno de Sanclemente. Las noticias llegaban primero a donde las monjas, antes que a cualquier otro lugar, acompañadas de limosnas y peticiones para que intercedieran con sus rezos en uno u otro destino del país.

Colombia siempre ha sido un país católico. Desde el himno, que pregona la cruz de Cristo, hasta el presidente exhibiendo la Virgen de Chiquinquirá en un helicóptero como amuleto contra la peste, la separación entre Iglesia y Estado nunca ha existido del todo. No solo había curas en las familias, sino monjas. En la mía había dos. Una prima llamada Elizabeth, a quien conocí casi solo de nombre, y mi tía abuela Cecilia, una viejita menuda y sonriente, a quien no le pesaba el

haber tomado los hábitos antes de cumplir la mayoría de edad.

Mi tía Cecilia, cuando ya había envejecido tanto que no podía seguir haciendo labores monacales, vivía en un convento que fungía como ancianato para monjas y que quedaba cerca de la casa de mis papás, y cuando Vicente era niño íbamos todos los domingos a visitarla. Nunca me cuestioné el extraño ritual, ni tampoco el hecho de que toda la familia de mi mamá se encontrara siempre en el refectorio alrededor de Cecilia y sus otras compañeras, todas ancianas que llegaban a ese lugar a esperar la muerte. Vicente disfrutaba las tardes de bocadillo y agua de panela en ese lugar frío, y más tarde supe que era porque confundía a las monjas con los pingüinos y creía que, en lugar de un convento, visitábamos un zoológico.

Cecilia sintió que moría una mañana, así que se levantó y se amortajó ella misma y se acostó a esperar el fin, pero al ver que eran las once y seguía respirando, decidió quitarse la sábana mortuoria y comerse unas galletas. Pospuso entonces la muerte unos diez años más, cuando el cuerpo lo tenía encorvado y ya los sobrinos habían crecido y no la visitaban más.

Con María Antonia no fue así. Era una mujer muy fuerte que seguía al tanto de los destinos de su familia, así solo pudiera verlos por una rendija. Cuando Suárez no se presentó en el convento al día siguiente, la monja le escribió una carta hermosa, con una letra magnífica y una prosa fluida, tal vez producto de su exquisita educación.

«Mi muy querido amigo», comienza diciendo. «No es una pobre monja la llamada a darle a usted consejos, así que no es con la cabeza, es con el corazón de madre; es después de haberle pedido mucho a Dios que me atrevo a hacerlo, y porque creo que es del agrado de Dios que lo haga.

»Marco Fidel: le aconsejo, le ruego, le suplico que se separe para siempre de la política. Dios le ha dado talento, saber, inteligencia. Emplee tan bellas dotes en causa más grande y más noble que la triste lucha de los partidos políticos».

Después de hablarle de sus cualidades, le habla de su familia: «Recuerde que usted es ante todo hijo, esposo y padre». Dice que su madre necesita paz en los últimos años, que Isabel y sus hijos necesitan un padre y que la política lo alejará de ellos. Y al final

vuelve a disculparse por su impertinencia y remata: «Le repito, yo no sé ya aconsejar, al través de las rejas se juzga de las cosas de muy distinto modo…» y se despide deseándole felicidad.

Leo la carta de María Antonia con sorpresa. Es la única que se atreve a decirle a Suárez cómo debe actuar o lo que debe hacer, y lo hace con un tacto increíble. No habla de su hija enferma ni de las amenazas de muerte ni de las requisas a las que sometieron a la familia. Se concentra en el futuro y en alabar a un hombre que, aunque vilipendiado por los demás, tenía un ego robusto y no permitía que se le dieran órdenes, mucho menos se venían de una mujer.

Suárez, que acababa de venderle a Pepe Sierra la finca Llano de Mesa, una de las propiedades que María Antonia le había dejado a su hija como herencia, vio en ese dinero la posibilidad de dejar de trabajar. Conmovido seguramente por la carta, asustado por la salud precaria de su esposa y aterrado por los ataques que habían sufrido, prometió no volver a la política nunca más, y retirarse a una vida tranquila y casi monacal.

Isabel, sin embargo, nunca se recuperó. La depresión la debilitó y murió el 4 de mayo de 1901. En algún lugar leí que murió embarazada, a punto de dar a luz al tercer hijo del matrimonio, y le escribo a Teresa para preguntarle.

—No sé nada de eso —responde, por primera vez, cortante.

—¿Acaso se suicidó?

—No, no hay riesgo. Ella era muy católica; ya te lo dije, murió de tristeza.

Teresa sabe de lo que habla porque casi muere de tristeza ella misma. Luego de que Claudia, su hija, enfermara y falleciera de cáncer, el corazón de Teresa se rompió. Literalmente. Tuvieron que ponerle un marcapasos y ahora late con la regularidad de un reloj, pero en algún lugar sigue resquebrajado. Me cuenta, con el conocimiento que da la experiencia, que María Antonia supo de la muerte de su hija porque a través de la ventana vio los festones negros y la carroza fúnebre, y lo único que pudo hacer para despedirla fue asomarse a las rejas de su celda y llorar desde la distancia.

Es tarde en la noche cuando dejo a Isabel en su ataúd y Mario me dice que vayamos a dormir. Él ha estado encerrado todo el día en

reuniones y se le ve cansado, pero yo no tengo ganas de acostarme. Quiero ver dónde encontré la información del embarazo de Isabel, y vuelvo a buscar en libros y cuadernos de notas, pero no hay nada. Me pregunto si fue mi imaginación y simplemente la visualicé desangrada en una cama, pero cuando estoy a punto de claudicar veo, oculta en medio de un párrafo político, la frase que estaba buscando: «… cuando se hallaba próxima a dar a luz al tercer fruto de sus entrañas», dice, rimbombante, un tal Heriberto Zapata.

Luego leo el soneto que escribió Miguel Antonio Caro dos días después con motivo de la muerte de su prima lejana, la esposa de su protegido.

Viendo tú en alta noche que la Muerte
A tu Isabel doliente se avecina,
En busca vas de humana medicina,
Y encuentras, al volver, despojo inerte.
Ella afligida por la adversa suerte
Que acíbar largo a tu virtud propina,
Fuese entre tanto la mansión divina
Por ti, Marco, a rogar al Santo, al Fuerte.

Así que Isabel moría y Suárez salió a buscar ayuda. Así que regresó y la encontró muerta. Así que Caro aprovechó y achacó la muerte de Isabel Orrantia a los enemigos de Suárez, que eran los mismos suyos. No me extraña que ese hombre usara la imagen de una muerta para su provecho y que el mismo Suárez, derrotado políticamente también, se agazapara en el luto para retirarse de la arena política, con seguridad arrepentido porque la promesa que le hizo a su esposa llegó demasiado tarde.

El 21 de mayo, en una esquela enmarcada en bordes negros, Suárez le escribió una carta a su suegra.

«No sé cómo empezar esta carta, ni cómo explicar a usted lo que he sentido hace un mes y lo que continuaré sintiendo por toda mi vida. En este mar de amargura, en este naufragio de mi dicha, tengo que exclamar, señora, a cada momento: “Hágase la adorable voluntad de Dios”.

»¿Qué cuenta he dado a usted del tesoro que me entregó el 15 de

agosto de 1895? Perdóneme, señora, que haya contribuido a amargar su tranquila y santa existencia, no rodeando tal vez de los cuidados y atenciones que ella merecía a esa Isabel adorada, a ese ángel de mi vida, a esa mujer perfecta que me acompañó un momento para irse al cielo, dejándome sumido en el dolor más intenso».

No puedo hacer otra cosa que llorar por ese pobre viudo, pero también admirarlo porque en medio de tanto dolor es capaz de escribir con tanta belleza, con tanta pulcritud.

Isabel fue una existencia fugaz, pero su ausencia les rompió la vida a tantas personas y los ecos de su muerte retumban hoy, en la madrugada de un verano romano. Tantos años después de haber escuchado su nombre por primera vez, me doy cuenta de que ahora sé quién es ella. Sé cómo murió y sé por qué la lloraron tantos años. Asisto a su entierro como lo hizo su madre, viendo el coche fúnebre de soslayo, sin poder darle un beso en la frente como despedida.

Me acuesto al lado de Mario, que se despierta cuando siente mi peso a su lado.

—Es tarde —me dice.

—Isabel murió —respondo.

—¿Quién es ella?

Parte IV.

TONA

La primera vez que Tona vio el juego de té fue la víspera de la muerte de su madre. Se encontraba en la habitación de Isabel, que se revolcaba de la fiebre y murmuraba letanías incomprensibles con los ojos entornados y las manos aferradas a un crucifijo. Llovía tanto que su tía Soledad tuvo que gritarle para que la escuchara.

—Unos lienzos, Toña —le dijo, por entre el ruido del granizo que se reventaba contra las tejas de barro—. Trae unos lienzos para hacer compresas.

La niña salió corriendo. Atravesó el patio regado de novios blancos descabezados por la tormenta. Revisó la sala y no encontró más que un par de cojines bordados que no servirían de nada. Lienzos, pensaba. Tengo que buscar lienzos. Pasó al comedor y se le ocurrió que algo allí podía servir. Una servilleta tal vez, pero ¿dónde las guardaban?

Abrió un mueble que contenía una jarra de plata, unas copas verdes, tres vasos. Un cajón donde se guardaban los cubiertos, uno más, lleno de velas a medio consumir. ¿Dónde? En los baúles de los manteles, por supuesto, pero ¿dónde estaban?

Corrió entonces a la despensa y encontró tres arcanos de cuero y abrió el primero, el más pequeño, porque se imaginó que ahí debían estar guardadas las servilletas que había bordado Soledad, las de las flores azules. Encontró en su lugar un forro de raso verde claro, con unas tazas hermosas, algo que ella nunca había visto en esa casa, donde todo tenía remiendos y quebraduras. Abrió el otro baúl, el compañero. Otro forro de raso, con platos, lechera, tetera y azucarera. La vajilla resplandecía de blancura aún en la penumbra de la habitación. Tomó una taza y se dio cuenta de que no pesaba nada. Era frágil y blanca como una cáscara de huevo. Si la ponía contra la bujía encendida, veía la luz que se filtraba tenuemente. Tocó con la yema del dedo las letras de oro: «DCdeB». Las delineó, como si supiera escribir, como si supiera leerlas. Se llevó la taza a la mejilla para tocar

la porcelana helada y se preguntó si ese contacto frío lograría el milagro de mejorar a su mamá.

«¿Por qué tenemos algo tan lujoso?», se preguntó. Palpó el raso y se le ocurrió que las compresas hechas de ese material podrían funcionar. Sacó las tazas, una a una, los platos, los demás utensilios del té y los puso a un lado. Quiso rasgar la tela, pero algo se lo impidió. Era tan hermosa, hecha a la medida de la caja, y ahora lucía inerte y vacía sin su tesoro. No sabía qué debía hacer. Se sentía avergonzada, una ladrona, irrumpiendo en quién sabe qué secreto familiar.

—¡Toña! —escuchó que gritaba Soledad.

Volvió a poner las tazas en su lugar, incapaz de romper la tela del color de las manzanas verdes. Cada cosa tenía un lugar preciso y entonces el raso abrazaba los platitos, las tazas, la tetera, como si los hubiera extrañado. Miró de nuevo los dos baúles y le pareció que el mundo debería tener el mismo orden perfecto de ese juego de té. Pasó los cerrojos y salió de la despensa hacia la cocina. Encontró allí un paño burdo que le pareció que era lo único que podía servir y llegó a la habitación.

—Está sucio —le dijo su tía—. ¿No encontraste nada?

La niña negó con la cabeza.

—Pues tendrá que servir. Mójalo en ese aguamanil y tráemelo.

Tona obedeció. Soledad empapó la cara de Isabel, el cuello, las manos, los brazos. Le entregó de nuevo la tela, tibia con la fiebre que había arrastrado consigo.

—Otra vez.

Repitieron la operación hasta que la moribunda guardó silencio y pareció dormir.

—Solita —se atrevió a decir la niña—. ¿Qué son esas tazas blancas que estaban en la despensa? ¿Por qué no tomamos ahí el chocolate?

—Ahora no, Toña. Eso es de tu mamá. Con eso no se juega. ¿En lugar de buscar lo que te pedí te dedicaste a ver vajillas?

—No, pero abrí el baúl y…

—Ya te dije, Toña. Con eso no se juega.

Esa imagen había quedado sepultada en su memoria infantil, cubierta

por la pátina de los años, tanto que hacía mucho que no pensaba en ella. Entró en la despensa para buscar lo que se llevaría al Palacio de San Carlos, donde tendría que vivir ahora que su papá era presidente. Se decía a sí misma esta palabra, «presidente», y aguantaba la respiración. Qué amargura sentía cada vez que se lo recordaban. Marco Fidel Suárez era el presidente de la República de Colombia y ella, su hija, era la primera dama. «En qué momento la vida la había zarandeado de esta manera», pensaba. Tenía veinte años y se sentía como si tuviera cincuenta, sesenta, mil. Tomó una bandeja de servir hecha de cerámica, pintada con unas flores rojas, y la puso sobre el mesón de la cocina. Necesitaría platos, porque detestaba aquella vajilla blanca en la que cenaban. Quería ponerle color a la comida, así fuera en la mesa, porque todos vestían siempre de negro. «Qué presidencia más terrible», se dijo. Parecía que Dios los estuviera castigando por algún pecado, a ellos, que habían tratado de no desviarse del buen camino. «No debo ni siquiera invocarlo» pensó, pero ya el daño estaba hecho. Sacudió la cabeza para alejar los pensamientos de rencor contra el Señor, temerosa de que la castigara más. «Pero ¿qué más puede pasar?». Tomó seis platos de una vajilla que estaba incompleta, esta con pájaros amarillos que revoloteaban alrededor de unas hojas otoñales.

—¡Toña! —gritó Soledad.

Ella se encontraba exactamente en aquel sitio en la despensa en el que había estado quince años atrás buscando un lienzo para su madre moribunda. El mismo grito, la misma voz. Se estremeció y recordó el juego de té que había abierto por error y que luego había olvidado.

—Dame un rato, que estoy buscando una vajilla —le respondió a su tía, y se agachó de nuevo frente a los arcones.

Los cerrojos estaban viejos, pero cedieron con facilidad a su tacto. Sentía las pulsaciones del corazón en las sienes, y no sabía exactamente qué le producía esa sensación. ¿Miedo? ¿De qué? Ya no era una niña, ya no podían regañarla, y lo que estaba en esas cajas le pertenecía por derecho. ¿Qué era entonces? ¿Se sentía acaso una intrusa?

Abrió por fin ambas tapas y volvió a ver el juego de té. «DCdeB». Recordó la angustia de esa noche, en la que el paño de cocina se

secaba con la fiebre de su madre enferma. Deliraba, decía incoherencias, vociferaba en sueños, pensaba que algo se le acercaba para ahorcarla. Su padre parecía igual de enfermo, con la cara pálida y los ojos llorosos, y en más de una ocasión mamá Rosalía le tocó la frente pensando que tal vez tendría lo mismo que su esposa.

Recordó aquella última noche, cuando su padre, desesperado, salió a buscar al médico. Se quedaron entonces las mujeres rezando, porque sabían que Isabel ya no era de este mundo. La fiebre había cedido, porque ni la fiebre tenía cabida en ese cuerpo endeble e Isabel permanecía quieta, con los ojos cerrados y un hilo de respiración. Soledad se quiso llevar a su sobrina a la habitación de al lado, para que se acostara junto a su hermanito.

—Los niños no deben presenciar esto —le dijo a Tona.

—¿Y si no la vuelvo a ver? —replicó la niña, que no quería separarse del lado de su madre—. Igual no voy a dormir nada. Déjame rezar, por favor, déjame rezar por ella.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la moribunda abrió los ojos. Tona pensó que se había despertado, pero Rosalía y Soledad sabían que había llegado la hora. Inspiró, como tomando fuerzas para morirse, y exhaló. La boca le quedó descolgada, los ojos abiertos y las manos engarrotadas se le soltaron. En lugar de llorar a gritos, Rosalía abrazó a Soledad y comenzaron el ritual silencioso de prepararla para el entierro. Ya ninguna se daba cuenta de la presencia de la niña, atareadas como estaban en la limpieza del cadáver. Tona se sentó entonces en una silla de mimbre, en la esquina de la habitación, a esperar.

Cuando llegó Marco con el médico, las mujeres lo estaban esperando con los velones encendidos.

—Llegamos tarde —dijo Suárez y se arrodilló frente a su esposa. Lloraba en silencio. Las mujeres interrumpieron su tarea para darle un espacio y fue ahí donde se percataron de la presencia de Tona.

—¿Qué haces aquí? —le dijo su tía.

—No sé a dónde ir…

Soledad la abrazó y solo entonces Tona comenzó a llorar.

Los días que siguieron fueron como un vendaval. La gente, la correspondencia, las flores, los rezos. Tona no recordaba mucho,

excepto el negro. Todo era negro, comenzando por el cielo, porque se desgranó un aguacero monumental, que duró más de una semana. Luego vinieron el duelo y la cotidianidad y la vida se restableció, ahora sin Isabel. Y ella, Tona, había olvidado el juego de té que ahora tenía al frente. Tomó esta vez la tetera, con su tapa coqueta pintada de azul. Se preguntó por qué su madre tendría algo así. No les había faltado nunca nada, pero tampoco habían tenido lujos. Su padre pasaba horas sacando cuentas, preocupado por el futuro y ahorrando en el presente. «¿A dónde se me va la plata?», solía decir en voz alta, y nadie sabía responderle, porque nadie gastaba en ese hogar.

Esa vajilla parecía hecha para una princesa. Para una dama de la alta alcurnia. Para alguien con dinero. ¿Quién era DCdeB?

—Toña, que nos están esperando —le dijo Soledad, que había llegado a la cocina.

Tona cerró el baúl como si la hubieran agarrado en medio de un delito.

—Ya voy. Ya voy.

—¿Te vas a llevar eso? —Soledad le señalaba el juego de té.

—No, no. Solo quería saber qué había ahí…

—Eso era de tu mamá. Ahora es tuyo.

—Sí, pero no me imagino dónde o cuándo lo podría usar.

—Ella siempre decía que lo quería estrenar en una ocasión feliz.

—Pues entonces yo no tendré nunca cuándo hacerlo —respondió Tona y se echó a llorar.

A pesar de que es domingo, me levanto temprano. Hace días quiero ordenar la biblioteca. Cometí un crimen ecológico e imprimí todas las cartas que la familia se escribió desde antes de 1900. Las he organizado por años, y cada año va en una carpeta. Si no les pongo un poco de orden a las carpetas desperdigadas por el piso no podré seguir adelante, porque siento que mi cabeza es igual de caótica a lo que me rodea. Abro unos estantes para guardar cosas que no uso y encuentro todavía un par de cajas que no he abierto desde la mudanza. En una hay fotografías, de los tiempos en los que las imprimíamos. Aparece Vicente pequeño, y puedo reconocer en ese niño al adulto que ya es.

Tiene la misma mirada, los ojos juntos, la boca pequeña, y en una foto posa con el dedo índice señalando algo fuera del encuadre. «El científico», le decía mi suegro, porque todo tenía que analizarlo con los ojos y hurgarlo con ese dedo, que más que acusar, era su antena táctil con el mundo.

Sigue siendo eso. Un científico. Las facciones cambiaron, pero no tanto para que sea irreconocible. El pelo se le oscureció y lo lleva largo, tiene un tatuaje, un arete y se afeita, pero es ese mismo chico que miraba a la cámara con los ojos limpios hace veinte años.

Recuerdo entonces algo que he visto en las carpetas, abandono el intento de poner orden y vuelvo a abrirlas hasta que lo veo. Es la prueba de que María Antonia Suárez Orrantia, Tona, Toña, Marian, porque todos le decían de una manera distinta en su familia, no cambió mucho desde ese primer encuentro con el juego de té. Su mundo sí. Sus primeros veinte años fueron de cambios constantes, rápidos y dolorosos como balas de metralla. Pero ella siguió siendo fiel a su esencia.

En mis manos tengo la copia de un papel fechado el 3 de septiembre de 1903 y, al mirarlo, veo el resumen de su personalidad. En la parte de arriba del papel, escritas en lápiz, aparecen unas letras dibujadas con la mano temblorosa de una niña, un abecedario de mayúsculas que se detiene en la *P*. Su padre escribe en el margen: «Estas letras las escribió María Antonia Suárez, de 7 años. 1903». En el resto de la hoja hay un dibujo hecho con tinta. Un dibujo enorme, el garabato de un infante, y el mismo Suárez escribe a un lado: «Gabriel Suárez pintaba su retrato. 3 setiembre 1903, de 4 años 1/2. Usaba reloj enorme, tan grande como un tambor. Tenía pies más diminutos que cualquier súbdito del Hijo del Cielo. ¡Qué Gabrielucho!».

Paso un par de horas analizando este papel, estudiándolo, sacando conclusiones de aquella dinámica familiar. Lo primero que pienso es que el padre abnegado no olvida nunca que está escribiendo para la posteridad. Tal vez en este momento piense que sus escritos solo están destinados a ser leídos por la familia, pero aun así fecha los ejercicios didácticos de sus hijos y explica qué es de quién, para que alguien en el futuro los lea. Tal vez incluso alguien como yo.

Lo otro es que no pasa desapercibido el espacio que ocupa cada hijo.

Ella, una línea en un borde de la página, a lápiz, tímida y apocada. Él, expansivo, divertido, indeleble, como la tinta en la que dibuja. Pero, sobre todo, es notable la diferencia del padre frente al uno y al otro. Es claro que María Antonia no despierta la curiosidad, la ternura, el vendaval de sentimientos que genera su Gabriel. Su padre la quiso, cómo no. Pero María Antonia era una mujer y, como tal, tenía un valor distinto de aquel que se le confería al hijo varón. Las mujeres debían encargarse del hogar, de cuidar a los hombres y, en el caso específico de Tona, de reemplazar a Isabel. Debió de ser difícil para ella crecer a la sombra. A la sombra de la imagen de su madre muerta, a quien debía emular, y a la sombra constante de su hermano, que entretenía a todos con sus travesuras, quien llevaría en el futuro el apellido y en quien su padre depositaba todas las esperanzas desde que era casi un bebé.

Tona no podía ocupar un lugar similar al de su hermano, pero había un nicho para ella. Con disciplina, con método, casi con obsesión, se dedicó entonces a hacerse su espacio en el mundo. Se convirtió en una niña juiciosa, tranquila y meticulosa. Lo suyo era la responsabilidad, el orden. Ya no lo recordaba, pero la impresión que le había dado el abrir por primera vez el juego de té era justo esa: que, como en aquella caja, había un lugar para cada cosa y ella debía encontrarlo.

A pesar de no tener mamá, Tona nunca se sintió huérfana. Isabel era una figura de cartón, la cara de una mujer que posaba en un par de fotografías y que contrastaba con la última imagen que tenía de ella. En las primeras se veía lozana, en la última tenía el color de las velas y la delgadez de los pabilos. Aprendió desde niña que tenía cuatro madres. Esta, la verdadera, la que la había parido, era su intermediaria con Dios. A ella le pedía salud, le pedía por su padre, le pedía por su hermano. Las otras tres atendían sus necesidades terrenales. De sor María Antonia heredó algo más que el nombre. Era inteligente como su abuela materna y, como ella, ávida de conocimiento. Sus primeras cartas se las dirigió a la monja, garabatos preciosos en los que ensayaba su caligrafía y que era lo único que su abuela podía conservar, porque en el convento no la dejaban tener ni fotos, ni dibujos, ni nada que las atara a la vida terrenal. En ellas le hablaba de sus progresos en el colegio, de su amor por Dios, de su obediencia al

padre. Las otras dos a quienes llamaba «mamá», Rosalía y Soledad, la formaron como una mujer. Una mujer de su época. Le enseñaron a barrer, a cocinar y a bordar. Le impusieron las tareas domésticas que ellas mismas habían hecho toda su vida, y además le enseñaron a administrar una casa, a llevar las cuentas, a comprar lo que se necesitaba. Todo eso servía a un solo propósito, su único propósito desde que tuvo conciencia: cuidar a su padre. Él era el motivo de sus desvelos y sus angustias, y su misión en la vida fue darle la tranquilidad que le robaba el mundo exterior y darle la paz que no había encontrado después de la muerte de Isabel. De la levedad, del humor, de la misma felicidad, Tona lo sabía, se encargaba Gabriel.

—¿Cuándo viene papá? —preguntó un día Gabriel.

Se encontraban en La Trinidad, una finca que heredaron de Isabel, en la que solían pasar todas sus vacaciones. Acababan de despedir el año de 1907 y, si bien Suárez había cumplido la promesa que le había hecho a Isabel en su lecho de muerte y hasta ese momento no había regresado a la política, sus obligaciones como docente y como abogado no le habían permitido quedarse con los niños.

Tona dejó de barrer y miró a Solita, que no levantó los ojos del bordado cuando respondió:

—Viene cuando pueda venir. Tu papá trabaja mucho y por eso se tuvo que quedar.

—¿Por qué no le escribes una carta, Gabrio? —terció Tona—. Mira que a mí me tiemblan las manos de tanto barrer y él necesita que le escribamos.

—Porque me regaña siempre que le escribo. Mi letra es fea, no como la tuya, y tengo faltas de ortografía.

—Toñita, escríbele tú y cuéntale del caballo cojo y de la ternera que nació —dijo Soledad, todavía bordando.

Tona obedeció sin ganas. Se preguntó por qué Gabriel jugaba a los apaches con las plumas de las torcazas, por qué Ezequiel lo llevaba a montar a caballo y por qué ella no podía hacer nada de eso. Ella barría y luego tenía que escribir cartas.

—Así son las cosas —le dijo su tía cuando le preguntó por qué

Gabriel nunca hacía nada—. Nosotras trabajamos en lo nuestro y ellos en lo suyo. Ya le llegará el momento a Gabrio de trabajar como le llegó a tu papá. Cada uno tiene su función y esa función es importante. Por ejemplo, ¿qué sería de esta familia si nos faltara tu papá?

El solo pensamiento aterraba a Tona. Él era el cimiento de su familia, el que ponía el pan en la mesa y alrededor del cual giraban todas ellas, que quedarían desvalidas si algo le pasara. Creció escuchando las historias de aquella noche en que apedrearon la casa y, aunque no se acordaba de lo que había sucedido, podía casi narrar cada minuto de esas horas de pánico. Su tía le había contado de los gritos de muerte que se escuchaban afuera y del terror que habían sentido todos adentro. La política, decía Soledad, había matado a Isabel y se habría encargado también de matar a Marco Fidel si él no se hubiera alejado. La política, ese monstruo de mil cabezas, ese demonio aterrador, era peor que todos los miedos infantiles, y Tona se la imaginaba como una serpiente de escamas coloradas y ojos encendidos de fuego que perseguía a los hombres buenos y dejaba un rastro de muerte por donde pasara.

Al regreso de La Trinidad la esperaba una noticia. Su padre había decidido enviarla a estudiar interna al colegio del Sagrado Corazón. Era algo que habían discutido antes, con seguridad, Solita y él. «¿Por qué lo hacían?», se preguntó, pero no se atrevió a preguntárselo a ellos. Nunca había estado alejada de los suyos y la idea de vivir sola, sin ellos, la entristecía. Muchas chicas de su edad iban a internados para prepararse para su papel de esposas, aprender conocimientos básicos que les ayudaran a enfrentar el mundo y, además, así se mantenían alejadas de las miradas escrutadoras de los muchachos, más libres que ellas. Eso lo sabía, pero había pensado que su padre no sería capaz de alejarla. Que la necesitaban en casa. Pensaba que de alguna manera su presencia era importante, pero no era así. Prescindían de ella, la mandaban lejos, la aislaban de todos. Aun así, no dijo nada. No dijo nada porque nadie le preguntó qué quería, nadie pidió su opinión. Obedeció, porque eso era lo que había aprendido a hacer. Obedeció, porque no quería mortificar a su padre, que ya bastante tenía con su trabajo. Obedeció y punto.

María Antonia volvió a ver a su familia seis meses después, para las

vacaciones de mitad de año. Tenía consigo una nota de la superiora en la que le decía a su padre que era una joven impresionable y nerviosa. Tal vez fue su manera de justificar que Tona llegó a la casa enclenque como un pájaro enfermo. Las mujeres, que la recibieron en la puerta, no pudieron disimular su impresión. «Estás delgada», le decían. «Tal vez porque ha crecido», se justificaban. «A los quince, todas las niñas se vuelven mujeres», continuaban diciendo. Aun así, prepararon un plan de acción que incluyera potajes reconstituyentes, jugos poderosos hechos con leche recién traída del ordeño, dulces y compotas y bollos frescos y aceites de ricino y cuanta cosa encontraron para devolverle la lozanía.

Mientras las mujeres se ocupaban de ella, Tona se preocupaba por todos los demás. Había regresado a casa, pero sentía como si hubiesen pasado años sin verlos. Las dinámicas familiares ya le parecían ajenas, y empezó a notar pequeñas cosas que habían cambiado en su ausencia. Gabriel seguía siendo un chico alegre y ruidoso, eso sería siempre igual, pero los demás parecían más silenciosos, más ensimismados. Su padre comía menos, se quejaba más del dolor en los huesos, y su abuela, que seis meses antes era una mujer enérgica, ahora estaba lenta y taciturna. Soledad era quien mantenía el hogar en pie, haciendo tareas que antes se turnaba con ella, con Tona, y si bien tenía la fuerza de espíritu de siempre, ahora había unos círculos negros alrededor de sus ojos.

A pesar de que le preguntó a Soledad, no obtuvo una respuesta clara sino evasivas, excusas, negaciones. «Tal vez Solita tenga razón y sea solo mi imaginación», pensó, pero había algo que seguía incomodándola, algo que no estaba en orden en ese mundo que ella imaginaba perfecto. Una noche, pocos días antes de devolverse al internado, escuchó una conversación entre Rosalía y Marco que le confirmó que sí había un cambio, que no estaba loca, que el cerebro y su intuición no le habían jugado una mala pasada.

—¿Otra vez con esas, hijo? ¿Es que no escarmientas? —decía Rosalía.

Se encontraban en el estudio de su padre, con la puerta a medio cerrar, por lo que era fácil escuchar las voces que salían del interior.

—Es la voluntad de Dios. Él me ha puesto en este camino y estaré en

él hasta cuando disponga —respondió su padre.

—Toca decírselo a la familia. Después de lo que hemos pasado…

—Todavía no. Esperemos el resultado del Congreso. Total, sería nada nada más por un año y después de eso me retiro. Pero no puedo dejar al país solo al borde de una guerra, porque con una guerra perdemos todos.

—Siempre que pasa algo en este país, nosotros parecemos perder más que los demás —dijo Rosalía—. Pero tú sabrás. Que te ilumine Dios y que te guíe Isabel. Yo ya dije lo que debía decir.

—¿Qué pasa, mamá Rosalía? —preguntó Tona cuando la vio salir del estudio.

—Que tu papá se enfermó otra vez. Lo volvió a picar ese bicho infame de la política —dijo, y siguió caminando por el corredor. De repente se detuvo, como si lo pensara dos veces y le dijo—: El que saca la cabeza en esta profesión se expone a que se la corten. Si yo no estoy, Marian, te toca cuidarlo y volverte su sombra. Alguien tiene que proteger a Marco.

—¿Protegerlo de qué?, ¿de quién? —preguntó Tona con angustia en la voz.

—El presidente Reyes no terminará el mandato, hija, y le ofrecieron a tu padre que lo reemplace durante el año que queda.

—Pero él juró no volver a la política…

—Pues rompió su juramento. Preparémonos entonces porque lo que se viene es duro.

—¿Nos tirarán piedras de nuevo?

—Eso, y mucho más.

Lo que en la familia Suárez era «sacrificio» o «calvario» o «trago amargo», en la mía se llamaba «el servicio militar». Cuando mi papá comenzó a hacer política, mi mamá le decía que se había ganado la boleta del reclutamiento forzado, y aunque todos nos reíamos, tenía algo de razón. La política en Colombia siempre ha sido una profesión peligrosa. Los que no son corruptos, que son muy pocos, viven con la zozobra de que pueden ir a la cárcel por acción o por omisión, y los pueden asesinar por lo mismo.

Mi mamá siempre trazó una línea en su intento por preservar la estabilidad del hogar y mantener una apariencia de normalidad. Le decía a mi papá que máximo podía pasar una noche a la semana en su oficina, dos noches en la finca o tres noches en un viaje nacional. A los internacionales lo acompañaba ella, así sufrieran las finanzas tanto que lo único que nos podían comprar de regalo era una bolsa de chocolates en miniatura para que compartiéramos con los mellizos y con mi abuela, que nos cuidaba.

La otra condición para que mi papá ejerciera su oficio público era que en casa estaban prohibidos los choferes y los guardaespaldas. «El día en que arriesgue la vida de alguien para tomarme un café con una amiga significa que perdí toda proporción de humanidad», decía mi mamá, y añadía que ese mismo día saldríamos del país exiliados. Para ella no había nada más cruel, más salvaje, que ver a los niños que salían del colegio escoltados por hombres con ametralladoras.

A pesar de que hubo amenazas, ni mis hermanos ni yo sentimos jamás la tensión en la que debían vivir mis papás. Ambos habían recibido un entrenamiento de una hora por parte de un grupo de seguridad del DAS, que les había dado lineamientos básicos de cuidado: no tener rutinas, cambiar de carros y de vías, nunca sentarse de espaldas a una puerta, siempre identificar rutas de escape en los restaurantes y los lugares públicos, cosas más o menos básicas que ellos nos enseñaron, más con su ejemplo que con palabras. Mi mamá dormía poco, tal vez porque estaba siempre alerta, pendiente de cualquier ruido, con los nervios de punta. Quizá sentía que sobre ella recaía el peso de mantener a salvo el hogar, pero esto lo vine a comprender años después, cuando Vicente no llegaba temprano de las fiestas y era yo quien se quedaba sentada con un libro esperándolo, siempre temerosa de que algo malo le ocurriera, o cuando Mario se iba de viaje, a Arauca o a la China o a donde fuera, y seguía a la distancia sus ires y venires como si fuera a ocurrirle algo en el camino. Ahora no es así, o no tanto, y ese, me doy cuenta, es parte del aprendizaje. Soltar. O renunciar, según se mire.

Faltaban todavía años para que Suárez pudiera acceder a la

Presidencia de la República, pero el daño ya estaba hecho. Como dijo Rosalía, lo había picado el bicho de la política y, por sacrificio o por arrogancia o por la razón que fuera, volvió a concentrar todas sus fuerzas en el Partido Conservador. Mientras tanto, Tona terminó su paso breve por el internado y regresó a hacerse cargo de la casa. A los dieciocho era joven, pero ya era lo suficientemente madura como para comprender qué se esperaba de ella.

Empezó por poner orden en las finanzas, que inexplicablemente seguían sufriendo. Teresa me había contado que Marco Fidel Suárez era muy malo manejando dineros, algo evidente por la forma en la que se empobrecía la familia. Tona decidió detener el desangre tomando notas estrictas de lo que se gastaba y lo que se necesitaba, tanto en su casa del Camellón de los Carneros como en la hacienda de La Trinidad, donde no faltaban los problemas. A veces se enfermaban los caballos, a ratos era una gotera y en otras ocasiones las vacas no daban la suficiente leche; al final, lo único que producía la finca eran dolores de cabeza. Las cartas de esa época atestiguan las pérdidas constantes: que si renqueaba la bestia, que si no había buenos potreros, que si las cantinas se perdían, que si el empleado de turno reclamaba un mejor pago. Soledad y María Antonia, más que Gabriel, le escribían a Suárez para contarle los pormenores del manejo de la hacienda, algo para lo que ellas no tenían preparación, y se notan su inexperiencia y su angustia frente a los malos resultados. Sin embargo, todos se negaban a venderla, porque sentían que estaban deshaciéndose de sus más entrañables recuerdos.

Probablemente, el más feliz de todos ocurrió en la Navidad de 1914, el último año en que realmente tuvieron por qué festejar. Tona, que había comprado los víveres para la cena de Nochebuena, había incluido un vino de consagrar como un pequeño regalo para los miembros de la familia, y esa noche sirvió copas pequeñas para todos, incluido un «dedal» para Gabriel, que había ganado la medalla del mejor estudiante del colegio.

—Por Gabrio —brindó Marco—. Porque nos está mostrando su inteligencia y lo que es capaz de hacer. Qué orgullo haberlo visto en la ceremonia solemne, recibiendo la medalla nada más y nada menos que del presidente Concha.

La familia levantó las copas. Tona veía con orgullo a su hermanito, pero al tiempo habría querido que el brindis fuera también por ella, que se había esmerado en hacer la cena, que había arreglado hermosos floreros con las rosas del jardín, que durante dos días se la pasó limpiando la casa para que todo estuviera perfecto. Pero esas acciones silenciosas no ameritaban un brindis, ella lo sabía, así que, para espantarse los malos pensamientos, habló.

—Por Pachito, mi padre adorado, que se salvó de la presidencia y la cambió por el Ministerio de Relaciones Exteriores —brindó, pero Rosalía no levantó la copa, sino que hizo un puchero y miró hacia una esquina.

—No se salvó, lo que pasó fue que no quiso… —se quejó la anciana.

—Por lo que sea, salud —dijo Tona y todos bebieron de nuevo.

—Finalmente, quiero hacer un brindis por el aguinaldo de Navidad que les traje a la casa —dijo Suárez, y fue a buscarlo a la habitación.

Durante días había sido un secreto qué contendría esa caja misteriosa que el padre había hecho instalar en su alcoba apenas llegaron, y aunque Tona barría a diario en ese lugar, cuidaba de no tocar el paquete, para no tener ni siquiera la tentación de ver qué había adentro. Aguantaron la respiración cuando puso, con un estruendo, una máquina de escribir marca Remington en el centro de la mesa.

Gabriel enseguida empezó a aplaudir, feliz con la adquisición. Siempre estaba presionando a su padre para volverse «moderno», como él mismo lo decía, y quería que comprara aparatos nuevos como el gramófono o la misma máquina de escribir, que le ahorraría tiempo en su escritura.

—Por fin voy a poder escribir cartas sin que su merced me diga que mi letra es horrible —le dijo el chico.

—No te vas a salvar de las planas —respondió Tona, pero luego se dirigió a su padre—: Pachito, ¿usted cree que yo puedo aprender a manejarla? Así, su merced me dicta las cartas y puedo copiarlas en la máquina, y de esta manera no ocupamos los dos el tintero al tiempo.

Tona, aunque no lo expresara, había sido la más feliz con el regalo del padre. Hacía tiempo venía pensando en que quería ayudarlo en sus tareas de escribir cartas y organizar sus reuniones, pero no sabía cómo

proponérselo. Ya lo había visto con el gorrito de lana hasta altas horas de la noche, esforzándose por leer bajo una bujía que emitía una luz tenue y amarillenta y sentía una punzada de tristeza. Era demasiado trabajo para una sola persona, y él no confiaba en nadie para que redactara sus pensamientos, además de que le parecía que las máquinas de escribir eran aparatos infernales que terminarían por despersonalizar la correspondencia.

Suárez permaneció en silencio hasta que terció Soledad.

—Deje que la niña sea su secretaria, así todos vamos a estar más tranquilos. Ahora con ese nuevo puesto va a tener el doble de trabajo, y si ya no da abasto, ¿cómo será después?

Terminó aceptando más por la presión de las mujeres que por su propia convicción, pero eso a Tona no le importaba. Sabía que tendría mucho que hacer, pero en realidad hasta ese momento le había sobrado el tiempo, y no se le ocurría una manera mejor de emplearlo que ayudar a su papá, y cumplir con la petición de su abuela Rosalía de no desampararlo.

A pesar de que no era presidente, no le esperaba una labor fácil como canciller. Tona leía los periódicos y a veces escuchaba las conversaciones de los hombres en las que hablaban de la guerra que se libraba en Europa o la pugna con Estados Unidos por el asunto del canal de Panamá. Si bien Suárez le había dicho que solo manejaría la correspondencia personal, ya eso le quitaba un montón de trabajo de encima, y esa noche, luego de recoger la mesa de la cena y lavar los platos, se quedó varias horas más con Gabriel, para que le enseñara el funcionamiento de la nueva herramienta de trabajo.

Comenzó su labor secretarial la misma mañana de Navidad. Su padre había invitado a varias personas a pasar unos días en la hacienda, y quería dictarle unas cartas para que se enviaran ese mismo día a Bogotá. Estaba acostumbrada a que desfilaran, tanto por La Trinidad como por el camellón, políticos, sacerdotes, militares y amigos, pero cuando recibió la lista de manos de su padre se sorprendió de encontrar el nombre de Roberto Morales Olaya dentro de los que tendría que invitar.

—¿Por qué está invitando a Roberto, Pacho?

—Está solo en Bogotá para las fiestas, así que es probable que venga

en un par de días… Nos hará bien a todos su compañía, especialmente a Gabrio, que tiene muchas ganas de verlo. Estimado amigo…

«Estimado amigo:», comenzó a escribir Tona, según el dictado de su padre. A medida que avanzaba en la carta, se daba cuenta de que le temblaban un poco las manos y se preguntó por qué sentía esa emoción de verlo. Era un sentimiento completamente nuevo, porque siempre lo había considerado un amigo de la familia y nada más. Pero el tenerlo en la hacienda durante varios días la llenó de dicha. Se preguntó si en esas vacaciones podría ser todavía más feliz de lo que era con su nuevo rol, y le agradeció a Dios el que la hubiera premiado de esa forma. Estaba tan ensimismada en su pensamiento que al final, cuando leyó lo que había escrito, se dio cuenta de que se había equivocado dos veces y tuvo que enmendar los errores a mano. Cuando su padre iba a firmar la invitación, sonrió y le dijo:

—Muy bien, Marian, esta sí parece una carta escrita por mí, que no sé usar la máquina.

Apenas despachó toda la correspondencia, Tona se refugió en el jardín para estar un rato a solas. Quería pensar en Roberto y descubrir qué era lo que la tenía tan ansiosa. Nunca le había gustado un chico, jamás había tenido ni siquiera el más mínimo interés. Pensó en algún momento que tal vez su destino estaría también en el convento, como su abuela María Antonia, y si no había sido más seria al respecto era porque sabía que por ahora su lugar era en la casa, junto a su padre, ayudando en las labores domésticas y a terminar de criar a su hermanito. «¿Será que me gusta?», se preguntó. «¿Será que yo le gusto a él?». Recordó con una claridad inverosímil la primera vez que lo vio. Su padre le dijo que un empleado de la Cancillería debía ir a entregarle unos papeles y la instruyó para que le abriera la puerta y lo condujera al estudio. Así lo hizo Tona, siempre obediente, sin casi mirarlo a los ojos. Siguió yendo a la casa, al comienzo por asuntos de trabajo, y de vez en cuando se quedaba la tarde en el salón, tomando café o charlando con su jefe y con Gabriel. Tona les llevaba bandejas con colaciones, permanecía un rato intercambiando algunos comentarios sobre el clima o los chismes de la ciudad, y luego se iba a lo suyo, consciente de que en las charlas de hombres ella sobraba. Más tarde fue Gabriel quien se volvió amigo de «Moralitos», como le decía.

Lo invitaba a las tertulias musicales de los sábados, y con los amigos se sentaban a escuchar tangos en el gramófono. A través de las paredes le llegaban a Tona los lamentos enamorados de los cantantes, el sonido triste del bandoneón y las risas cómplices de los amigos, y se dormía contenta, imaginando aquel mundo que ocurría en la alcoba vecina. La tercera en sucumbir a los encantos de Roberto fue Soledad. Él iba cada vez más a la casa, pero en lugar de buscar a los hombres llegaba a donde estaban las mujeres y se quedaba un rato con ellas contándoles anécdotas, hablándoles de su madre o leyéndoles el fragmento de un poema. Solita lo veía como un hijo más de esa cantidad de chicos que llegaban a la casa y que ella adoptaba con el corazón de la madre que quiso haber sido. Cocinaba para él como su forma más directa y certera de darle amor, y el muchacho lo recibía con apetito y alegría.

Solita le había regalado de aguinaldo a su sobrina un traje de seda rosa y unos botines, y se le ocurrió que como Roberto llegaría para el fin de año, sería una oportunidad perfecta para estrenarlos. Entró en la casa corriendo, se encerró en su alcoba y se midió la nueva ropa. Se veía delgada y pequeña, pero tal vez si se cogía el pelo en una moña, o si se ponía algo de colorete… tal vez Roberto se fijaría en ella.

Cuando llegó Morales a La Trinidad, la casa entera estaba de fiesta. Rosalía había recogido flores para ponerlas en el jarrón de la entrada, Gabriel había sacado su gramófono y Soledad había preparado un cerdo con salsa de ciruelas. Tona estrenó su traje de muselina y molió flores de lavanda para usarlas como perfume. Cuando apareció en la sala, se hizo un silencio.

—¿Y eso? ¿Cuál es la ocasión? —preguntó Gabriel.

—Pues la Nochevieja, ¿cuál va a ser? —Tona se sonrojó.

—Cualquiera diría que vamos a hacer un baile aquí…

—Gabriel, ya basta —intervino Soledad—. Estás muy linda, Toñita. Ahora ponte un delantal para que no se te ensucie el vestidito y ayúdame con los canapés.

Durante la cena, Tona se atrevió a mirar a Roberto. Él no había dejado de hablar, de hacer chistes, de reír, y ya iba por el tercer plato de cerdo. De verdad que era guapo. Tenía una risa encantadora, unos modales impecables, los ojos profundos. «Me está mirando», se dijo Tona, y enseguida bajó los ojos, poseída por una timidez desbordante.

«Me está mirando», se repitió, porque sentía los ojos de Morales en ella, calientes como las velas que le hacían arder la cara.

Cuando terminaron, Gabriel propuso que fueran todos a dar una vuelta por el camino de tierra de la entrada.

—A esperar el Año Nuevo —dijo.

Su padre se negó porque debía madrugar a ver el ordeño y Rosalía dijo que ella también se iría a la cama porque tenía demasiado frío como para salir al sereno. Quedaron entonces Gabriel, Roberto, Soledad y Tona, que se pusieron abrigos y guantes de lana. Había una luna enorme, amarilla, achatada a un lado. Gabriel y Roberto iban adelante, hablando de unos botines que había comprado un amigo y riendo porque ahora no podía quitárselos y tenía los pies llagados. Detrás, Tona y Soledad iban en silencio, escuchando las anécdotas de los muchachos, la tía divertida con las historias y la sobrina temblando de frío y de ansiedad.

—¿Por qué van tan calladas? —preguntó Moralitos, que se había rezagado para estar con ellas.

—Ay, escuchando esas historias, hijo mío —respondió Solita.

—¿Y usted, Maruja?

—Contemplando la noche. Mire qué luna.

—Como para enamorarse —dijo Roberto y rozó delicadamente la mano de Tona.

Eso fue suficiente. Un roce de manos en la clandestinidad de la noche y un estremecimiento de miedo, de emoción, de ansiedad por el futuro. A Roberto le ocurría lo mismo que a ella. También la veía con los ojos de los enamorados, también quería estar a solas, así fueran cinco minutos, para poder decirle que, como ella, él no hacía otra cosa que pensarla.

Ese pequeño gesto abrió la puerta para lo que pasó después. Suárez se devolvió con Rosalía a Bogotá y los jóvenes quedaron a cargo de Soledad, que casi siempre se dormía temprano en las noches y estaba atareada en el día arreglando el jardín, cocinando o visitando los potreros de las vacas. Tona ayudaba, pero se escabullía para estar a solas con su enamorado, no para besarse, ni siquiera, sino para tocarse las manos, para mirarse a los ojos, para decirse palabras hermosas y jurarse amor eterno.

La víspera de su regreso, Roberto dejó de hacer chistes por primera vez en su vida. Tona había cortado unas rosas y le ofreció una, que él aceptó con una sonrisa triste.

—No puedo pensar en dejarte, Maruja. No nos veremos en un mes, y qué haré yo sin verte tanto tiempo…

—Puedes escribirme.

—No, porque entonces todo el mundo sabría que estamos enamorados. Si te escribo a ti, lo que es un secreto se volvería público y yo trabajo con el doctor Suárez.

—No hablo de eso. Puedes escribirme un diario y yo te escribo uno a ti. Así, cuando nos veamos, podemos leer lo que el otro hizo y pensó cuando estuvimos separados.

Así lo hicieron, no solamente esa vez sino durante toda su vida. Ese primer diario de Roberto me lo dio Teresa la última vez que estuve en Bogotá. Lo había dejado cerrado, no porque no quisiera leerlo sino porque tenía tantas otras cosas que lo olvidé. Ahora lo saco y veo que las palabras de amor que le escribió a su Maruja en ese año de 1915 son las mismas que se escriben todos los amantes en todas las épocas de la humanidad, pero no por eso se vuelven obvias. El amor es lírico y a la vez prosaico, único y universal, y nos cuenta la historia de los demás, pero sobre todo la de nosotros mismos.

En una de las entradas del diario, Roberto le cuenta a su enamorada que volvió a Bogotá a visitar a su jefe. Muerto de miedo, porque no sabía si él se había dado cuenta de algo, si era un padre celoso. Durante la visita, el pobre no pudo dejar de ver la fotografía de su Maruja, que descansaba en la mesa detrás de Suárez, y cuando se iban a despedir casi se delata: «Al enviar saludes estuve torpísimo —le escribe el novio— y al concluir hubo un silencio que por poco me disuelve y liquida. Resolví despedirme de repente, y las cortesías y afabilidades de D. Marco, al sacarme, me volvieron la circulación». Se había salvado por poco, o tal vez su suegro sabía de las pretensiones de amor y esperaba, divertido, a que el joven tomara la iniciativa y se las confesara.

Mi papá era un hombre celoso. Los enamorados que tenían el valor de llegar a mi casa eran recibidos con un gruñido, una mirada fulminante y poco más que un vaso de agua. Las visitas se llevaban a

cabo en la sala, a la vista de todos, y para las nueve y media de la noche se esperaba que no hubiera nadie ajeno a la familia en casa. «Hay que cuidar a las mujeres», decía mi papá; mi mamá, en cambio, decía que había que cuidar más a los hombres porque podían terminar enredados con una mala tipa, por lo que criticaba a todas las chicas con las que se atrevían a salir los mellizos. Así que todo se reducía a nosotras. A las «buenas tipas» tocaba celarlas y a ellos tocaba cuidarlos de las malas. Mario, lejos de temerle a mi papá, era el único que abiertamente desafiaba su autoridad. Usaba su cojín de lectura para ver la televisión o se quedaba hasta altas horas de la noche con la excusa de que teníamos que estudiar, aunque estuviéramos en carreras distintas. A pesar de eso, o tal vez por eso, mi papá comenzó a quererlo. Era un igual, no un chico asustado sino un hombre, y como Tona, yo me sentía al tiempo feliz de contar con la protección de mi papá y desesperada porque quería salir de su cuidado.

Seis meses más tarde, todo había cambiado en la familia Suárez. La primera señal que veo de que hay algo extraño en el comportamiento de Gabriel es a mediados de ese año de 1915. Tona se quedó con su padre en Bogotá y el muchacho se fue con Soledad y Rosalía a La Trinidad unos días. Desde allá le escribió una carta a su hermana en esa letra caótica y enorme que he aprendido a reconocer y le dijo una frase que suena críptica: «De aquellas tonterías que me preocupaban allá, ten la absoluta seguridad de que no queda ni la huella, ¿oyes? Conque, ¡a echarle tierra!».

No ocurrió así. Gabriel pasó en dos años de ser un estudiante modelo a volverse la oveja negra de la familia. Intuyo que las tonterías a las que se refiere son los fantasmas que no dejaron libre a Isabel, y que apresaron también la mente juvenil de su hijo. Veo en esas explosiones de alegría, de música y de rebeldía, a un joven que también lucha en solitario con sus propios demonios. Se me ocurre que este chico también tuvo que cansarse de desempeñar el papel que se le había asignado. Era «la alegría del hogar» o «la luz de mis ojos», y a veces no se debía sentir así. Las esperanzas de su padre y de su hermana estaban depositadas en él y Suárez le decía a todo el que quisiera escuchar que Gabrio sería su sustento y su salvación. Menuda responsabilidad, pienso, la de llevar alegría a un hogar melancólico.

Tal vez la depresión y la ansiedad no sean los fantasmas de Gabriel, sino los míos. Ayer me detuve en el párrafo anterior y hoy me levanto temprano, antes de que el calor del verano me inunde, para seguir en mi trabajo, y cuando leo lo último que escribí recuerdo, como providencial, el sueño de anoche.

Soñé que mi papá venía a Roma a visitarme de nuevo. Me pedía un cigarrillo y yo le daba uno marca Kent, que era lo que él solía fumar cuando éramos niños. Era enorme, alto y pesado, y cuando trataba de levantarse para caminar, porque estaba desesperado con el calor, sufría una especie de ataque. Mientras se desplomaba al piso, me decía «ya para qué». Intentaba agarrarlo, pero era imposible. Buscaba ayuda, aunque me encontraba sola en una especie de patio con césped artificial y sillas de jardín. Mientras él caía, pensaba que no sabía a quién recurrir porque estaba en un país ajeno y no conocía el número de emergencias.

La depresión de mi papá me conmueve, tal vez por eso busco en Gabriel síntomas similares, para exorcizarla del presente y sepultarla en el pasado. Pienso que hace días no sé de él y que las pocas noticias que tengo son porque Vicente lo llama con frecuencia. El juicio está cerca y me asusta un resultado negativo. A su edad le darían casa por cárcel, pero sé que eso terminaría de destruirlo. Se me ocurre entonces que mi hijo puede ayudarme, ser un puente, alegrarlo un poco, por qué no. Le quedan un par de semanas en Colombia antes de empezar de nuevo sus estudios, con novia o sin ella, y puede mientras tanto aprovechar la cercanía física para verlo, para estar con él, para alegrarlo. Lo obligo a ser Gabriel, aun sin quererlo. Le escribo un mensaje y espero a que me conteste. Sé que con la diferencia horaria todavía habrá silencio hasta la tarde, entonces me concedo un respiro y abro un libro. No llevo ni siquiera dos páginas cuando escucho los gritos de Mario, que vienen de las escaleras. Había salido con Piro a la farmacia, pero ahora escucho que me llama y salgo, molesta, porque creo que dejó las llaves, o la billetera, o el teléfono.

—Es Piro —me dice, sosteniendo el perro en los brazos. Lo veo bien, no entiendo qué me dice, está agitado y pálido y corro hacia él —. Le

dio un ataque —continúa.

Cargo a mi perro, que me llena de besos la cara, y sigo sin entender.

—Pero se ve bien…

—Ahora sí, pero hace unos minutos comenzó a retorcerse, gritaba, aullaba, pensé que se había muerto. No sé qué pasó…

Todavía no entro en pánico, o no me lo permito, porque es importante actuar con cabeza fría. Me pongo los zapatos, porque salí descalza, y voy con Mario a la veterinaria. Le digo al doctor que es una urgencia y él me hace esperar un par de horas mientras me atiende. La fila es larga; hay un labrador chocolate y un dálmata y también un gato en una cajita, que mira a todos los perros con terror. Me siento con Piro en las piernas y Mario me dice que tiene que empacar porque sale de viaje en la mañana y me deja sola. Después de la excitación inicial de ver otros perros, Piro se adormece en mi regazo y solo levanta la cabeza cuando ve que sale uno, o que entra otro. Por fin nos toca el turno, y el médico me dice que no tengo de qué preocuparme.

—Fue un ataque de epilepsia, algo normal en esta raza —me dice—. La próxima vez, si puedes, filma el episodio.

—¿Filmarlo? —respondo, ofendida—. ¿Cómo se le ocurre que lo filme si estoy tratando de salvarle la vida?

—Los perros no se mueren por un ataque de epilepsia. Ya te digo, son normales.

—Pero nunca le había dado algo parecido, ¿no habría que hacerle exámenes en lugar de documentarlo en una cámara?

El hombre desestima mi pregunta, le da una galleta al perro y me manda unos remedios para controlarlo, si vuelve a convulsionar. Cuando salgo de la veterinaria, tengo sentimientos agridulces. Me alegra saber que está bien, pero no creo del todo en el diagnóstico del médico. Le suplico a Mario que se quede, pero sé de antemano que es inútil.

—Ya está bien, seguro no tiene nada; un golpe de calor, si acaso.

—Pero ¿si le pasa algo?

—Lo llevas de nuevo al médico —dijo, encogiéndose de hombros.

Lo que no entiende Mario, lo que no entiende el médico, lo que no parece entender nadie, es que Piro no es solo un perro, es mi compañía, mi amigo. Siempre he odiado a esas personas que disfrazan

a los perros de bebés y los sacan a pasear en coches, humanizándolos, pero hasta ahora no había comprendido que sí, que son eso, unos hijos, y sufrimos por ellos como sufrimos por los que hemos parido.

Intento darme ánimos. Me digo que en efecto fue culpa del calor, tal vez no había tomado agua, a lo mejor hubo un cortocircuito y ya volvió a la normalidad. Lo veo contento, tranquilo, igual de ágil que siempre, saltando a la silla que le tengo junto a mí en mi estudio. Poco a poco me voy calmando. Intento leer de nuevo, pero no puedo concentrarme, así que abro el computador. No me puedo quitar de la cabeza a Gabriel, y sobre todo la angustia que debió sentir Tona de ver que su hermano ya no era el chico alegre y despreocupado de antes.

Para ese entonces, Roberto y Tona habían hecho pública su relación. Guardar un secreto en una ciudad tan pequeña resultó ser un imposible y a los pocos meses el único que parecía no saber del romance era el propio Suárez, que seguía sin mencionarle el asunto a Roberto. Decidieron contarle entonces a Soledad y fue la primera vez que la vieron molesta.

—A mí no me ponen de alcahueta, ni más faltaba —les dijo—. Ustedes van y ponen la cara y le dicen a Marco lo que está pasando, pero si quieren mi bendición, ahí va —y a continuación hizo el signo de la cruz en el aire y salió disparada para su habitación.

La charla con Suárez fue fácil, o más fácil de lo que ambos pensaban. Decidieron hacerla ese mismo día porque Soledad no sabía disimular ni mentir, y no sería raro que se fuera de la lengua, de puros nervios, durante la cena. En efecto, su padre no tenía idea de nada y la noticia de la relación lo cogió por sorpresa.

—Es obvio que algún día te ibas a casar, y tal vez lo mejor es que lo hagas con este caballero, que se ha vuelto parte de la familia —le dijo —. Lo único que me preocupa es quién me va a ayudar ahora con las labores secretariales, que se te daban tan bien.

—Ay Pachito, cómo se le ocurre pensar que yo lo voy a abandonar, ni más faltaba —le contestó Tona, que para ese momento se había vuelto la mano derecha de su padre, no solo en las finanzas sino contestando su correspondencia, poniendo orden en su biblioteca y

recibiendo y filtrando peticiones de infinidad de gente, que buscaba desde una cita hasta un puesto en el gobierno.

No alcanzaron a fijar una fecha para la boda porque comenzaron los problemas de Gabriel. Primero, dejó de ir a la escuela. Pasó entonces de ser un estudiante modelo a convertirse en un chico descarriado, que ni siquiera pudo graduarse con sus compañeros de promoción. Es a través de las cartas, que insinúan todo pero que no dicen nada concreto, como descubro esto. Algunos amigos se lamentan del tiempo que él perdió, otros le recuerdan la camaradería que solían tener y uno más se atreve a hablarle de las «malas amistades», que lo llevaron por el camino equivocado.

Todos coinciden en el sufrimiento que Gabriel le causaba a su padre, y en los dolores de cabeza que le dio, pero nadie habla en concreto de lo que ocurría. Me parece, sin embargo, que esta historia, con sus claroscuros y todo, la he escuchado antes. ¿En cuántas ocasiones las familias han protegido a ese hijo tarambana, a esa oveja negra? ¿Cuántas veces han escondido los problemas debajo del tapete, esperando tal vez que, si no hablan de ellos, o si esconden al chico, o si lo alejan un tiempo, todo cambie? Leo las cartas que le escribieron a Gabriel y las que él mismo escribió en busca de pistas, pero solo veo siempre las mismas cosas: malos amigos, malos pasos, malas decisiones.

No era entonces depresión, o puede ser, pero se manifestaba distinto. Me pregunto si era homosexual, que en esa época era un pecado mortal, o si tomaba, o si tal vez consumía algún tipo de drogas. He leído que desde el siglo XIX la cocaína era una afición conocida en la sociedad bogotana y tal vez sea eso lo que lo aqueja. En cualquier caso, para una familia tan conservadora como esta, donde todo era considerado pecaminoso o vulgar o fuera de tono, cualquier cosa que hubiera ocurrido resultaba todavía más grave por el solo hecho de que el padre era una figura pública, y para 1916 ya era claro que sería el próximo presidente de Colombia.

Fue por eso por lo que Tona pospuso la boda por primera vez. Había escuchado demasiadas conversaciones y escrito demasiadas cartas como para no darse cuenta de lo que estaba en juego. Lo único que podía frenar la campaña de su padre era un escándalo familiar, y qué

mejor motivo que un hijo calavera para propiciarlo. Ya se imaginaba lo que dirían los enemigos de su papá: «Si no sabe manejar su hogar, no podrá manejar un país», o «De tal palo, tal astilla», cosas con ese veneno. Él, se daba cuenta, la necesitaba para que ayudara a enderezar a Gabriel antes de que el escándalo estallara y el daño fuera irreversible.

Una noche, tarde, su padre entró en su alcoba y le dijo:

—María Antonia, vamos a mi estudio.

Ella se sobresaltó porque nunca había escuchado su nombre completo de boca del padre. Revisó mentalmente sus acciones y vio que no había hecho nada por mortificarlo, básicamente porque no había hecho nada. Se pasaba el día, entendió en ese momento, tratando de ayudar. A su abuela, a su tía, a su mismo padre. Probaba una salsa, zurcía una media, copiaba una carta, respondía una solicitud, anotaba en un cuadernito los visitantes que llegaban y sus peticiones y encontraba el momento adecuado para hacérselas saber a su padre. Era diligente, juiciosa, callada. ¿Por qué ahora se había convertido en María Antonia?

Pero no era con ella la ira de Suárez. Ni con ella, ni, puestos a pensar, con Gabriel. Eso lo supo cuando él habló.

—¿En qué momento pasó esto? ¿Cómo fue que dejé que Gabriel se convirtiera en un muchacho irreconocible?

—Ay, Pacho, todos lo permitimos. Lo consentimos mucho, yo soy culpable también. Lo mimamos en exceso y…

—Pues ahora todos estamos pagando. Vamos a tener que hacer algo, porque yo no voy a perder a mi hijo. De ahora en adelante quiero que tú seas la guardiana de tu hermano. No sale solo ni a la esquina.

—Papá, pero entonces, ¿lo tengo que llevar al colegio y recogerlo? ¿Tengo que estar todo el tiempo a su lado? ¿A qué horas voy a hacer el oficio de la casa y ayudarte con tu trabajo?

—Al colegio no. Gabriel no vuelve al colegio. Y tu tarea es temporal, porque lo voy a mandar para Italia el año que viene.

Vicente me llama por fin, en respuesta a mi mensaje. No se había dado cuenta de la hora, me dice. Mario duerme en la habitación contigua y

yo me desvelo, angustiada por María Antonia y por Piro. No soy capaz de contarle lo del perro porque no quiero preocuparlo, pero en cambio siento que necesito soltar un poco de responsabilidad en alguien más, así que le digo que quiero que esté unos días donde mi papá, para ver si logra alegrarlo. Él dice que de todas formas querría estar los últimos días del verano en casa del abuelo y que luego regresará a París. Me tranquilizo, porque hasta ese momento no sabía si iba a volver o se iba a quedar. Durante todos estos meses me he debatido frente a la duda de si debo presionarlo o esperar a que sea él quien tome la decisión. Es un hombre, me digo. Si quiere quedarse en Colombia y estar cerca de los suyos, lo tengo que comprender. Pero él mismo lo ha hecho fácil. Me atrevo entonces a preguntarle cómo están sus relaciones amorosas.

—Ella va a venir a vivir conmigo —responde, tratando de sonar seguro.

No sé qué decirle. No sé si tenga algo de decirle. Solo puedo guardar silencio porque mis palabras se perdieron y, por más de que abro la boca, no sale nada. Son tan jóvenes, me digo, pero no lo digo. No la conozco, de qué van a vivir, qué va a hacer esta chica mientras él estudia, qué dicen los padres de ella, todo eso quiero decir y, sin embargo, nada ocurre. Estoy muda. Perdí la voz.

—Hablemos mañana, cuando esté donde el abuelo —me dice Vicente, envalentonado por mi silencio.

—Cuídate —alcanzo a decir, antes de colgar.

Paso el resto de la noche en vela, preocupada. Mario se levanta cuando todavía no amanece y no enciende la luz para no molestarme. Lo siento a mi lado, tanteando la ropa, cerrando la maleta, poniéndose los zapatos. Se acerca para despedirse y agradezco que no pregunte por qué estoy despierta a estas horas. Me dice que va tarde para el aeropuerto y promete llamarme en el camino para hablar. Aprovecho que es temprano y todavía no hace calor y saco a Piro a pasear. Quiero que camine poco, siempre en la sombra, para evitar otro ataque. Subo con él hasta Villa Borghese, un parque público enorme donde hay museos, cines al aire libre y carritos en los que venden agua y helados. Me siento con mi perro bajo un magnolio mientras veo la ciudad que se despierta. Mario me llama, y me pregunta por qué no he podido dormir.

—Si es por lo de Piro, cálmate, estoy seguro de que fue un episodio aislado.

Le explico que no solo eso me tiene inquieta y le cuento la charla que tuve con Vicente.

—Necesitamos un frente común —le digo.

—¿Para qué?

—Para no contradecirnos, para decirle que es muy joven, que se está precipitando.

Mario vuelve a explicarme que él debe tomar sus propias decisiones y que no podemos interferir. Enseguida me doy cuenta de la tontería acabo de decir, pero ya es tarde porque él debe apagar su teléfono y no tengo ni tiempo ni paciencia para explicar lo que quise decir. Cuelgo enfurecida y empiezo a llorar. Siento que mis palabras no llegan, que no tengo un interlocutor, que hablo en una lengua muerta. Parte de lo que me ocurre es que no tengo contacto con nadie que comparta mis intereses. Nadie con quién hablar de libros o de escritura o de temas de política o de paz. Creo que me he marchitado, como una flor sin abono, porque mis conversaciones son, en su mayoría, banales. Hablo poco y lo que digo es lo suficientemente estúpido como para dudar todo el tiempo de mi inteligencia. Me siento como un ama de casa que se preocupa por el bótox y los chismes y cuando abre la boca es para decir obviedades. Acabo de hacerlo, por supuesto. ¿Cómo es que digo idioteces como «un frente común»? Más allá de eso, ¿cómo es que ya no existe un frente común? ¿Cómo le explico a Mario, a Vicente, que comprendo que le hemos dado las herramientas y es hora de dejarlo solo, pero que todavía no es hora de que él me deje sola a mí?

Emprendo el camino de vuelta y, cuando llego al patio del edificio, Piro comienza a caminar raro. Primero da un salto, luego otro, como si estuviera jugando con un insecto, y entonces me doy cuenta de que va a tener otro ataque. Lo levanto en los brazos, pero ya empezó a convulsionar. No sé en qué lengua pido ayuda, pero mis gritos son un lenguaje universal y de una oficina salen dos hombres corriendo. Uno de ellos me quita al perro, que tiene espuma y sangre en el hocico, los ojos desorbitados y se retuerce como endemoniado. El otro me sostiene a mí. Todo ocurre en segundos y mi perro queda tendido,

cansado, en el pasto húmedo. Alguien me da un vaso de agua. El hombre que sostuvo a Piro me dice que es normal, pero ya estoy segura de que pasa algo. Me siento al lado de mi perro, que no sabe qué pasó y baja las orejas, como si hubiera hecho algo malo. Lo consiento un rato, y cuando dejo de temblar me pongo de pie.

Lo llevo cargado al veterinario de nuevo y espero a que abra para decirle que ha vuelto a suceder. Se me atropellan las palabras, tengo la ropa manchada con su sangre, las manos sucias, debo parecerle una loca. Él asiente, me pide que doble la dosis y que no lo saque mucho, que lo deje descansar. Consigue una cita para unos exámenes especializados que le harán en unos días en un hospital canino y, mientras tanto, lo único que puedo hacer es esperar. Me devuelvo entonces a la casa, derrotada, apretando a Piro contra mi pecho como si con eso evitara todos los males. Llevo su cama hasta el baño y me doy una ducha mientras él me mira, sin comprender del todo la nueva dinámica de no perderlo de vista. Después de vestirme lo acomodo en el estudio, en su silla de siempre, y solo cuando se queda dormido siento que puedo volver a mi trabajo.

Abro la carpeta que marqué como «1916-17». Contiene más de cincuenta cartas, que vuelvo a leer para recordarlas. Destaqué con resaltador rosa las partes donde creo que se dice algo importante, pero a estas alturas me pregunto qué es importante o para quién es importante lo que escribo. No busco contar la historia de Colombia ni la historia de mi familia, sino la historia de unas mujeres anónimas, que habrían quedado en el olvido si no hubieran tenido una mujer tenaz como Teresa, que se empeñó en hacer el ejercicio cotidiano de recordarlas. Muchas veces me he preguntado por qué. Qué necesidad tengo de andar removiendo esos recuerdos, de apropiarme de ellos, de manosearlos. Creo que me busco a mí misma en ellas, pero somos tan diferentes. Ellas mismas son distintas entre sí. Si me pongo a pensar, lo único que tienen en común es que todas mantuvieron una relación oblicua con el poder. El económico, de la mano de Carlos Borda y de Joaquín Orrantia, que eran empresarios ricos. El poder religioso, porque, aunque era una monja, incluso la superiora de un convento,

María Antonia, no pudo acceder realmente a él. El político, que Isabel terminó temiendo y al que Tona tuvo que acostumbrarse, sin disfrutarlo y quién sabe si dándose cuenta realmente de lo que conllevaba el rol de primera dama. Teresa tuvo una historia distinta, pero también relacionada con el poder. Con el nuevo poder, el cuarto poder: los medios de comunicación. Su esposo fue Fernando Gómez Agudelo, el hombre que llevó la televisión a Colombia. La llamo entonces, para preguntarle cómo fue ese matrimonio, pero como siempre, cada vez que quiero hablar de su vida, responde con evasivas y un humor inteligente que hace que me desvíe. Me dice que fue feliz. Que esa época era una sola fiesta y ella, como todos los que estaban en el oficio de la tele, disfrutó cada segundo. Añade que no se arrepiente del baile y de las risas y de la dicha. No veo por qué deba hacerlo, pero no digo nada. En cambio, le cuento de mi reflexión sobre el poder y ella me responde:

—Creo que eso es algo que se juzga *a posteriori* siempre. Nosotros no sabíamos que éramos importantes, porque todo ocurría de una manera tan natural… Como lo que pasó en una ocasión con Rostropóvich.

—¿El violonchelista ruso?

—Ese mismo —dice Teresa y escucho una risa pícara en el teléfono.

Me cuenta que Rostropóvich iba a dar un concierto en la Universidad Nacional, pero había una protesta y los estudiantes bloquearon la entrada al auditorio. Tanto ella como Fernando eran melómanos, amantes de la música clásica en particular, y tenían boletas para el recital, además de una ilusión loca de verlo tocar. Había mucha gente, todos decepcionados, incluido el músico, así que Teresa propuso que hicieran el concierto en su casa.

—Me llevé a todo el mundo para allá —dice—. En esa época vivía en una casa grande y se llenó de gente, unos sentados en los sofás, otros en las escaleras, la mayoría en el suelo. El concierto fue un éxito.

Fue tan mágico el momento que terminó volviéndose amiga de Rostropóvich, que le encargó que le comprara una esmeralda colombiana para regalársela a su novia de ese entonces.

—Era una piedra enorme, porque me había pedido que fuera así —recuerda Teresa, entre risas—; entonces nos mandó recoger a Fernando y mí en su avión privado y nos llevó a Nueva York a que le

diéramos la esmeralda.

Escucho la historia anonadada. Rostropóvich, esmeraldas, conciertos privados, aviones ídem, en una ciudad perdida del universo, hace más de cuarenta años. Le pregunto cómo es que no se sorprendía ella misma de todo lo que estaba ocurriendo.

—Ya te digo, mi amor. Eran otras épocas, todo parecía más fácil, y no nos dábamos cuenta de que lo que vivíamos era un momento único, una fiesta.

Me cuesta trabajo conciliar a la Teresa de esas aventuras con la que está al otro lado de la línea. La imagino sola, con su gato Tristán y sus libros empastados en cuero, o leyendo en un sofá junto a la ventana, o escuchando a Bach. No es una mujer triste, pero como ella misma lo dijo, es melancólica. La fiesta ha terminado, y quienes viven lo suficiente, como ella, terminan quedándose a recoger el desorden.

Me obligo a volver a las cartas después de un rato. He estado vigilando a Piro, que se ha movido poco de su silla. A veces se levanta, se estira, va por agua y vuelve a su lugar. Lo acomodo, lo acaricio y empiezo a buscar algo, todavía no sé qué, en la correspondencia.

Me detengo en una carta que le envió sor María Antonia a su nieta y me pregunto si tendrá relevancia para la historia. Como tantas otras personas, la abuela intuyó que la puerta de entrada a Suárez era Tona. Ya hacía un par de años que la hija recibía peticiones, casi siempre de mujeres, que recomendaban a sus hijos, a sus maridos, a sus hermanos, para un cargo en el gobierno. Había de todo: desde médicos varados que buscaban emplearse como burócratas, hasta muchachas que se ofrecían para trabajar por lo que fuera en una casa de familia. Tona leía todo y trataba de hacer su parte, aunque no siempre lo lograba.

Su abuela, desde el convento, seguía siendo de lejos la más terrenal de las mujeres de su familia, y por ella pasaban los chismes políticos, las anécdotas de la sociedad y los secretos de los clérigos, y ella, a su vez, distribuía sabiduría o pedía ayuda para solucionar los problemas de los demás, convencida de que hacía una buena acción. En los últimos años, a medida que su yerno ganaba poder e influencia, sor María Antonia había dejado de pedirle dinero para reparar el convento

y había pasado a pedirle favores más grandes a su nieta.

Su hijo Joaquín estaba ejerciendo funciones de cónsul en Londres y había rumores de que el gobierno suprimiría el cargo por falta de recursos. Sor María Antonia le pidió entonces a Tona que ayudara a Joaquín, que le dijera a su padre que mantuviera el puesto, porque si regresaba de Londres sería un desastre para él y para su familia. La carta no tendría la menor importancia, excepto porque Joaquín es mi bisabuelo. Llamo entonces a mi tío para preguntarle por él, porque nunca me había interesado saber quién era ese hombre con cara de bobalicón que posa con un bombín en las fotos familiares.

—Un lagarto —me confirma mi tío entre risotadas.

He escuchado además que vivía de vender las propiedades que la monja le había heredado, lo que no donó ella al convento, porque no trabajó ni un día de su vida. Me habían dicho también que sus hijos jugaban al *cricket* con la realeza de Inglaterra y que viajaban por Europa y se hospedaban en los mismos hoteles que el Káiser. No sé quién me lo dijo, porque era una niña, pero se lo pregunto a mi tío, también con la esperanza de que me aclare si en mi familia los hombres eran todos así.

—Arribista sí fue. No sé de dónde sacaste esa información, pero no me extraña —me dice—. A los hijos los metió en un internado muy elegante, donde luego se descubrió que pasaban cosas monstruosas, violaciones y abusos de todo tipo.

Pero de eso no quiero escribir. No tengo ni el tiempo ni el ánimo de imaginarme a mi abuelo de niño, vapuleado por sus compañeros de curso o sus profesores. Leo una frase en esa carta, en cambio, que me causa curiosidad: «Pensar que esta familia venga aquí a ser una carga gravosa para Marco me causa una pena y una vergüenza que no te puedo ponderar. Marco merecía mejor suerte», dice sor María Antonia a su nieta.

Entonces ellos eran los de esconder. Esos miembros de la familia que era mejor tenerlos alejados, que existen en todas partes. Los que nos aterran, los que nos parecen poco, eso era mi bisabuelo para su propia madre. Me impresiona mucho el cinismo de la monja, o tal vez su sinceridad. A lo mejor siempre miró el mundo desde esa distancia o fue el convento el que logró poner una reja entre ella y los demás. Sea

como fuere, su nieta nunca fue así. Al contrario. Puedo suponer apenas que hizo lo posible por mantener al tío Joaquín, que además era su padrino de bautizo, en un puesto inútil en Londres, así como hizo lo que pudo por las decenas de peticiones que lagartos como él le hacían de todas partes del país.

A pesar de que llegó al despacho de Suárez, fue ella quien leyó la carta que le enviaban de la delegación colombiana en Boloña. Su padre la había llevado cerrada a casa porque el sobre decía que era personal y sabía de qué se trataba. Había hecho gestiones con sus empleados en ese país para ver la posibilidad de que Gabriel viviera un tiempo en Italia. Lo que fuera que estuviese ocurriendo con el hermano de Tona, la familia lo quería lejos. Suárez decía que era porque estaba «tonto» y tenía «malas compañías», pero en ese lenguaje vago cabía mucho, y la verdad, como tantas otras cosas, se la tragó la historia. De algo estoy segura, sin embargo, y es que lo que le ocurría a Gabriel no era un problema legal. Tona era una mujer muy estricta, al igual que su padre, y si el chico hubiera cometido cualquier delito, por muy consentido que fuera, habría tenido que pagar las consecuencias. Lo mandaban lejos para proteger a Suárez, pero también para protegerlo a él y para que recibiera una buena educación. Lo cuidarían colombianos, aprendería otro idioma y, sobre todo, tendría la posibilidad de ver avances tecnológicos increíbles, que era finalmente su vocación.

La carta, fechada a fines de 1916, traía malas noticias. Unos submarinos habían intentado hundir barcos que llegaban a Europa con bandera neutral. Alemania aumentaba su agresividad. «Mientras tal estado de las cosas subsista —escribían de la delegación—, no sería prudente que Gabriel emprendiera viaje».

Las noticias molestaron a Tona. Tenía que ser sincera consigo misma, aunque en su docilidad no se atreviera a serlo con los demás. Confiaba en que Gabriel se fuera pronto, porque lo resentía. Estaba furiosa con su hermano por más de que tratara de disimularlo frente a todos. Era un muchacho egoísta y malcriado que había abusado de la paciencia de todos en casa, comenzando por su padre. No entendía

cómo era posible que Pacho lo siguiera queriendo, y, además, era evidente, más que a ella. Ella, que hacía lo posible por mantener el orden en la familia, que acataba lo que se le pidiera con mansedumbre, que respetaba a sus mayores y a las instituciones, que se pasaba el día ayudando a su papá, haciendo obras de caridad, bordando y leyendo y cuya mayor diversión consistía en ir a La Trinidad o recibir visitas de su prometido. Se había vuelto, sin quererlo, una madre regañona, la que le decía a todas horas a su hermano lo que tenía que hacer. «Visita a la abuela en el convento, que ella está preguntando por ti», «Vamos a la iglesia para que te confieses», «Acuéstate temprano porque mañana tienes que acompañar a Solita a negociar la venta del caballo». Y así. Él le obedecía, eso era lo peor. Gabriel había aceptado de buena gana esa nueva figura maternal, tal vez porque no tenía opción, pero ella, se daba cuenta, no podía seguir desempeñando ese papel por mucho tiempo más. Enseguida se arrepintió de haber pensado en eso. Vio la cara de desilusión de su padre y se sintió ruin y miserable, porque lo que hacía era ayudarlo a él, quitarle cargas; esa era su función.

—¿Y Estados Unidos? —le preguntó—. Gabriel estaría a salvo allá. Conoce a Víctor y habla inglés.

—Y, además, sería un gesto de buena voluntad si lo envío a ese país —dijo Suárez.

Tona sabía exactamente lo que quería decir. Si el hijo del próximo presidente de Colombia estudiaba en Estados Unidos, mandaría un mensaje de confianza que lograría romper ese hielo entre los dos países que existía desde la construcción del canal de Panamá.

Los preparativos para el viaje de Gabriel comenzaron en enero de 1917, cuando regresaron de La Trinidad. Era su último viaje a la finca, porque para pagar la estadía del muchacho en Estados Unidos habían tenido que ponerla en venta. Las pocas cantinas de leche que sacaban apenas cubrían los gastos de los cuidadores, y eso les dejaba el peso del mantenimiento de una propiedad que se caía a pedazos, por no hablar de la comida de los animales y lo que implicaba en tiempo y dinero el estar yendo y viniendo para controlarlo todo. Aquella casa en la que había conocido a Roberto era el lugar en el que más feliz había sido Tona en su vida. No era agüerista, pero el día en que se despidió

de la finca supo que algo se había acabado para siempre.

Dos meses después, murió Rosalía. La mañana de su muerte, la abuela de Tona se levantó como siempre a regar los novios y a preparar las arepas. Se sintió cansada y le dijo a su hija que iba a recostarse un rato.

—Hemos abusado de ella, pobre —le dijo Soledad a su sobrina durante el almuerzo, cuando Rosalía anunció que no quería comer, que tal vez estaba acatarrada—. ¿Sabes que descubrí hace poco que tiene más edad de la que pensábamos? Ni ella misma sabe cuántos años tiene, pero no puede tener los setenta y siete que dice. No me cuadran las cuentas.

—Pero si tú sabes que es imposible mantenerla quieta. Debe estar muy enferma para que no haya querido meterse a la cocina. Ahora voy a ver cómo sigue.

Cuando Tona entró en la habitación, su abuela se apagaba como una vela. El cansancio que la había acosado en la mañana era la muerte, que no quería esperarla ni un minuto más. No respondió cuando la llamó, pero abrió los ojos. Tona se acercó a su cama y la abuela le apretó la mano, pero no intentó decir nada.

—¡Llamen a Pacho! —gritó Tona.

Su padre llegó a tiempo esta vez para despedirse y tomarle la mano, y fue él quien le puso el crucifijo sobre el pecho y quien encabezó el primer rosario por su alma.

La boda tuvo que posponerse de nuevo. Los novios querían casarse cuando Gabriel estuviera todavía en el país, pero el luto los obligó a cambiar los planes. Ya no sería en junio de ese año sino tal vez más adelante, al año siguiente, cuando las convenciones dictaran que era prudente. Tona y Soledad se prepararon para una estadía larga en la casa, abandonaron todo tipo de actividades superfluas y se entregaron al luto como estaba establecido que debía llevarse. Solo salían a la iglesia y ni siquiera pudieron visitar a la monja, que se había enterado enseguida y les había mandado una esquela en la que les recordaba que ahora Rosalía estaba con Isabel en el cielo. A pesar de la tristeza de todos, los preparativos para el viaje de Gabriel continuaron sin alterarse. Eso le dio alivio a Tona, que había temido que su hermano se quedara un año más. También continuó sin mayores alteraciones el

ritmo de trabajo de su padre, ahora que estaba en la recta final de la carrera presidencial y, con él, sus propias tareas de escribir cartas, verificar correspondencia, anotar las visitas en los cuadernos y rezar cada noche, ahora a su otra mamá, por la salud de Suárez.

—Qué pesar que doña Rosalía no va a ver a su hijo con la banda tricolor —le dijo una tarde a Tona una vecina que había ido a darles el pésame—. Lo orgullosa que habría estado.

—Mi abuela estaba orgullosa de su hijo —respondió Tona con molestia—. Y se ahorró el dolor de verlo sufrir en ese oficio. Ese calvario nos tocó a nosotras solas.

Soledad le hizo gestos para que se callara y luego la increpó.

—Así no se les habla a las visitas, hija mía. ¿Qué te pasó?

—Que mi abuela tenía razón. La gente no se imagina que ser presidente en este país es una condena, más que un premio.

—Sí, mi amor, así lo vemos nosotros, pero no olvides que nadie obligó a Marco a condenarse. Ni siquiera Dios.

El día que Gabriel se fue, Tona lo despidió en la entrada de la casa, porque no se le permitía salir a la calle mientras no hubiera pasado un año de la muerte de su abuela. Tenía sentimientos encontrados, porque sabía que su hermano le iba a hacer falta, pero al tiempo sentía alivio de que su presencia no fuera más un motivo de tensión en la familia. Ahora solo serían ella, Pacho y Solita, y la reconfortaba el hecho de que tendría mucho más tiempo para ayudar a su papá. Días antes de la partida, Suárez los había llamado a todos a la sala y les había contado de sus planes de retiro en Estados Unidos.

—Si a Gabrio le va bien, podemos irnos todos para allá —dijo.

Tona se asustó.

—¿Y yo? ¿Y Roberto?

—Todos. El gobierno de ese país nos recibiría con los brazos abiertos, estoy seguro de ello. Y así nos podremos alejar un poco de la maledicencia de la gente. No quiero terminar mis días rodeado de odios. Gabrio, hijo mío, tú eres entonces la punta de lanza. De ti dependemos todos, ¿comprendes?

Siempre ha habido pandemias. Se han llamado de distintas formas:

plaga, peste, covid o gripa española. Esta última, que era en realidad estadounidense, mató entre veinte y cuarenta millones de personas. Gabriel fue uno de ellos.

Leo las cartas que escribió y me siento como un pequeño dios que sabe el destino que le espera y cómo se aproxima inexorablemente hacia él. Iba a encontrar la muerte, a pesar de sí mismo. Al comienzo quería quedarse en Nueva York, cerca de su amigo Víctor. Luego vivió un tiempo en Rutherford, Nueva Jersey, después quiso irse a Washington, tuvo una crisis y estuvo a punto de devolverse a Colombia y finalmente consiguió un trabajo de aprendiz en una fábrica de motores cerca de Pittsburgh.

Era un buen muchacho, transparente, ingenuo. Exiliado. Perdido en un universo extraño en el que lo primero que lo sorprendió fue el cambio de las estaciones. Luego lo fascinaron la cultura, la gente, las carreteras, la tecnología. El idioma, que se esforzaba en aprender, la comida, la música. Después sintió todo el peso de la soledad y del aislamiento y luego, cuando ya había comenzado a adaptarse, se enfermó. A través de sus cartas, que parecen en sí mismas un libro, lo conozco y lo aprendo a querer. Pide una bandera colombiana y una flauta, porque quería sentirse cerca de su patria y tocar algo para sus compañeros de pensión, o tal vez para sí mismo, para pasar el rato, pero Tona le dijo que no. La bandera sí, la flauta no. Volvió su hermana a convertirse en madre, y le recordó el duelo por Rosalía, la imposibilidad de escuchar música, mucho menos de producirla.

Mientras él le explicaba cómo funcionaban los motores que hacía y cuál era su función en la fábrica, ella le ponía tareas: «Escríbele una carta de pésame a fulano», «No olvides agradecerle a la tía Margarita que preguntó por ti», «No dejes de ir a la iglesia y confesarte». A la distancia, Tona continuó siendo su guardiana, tal vez porque era un papel del que todavía no la habían relevado, pero lo más probable es que fuera un gusto adquirido. Ella se encargó de recordarle los lineamientos de la moral y las reglas de la conducta, pero sobre todo lo obligó a que no rompiera sus lazos con el país y con los que dejó atrás.

En Colombia, los planes de boda avanzaban lentamente. Las elecciones presidenciales habían dado como ganador a Marco Fidel

Suárez y la familia entera se encontraba paralizada de miedo. Con los resultados de la votación aparecieron los primeros anónimos, unas cartas de todo tipo que Tona debía abrir, leer y discernir. Las había de amigos y de enemigos, pero para ella todo aquel que no firmara una carta no era un aliado. Los amigos hablaban de frente, no mandaban razones. Unos amenazaban de muerte a su padre, otros le advertían de los peligros que corría si se posesionaba y hubo uno que se atrevió a decir que había fuerzas oscuras que intentarían hacerle daño a Gabriel. Tona no dormía, no comía, no hacía más que pensar en esas cartas, que no podía responder porque no tenía a quién hacerlo y porque no sabría qué decir. Le entregaba cada semana un atado de anónimos al general encargado de la seguridad de su padre, más por protocolo que porque él fuera a hacer algo al respecto, y cuando el mismo general le insinuó que debería mudarse al Palacio de San Carlos, ella se negó porque en ningún otro lugar estaría más segura que en su propia casa.

Cada noche, mientras bordaba los cojines de flores y animales que adornarían su casa de esposa, recibía la visita de Roberto. Traía noticias del mundo exterior y ella a veces también tenía algo que contarle sobre Gabriel o sobre sus avances en el ajuar de novia. Él se reía, le hacía bromas, le decía que el conejo había quedado con un ojo cuadrado y el otro triangular y la hacía reír en medio de tanta zozobra. Ella le decía poco de los anónimos porque había acordado con su padre no hablar de ellos, y sobre todo no mencionárselos a Soledad, que habría muerto de pánico, pero Roberto intuía que la única forma de quitarle un poco de la ansiedad que la corroía era mostrarse leve y alegre, y si él mismo tenía una preocupación, Tona no lo notaba.

Las cartas se perdían en el correo, o llegaban tarde, a veces dos y tres al tiempo. Podía pasar un mes sin recibir noticias y entonces a la ansiedad de la situación en la casa se sumaban los nervios de preguntarse si su hermano estaba bien. Ella escribía una carta cada sábado, aprovechando que era el día en que su padre no usaba el tintero, y se sentaba a esperar a que llegaran noticias. «Esperar, esperar, lo único que hace una mujer es esperar», le decía a Roberto, que a veces llegaba tarde a las visitas y la llenaba de angustia no saber qué había pasado.

En esa primera Nochebuena en que estuvieron sin Gabriel, él se encargó de alegrarles las fiestas con una carta en la que pedía que le enviaran natilla. A pesar de la seriedad de su petición, todos en casa comenzaron a imaginar el viaje de la natilla a través del océano, en los trenes de cargas y en las bolsas de correos, y les divertía pensar en las condiciones en las que el chico recibiría su regalo navideño, más o menos en el mes de abril. Hubo otras cartas por esa época, mucho más nostálgicas. Tona comprendía por lo que pasaba su hermano, porque ella misma extrañaba las fiestas en La Trinidad y le tocó conformarse con una comida pequeña para los tres solos y una ceremonia en la Catedral Primada. Acosado por la tristeza de estar lejos de los suyos, Gabriel pidió fotografías y la familia entera posó frente a la casa, pero el fotógrafo sacó unas imágenes borrosas, en las que no se veía sino el sol cayendo sobre las caras fantasmagóricas de un grupo de gente. En otra carta, escrita a comienzos de 1918, pidió un gorro y una bufanda de lana. «Este invierno ya casi termina, pero los usaré el siguiente, porque este tuve mucho frío», escribe.

Como los deseos del hermano eran órdenes para todos en esa casa, Tona comenzó a tejer el gorro, como él se lo había pedido. Alto, como de obispo. Azul oscuro. Grueso. La imagino atareada en su labor, cuidando que el tejido fuera preciso. Luego la veo enviando la encomienda con una familia que se fue de viaje a Estados Unidos y que se lo haría llegar por correo. Veo a Gabriel recibiendo el gorro y la bufanda en junio, y guardándolos en una cajonera que tenía en su alcoba, dejándolos listos para cuando tuviera que usarlos. Esa sola imagen es la que más me duele de todas, porque quizás es la que más le dolió a María Antonia. Su hermano no alcanzó a usar el gorro porque no llegó al invierno.

Todo comenzó con un dolor de muelas. Fue al odontólogo, pero el dolor persistía. Las muelas, es cierto, no tenían nada que ver con la gripa, pero el dolor constante lo volvía loco. Dejó de comer bien, adelgazó, se debilitó y empezó a faltar a su empleo por incapacidad médica. Luego se enfermó del estómago y los médicos le dijeron que probablemente sufría de nervios y le recetaron algo para eso y le recomendaron reposo. Gabriel no conocía a los doctores, se los recomendaba uno u otro, un compañero de trabajo, un delegado

diplomático, y él confiaba y los veía, y volvía a casa a narrar en cartas largas y detalladas sus encuentros con los doctores, lo que le habían dicho, lo que él había hecho.

A pesar de que siguió al pie de la letra el consejo de los médicos, se tomó los remedios y respetó una dieta estricta, el problema estomacal siguió agravándose. Como Tona le había dicho, Gabriel escribía a casa cartas lacónicas en las que minimizaba su problema o decía que estaba mejor. «No vayas a mortificar a Pacho, que ya bastantes dolores de cabeza le has dado y ahora anda metido hasta el cuello en problemas más graves», le decía su hermana, y él pensaba que eso incluía no hablar de su salud.

Volvió entonces a ver al doctor, esta vez un hombre de apellido Swope, que le dijo que tenía influenza. En realidad, se había contagiado de una gripa que nosotros hemos aprendido a reconocer, la H1N1, la gripa española. Nadie se dio cuenta de su gravedad. Ni los médicos, que le dijeron que debía quedarse en casa y no ir a un hospital, ni los amigos, ni los diplomáticos, ni mucho menos su familia.

El 9 de octubre de 1918, solo dos meses después de la posesión de su padre, Gabriel le escribió una carta a su apoderado, un tal Francisco Escobar. En los detalles es donde más me duele leerla. «Respetado señor:», comienza. Siento su fiebre, el ahogo de sus pulmones, veo los ojos vidriosos y las lágrimas que no dejan de caer sobre el papel. Es un niño, tiene apenas diecinueve años, la edad de mi hijo, y está enfermo y solo en una ciudad ajena. Aun así, no olvida sus modales. No olvida las enseñanzas de su hermana y se dirige a este hombre, que lo ha ignorado o que no lo ha escuchado lo suficiente, con un encabezado humilde como este. «Estoy con influenza, según diagnosis del Dr. Swope. Probablemente hoy me iré para el hospital. Me siento muy mal, muriéndome. He pasado días y sobre todo noches terribles y me siento tan solo y abandonado. Su servidor, G. Suárez».

Termino de leer la carta con lágrimas en los ojos. Decimos con levedad «estoy muriéndome», cuando nos sentimos mal. Me pregunto si él hizo lo mismo o si de verdad sentía la muerte cerca. Imagino sus días enfermo, pero especialmente sus noches febriles, y siento una tristeza profunda de su soledad. Al tiempo siento rabia. Porque el

médico lo diagnosticó mal, porque los colombianos en Estados Unidos escogieron ignorarlo, porque las cartas se demoraban tanto en llegar que nadie supo de esto hasta que él ya había muerto, cinco días más tarde, solo, en una clínica de Pittsburgh saturada de pacientes en su misma condición.

Ya anochece en Roma cuando llama una pareja de amigos a invitarme a tomar una cerveza. Al comienzo me niego, no quiero dejar solo a Piro, aunque lleva un par de días sin ataques, pero igual no me atrevo a desprenderme de él. Me dicen que lo lleve conmigo, que le hará bien, y a mí también. Acepto, y él parece feliz de caminar de nuevo por las calles laberínticas de la ciudad. Las cosas han vuelto a la normalidad con las vacunas, y los turistas, principalmente italianos, han regresado. De nuevo hay filas en los restaurantes y las heladerías, en los museos y las fuentes públicas, gente que se arremolina en la basílica de San Pedro o en Santa María de Trastevere. A ese barrio vamos justamente, a un bar rústico, con pantallas colgadas en todas las esquinas, y me doy cuenta, por las camisetas verdes y los pitos de los comensales, de que hay un partido de fútbol importante. Si hubiera seguido a un equipo, Roma o Lazio, tal vez para este momento sentiría algo de pertenencia. El bar está repleto y yo no estoy de humor, pero pido una cerveza porque sé que necesito respirar y pensar en otra cosa distinta a la muerte. Llevo ya demasiado tiempo encerrada, leyendo y releyendo las cartas, tan imbuida en esa otra realidad que a veces pienso que la estoy viviendo en carne y hueso. Me convenzo entonces de que necesito la levedad que Tona no tuvo, si total mi vida es distinta a la suya. No me puedo quitar de la cabeza la carta de Gabriel, sin embargo. No puedo dejar de pensar en la muerte de ese chico, en quién estaría acompañándolo, quién le cerraría los ojos, quién le diría a su familia. Suena mi teléfono y es Vicente. No escucho lo que me dice, entonces tengo que salir abriéndome paso por entre las camisetas verdes, las vuvuzelas y los gritos de los hinchas.

—¿Qué dijiste que no te oí?

—Que tengo covid.

Intento no pensar en el destino de Gabriel mientras busco lo que

tengo que decirle. Tiene una dosis de vacuna, solo una, y espero que eso lo proteja, pero no puedo evitar imaginarlo en un hospital, entubado, muriéndose solo como el hermanito de Tona.

—No tengo síntomas, excepto una tos incómoda. Estoy bien.

Me tranquiliza un poco; total, es joven, esta enfermedad afecta más a los viejos, no hay de qué preocuparse. Estamos a muchas horas de distancia, pero no a días; puedo viajar, puedo verlo, puedo estar a su lado.

—Tranquila, mamá, que a mí no me pasa nada. Pero tengo que irme de la casa del abuelo.

—¿A dónde? —pregunto, estúpidamente. Sé que estará donde su novia, que allá ella lo cuidará, que no está solo. No está ni solo ni abandonado—. ¿Y mi papá?

—Eso sí me preocupa. Lo poco que estuve con él fue muy triste. No habla, casi ni se levanta del sofá. Pasa el día entero cubierto con una ruana, ausente, no sé… No creo que deba estar solo, pero no sé qué más hacer.

No regreso al bar. No me siento capaz de pasar a través de la multitud y explicar lo que pasa, de repente me parece una tarea titánica. ¿Para qué? Para recibir miradas de tristeza y golpecitos en la espalda y una empatía inexistente. Para que me digan que todo estará bien, que no es grave, que mucha gente se ha contagiado. En el camino a casa siento un viento frío que anuncia que por fin está cediendo el verano. En poco tiempo empezarán las lluvias, volverán a caerse las hojas de los árboles y seguirá el ciclo de la vida y la muerte en este país tan ajeno. El mundo de repente me parece oscuro, tristísimo, y me siento yo misma atrapada por una tristeza profunda. Creo que es la muerte de Gabriel, pero también la enfermedad de Vicente, los ataques de Piro, la lejanía de Mario, El Silencio. A pesar de que es temprano, me voy a la cama con Piro, como si con eso acortara las horas de mi vida.

El día que Tona volvió a la despensa, aquel día en que encontró por segunda vez el juego de té que era de su madre, su hermano cumplía dos meses de muerto. El general que les había pedido que se mudaran

al palacio presidencial había vuelto a proponerle que dejara la casa del camellón, esta vez apoyado por los copartidarios de su padre.

—Yo estoy cómoda y segura aquí.

—Sí, pero ¿su padre? Él tiene que ir y venir, y no solo le quita tiempo, sino que se expone —le dijo el general.

—¿Expone su vida o se expone a las críticas?

—Ambas, señorita. Usted decida cuál es mejor proteger.

Así que Tona accedió y entró a la despensa para buscar las pocas cosas que se llevaría, y luego de que abriera el cofre del juego de té volvió a cerrarlo y lo arrumó en una esquina, junto a la poca felicidad que alguna vez sintió en la vida. Siguió viviendo, porque era lo que había que hacer. Siguió sosteniendo a su padre en todos esos momentos en que le habría gustado que Gabriel estuviera para echarle una mano. Esa familia suya quedó rota y reducida a escombros y tenía tanto temor que ni siquiera en las noches se atrevía a preguntarle a Dios por qué les había mandado tanto dolor y tanta muerte, asustada como estaba de que siguiera enviándoles tragedias con su brazo vengador.

Cada día, la casa comenzaba a funcionar antes del amanecer. Todos estaban de pie para las cuatro de la madrugada y a las cinco y media iban a la iglesia. Ni siquiera la tragedia de Gabriel los había alejado de sus obligaciones religiosas, y terminaron pensando, de tanto que pensaban y se preguntaban el porqué de una muerte tan absurda, que había sido lo mejor para él. «Este mundo terrible no era para Gabrio», decían, porque sabían que los avatares de la política lo habrían trastornado, pero sobre todo porque de lo contrario no encontraban una razón divina para haberles hecho ese daño. Tona se sentía impotente frente al dolor de todos y nunca se dio cuenta de que era ella quien mantenía ese hogar a flote. Si no hubiera sido por ella, que se creía cobarde y pequeña, Suárez no habría podido seguir adelante. Ella fue la que pidió los informes del sepelio de Gabriel. Ella pidió la foto de la lápida. Ella le escribió al doctor, ya sin la firma de su padre, y le preguntó por las últimas horas de su hermano. Ella se levantaba a diario, con el corazón hueco de dolor, y con sus pasos de venado despertaba la casa entera y llevaba sobre los hombros la tristeza de todos sus miembros, de los restantes, hasta que caía la noche y cada

uno arrastraba su pesar hasta la cama.

Detengo mi escritura para llevar a Piro a los exámenes. Esta vez me atiende una doctora que se lo lleva envuelto en una cobija. Espero varias horas haciéndome la que lee un libro, pero en realidad las letras bailan frente a mis ojos. Me dijo en un inglés precario, que puedo irme y recogerlo más tarde, pero no fui capaz, porque no sé si me necesite, si Piro llore y tenga que ir a rescatarlo. No he comido nada en todo el día y lo único que pude sacar de una máquina dispensadora es agua. Me levanto cada tanto a caminar entre mascotas enfermas, y veo que ninguna parece tener algo tan grave como el mío. Los dueños de los animales hablan entre sí, se ríen, juegan con sus mascotas, y yo deambulo por los corredores, con la nariz congestionada por el olor a desinfectante. Ya es de noche, cuando me llaman.

—Tiene un tumor en el cerebro —me dice, ya en italiano. Un *tumore*, eso lo entiendo. *Cervello*, esto también.

La doctora hace pucheros, como si fuera a llorar.

—¿Cómo puede ser posible? El otro veterinario me dijo que la epilepsia era normal en perros de esta raza… —cambio a inglés, porque no sé decir todo eso en italiano.

—Es normal, pero solo si muestran los síntomas desde cachorros. He visto esta patología antes, y no hay mucho que podamos hacer.

—¿No hay un tratamiento?

—Uno, en Suiza, pero no garantizan nada. Tendría que viajar con él, quedarse los diez días que dura el tratamiento y pagar diez mil euros. Le daría máximo unos seis meses más de vida.

No tengo diez mil euros. Y si los tuviera, no sé si tomaría la decisión de someterlo a eso, por seis meses más de vida.

—Y si no hago nada, ¿cuánto le queda?

—Seguirá deteriorándose, porque es un tumor grande —apenas dice esto me muestra una radiografía con una masa casi del tamaño de su cerebro—. Francamente, me sorprende que no hubiera mostrado síntomas antes.

Tomo a mi perro en brazos. Tiembla, y yo lo abrazo porque también siento el mismo miedo y el mismo frío.

—Tengo que pensar qué hacer, debo hablarlo con mi hijo… no puedo tomar esta decisión yo sola —digo, y la veterinaria continúa haciendo pucheros y me dice que la llame cuando esté lista. Me manda unas pastillas para que esté tranquilo, y me asegura que con ellas no tendrá ataques, aunque dormirá mucho porque son calmantes fuertes.

Salgo tambaleándome a la calle. Estoy mareada y no es falta de comida. Nunca he sentido un miedo así. Es obvia la decisión que debo tomar, no hace falta ni siquiera un día para pensarlo, y aun así soy incapaz de pronunciar las palabras. No quiero dormirlo, porque no quiero despedirme todavía. No quiero quedarme sola. Quedarme sin él en este mundo que es tan hostil sin su presencia. Llego a la casa todavía con él envuelto en la cobija y lo acuesto en su cama, que arrastré esta vez a la cocina. Hago una pechuga de pollo y veo que abre los ojos, atraído por el olor. Le doy un plato grande, con arroz, y se lo come con gusto. Pienso en todo lo que nunca le di para que no le hiciera daño. Tomate, chocolate, pescado. Saco entonces una barra de chocolate amargo y le doy una pastilla. Se saborea, feliz. Me como una pastilla y me armo de valor para llamar a Vicente. Es su perro también, y no va a poder despedirse. Le digo y lo escucho llorar al otro lado del teléfono. Escucho también a su novia, que lo consuela, y me alegra que no esté solo. Me dice que haga lo que me parezca apropiado, que confía en mí, y me pide verlo una última vez. Enciendo la cámara y se lo muestro, y no cree que esté enfermo, porque acaba de comer y está alerta, olisqueando todavía su plato de comida.

—Se ve bien; no entiendo… ¿Segura no hay nada que hacer?

No le digo que llevo varias noches durmiendo sentada, aterrada por los ataques que comienzan sin previo aviso. No le digo que aúlla y llora y grita, o que se retuerce, o que se muerde la lengua, o que se orina. No le digo que él queda exhausto y se duerme hasta que lo despierta el siguiente ataque y se repite todo y yo trato de abrazarlo, pero me siento impotente porque ni siquiera dándole cariño y calor y calma se mejora.

—No hay nada que hacer —respondo.

Enseguida llamo a la veterinaria y me dice que me espera a eso de las doce del día. Me dice que es la mejor decisión, la única en realidad, y que debo ser fuerte. Que disfrute a mi Piro una noche más. No

quiero estar sola, pero es tarde ya y todos duermen, entonces llamo a mi papá, que no contesta. Marco el teléfono de Mario, pero está apagado, y como última opción llamo a mi tío.

—El juicio va bien —me dice—. Es probable que lo declaren inocente, porque no han encontrado bases para condenarlo. El viejo no hizo nada distinto a simpatizar con la izquierda, pero nunca les pagó un centavo. Ahora lo joden a uno hasta por pensar.

—Lleva días sin contestarme, y eso me preocupa. ¿Será que ahora sí se le quita la depresión?

—La depresión no tiene nada que ver con ese juicio. Empezó antes de que lo acusaran y seguirá después de que lo absuelvan. Lo único distinto es que su nombre estará limpio.

No le digo a mi tío, pero recuerdo que a Suárez también lo acusaron de corrupción por haber vendido su sueldo de presidente para poder devolver a Colombia el féretro de su hijo. Años después, cuando lo declararon inocente, dijo: «Me devolvéis la vida, porque me devolvéis la honra», y yo creo que ya nadie le va a devolver la vida a mi papá.

Paso la noche en vela y la mañana atenazada por un dolor en la boca del estómago. Los calmantes han hecho lo suyo, porque Piro duerme profundamente, sin desasosiegos. Al mediodía, como me pidieron, llego al hospital. Me recibe la veterinaria y esta vez sí parece que el llanto fuera real. Tiene los ojos llenos de lágrimas y me abraza. Su solidaridad me hace llorar.

Nos conduce por un corredor lleno de puertas y entramos en una habitación pequeña, con una camilla metálica. Me pide que ponga a Piro sobre la camilla y me explica que lo va a dormir y luego lo inyectará con algo para que no se despierte. Una inyección letal, como si fuera un asesino, me digo. Debo despedirme, porque solo lo puedo sostener hasta que le ponga el calmante. Me quito el tapabocas para darle un beso y siento que no puedo respirar. Él cierra los ojos y yo salgo disparada de ahí, sin siquiera esperar a que ocurra. Corro colina abajo, paso detrás de las murallas del Vaticano y solo me detengo cuando llego al centro de la ciudad y la gente que camina por las calles me impide ir rápido. Estoy sola. Absolutamente sola.

Coda

Tona nunca abrió de nuevo el juego de té. La caja que lo contenía salió camuflada entre todos los enseres para su nueva casa, cuando por fin pudo dejar de posponer la boda con Roberto. Teresa me dice que él la hizo feliz y lo creo, pese a que para ella era imposible la felicidad.

A pesar de que Suárez renunció a la presidencia, a pesar de que se llamó a sí mismo el «presidente paria», la gente seguía buscándolo por intermedio de Tona para lograr favores, y ella misma siguió ayudando —y obedeciendo— a su padre. Fue tal su abnegación que, cuando Suárez le pidió que se encargara de dos niños pequeños cuyos padres nicaragüenses habían fallecido, ella no lo dudó. Los acogió en su casa de recién casada y vivieron con la pareja y con los cuatro hijos que tuvo Tona hasta que se establecieron ellos mismos. Quién sabe qué estatus tenían en esa numerosa familia. ¿Eran una especie de criados? ¿Los trataban como hijos? Teresa, que era la menor, llegó cuando ya su madre estaba cansada de criar. Lo había hecho con estos dos niños huérfanos y luego con Gabriel, Isabel y José María (Pepe), los hermanos mayores de Teresa. Ella era la «chiquita» y como tal conoció a una madre distinta. Más ausente, más taciturna, más envejecida. Ya se ocupaba poco de la prole y pasaba sus días en oración. No sé mucho más de Tona, tal vez porque Teresa tampoco sabe mucho más de ella. Me dice que la terminó criando aquella chica huérfana que se llamaba Susana Angarita, a quien ella apodó «Mamama». La historia se repite, entonces, porque siempre hubo madres sustitutas en esta familia, mujeres dispuestas a cumplir aquel papel de la crianza cuando la vida se volvía demasiado pesada para las madres.

Desde aquel día en el que llovieron piedras en su casa, un incidente que ella misma no recordaba pero que se había grabado para siempre en su imaginario, María Antonia Suárez comenzó a culpar a los enemigos de su padre de todas las desgracias que les ocurrieron. Era

comprensible, porque no quería culpar a Dios o a la mala suerte de tantas ausencias. Y aunque su fe católica la obligaba a perdonar, siempre guardó rencor contra ellos. Tal vez por eso dijo que no querría estar viva para ser gobernada por el peor de todos, Laureano Gómez, y lo cumplió. Murió justo el 7 de agosto de 1950, pocas horas antes de que « el Ovejo», como lo conoció ella, se posesionara como presidente. Teresa tenía apenas quince años y recuerda ese momento como en un sueño. Me dice que la sacaron del internado donde estaba para llevarla al funeral y que ella no entendía nada. La imagino en una casa llena de gente, acompañada por su hermano Pepe, más aturdida que triste, porque así nos deja la muerte en un primer momento: como si nos hubieran pegado una bofetada.

Teresa encontró el juego de té muchos años después de muerta su mamá, escondido entre sus cosas, como si lo hubiera ocultado de todos. A la muerte de Roberto, ella y sus hermanos debieron desocupar la casa y tenían que salir de las pertenencias de Tona, escoger qué vender, con qué se quedarían, qué regalarían. Ella vio el juego de té y le pareció hermoso, con su rejilla de oro y su banda de azul cobalto. Se imaginó tardes bogotanas con colaciones y tés franceses con pétalos de rosas y astillas de canela. Probablemente no se había dado cuenta al comienzo de las iniciales de oro. DCdeB. Dolores Caro de Borda, esa primera mujer, esa dueña original, ya tan lejana que ni compartían apellido. Tal vez cuando vio esas letras comenzó a preguntarse de dónde había salido, quién fue la dueña original. Total, ella es historiadora y le gusta sumergirse en los árboles genealógicos y esa desconocida, esa mujer lejana, comenzó a llamarla desde la distancia.

Aquel día que le pregunté por qué nunca usó el juego de té, ella rehuyó mi respuesta, pero estoy segura de que lo dejó en un anaquel porque esa es su forma de preservar a sus antepasadas intactas, de conservar su memoria, de invocarlas, como invoca en las noches a su abuelo, el presidente. Este es su legado, o, mejor dicho, es el nuestro. Y ese juego de té intacto, que conserva aún las huellas de las manos de esas mujeres, que conserva su dolor, su soledad, sus ambiciones y sus sueños, no puede romperse. No puede tocarse, no puede usarse, no puede mancharse. Es como ellas, como las mujeres mismas, como Dolores, como María Antonia, como Isabel y Tona. Como Teresa. Y, en

alguna medida, como yo misma. Hemos sido juegos de té. A veces vasijas, envases, para llevar la descendencia. A ratos adornos preciosos para admirar, para exhibir, para mostrar. Hemos sido esposas, hijas, madres que, por más dolor que llevemos adentro, no nos podemos romper.

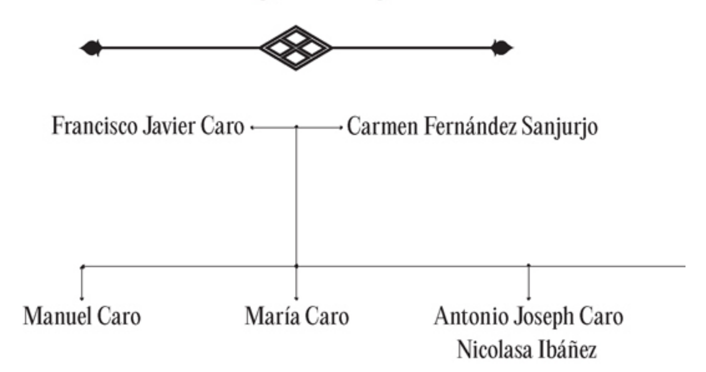
Yo he tocado ese juego de té. No físicamente, nunca he puesto un dedo sobre él. Pero lo he manipulado con mis palabras, lo he cambiado de manos, he viajado con él de casa en casa. Lo he tocado, y con él he tocado las vidas de estas mujeres y he hecho mías las huellas que han dejado sobre la porcelana, y sus bocas, que nunca han bebido de esas tazas, se han abierto para hablarme de esas vidas. De sus vidas, que son la misma mía.

Escribo esto y me doy cuenta de que no tiene sentido seguir aquí. En una vida que no es mía, en una ciudad hermosa pero ajena. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que, aparte de mis libros, no tengo nada. Allá, en cambio, está Teresa, esa última mujer, esperándome para que la conozca. Para que yo vea de primera mano quién es la dueña del juego de té. Ella está viva y me espera en su casa, con su gato, para que juntas desempolvemos sus recuerdos.

Puedo tomar una maleta, escribirle una carta a Mario para que la encuentre cuando llegue de viaje y emprender el camino de regreso. Nadie va a extrañarme aquí. Nadie me necesita ya. Mi perro murió, mi hijo traza su propio camino y El Silencio, me doy cuenta, es finalmente tan mío como de mi esposo. Tengo este manuscrito, que está a mitad de camino entre una historia de mis mujeres y una historia mía, y que es la forma que encontré de explicarme a mí misma. De entenderme. De usar mi legado. No es poca cosa, me digo, mientras lo guardo en mi morral y cierro la puerta de la casa.

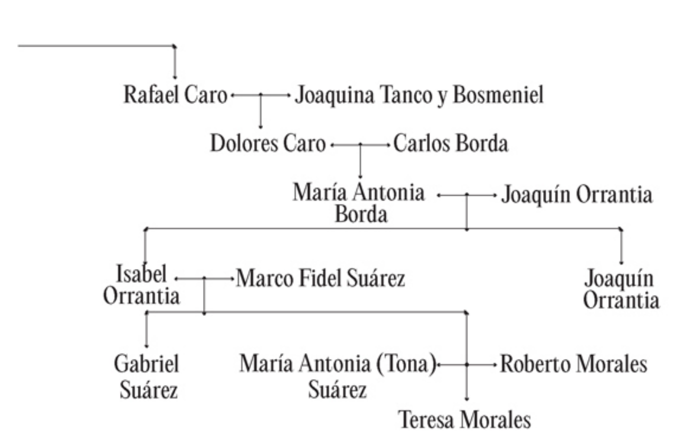


Árbol genealógico









Rafael Caro
Joaquina Tanco y Bosmeniel
Dolores Caro
Carlos Borda
María Antonia Borda
Joaquín Orrantia
Isabel Orrantia
Marco Fidel Suárez
Joaquín Orrantia
Gabriel Suárez
María Antonia (Tona) Suárez
Roberto Morales
Teresa Morales



Agradecimientos

Siempre he sentido fascinación por la página de agradecimientos de los libros. Creo que es aquí donde se ve la arquitectura de la obra, el andamiaje, y donde se prueba que el trabajo del escritor, contrario a lo que se cree, no es solitario. Intervienen en él lectores de prueba, editores, correctores, diagramadores, fuentes y hasta consejeros que son capaces de alumbrar una pequeña linterna cuando todo parece estar envuelto en la más densa oscuridad.

Quiero empezar por agradecerle a Teresa Morales, que ha sido mi Virgilio a lo largo de este camino, a veces tortuoso e infernal. Su generosidad a la hora de contar las historias de su familia, de nuestra familia, ha hecho posible este libro. Ella me abrió su corazón y me guio, con su inteligencia privilegiada, a través de la vida de estas mujeres. Más tarde fue de las primeras lectoras de este manuscrito y siempre sus comentarios fueron precisos, honestos y llenos de amor.

Quiero agradecer también a quienes han leído este manuscrito. A Roberto Rubiano y Alejandra Jaramillo, mis implacables colegas, y a Jonathan Levi, que fue tan generoso tanto con su tiempo como con sus ideas y opiniones.

Mi tío, Andrés Orrantia, no solo fue mi confidente durante gran parte del proceso de este libro, sino mi apoyo y mi amigo a lo largo de la vida. Me entristece que no haya llegado a ver el resultado, pero me conformo con saber que sus huellas están esparcidas en estas páginas.

A Nicole Bedoya, que entendió mejor que yo lo que buscaba y me entregó aquel tesoro inigualable de correspondencia, gracias al cual pude comenzar a dialogar con las mujeres de esta historia.

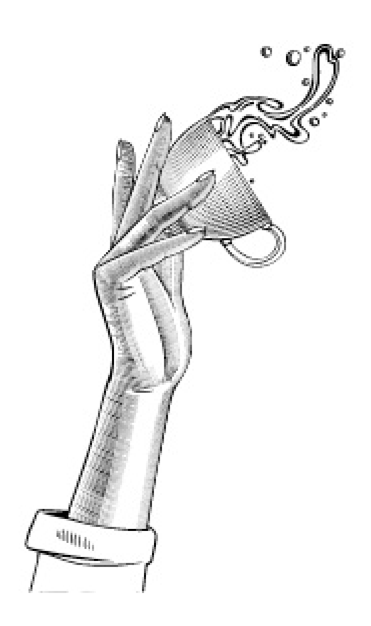
A mis amigas, que han sido siempre el soporte de mi vida, mis compañeras de ruta, las guardianas de mis secretos.

A Juan Lucas y a Lorenzo, el nido de amor.

A mis editores, Sebastián Estrada, que siempre ha sido un amigo y la

voz de la razón, y a Salomé Cohen, una lectora magnífica, sensible y aguda.

A Piro.





«Esta bellísima novela de mujeres admirables nos revela el poder animista de la memoria: las huellas dactilares que duermen en los objetos que mejor cuentan la historia».

Juan Esteban Constaín

Una mujer se rehúsa a recibir una herencia: un elegante juego de té que perteneció a una antepasada y que lleva cinco generaciones sin estrenarse. ¿Qué avatares de la vida de sus dueñas les impidieron usarlo? Esta incógnita lleva a la narradora a sumergirse en las trayectorias de cuatro mujeres olvidadas por la Historia y marcadas por las imposiciones de la época. Dolores, forzada a un matrimonio cuando en realidad quería ser monja; María Antonia, huérfana de madre, llamada a cuidar de sus hermanos y obligada a alejarse de la literatura; Isabel, cuyo universo era más grande que el que le asignaron —ser la esposa de un futuro presidente—; Tona, a merced de los altibajos de su hermano y de la presidencia de su padre, Marco Fidel Suárez. Y, sin embargo, todas ellas resistieron a su manera.

Estas mujeres se convierten en la compañía de nuestra narradora y, junto a la de su perro Piro, la ayudan a atravesar la partida de su hijo y la soledad de una migración que ha emprendido tras su esposo. Así es como entre más perdida se siente de sí misma, más las busca en archivos familiares, cartas y libros para descubrir que las desdichas y las pérdidas de ellas también son suyas, que las heridas familiares han emanado luz y oscuridad generación tras generación, y para, sobre todo, entender cuántas vidas relegadas nos han configurado como país.



MARTA ORRANTIA

(Bogotá, 1970) es periodista y autora de ficción. Ha trabajado como editora de la revista *Gatopardo* y fue editora internacional de la revista *SoHo*. Fundó y dirigió la revista *Rolling Stone* en su versión para la zona andina y Panamá. Fue también catedrática en la Maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Es autora del libro periodístico *Todopoderosos de Colombia* (2013) y de las novelas *Orejas de pescado* (Planeta, 2009), *Mañana no te presentes* (Literatura Random House, 2016) y *Cipriano* (Literatura Random House, 2020).



Título: *Juego de té*
Primera edición: abril de 2024

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de cubierta y colofón: manos y taza, © maystra, Getty Images, ornamentos en la taza, Freepik

ISBN 978-628-7638-44-0

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice